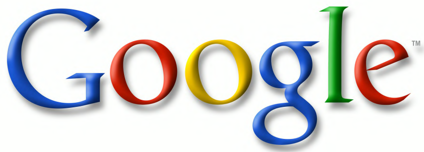




LA SOCIEDAD.



REVISTA RELIGIOSA, FILOSÓFICA, POLÍTICA
Y LITERARIA.

TOMO SEGUNDO.

LA SOCIEDAD.

REVISTA

RELIGIOSA, FILOSÓFICA, POLÍTICA

Y LITERARIA.

POR

D. JAIME BALMES,

PRESBÍTERO.

TERCERA EDICION.

BARCELONA.

IMPRENTA DEL DIARIO DE BARCELONA

CALLE NUEVA DE SAN FRANCISCO, 17.

1867.

(Número de la Revista correspondiente á 1.° de junio de 1843.)

ALIANZAS DE ESPAÑA.

ARTÍCULO 2.°

ALIANZA CON LA FRANCIA.

Cumpliendo lo que en el número anterior tenemos prometido, vamos á tratar de las ventajas ó inconvenientes que puede ofrecernos la alianza francesa. Y para que no se dé á nuestras palabras un sentido que no tienen, advertiremos, que al rechazar la indicada alianza, ni siquiera pensamos en los hombres que actualmente empuñan las riendas del gobierno en aquel país y en el nuestro, y hacemos completa abstraccion del estado actual de las relaciones del gabinete de Madrid con el de las Tullerías. Colocamos la cuestion en terreno mas anchuroso: cosas de suyo grandes deben ser contempladas en un cuadro mas extenso, en horizonte mas vasto; y se las desnaturaliza y mutila, cuando se tiene empeño en circunscribirlas al estrecho ámbito de las banderías políticas y de los intereses personales.

Parécenos que la cuestion quedará planteada en los términos convenientes, formulándola de la manera que sigue: *¿qué bienes puede traernos la alianza francesa? ¿qué males*

puede acarrearnos? Para mayor claridad procuraremos examinar por separado los dos puntos; bien que se roza de tal manera el uno con el otro, que no siempre será fácil conservar el deslinde.

¿Qué bienes puede traernos la alianza francesa? Volvemos los ojos á todas partes, consideramos los objetos bajo el aspecto religioso, bajo el social, bajo el político, bajo el industrial y mercantil, divagamos por todas las regiones, interrogamos la historia, consultamos la experiencia, conjeturamos sobre el porvenir; en ninguna parte, en ningun sentido, acertamos á ver que pueda sernos provechosa la alianza con la Francia; no descubrimos ninguna utilidad en relaciones demasiado íntimas: solo encontramos que nos es conveniente el vivir en paz con ella, con la buena armonía que de suyo demanda la vecindad.

Nuestra independencia para nada necesita de la Francia; dado que el espíritu del siglo, la actual diplomacia, una posición peninsular y en el último extremo de Europa, nos ponen á cubierto de todo ataque de la ambicion extranjera. La Inglaterra misma, ni piensa, ni pensar puede en atacar nuestra independencia, sino por medios indirectos, disfrazados, dirigiendo con sus consejos y mandando con sus exigencias. Podria parecer á primera vista que para este objeto es necesaria la alianza francesa, pues que el contrapeso de esta destruiria la preponderancia del gabinete de San James. Pero bien miradas las cosas no es esta la consecuencia que de ahí se infiere: porque no seria dable lograr que desapareciese la preponderancia inglesa, queriéndola matar con el ascendiente de la francesa, sino otorgando á esta última un desmedido valor; lo que por necesidad nos acarrearia una dependencia indigna de una nacion grande y pundonorosa; por sacudir un yugo nos someteríamos á otro no menos ignoble y pesado.

La política española tiene en esta parte bien trazada la línea de conducta que le conviene seguir: mantener en equilibrio las dos influencias rivales. Y cuando de este equilibrio hablamos, no entendemos aconsejar una políti-

ca vacilante entre los dos impulsos opuestos, que ora se incline á una parte, ora se abalance á la contraria, convirtiendo la nacion en un campo de intrigas, y el gobierno en miserable juguete de ambiciones extranjeras: empleamos la palabra equilibrio para significar aquella actitud independiente é hidalga que cumple á la monarquía de Isabel y de Felipe II; aquella actitud que escucha con prudencia y cortesía los consejos ajenos, pero que los rechaza con desden tan luego como toman el tono de la superioridad; aquella actitud que hace justicia á las reclamaciones fundadas en derecho, pero que responde con generosa indignacion á exigencias injustas, y que venido el caso sabe tirar la pluma y desenvainar la espada.

Y cuenta que semejante política no es un sueño dorado; es muy realizable siempre que tengamos al frente de los negocios, verdaderos hombres de Estado, que comprendan la verdadera situacion de las cosas, y se emancipen completamente de las influencias de las pandillas y hasta de los partidos; que ante todo sean españoles, y únicamente celosos del honor y de la independencia de su patria. Esta misma rivalidad que existe entre la Francia y la Inglaterra, es un excelente elemento para sostenernos en una posicion libre, desembarazada, propiamente española. Si solo tuviéramos á nuestras inmediaciones una de las dos potencias, fuéranos muy difícil, atendida nuestra desgraciada situacion, que no nos viéramos precisados á rendirle cierta especie de homenaje. Pero ahora, cada una de las fuerzas se hallaria neutralizada por la contraria; y cuando en un sistema existen dos de esta naturaleza, nada queda que hacer para mantenerlas en equilibrio, sino cuidar que la una se halle siempre al encuentro de la otra. ¿Pensais que la Inglaterra se empeñaria fácilmente en desavenencias con España que pudiesen acarrear un rompimiento? ¿Pensais que en caso de enemistad con la Francia, viera el gobierno de la Gran Bretaña que el gabinete de las Tullerías toma con nosotros una actitud amenazadora, sin ponerse mas ó menos abiertamente de parte del de Madrid?

¿Pensais que lo propio no sucediera á la Francia en caso de hallarse en situacion semejante? Claro es que repugnando á los intereses de las dos potencias el que su rival alcanzase sobre la España ningun triunfo decisivo que pudiese acarrear un exceso de influencia, procuraria evitarlo por todos los medios posibles, apelando si necesario fuese á la guerra.

Ambas naciones lo meditarian muy detenidamente antes de empeñarse en una lucha con nosotros; pues que aun prescindiendo del temor que mutuamente se inspirarian, la guerra de la independencia ha dejado profundos recuerdos que no hacen muy agradable una tentativa de invasion. El sembrar discordia, el promover intrigas que no nos dejen nunca en sosiego, son cosas muy hacederas, y que no cuestan mas que el tiempo que en la tarea emplean los agentes, ó cuando mas algun sacrificio pecuniario; pero intentar una guerra es asunto mas sério, en que no darian voto favorable, ni Wellington ni Soult. Empresa de que saliera mal parado el Capitan del siglo, no es para acometida livianamente.

Aquella guerra inmortal reveló en los españoles una energía y tenacidad que no se ha visto en ningun pueblo de Europa. Se dirá tal vez que la nacion de ahora no es la de 1808, que los elementos constitutivos de nuestra robustez se han debilitado mucho, que las discordias intestinas han trabajado la nacion incapacitándola para grandes esfuerzos; pero sin que pretendamos poner en duda la parte de verdad que en estas observaciones se encierra, no nos parece sin embargo que sean de tanto peso como algunos podrian creer. En primer lugar, no es exacto que nuestros elementos de robustez hayan perecido en su mayor parte; existen todavía, pero dispersos, desparramados, sin punto de apoyo ni reunion, esperando para mostrarse y obrar, el que se adopte un sistema de política nacional, grande, generosa, cual cumple al decoro y prosperidad de tan ilustre monarquía. Y cuando de política nacional hablamos, entendemos que quien ha de adoptarla ha de ser un go-

bierno verdaderamente nacional, que si propende mas ó menos á las doctrinas de este ó aquel partido, no consienta en ser instrumento de ninguno de ellos, ni olvide que los hombres que gobiernan no deben tener otra guia que las reglas de justicia y las miras de conveniencia pública. En semejante estado de cosas, es evidente que se trabajaria sin descanso en debilitar y extirpar, si posible fuese, los gérmenes de discordia, en restablecer la nacionalidad, en avivar el espíritu patriótico, en procurar que los partidos si continuasen en su existencia, tuvieran al menos el desprendimiento necesario para acallar la voz del resentimiento y sacrificar sus particulares intereses en las aras del bien comun, siempre que así lo reclamaran la independencia y el decoro del país. A este punto va dirigiéndose el espíritu de la inmensa mayoría del pueblo español, por mas que la fiebre política que le agita y perturba parezca indicar lo contrario. Si bien se observa esta fiebre está limitada á un círculo muy pequeño; la generalidad de los españoles no ha adolecido nunca del frenesí revolucionario, ni aun en las épocas en que este se presentaba como mas extendido. Hasta aquellos mismos que participaran de ilusiones, van volviendo en sí; el escarmiento engendra en los ánimos el desengaño, y con el desengaño viene la sensatez, que aprecia los hombres y las cosas en su justo valor.

Tampoco es verdad que la energía de los españoles haya menguado desde 1808, hasta el punto que se quiere suponer. Reflexionando sobre la última guerra de los siete años, y poniendo de un lado todo espíritu de parcialidad, contemplando con los ojos de un extranjero la arena del combate, échase de ver que difícilmente se encontraria pueblo en el mundo que ofreciera por espacio de tantos años y en número tan crecido, las escenas de heróico valor, de inalterable fortaleza, de invicta constancia que se presenciaron entre nosotros. Olvidemos los actos de barbarie y de atrocidad inspirados por la sed de venganza y por la frenética exaltacion de los partidos que atizaban á los

combatientes; olvidemos aquellas catástrofes cuya memoria pasará á la posteridad como negra mancha en las páginas de nuestra historia; que á pesar de semejantes crueldades de que no está exenta ninguna guerra civil, descubriremos en los principales sucesos de la formidable lucha, un fondo de valor, de hidalguía y heroismo que recuerda los descendientes de los vencedores de Pavía y de San Quintin.

Estos hechos no han pasado sin fruto á los ojos de la Europa; ella ha tenido el bárbaro placer de contemplar la sangrienta arena sin tomar ninguna medida para restañar la sangre que corria en abundancia, antes bien atizando á los combatientes; pero no lo dudemos, en medio de su aparente indiferencia, se ha estremecido. En Navarra, en Aragon, en Cataluña, ha conocido todavía á los hijos de la nacion impertérrita, que sola, sin mas recursos que su valor, arrostró impávida la colosal pujanza del Capitan del siglo, que no dejó las armas de la mano hasta verle derribado de su solio. Así, por mas que se nos haya motejado, ha conocido la Europa lo arriesgado de una tentativa de invasion; y ni la Francia ni otra potencia cualquiera se atreverian á semejante paso, en viendo, no diremos una union completa entre todos los españoles, sino tan solo una mayoría algo respetable decidida á oponer resistencia.

Estas consideraciones dejan bien en claro que nuestra independencia no corre riesgo de recibir ataques de mano armada; y así nada tenemos que recelar de la Francia ni de la Inglaterra; ni para sostenernos nos es necesario mendigar el apoyo de ninguna de estas dos potencias. Todo lo cual adquirirá mayor fuerza si se advierte, que el contrapeso de las grandes naciones del Norte contribuye sobre manera á ponernos á cubierto de todo ataque por parte de las naciones vecinas; porque es claro que no pudieran consentir ni el desmembramiento del territorio de la Península, ni la sujecion violenta del pabellon español al de Francia ó Inglaterra, sin dar por el pié á la obra del

equilibrio europeo, para cuyo sostenimiento se han hecho y se hacen aun tan costosos esfuerzos.

Supuesto que la alianza francesa de nada puede servirnos por lo que toca á la conservacion de nuestra independencia, que es lo que pudiera halagar algun tanto, y hasta autorizar ciertos sacrificios, veamos ahora si considerando la cuestion bajo otro punto de vista será dable encontrar otros motivos que nos impelan á continuar la obra de Luis XIV. Se está diciendo á cada paso que brilló en ella el genio de un gran rey; y si mucho no nos engañamos, esto equivale á significar que la Francia salió muy ganancioso con la desaparicion de los Pirineos. Mas como quiera que nosotros no debemos mirar las cosas bajo el punto de vista de la conveniencia francesa, sino española, es necesario, si á la alianza se nos quiere inclinar, que se nos muestren las ventajas que de la misma nos han resultado, manifestándonos por ahí las que en adelante podrian resultar. Concíbese muy bien que á la Francia separada de la Inglaterra solo por un brazo de mar, fronteriza al Norte y al Oriente con poderosas naciones, expuesta á menudo á gravísimos compromisos y á conflictos arriesgados por su misma posicion topográfica y por el estado de las relaciones de las potencias europeas, puede interesarle el tener á sus espaldas un resguardo en la alianza de una nacion respetable, de carácter leal y generoso; alianza que en ningun caso podrá acarrearle daño, ni empeñarla en lances desagradables, antes sí servirle de mucho en las eventualidades de un rompimiento con el resto de Europa. Pero no es así por lo tocante á España; y recorriendo la historia desde el entronizamiento de la casa de Borbon, dudamos que pueda señalarse un solo hecho en prueba de lo contrario. La España se ha visto repetidas veces empeñada en compromisos por motivo de la Francia; el pacto de familia nos ha traido gravísimos males que no han sido compensados por ningun bien.

Federico el Grande decia, que si él se hallase rey de Francia, no se dispararia en Europa un solo cañonazo sin

su permiso: este pensamiento expresa la necesidad en que se halla aquella nacion de estar continuamente mezclada en todas las grandes cuestiones europeas, de resentirse y aun participar vivamente de cualquiera agitacion ó acontecimiento que tuviere lugar en las demás naciones, y de producir á su vez estremecimientos ó trastornos en las otras, cuando ella sufra alguna revolucion ó considerable mudanza. Si otras circunstancias no mediaran bastarian las indicadas para demostrar cuán imprudente fuera el mantener relaciones demasiado intimas con esta nacion: en tal caso nuestra conducta se asemejara á la de aquellos hombres indiscretos que pudiendo vivir tranquilos en el seno de su familia, se entrometen en casa ajena arrostrando disgustos y exponiéndose á perjuicios.

Las razones arriba expresadas, militan tambien con respecto al tiempo anterior á la revolucion de 1789, pero desde aquel colosal acontecimiento, y particularmente desde la última de 1830, son tantas y tan graves las consideraciones que aconsejan prudente cautela, que en presencia de ellas parecen de poca importancia las que acabamos de exponer. Una dinastía nueva, y con ella un órden de cosas enteramente nuevo, traen siempre consigo complicaciones tan difíciles, pueden acarrear eventualidades tan varias é imprevistas, que es menester precaverse con mucho cuidado contra sus consecuencias.

La Europa entera ha reconocido los hechos que fueron el resultado de la revolucion de julio; pero semejante reconocimiento no le ha impedido el mantenerse en cierta actitud de prevencion y desconfianza, cual si temiera, que de un momento á otro, no viniesen sucesos inesperados á dar á las cosas un sesgo peligroso. Y no se crea que siga la Europa esta línea de conducta por motivo de las mayores ó menores simpatías que conserve con la rama caida, ni porque dude de las miras pacíficas y tendencias conservadoras de la reinante; en cuanto á lo primero, pesa muy poco en la balanza de la política actual de los gabinetes el interés de un individuo ni de una familia, para

que alcancen á recabar tanta consideracion, ni influyan en el curso general de los acontecimientos: y por lo que toca á lo segundo, trece años de trabajos y de fatigas en contener la revolucion, y de concesiones y deferencias á los deseos y susceptibilidades de los gobiernos extranjeros, son prueba nada inequívoca de que se tiene la voluntad de no permitir, en cuanto posible sea, el desbordamiento de las ideas revolucionarias, y que léjos de pensar en propaganda ni en resucitar cuestiones resueltas en 1815, solo se trata de no perder lo que posee, añudando lo presente con lo pasado, y esforzándose en hacer mas y mas respetable el hecho, haciendo en cuanto cabe olvidar el orígen. Infiérese de aquí, que la desconfianza que abriga la Europa, y tan visible se presenta á cada oportunidad que se ofrece, nace de la misma naturaleza de las cosas, y de que la Francia está muy léjos de dar sólidas garantías de órden y estabilidad.

Háblase continuamente de la extraordinaria capacidad de Luis Felipe, de los inmensos resultados de su habilidad y prevision; no negaremos al jefe de la nueva dinastía las eminentes calidades que le honran, ni pondremos en duda que la Francia le debe quizás el no haberse despeñado hasta el fondo del abismo hácia donde empezara á rodar con la revolucion de 1830; pero si no nos engañamos, los mismos elogios tributados á Luis Felipe son un tristísimo indicio del mal estado social y político en que debe de encontrarse la nacion que aquel monarca gobierna. En efecto: ¿por qué se pondera tanto su talento? porque ha sostenido el órden: ¡desgraciado pueblo que para sostener el órden necesita un hombre extraordinario!

Reflexionando sobre la línea de conducta seguida por Luis Felipe, notaremos que todo el secreto se reduce á lo que vulgarmente hablando, se llama *tira y afloja*. Hay al rededor del trono dos docenas de hombres de principios mas ó menos parecidos, pero que divergen un tanto en la aplicacion, como deben diverger por necesidad, no cabiendo todos juntos en el ministerio. Quien se arrima un

poco mas á la derecha, quien se inclina un tanto á la izquierda, quien procura mantenerse equilibrado y aplomado en el centro, quien no contento de su posicion, pasa de una á otra fila como villano desertor, quien se coliga con opiniones las mas contrarias para el santo objeto de derribar un ministerio con la piadosa intencion de ocupar las sillas vacantes: estos hombres por circunstancias particulares tienen en su mano los destinos de la Francia; el rey que los conoce y conoce tambien la situacion propia y la del país que gobierna, cree que es necesario contemporizar, sufrir, tolerar, hasta que á él, ó á sus hijos, ó nietos, se les ofrezca la ocasion de obrar de otra manera; y así se mantiene paciente en esta desagradable situacion, sacrificando los unos á las exigencias ambiciosas de los otros, para sacrificar luego á estos últimos á la ambicion de los primeros. ¿Dudais tal vez de la verdad y exactitud de lo que se acaba de decir? á la mano está un medio muy fácil de comprobarlo: contad los muchos ministerios que se suceden, y notad las pocas personas á que los cambios se reducen, y de quienes procede la influencia.

Este hecho revela otro nada lisonjero. Estos hombres algo representan, algun motivo existe para que por espacio de tantos años les esté encomendada la suerte de la Francia; esta situacion algo significa. ¿Sabeis quiénes son esos hombres? examinadlo, y vereis lo que pueden representar y lo que representan en la realidad. Nos ocuparemos de ellos algunos momentos, no por lo que son en sí, sino por lo que expresan, por lo que de este conocimiento podemos inferir para formarnos idea de la situacion de la Francia; que si considerarlos debiéramos en su individualidad, y atendiendo á que sean estos ó aquellos quienes en la actualidad ejerzan el mando, ya hemos dicho desde un principio, no ser nuestro ánimo el limitar las miras á un ámbito tan reducido. Además, cuando hablamos de las notabilidades influyentes en los destinos de aquel país, no negamos que existan excepciones honrosas; solo tratamos de los hombres en general, atendiendo mas bien á la at-

mósfera en que viven, que al pensamiento y voluntad de los individuos.

¿Quiénes son esos hombres que desde 1830 rigen los destinos de la Francia? ¿de dónde vienen? ¿á dónde van? ¿cuáles son sus principios? ¿cuál la norma de su conducta? ¿cuáles sus lazos con lo pasado, sus miras sobre lo presente, sus trabajos para las generaciones futuras? ¿representan un sistema estable, marchan á un blanco determinado, tienen sus ojos fijos á lo que en pos de ellos ha de venir? Desconsoladoras reflexiones se agolpan á la mente al proponerse las indicadas cuestiones; tristes pensamientos se apoderan del alma al considerar la terrible evidencia con que se manifiestan los funestos resultados acarreados á una gran nacion por un siglo de impiedad y medio siglo de ensayos revolucionarios. Las bases sobre que se asienta toda sociedad son los principios religiosos y morales, las buenas ideas sobre el poder, y las relaciones legítimas de este con los súbditos. Ahora bien, ¿qué piensan sobre la religion los hombres que presiden á los destinos de la Francia? para ellos la indiferencia es un progreso social, para ellos las naciones han dado un paso inmenso en la carrera de la civilizacion, cuando se ha desterrado á Dios de la sociedad, cuando la ley se ha hecho atea. ¿Qué piensan sobre el poder? ¿viene de Dios, dimana de los hombres, se origina de la simple naturaleza de las cosas? ¿cuáles son las condiciones de su legitimidad? preguntádselo, y de todo os hablarán excepto de Dios: *la voluntad del pueblo*, *la razon pública*, *la expresion de los intereses procomunales*, *la necesidad social*, y otros nombres semejantes, serán las respuestas que oireis; y en el fondo de todo ¿qué encontrais? nada mas que el simple reconocimiento de un hecho; hecho que tratan de modificar como mejor les agrada, sobre todo de explotar cual mejor cumple á sus miras é intereses, á su sed de riquezas, á su ambicion desmedida. ¿Dónde están la *filosofía*, *y la historia*, *y la humanidad*, *y el honor de la Francia*, *y el orgullo nacional*, *y el hermoso porvenir*, y tantas bellas palabras con que du-

rante quince años se halagaban la razon y las pasiones, inspirándoles fuerte aversion á todo lo presente, y preparando la explosion que habia de volcar el antiguo poder, por el altísimo motivo de que en él no tenian cabida algunos periodistas, unos cuantos profesores, y cierto número de comerciantes y banqueros? Cambiadas las condiciones de los hombres, es un mal lo que antes era un bien; es un bien, y un bien necesario á la conservacion de la sociedad, lo que antes fuera un horrendo crímen. Antes la prensa era la voz del pueblo, el eco de la nacion entera, el órgano de la razon pública, la expresion de los intereses mas legítimos, el clamor de las necesidades mas urgentes; el poder que la desoyera se hacia reo de alta traicion, digno de que se le arrojara con violencia é ignominia: ahora es la prènsa el alarido de las pasiones bastardas, el grito de la ambicion chasqueada, el respiradero de las sociedades secretas que solo se proponen provocar horrorosos trastornos; el poder que la desoye hace un acto de heróica firmeza, los hombres que se levantan á la altura conveniente sabiendo despreciarla, son los únicos dignos del título de hombres de Estado; el honor nacional, la independencia del país, sus relaciones con el extranjero, son cosas que el público no entiende, son palabras cuya interpretacion está exclusivamente sujeta al juicio del gobierno y de sus dependientes. La opinion de este debe ser preferida siempre, aun cuando lo contrario sea mas claro que la luz del sol en el medio dia. Si la Francia ha descendido del rango de nacion de primer órden, si contempla humillado su pabellon en España y en Siria, si los gabinetes europeos resuelven las grandes cuestiones sin el voto de la Francia y á pesar del voto de la Francia, si los comodoros ingleses ejecutan los acuerdos de la Europa, asistiendo las flotas francesas á las operaciones que destruyen el poder del protegido de la Francia, si en España no se levanta el dedo sin preceder las insinuaciones de lord Aberdeen, si no se hace caso de las reclamaciones de las Tullerías hasta que en San James se ha dado la se-

ñal de que conviene una ligera contemporizacion; todo esto en nada se opone al honor, á la dignidad, al orgullo de la Francia: un elocuente discurso pronunciado por Guizot, y unos cuantos artículos del Diario de los Debates, bastan para curar el mal en su raiz; y si quedan todavía algunos incrédulos que se obstinen en decir que la Francia no ocupa el alto puesto en que la colocaran Luis XIV y Napoleon, oigan el concluyente argumento de los elogios que tributan á cada instante en presencia de la Europa entera los desinteresados ministros ingleses á la *política modesta* del gobierno francés.

Hé aquí lo que son esos hombres, hé aquí las manos á que está encomendada la suerte de la Francia, hé aquí la situacion lamentable á que se halla conducida una gran nacion, merced á los que derribando todo lo existente sin edificar nada nuevo que ofreciese suficientes garantías de estabilidad y duracion, han dejado la sociedad como casa cimentada sobre la arena, expuesta á caer á la primera arremetida de los vientos.

Esos hombres gobiernan la Francia, porque en algun modo representan la Francia. Ellos son hijos de la revolucion, y discípulos mas ó menos encubiertos de la escuela filosófica del pasado siglo; y la Francia tal como existe, es tambien hija de la revolucion, y formada tambien en buena parte en la misma escuela: ellos profesan odio á todo lo antiguo, y gran parte de la Francia ha cambiado tambien de ideas y costumbres, apartándose del camino que siguieran sus antepasados; ellos no se atreven á sacar todas las consecuencias de los principios que profesan, y la Francia tampoco se atreve á hacerlo, tambien retrocede espantada á la vista del fantasma aterrador que amenaza arrebatarle su bienestar material, destruyendo el órden público; ellos desean enlazar en apariencia lo presente con lo pasado, sin abjurar empero sus erróneas doctrinas; la Francia se inclina tambien á rehabilitar los siglos anteriores, en la literatura, en las ciencias, en las artes, á manera de distraccion y pasatiempo, no concediéndoles

empero sino un lugar muy secundario en las regiones del entendimiento, mas nó ascendiente sobre el corazon; ellos están inciertos, la Francia está incierta; ellos fluctuan, la Francia fluctua tambien; ellos no piensan en el dia de mañana porque los ocupa el dia de hoy; ellos descuidan la gloria nacional y se ocupan principalmente de los intereses materiales, y en esto imitan á la Francia que trabajada y maleada por una filosofía irreligiosa, ha visto entronizar en su seno el egoismo, que no conoce otros medios que el oro, ni otro fin que el goce. Nó, no tienen la culpa los gobernantes, si aquella nacion desciende del alto puesto que le corresponde. En trece años de paz, con un gobierno representativo de tanta latitud, la prensa libre, la guardia nacional, un numeroso ejército, con un monarca de alta capacidad, no es posible que prevalezca una política que no esté adaptada á las circunstancias del país, no es dable que se sostengan en el poder unos hombres, si existen otros que posean un sistema mejor, y que al mismo tiempo sea realizable. La Francia sufre esa política, porque la merece.

Ahora bien: ¿qué ventajas puede acarrearnos la íntima alianza con una nacion que en tal estado se encuentre? ¿Qué fruto debemos prometernos de la desaparicion de los Pirineos? Es evidente que el único resultado probable, fuera el contraer compromisos que podemos evitar muy bien, y el de introducírsenos mas y mas la manía de gobernarnos á la francesa. Ambos extremos nos serian sumamente dañosos, afectando el uno nuestras relaciones internacionales, y atacando el otro la organizacion social y política.

Por lo que toca á lo primero, claro es que pudiera traernos males de mucha trascendencia el ligar nuestro porvenir con el de una nacion, que por su posicion topográfica, y por sus revoluciones tan recientes, puede verle gravemente comprometido, ya sea por el curso ordinario de las cosas, ya por algun acontecimiento imprevisto, que obrando, ó bien directamente sobre la Francia, ó sobre el

resto de Europa, cambiase la presente situacion, é hiciese imposible la duracion de ese *statu quo* que tan penosamente se prolonga. La guerra de los Estados-Unidos, la batalla de Trafalgar, la expedicion del marqués de la Romana, son hechos que conviene no echar en olvido.

A pesar de la mucha sagacidad y paciencia del monarca reinante, hemos visto mas de una vez bastante cercano el peligro de un rompimiento; estos peligros volverán á presentarse, porque están pendientes gravísimos negocios, cuya complicacion los puede acarrear. Supóngase que la lucha se traba en las márgenes del Rhin, ya sea que la Francia quiera desbordarse, ya sea que los ejércitos aliados intenten marchar de nuevo sobre París: ¿cuáles serian para nosotros las consecuencias de semejantes acontecimientos? claro es, que todo dependeria de la actitud que hubiésemos tomado con respecto á la nacion vecina. Si tuviésemos con ella alianzas, pactos de familia, ó relaciones demasiado íntimas por un motivo cualquiera, se nos haria en extremo difícil, si no imposible, conservar la neutralidad, y nos halláramos precisados á pelear por intereses que no fueran los nuestros. Todos los recursos terrestres y marítimos, los consumiríamos inútilmente con el desprendimiento que caracteriza el leal y generoso carácter de los españoles; y ¿para qué? quizás para recoger en recompensa la mas negra ingratitud.

Al contrario, si sabemos mantenernos en la actitud que nos corresponde, si procuramos conservar con la Francia las relaciones de buena vecindad, sin otorgarle empero ninguna influencia en nuestros negocios, ni ligar nuestros intereses con los suyos, entonces la neutralidad se nos haria no solo posible, sino fácil, natural, y en cierto modo necesaria. Colocados á larga distancia del campo de batalla, y á las espaldas de la misma nacion que en tal caso fuera ó invadida ó invasora, pudiéramos señalar razones gravísimas que nos aconsejarian el abstenernos de tomar parte en la contienda, y satisfacer de esta suerte á las incitaciones que para empeñarnos en la lucha nos dirigieran

las demás potencias. La posicion peninsular y en el último extremo de Europa, si bien bajo ciertos aspectos quizás no nos es favorable, puede no obstante servirnos mucho para observar esa conducta neutral que tanto nos interesa, y para librarnos de que á los daños sufridos por tan dilatados trastornos, no se agregasen nuevos conflictos traidos por las complicaciones que pueden sobrevenir, y que á no dudarlo sobrevendrán en el continente.

La España, si bien debe procurar alzarse de nuevo al rango que le corresponde entre las grandes naciones, ha de guardarse con cuidado de tomar parte en los negocios que no le interesan, aun cuando el recobro de su antiguo poderío le brindase con oportunidades halagüeñas. Justo era y muy natural, que la nacion que poseia dilatadas provincias en Italia y en el norte de Europa, se hallase tambien mezclada en todas las grandes cuestiones continentales, apoyando con respetables ejércitos las negociaciones de sus diplomáticos; pero ceñidos como en la actualidad nos hallamos á nuestros límites naturales, y quizás con grandes ventajas para nuestro sosiego y prosperidad; ¿por qué nos mezclaríamos en las cuestiones europeas que en nada afectan nuestros intereses? Enhorabuena que la Inglaterra, la Francia, el Austria, la Prusia, la Rusia, arrostren graves compromisos para hacer que prevalezcan su opinion y voluntad en la resolucion de los negocios que forman el objeto de la diplomacia europea; no es de extrañar que cada cual procure entrometerse en los asuntos que le importan muy de cerca, en cuyo caso se encuentran las indicadas naciones: pero nosotros que nada tenemos que ver con la Alemania, ni con la Polonia, ni con la Italia, ni con la Siria, ni con el Egipto, ni con la'India, ¿no cometeríamos la mayor imprudencia si no procurásemos conservarnos en estricta neutralidad, y precavernos ya de antemano de compromisos ulteriores, apartándonos en la actualidad de alianzas y amistades que pudieran traérnoslos?

Por lo que toca á los efectos que nos produciria en lo

interior una relacion demasiado íntima con la Francia, que tendiese á asimilar las dos naciones, creemos que fueran tambien sumamente dañosos. Por desgracia, la misma vecindad, la frecuente comunicacion de los naturales de ambos países, el ascendiente de la literatura francesa sobre la española, y otras causas análogas, reunidas á tradiciones y hábitos arraigados en nuestro suelo desde el advenimiento de la casa de Borbon, predisponen demasiado las cosas para hacernos ciegos imitadores de la Francia, aplicando sin tino y discernimiento lo que allí vemos, sin reparar en la profunda diferencia que media entre nuestra civilizacion y la del reino vecino.

A primera vista el español que visita la Francia y estudia su organizacion administrativa, quédase agradablemente sorprendido al contemplar la admirable regularidad con que funciona aquella inmensa y complicada máquina que lleva el sello del genio, y conserva todavía las señales de la férrea mano que la construyó y le dió movimiento. La centralizacion por la cual todo sale de un punto y converge al mismo, es una de las calidades que mas deslumbran al observador; y como las ideas de unidad y de órden ejercen tanto ascendiente sobre los espíritus capaces de abarcar grandes conjuntos, se pega fácilmente á los hombres de gobierno la manía de arreglarlo todo conforme al tipo admirado. Así se inclinan fácilmente á soñar muy hacedero lo que es imposible, y á considerar como muy útil lo que tal vez fuera dañoso.

Dos naciones se distinguen en Europa por la centralizacion y unidad administrativas; la Francia y la Prusia; ambas suelen ser citadas como modelos, sin advertir que las dos han estado sometidas á condiciones excepcionales, que no se han verificado en ninguna otra, y en España menos que en las demás. La Prusia es una fundacion militar en un país civilizado, como la Rusia lo fué en un país bárbaro; siendo tal vez esta diferencia la que da tan distintos caracteres á Federico y á Pedro I. Es verdad que la Francia no se ha creado de esta suerte, y que su monarquía

cuenta catorce siglos de duracion, pero esta larga cadena se ha roto; la union de lo presente con lo pasado es solo aparente; la Francia actual es una nacion nueva. Con la inauguracion de la asamblea constituyente se confundieron en indecible caos todos los elementos constitutivos de la sociedad antigua, combinándose para aumentar la confusion, los que se presentaban para formar la moderna. Contrarios como eran, y enemigos irreconciliables, incapaces por de pronto de transigir, trabóse una lucha despiadada y sangrienta. Fué necesario, por decirlo así, tomar en manos todos los elementos, y arrojarlos en un crisol para que disueltos con el fuego se amalgamasen y llegasen á formar un todo. Esta es la obra de la Convencion. Bonaparte la recibió de sus manos en bruto; pero fundida ya: todo su trabajo consistió en pulirla y cincelarla. Napoleon pudo establecer lo que quiso, porque nada existia de lo antiguo, ni era posible restaurarlo en su forma primitiva. El nuevo edificio nunca se levanta con mas unidad y regularidad de plan, que cuando el viejo se ha derribado hasta los cimientos.

En situacion semejante, la centralizacion es no solo posible, sino necesaria, so pena de perecer la sociedad. Cuando los vínculos sociales han desaparecido, natural es que se busque un medio de suplir su falta. La administracion *vigorosa y una*, es entonces un poderoso recurso; así como en los ejércitos se hace tanto mas indispensable la severidad de la disciplina, cuanto son mas numerosos, mas heterogéneos en sus partes, cuanto mas expuestos están á la influencia de elementos disolventes, cuanto mas críticas son las circunstancias que los rodean, haciendo mas peligrosa la insubordinacion.

Una de las diferencias capitales entre la España y la Francia, consiste en que allí la fuerza se halla en el Estado, aquí en la sociedad; allí la administracion es lo principal, aquí lo accesorio; allí casi podria decirse que la sociedad se conserva interinamente por la fuerza de la administracion, aquí se conserva y se salva, á pesar de la

ausencia de todo sistema administrativo. Si fuera posible que la Francia se hallase algunos dias con una minoría, con una regencia de breve plazo, con gobernantes desacreditados, y con el desórden total que á nosotros nos aqueja, sumiríase de repente en una nueva revolucion cuyas últimas consecuencias no se divisan.

Con las observaciones que preceden, no intentamos elogiar ni vituperar á ninguna de las dos naciones; sino hacer sentir la inmensa distancia que las separa, y ofrecer pábulo á la reflexion de los hombres pensadores, que con la mejor buena fe podrian creer factible lo que en la práctica encontrarian irrealizable. Quisiéramos que aprovechándose lo bueno que haya en el país vecino y que sea aplicable al nuestro, se desterrase la peligrosa manía de pretender que cosas tan diferentes se asimilen del todo; y que no se dieran pasos que luego se haga preciso deshacer, consumiendo inútilmente recursos y malgastando un tiempo precioso.

Y á la verdad, ¿seria posible plantear en nuestro suelo una centralizacion semejante á la de Francia? ¿hállanse en España las mismas condiciones que facilitaron y prepararon en el país vecino el establecimiento de aquel sistema? es evidente que no. La revolucion que pasó sobre aquel país con terrible fuerza arrolladora, ha sido entre nosotros un fenómeno débil, que solo ha podido destruir á fuerza de largo tiempo, mas bien con el auxilio de estremecimientos repetidos, que no á impulso de rudos é irresistibles golpes. En Francia la revolucion pudo obrar con fuerza propia, sin necesidad del trono, antes bien comenzó por derribarlo; en España, la revolucion ha sido débil, siempre que no se ha guarecido á la sombra del mismo trono; cuando no se ha combinado con ella un interés dinástico ha perecido en breve; solo ha podido alcanzar el triunfo cuando ha sabido tomar el título de defensora del trono de la excelsa Hija de cien reyes. ¿Qué es una revolucion que necesita obrar por medio de reales órdenes?

Échase de ver por ahí que nuestro estado social y político es muy diferente del en que se encontraba la Francia al salir de su colosal revolucion de 1789; y que por tanto fuera grave desacuerdo tomar por pauta lo que allí se hizo, cuando se trate de plantear el nuevo sistema, que la lenta descomposicion del antiguo ha hecho en cierta manera indispensable.

No abrigamos contra la Francia prevenciones injustas; y nos parece muy ajeno de la razon y de la imparcialidad el rencor que le profesan ciertos hombres; de la propia suerte juzgaríamos si se tratase de otra nacion cualquiera, pues que no creemos que ningun pueblo en masa sea digno de aversion. Pero es preciso tener en cuenta una muchedumbre de circunstancias atendiendo á los resultados que pueden producir, para inclinarse mas ó menos á determinadas alianzas. Y como quiera que el estado político de la Francia nos parezca poco satisfactorio, y mucho menos todavía el social, es de aquí que consideramos muy dañoso para la España el que resucitando una política que en la actualidad no podria justificarse por ningun título, se establezcan relaciones demasiado íntimas con aquella nacion. Ora procediesen estas del enlace de S. M. la Reina con un príncipe de la dinastía de Orleans, ora dimanasen simplemente de un sistema político, las consideraríamos siempre como nocivas; y tanto mas, cuanto se fundasen en un hecho indestructible. Tal seria un casamiento de Isabel II con uno de los hijos del monarca reinante.

Al parecer no faltan algunos que á esto se inclinan, creyendo sin duda que con apoyo tan poderoso, y con las buenas calidades que se suponen en los candidatos, obtendríamos una prenda de estabilidad y de buen gobierno. Sin disputar ninguna de dichas calidades, de las que, por decirlo de paso, no fiamos mucho hasta que se hayan probado con la piedra de toque de la experiencia, parece que los partidarios de semejante enlace no han meditado bastante sobre sus resultados.

Ante todo, es muy probable y casi cierto que no lo per-

mitirian ni la Inglaterra ni las potencias del Norte, y si por medios imprevistos allanarse pudiera tamaño obstáculo, léjos de alcanzar así un principio de estabilidad lo tendríamos de incertidumbre y vaivenes; pues que se combinarian para producirlos, la rivalidad de la Inglaterra, y los riesgos á que está sujeta y lo estará por mucho tiempo, la dinastía de Orleans.

Si la intimidad de dichas relaciones estribase en la semejanza de conducta de ambos gobiernos la consideraríamos tan dañosa como el principio en que se fundaria; que para nuestra patria no deseamos un gobierno de miedo, que ni se atreva á ser revolucionario, ni á defender las grandes tradiciones nacionales; que se limite á un reducido número de ambiciosos cuyas hazañas consistan en derribar á sus rivales por medio de intrigas, y cuyos grandes pensamientos de Estado consistan en combinar una mayoría á fuerza de brindar con los atractivos de que nunca están faltos los que disponen de todos los recursos de una gran nacion; que halague por una parte á la religion de la mayoría de los gobernados, y sostenga de otra á los encarnizados enemigos de la misma; que se apellide conservador porque conserva lo que hay, formando gran porcion de estas exigencias los empleos, los honores, las condecoraciones, y sobre todo los pingües sueldos de unos cuantos hombres que se juegan la nacion á dados, por valernos de la enérgica expresion de Mirabeau. A la monarquía de Isabel, de Cárlos V, de Felipe II, le deseamos otra suerte; y por muchas que sean las dificultades que en la actualidad la rodean, no miramos como imposible un grandioso porvenir, nuestro único consuelo en medio de tanto infortunio. Nó, no creemos que nuestra prosperidad dependa de alianzas de ninguna clase, ni de imitaciones rastreras; hay todavía en la nacion un fondo de vida, de fuerza, de energía, que explotado y dirigido cual conviene, puede de nuevo levantarla al alto rango que le corresponde.

Otras veces lo hemos dicho y lo repetimos aquí: á esta

sociedad no le faltan elementos de buen gobierno, tiénelos quizás en tanta abundancia como cualquier otro pueblo de Europa; pero echa menos una feliz combinacion de circunstancias en que pueda hallarse un punto donde se reunan y armonicen los muchos elementos de bien que posee. Cuando esto se verifique, no se hará esperar mucho un gobierno verdaderamente nacional. Hemos oido repetidas veces que en España es imposible un buen gobierno; y que ese desórden en que hace tantos años nos hallamos sumidos, es una dolencia que no es dable remediar; desconocemos los fundamentos en que se apoya esta opinion, pero nos parece que entra en ella no poco de aquel abatimiento que presenta los objetos mas tristes de lo que son en la realidad. Entretanto, es de la mayor importancia el nutrir y fomentar en los ánimos este presentimiento de tiempos mas felices; conviene no atajar el vuelo que á ellos nos impulsa, haciendo mediar protectorados de ninguna clase. La Inglaterra y la Francia sean para nosotros una misma cosa: interesados extranjeros cuya amistad no nos traerá ningun bien, y nos puede acarrear muchos males. No consintamos en servir de campo, donde por medio de intrigas, se disputen la preferencia. La arena de sus rivalidades que la establezcan en otro lugar; y en lo que directamente nos pertenezca, sostengamos nuestro derecho con decoro, pero con dignidad y firmeza. No olvidemos en todos los conflictos que ofrecerse puedan, que las amenazas de una ni de otra, de amenazas no han de pasar: que si pasasen, nunca se muestra mas grande el pueblo español que cuando pelea.—*J. B.*

LA POBLACION.

Artículo 1.°

La poblacion: hé aquí uno de los objetos mas difíciles que ofrecerse puedan á la ciencia. ¿Cuáles son las leyes de su aumento ó disminucion? ¿cuáles los efectos que produce, segun el modo con que se multiplica? hé aquí dos cuestiones á cual mas interesantes, y que sin embargo están muy léjos de haber alcanzado una solucion completa. Los economistas modernos se han dividido en este punto como en tantos otros; asentando cada cual ciertos principios, á los que en su opinion estaban subordinadas la naturaleza y la sociedad. Antes de manifestar nuestras opiniones sobre este punto, se hace necesario dar una ojeada á alguno de estos sistemas, para que conociendo los errores y equivocaciones de los otros, sea mas fácil, al tantear otro camino, encontrar la deseada verdad.

Un distinguido economista español, el Sr. D. Ramon de la Sagra, observa con mucha exactitud que se encuentran en esta materia dos opiniones directamente opuestas: la primera que cuenta entre sus defensores á Montesquieu, Necker, Mirabeau, Adam Smith, Everett, Morel de Vindé, sostiene que la fuerza y riqueza de los Estados son proporcionales al aumento de la poblacion, por considerar á esta como un elemento productor. La otra que defienden Ortés, Ricci, Franklin, J. Stewart, Arthur-Young, Towesend, Malthus, J. B. Say, Ricardo, Destutt Tracy, Droz, Duchatel, Blanqui, Sismondi, de Coux, Godwin, conside-

ra el aumento de la poblacion como un verdadero mal; y así léjos de buscar medios para acrecentarla indefinidamente, los excogita para detener su excesivo desarrollo. De una y otra parte es posible que haya error, como suele acontecer siempre que se trata de opiniones extremas. Lo que importa es fijar el estado de la cuestion; que segun como se la presenta, es tan sencilla que apenas admite dificultad.

¿Es saludable el aumento de la poblacion? no creemos que á esta pregunta pueda responderse sin hacer algunas distinciones. Si la poblacion nueva ha de escasear del alimento necesario, si ha de carecer de los medios para recibir la competente educacion, y por consiguiente, si aumentándose la poblacion, deben aumentarse proporcionalmente la miseria y la inmoralidad, es decir los males del cuerpo y los del espíritu, entonces mejor será que no haya tal incremento; pues que hombres miserables y malos, mejor fuera que no hubieran nacido, ya atendiendo al bien de la sociedad, ya al de esos mismos infelices. En lo dicho, se hallan acordes la razon y la religion; pues que á una existencia que no trae sino daño al mismo que la tiene y á los demás, es preferible la no existencia.

No es necesario elevarse á consideraciones de alta filosofía para comprender la verdad de estas observaciones; basta el simple buen sentido. ¿Qué dice un hombre cuerdo al oir que trata de contraer matrimonio un individuo pobre, y díscolo por añadidura? «Esto es aumentar el número de los desgraciados, es un gérmen de males para la sociedad; ¿qué provechos pueden resultar de que tenga hijos un infeliz que solo puede darles dos consejeros tan pésimos, como son hambre y escándalo?» Resulta de esto, que no puede establecerse en general que el aumento de la poblacion sea un bien; pues que aun cuando no mediaran otras consideraciones, las precedentes bastarian para convencer que en ciertos casos es un mal, y un mal gravísimo.

No siempre se verificará que el resultado probable del

aumento de la poblacion se presente con tanta claridad y limpieza como en la hipótesis anterior; pero de propósito hemos escogido un extremo para que nos sirviese de norma, pudiendo graduar con respecto á él, lo mas ó menos bueno ó malo que será el aumento de la poblacion, segun tienda mas ó menos á producir aquel funesto efecto. Casos hay en que el resultado pernicioso no se palpará inmediatamente; y entonces toca á la prudencia del legislador, ó de aquellos que por cualquier título ejerzan influencia sobre la sociedad, el precaver á tiempo el daño, no promoviendo imprudentemente un desarrollo progresivo, antes impidiéndolo por medios racionales, legítimos, y sobre todo morales.

Cuando, por ejemplo, un país agricultor se halla saturado de poblacion sin que sea dable aumentar el producto de las tierras, ¿no dicta la prudencia que se procure mantenerla estacionaria, si para ello hay algun medio? ¿no fuera insensato el empeño de aumentar el número de los hombres para aumentar en la misma proporcion el de los infelices? Hállase entonces la sociedad en el mismo, mismísimo caso de una familia, que teniendo los recursos necesarios para vivir con decencia y comodidad, desease una desmedida multiplicacion de sus individuos, hasta el punto de no sufragar para su subsistencia los medios de que dispone. No creemos que á verdades tan sencillas y tan claras pueda oponerse nada sólido ni razonable siquiera. La naturaleza ofrece á la humanidad un magnífico banquete; pero sujeto á ciertos límites, á ciertas condiciones: si aumentamos indiscretamente en este ó aquel punto el número de los convidados, nuestra será la culpa cuando la escasez produzca efectos desagradables.

Infiérese de lo dicho, que no pudiendo establecerse en tésis general que el aumento de la poblacion sea saludable ó dañoso, pues que traerá bienes ó males segun la suerte que haya de caber á los nuevos individuos, y los efectos que produzca sobre los existentes anteriormente, lo que principalmente debe investigarse es, cuáles serán

esta suerte y estos efectos, dado que una vez resuelta la segunda cuestion, lo quedará tambien la primera.

Los economistas que como acabamos de ver, no han sabido convenirse en lo concerniente á la utilidad ó á los perjuicios que acarrea el aumento de la poblacion, tampoco han acertado hasta ahora, á señalar un principio que pudiese servirnos de regla segura para conocer la ley á que están sometidos, ni ese aumento ni el decremento. Se ha dicho repetidas veces que la poblacion es proporcional con los medios de subsistencia; de lo que se inferiria que donde estos abundan, debe aquella crecer hasta tocar el límite que los mismos le prescriben; y que en menguando estos, debe tambien ella disminuirse hasta que se establezca el correspondiente equilibrio.

A primera vista, nada mas sencillo, ni mas especioso que aquel principio; pero en la realidad no parece que pueda sostenerse, al menos sin algunas limitaciones. Es cierto que en los Estados-Unidos donde por largo tiempo han sobreabundado los medios de subsistencia, la poblacion ha crecido asombrosamente; pero no lo es menos que en Irlanda donde el hambre devora anualmente millares de víctimas, la multiplicacion ha continuado de una manera notable, contribuyendo este fenómeno á agravar los males que afligen aquel infortunado país. ¿Cómo es que la poblacion no se haya disminuido hasta nivelarse con los medios de subsistencia? Ni vale el replicar que estos medios existen, pero escasos y groseros; pues que á mas que esto es falso, como lo demuestran los que perecen de hambre, esta reflexion podria servir para probar que en todos los paises del mundo la poblacion ha de multiplicarse como en Irlanda, dado que no hay ninguno habitado, del cual no pudiese decirse lo mismo.

Es necesario tambien observar, que al tratarse de medios de subsistencia, no se habla tan solo del alimento indispensable para la precisa conservacion; sino que se comprende en esta palabra, todo cuanto el individuo necesita, no solo para no morirse de miseria, sino para vivir con

algun desahogo y comodidad. El vestido, la habitacion, los medios para curarse en las enfermedades, son cosas que la subsistencia del hombre ha menester; y cuando estas falten ó escaseen, no puede decirse con propiedad que tenga lo necesario para subsistir. Entre perecer de hambre ó andar desnudo, y el vivir cual conviene para conservar la salud, las fuerzas y la energía, hay una extensa escala en la cual se hallan distribuidos los necesitados. Verdad es que no puede señalarse á punto fijo, cuando llegan las privaciones al límite de que no puedan pasar; pero hay un cierto espacio en que la prudencia no se equivoca, cuando las conceptua dañosas, colocando al que las padece en la clase de aquellos de quienes puede afirmarse que no tienen los medios de subsistencia.

El principio que estamos analizando, adolece del inconveniente de todos los demasiado generales; en los que acontece muy á menudo, que aun cuando parezcan muy verdaderos, si se los considera en abstracto, al probarlos con la piedra de toque de la experiencia, resultan ó falsos del todo, ó al menos muy inexactos. Es cierto, que si para determinar la ley que rige en el aumento ó decremento de la poblacion, atendemos tan solo á los medios de conservarse, se presentará el indicado principio como indisputable; pero si reflexionamos, que no solo debe tenerse en cuenta la conservacion sino el número de los nacimientos, y que este depende de muchas causas independientes de los mayores ó menores medios de subsistencia, echaremos de ver que abundando de esos medios puede no verificarse un aumento tan grande como seria de esperar; y que escaseando, es dable que concurran otras circunstancias que impidan al decremento el llegar al punto que seria menester, si cumplirse debiera la proporcion contenida en dicho principio.

La verdad de las observaciones que preceden puede demostrarse de varias maneras: pero escogeremos los argumentos mas sencillos, y por tanto mas convenientes. Vemos á cada paso que familias pobres en extremo, abundan

de hijos, mientras otras que disfrutan de pingüe fortuna, ó no tienen ninguno, ó los cuentan en número muy reducido. Aquí se presenta un ejemplo muy obvio para evidenciar que es cuando menos inexacto el decir que el aumento de la poblacion sea proporcional con los medios de subsistencia; pues que en este caso no se hallan en razon directa, sino en inversa. Si se objetare que esto no sucederá generalmente hablando, y que los efectos de una que otra excepcion quedarán compensados con el curso regular de la totalidad, responderemos dos cosas: 1.ª que dudamos mucho de que esto sea una excepcion rara, antes la creemos muy frecuente; y que tal vez podria decirse que la excepcion está en el sentido contrario; 2.ª que por mas general que sea la regla, y aun cuando fueran no muy comunes las excepciones, siempre deberian tenerse en cuenta para averiguar, cuáles serán los casos en que resultará fallido el principio; pues que es evidente que suponiendo una sociedad en que se reunan circunstancias análogas á las que producen en una familia el aumento en desproporcion con los medios de subsistencia, se verificará de una manera semejante en aquella lo que acontece en esta.

Quizás en estas materias el gusto de mirar las cosas en grande, calculando por los resultados que ofrecen las colecciones de muchos datos, datos siempre sospechosos de inexactitud, ha hecho que se descuidase en demasía el análisis de lo que sucede en cada familia; lo que si bien mas sencillo y aislado, tiene en cambio la ventaja de ser mas susceptible de una observacion minuciosa; y con las modificaciones correspondientes, no deja de poder conducir á resultados generales. De la propia suerte que para conocer bien la naturaleza de un cuerpo es necesario descomponerle en sus partes y elementos, así en el estudio de la sociedad es preciso no descuidar un riguroso análisis de los individuos y familias. Las leyes de la naturaleza suelen ser muy sencillas; no pocas veces nos las hacemos invisibles, á fuerza de sutilizar y cavilar.

Este olvido ha extendido sus efectos no tan solo por lo respectivo á la investigacion de la ley que rige en el aumento ó decremento de la poblacion, sino tambien en lo tocante á saber si aquel era siempre provechoso ó no. En efecto: para demostrar las ventajas de una poblacion numerosa se ha dicho: «Ved esa Francia, esa Inglaterra, donde los habitantes no caben en el país, cuán ricas y poderosas se ostentan. Los talleres rebosan de operarios, los campos abundan de labradores, á todas las carreras les sobran los hombres; ¿no es esto una prueba evidente de que la prosperidad y ventura de un país está en proporcion con el número de sus moradores? Suponed por un momento que á las indicadas naciones, y á otras que se hallan en el mismo caso, les falta una parte de su poblacion; bien pronto vereis yermas las mas hermosas campiñas, desiertos los establecimientos fabriles, escasas de concurrentes las profesiones todas; es decir que la sociedad perderá su vida, el Estado su nervio; y cayendo rápidamente del alto punto de esplendor y de pujanza en que ahora se encuentran, vendrán á colocarse en el nivel de aquellas, donde la falta de hombres ha producido de mucho antes los mismos deplorables efectos.»

Fácil es, y muy peligroso en semejantes materias, el confundir las causas con los efectos, y viceversa; el suponer íntimas relaciones entre fenómenos que en la realidad no tienen ninguna; y trastornar de tal modo las ideas, que bajo la apariencia de discursos los mejor trabados y mas exactos, no se viertan mas que palabras sin sentido. Esto se verifica sin duda en la plática que acabamos de suponer en boca de los partidarios de una multiplicacion ilimitada, y sostenedores de que la fuerza y la felicidad de las naciones están siempre en proporcion con el número de sus individuos.

Por de pronto se padece en este caso una equivocacion, confundiendo la sociedad con el Estado: cosas de suyo muy diferentes. Bajo el nombre de sociedad entendemos el conjunto de los individuos que componen una nacion,

considerándolos con sus necesidades. La palabra *Estado*, significa una cosa muy distinta; pues que haciendo abstraccion de la situacion intelectual, moral y material de los individuos, expresa, propiamente hablando, la organizacion política y administrativa, es decir, el conjunto de medios de gobernar y administrar, ó en otros términos, *Estado* significa la sociedad, no considerada en sí, sino en cuanto funciona como un cuerpo moral, ora sea en sus relaciones con los mismos miembros que la componen, ora con respecto á otras sociedades.

Asentada esta diferencia que nunca debe perderse de vista, es claro que puede acontecer muy bien que una sociedad considerada simplemente como tal, se halle decadente y desgraciada, mientras sea próspera y feliz, considerada como Estado. Si el poder público tiene mucha fuerza, si el erario abunda de caudales, si el ejército es numeroso, disciplinado y aguerrido, si las leyes son robustas y respetadas, si el influjo sobre las otras potencias es extenso, arraigado y bien sostenido, el Estado es sin duda alguna próspero y feliz; pero ¿síguese de esto que la sociedad deba serlo en la misma proporcion? Es cierto que no: y en apoyo de esta verdad están la historia y la experiencia.

En las civilizaciones antiguas existieron Estados que se hallaban en la ventajosa situacion que acabamos de describir: prescindiendo de los reinos de Oriente y de los de Egipto, ahí están la Grecia, Cartago y Roma; y sin embargo de ninguna de aquellas naciones, aun refiriéndonos á las épocas de mayor pujanza y ventura, se pudiera decir que la sociedad era próspera y feliz. Sabido es que la base de la antigua organizacion era la esclavitud, y excediendo asombrosamente el número de los esclavos al de los libres. Este solo hecho demuestra que la mayor parte de los hombres que formaban parte de aquellos Estados, no alcanzaban las ventajas de que el todo disfrutaba; pues que no siendo considerados ni siquiera como *personas*, sino como *cosas*, estaban excluidos no tan solamente del goce de las comodidades y placeres, sino tambien de los mas

sencillos derechos, que como á hombres les pertenecian. Se dirá que estos esclavos no se entendia que formasen parte de la sociedad, y que por consiguiente, el medir la desdicha de esta por la que sufrian aquellos, es sacar la cuestion de su propio terreno. Pero fácilmente se conoce, que con esta réplica tan léjos está de desvirtuarse lo que acabamos de establecer, que antes bien se confirma mas y mas. En efecto: por lo mismo que no se consideraba á esos infelices como miembros de la sociedad, por lo mismo que á pesar de que trabajaban en provecho de ella, no participaban del fruto de sus sudores, sino lo indispensable para que subsistiendo pudiesen derramarlos con mas abundancia, por lo mismo que siendo hombres como los demás, iguales á ellos por los dotes de la naturaleza, eran no obstante equiparados con los brutos, por esto mismo, repetimos, se hace mas patente que la sociedad era desgraciada por mas venturoso y pujante que se hallara el Estado. Si por sociedad se ha de entender el conjunto de hombres que en ella viven, ¿cómo se podrá apellidarla feliz, mientras la mayor parte de estos arrastren una existencia agobiada con todo linaje de infortunios? Para disminuir la negrura del hecho ¿bastará alegar que no se los contaba como miembros de la sociedad? ¿cambian los nombres la realidad de las cosas?

Pero, no es solo la esclavitud lo que en las antiguas civilizaciones hacia que á pesar de la prosperidad del Estado no pudiese llamarse feliz la sociedad. ¿Ignórase el envilecimiento en que se encontraban los que, aun cuando no gimiesen en la esclavitud, se veian en la necesidad de ejercer oficios mecánicos? Aristóteles, oráculo de la filosofía pagana, y en cuyas obras se refleja todo el pensamientó que animaba las civilizaciones antiguas, considera como despreciables y viles las indicadas profesiones; y no otorga el título de ciudadano, sino á quien, absteniéndose de ellas, puede dedicarse al cuidado de los negocios públicos. Así todo individuo que carecia de medios de subsistencia, ó se veia precisado á abdicar en cierto modo el

título de ciudadano, si es que se resolviese á ganar el sustento con el trabajo de sus manos, ó á vivir mendigando, ó á mover tumultos en la plaza pública, vendiendo su voto y sus pulmones á los ambiciosos.

Examínese á fondo las civilizaciones antiguas, y se palpará, que aquellos grandes pueblos que han llenado el mundo con la fama de su nombre se reducen en realidad á un pequeño número que teniendo á sus órdenes una inmensa muchedumbre, ora con el título de esclavos, ora con el de plebeyos, se aprovechaba de sus trabajos y fatigas, explotando en propia y exclusiva utilidad los sudores y la sangre de aquellos infelices. *Humanum paucis vivit genus*, dijo profundamente Julio César.

Con la nueva organizacion social introducida por el cristianismo, con lentitud, pero con justicia y suavidad, se han remediado en parte esos males; y si bien bajo ciertos aspectos es todavía verdadera la sentencia que acabamos de citar, no puede negarse que la suerte de la humanidad ha mejorado en gran manera, y que participa de las ventajas de la sociedad un número tan crecido que á los gentiles les hubiera parecido fabuloso. Abolida la esclavitud, mejor distribuida la propiedad, organizado sobre otras bases el trabajo, quitada la nota de ignominia á las profesiones manuales, establecida y generalizada la beneficencia pública, se ha mejorado considerablemente el estado de las clases mas numerosas; que por mas que se ponderen sus males presentes, que repetidas veces hemos tambien deplorado, es cierto que no salieran gananciosas si cambiaran su suerte con la de los esclavos de la antigüedad ó de los negros de las colonias.

Esto no obstante, todavía se puede palpar con ejemplos de nuestra época la diferencia arriba indicada entre el Estado y la sociedad; y naciones hay donde tan de bulto se presenta que casi es inútil indicarla. Considerada como Estado ¿qué nacion hay mas grande, mas poderosa, mas rica, mas feliz que la Inglaterra? Sus soberbias flotas cubren el Mediterráneo, el Atlántico, los mares del Norte, el Pa-

cífico, los de Oriente; su pabellon es respetado y temido en todos los puntos del globo; sus dominios tienen una extension mayor que no alcanzaran los de la antigua Señora del mundo; en una palabra, no se vió jamás entre las naciones antiguas ni modernas, una potencia que por tan dilatado tiempo se sostuviese en tan alto grado de pujanza; dueña de los mares, señora de inmensos territorios, y prepotente en la mayor parte de los negocios que se agitan en los diversos continentes. Pero este aspecto tan grandioso, tan envidiable que nos ofrece la Inglaterra mirada como Estado, ¿nos lo presenta si la consideramos como sociedad? No es necesario insistir en lo que tantas veces se ha repetido sobre la situacion de sus clases pobres, situacion que se agrava cada dia mas, y que tarde ó temprano es muy de temer que no le abra profundas, y quizás incurables heridas.

Lo que de la Inglaterra se ha dicho podríase tambien aplicar á la Francia, bien que con las debidas modificaciones. Pero dejando esta última nacion, ¿qué espectáculo no nos ofrece la Rusia, ese coloso que amenaza en el porvenir la independencia de Europa? La sociedad, pobre, abatida, esclava en buena parte, ¿es por ventura rica, floreciente, lozana como el Estado? y haciendo por decirlo así la contraprueba, la sociedad española ¿es acaso tan infeliz y miserable como el Estado? Luego los que para apreciar los efectos que el aumento de la poblacion produce atienden tan solo á una de ellas, yerran.

Los límites de la *Revista* nos precisan á interrumpir nuestra tarea, que continuaremos en los números siguientes. —*J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

CARTA CUARTA A UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGION.

FILOSOFÍA DEL PORVENIR.

Mi estimado amigo: mucho me complace que me haya V. ofrecido la oportunidad de manifestarle mi parecer sobre la filosofía que V. apellida *del porvenir;* que si bien V. la critica hasta motejarla, traslúcese no obstante que no ha dejado de hacerle mella, mayormente en lo que ella dice sobre los *destinos* del catolicismo. Llámala V. *filosofía del porvenir;* y en efecto, no cabe nombre mas bien adaptado para calificar esa ciencia estrambótica que sin resolver nada, sin aclarar nada, solo se ocupa en destruir y pulverizar, respondiendo enfáticamente á todas las preguntas, á todas las dificultades, á todas las exigencias, con la palabra *porvenir*. A juicio de esta filosofía, la humanidad ha errado siempre, yerra todavía actualmente; esta filosofía lo sabe, y al parecer es ella sola quien lo sabe; tan grave y magistral es el tono con que lo anuncia. Demandadle ¿dónde está la verdad, cuándo será dado al hombre encontrarla? en el *porvenir*. Como se supone, todas las religiones son falsas, todas son obra de los hombres, un ardid para engañar á las masas, un objeto de risa para los sabios, y muy particularmente para los profesores de esa *elevada filosofía*, únicos que merezcan tal nombre; ¿dónde estará pues la religion verdadera? ¿cuándo podrán los hombres profesarla? en el *porvenir*. Ningun filósofo alcanzó á descifrar el enigma del universo, de Dios, y del hombre; ¿vendrá un dia afortunado en que se verifique el hallazgo de la de-

seada clave? en el *porvenir*. La organizacion social y política se ha de cambiar radicalmente, se ignora lo que se ha de sustituir á lo que actualmente existe; ¿quién nos ilustrará para resolver acertadamente tan espinoso problema? el *porvenir*. Las masas populares sufren atrozmente en los países mas cultos; la desnudez, el hambre, la mas repugnante miseria, contrastan de una manera escandalosa con el lujo y los goces de los potentados, y la *vita bona* de los filósofos: ¿de dónde saldrá el remedio para situacion tan angustiosa? del *porvenir*. El porvenir para la historia, el porvenir para la religion, el porvenir para la literatura, el porvenir para la ciencia, el porvenir para la política, el porvenir para la sociedad, el porvenir para la miseria, el porvenir para sí mismo, el porvenir para lo presente, el porvenir para lo pasado, el porvenir para todo. Panacea de todas las dolencias, satisfaccion de todos los deseos, cumplimiento de todas las esperanzas, realizacion de todos los sueños; siglo de oro cuyos radiantes albores, ocultos á los ojos de los profanos, solo se revelan á algunos espíritus que alcanzaron el inefable privilegio de leer escrita en letras divinas la historia del porvenir. Por esto le saludan con alborozo, por esto se abalanzan á él como niño á los brazos de la madre que le acaricia; por esto atraviesan con irónica sonrisa por en medio de este siglo que *no los comprende*; por esto vivirian gustosos la vida de los desprendidos filósofos de la Grecia, y se retirarian del mundo á guisa de anacoretas, si no fuera necesaria su presencia para anunciar la verdad, si pudiesen prescindir de la *mision* que han recibido sobre la tierra. ¡Desgraciados! víctimas de un destino infausto, no les es dado conceder á su entendimiento todo el vuelo á donde lo ensalzara su *profética inspiracion*, no les es permitido desahogar su pecho con una expansion *humanitaria*, y pegados á esa época de barro, se encuentran forzados á vivir en espléndidos palacios, á ocupar elevadísimos puestos desde donde puedan comenzar á dirigir acertadamente esta sociedad, y no les queda otro consuelo que solazarse algunos mo-

mentos, *cantando* lo que su mente divisa y su corazon augura.

> **Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo,**
> **Jam redit et virgo redeunt saturnia regna:**
> . . . .
> **Occidet et serpens, et fallax herba veneni**
> **Occidet: Assyrium vulgo nascetur amomum.**
> . . . .
> **Molli paulatim flavescet campus arista,**
> **Incultisque rubens pendebit sentibus uva,**
> **Et duræ quercus sudabunt roscida mella.**
> . . . .
> **Non rastros patietur humus, non vinea falcem;**
> **Robustus quoque jam tauris juga solvet arator.**
> **Nec varios discet mentiri lana colores:**
> **Ipse sed in pratis aries jam suave rubenti**
> **Murice, jam croceo mutabit vellera luto,**
> **Sponte sua sandyx pascentes vestiet agnos.**
> **Talia sæcla suis dixerunt currite fusis**
> **Concordes stabili fatorum numine parcæ.**

No les pregunte V., mi estimado amigo, cómo han descubierto tantos prodigios, quién les ha revelado tan admirables arcanos: sobre todo no les exija V. pruebas de lo que asientan, ni tratándolos cual si fueran adocenados pensadores, se atreva V. á requerirles para que demuestren lo que afirman. Estas son cosas, que mas bien se *presienten* que no se *conocen;* tienen algo de poético, de aéreo; son previsiones envueltas en figuras simbólicas; y quien con esto no se satisface, es indigno de la filosofía, la llama del genio no ha tocado su frente, no ha brotado en su espíritu la inspiracion creadora. Por lo demás, ¿quién no ve algunas señales de esa trasformacion maravillosa? No todos alcanzan á preverla con tanta claridad como aquellos á quienes ha sido revelada en misteriosas apariciones; pero á nadie pueden ocultarse los infalibles síntomas que anuncian una próxima y universal mudanza.

> **Aspice convexo nutantem pondere mundum,**
> **Terrasque tractusque maris cœlumque profundum:**
> **Aspice, venturo lætentur ut omnia sæclo.**

Menester es confesar, que el expediente ideado por estos filósofos no es lerdo, y que además tiene la indecible ventaja de ser muy cómodo. Maldito el provecho que sacaron los que se propusieron arreglar el mundo presente; lo que conviene es endosarlo todo al porvenir, que al buen pagador no le duelen prendas. Sócrates con su manto rasgado y luego con su cicuta, Diógenes con su tonel y su arena abrasada, Heráclito con sus lágrimas, y Demócrito con su risa, no entendian una palabra en achaque de filosofía. Burlarse de lo pasado, gozar de lo presente, y alucinar á todo el mundo con la esperanza de un bello porvenir: hé aquí la fórmula mas cabal que se encontrara jamás para evitarse disgustos y salir airoso de todo linaje de compromisos. ¿Y si el porvenir no corresponde á los pronósticos? objetarán algunos escrupulosos. Medrados estamos, si hemos de darnos pena por lo que sucederá: el negocio consiente largas, el plazo que tomamos no es breve, y para no aventurar nada lo dejamos indefinido; siempre podremos solicitar una nueva dilacion, y si álguien de nosotros hasta se adelanta á fijar tiempo, no tengais cuidado que no debe de ser tan olvidadizo que no recuerde aquello de

No temais, señor mio,
Respondió el charlatan, pues yo me rio.
¿En diez años de plazo que tenemos,
El rey, el asno ó yo no moriremos?

Hecha la debida justicia á la filosofía del porvenir, réstame el *nutantem pondere mundum*, quiero decir, la gravísima complicacion de los problemas que pesan sobre la sociedad, y ver hasta qué punto tienen fundamento los filósofos para hablarnos de las trascendentales mudanzas que las futuras generaciones están destinadas á presenciar. Por de contado, muchos de estos dan por supuesto que no se verificarán estos cambios bajo la influencia de la religion; que al contrario esta va perdiendo terreno, y que una de las principales condiciones de la renovacion del

mundo, ha de ser el sustituir á ella la filosofía. Ya se ve, como en sentir de ciertos hombres las religiones, y particularmente el cristianismo, no son otra cosa que «una produccion espontánea de las ideas de las masas, abriéndose paso y encarnándose cuando son maduras, en una imaginacion exaltada, á menudo alucinada por la revelacion que ella anuncia (1);» se dará un paso agigantado en la carrera de la perfeccion social, cuando las masas sean bastante ilustradas para contemplar la verdad en toda su pureza, cara á cara, sin necesidad de los símbolos y envolturas que solo convienen á la flaqueza de inteligencias limitadas. Inútil es decir que no convengo yo con M. Jouffroy en tan peregrina definicion, y que por consiguiente tampoco puedo admitir las deducciones á que ella se brinda. No creo pues que jamás puedan dirigirse bien las masas (y en esta palabra masas comprendo la sociedad entera), sin la influencia de la religion; y que tan absurdo me parece el que la filosofía llegue nunca á llenar el vacío ocupando su puesto, como el que la religion sea una produccion espontánea de las ideas de las masas.

En este siglo de análisis filosófico histórico, seria muy curiosa la demostracion en que se produjesen los datos fehacientes de que el cristianismo fué el producto espontáneo de las masas. ¿De qué masas salió el Evangelio? ¿eran las judías ó las idólatras? Si de las primeras, ¿cómo es que los acérrimos defensores de la ley de Moisés fuesen los capitales enemigos de Jesucristo? ¿Dónde hay un solo hecho, una sola palabra, un leve indicio, de que Jesus aprendiese de los judíos su sublime enseñanza? ¿No es al contrario patente que las palabras del Divino Maestro eran recibidas como enteramente nuevas, y que llenaban de asombro y estupor á cuantos le oian, escandalizándose los unos de la novedad, y acogiéndolas otros con trasportes de admiracion y con entusiasta acatamiento? ¡Hombres ciegos!

(1) Jouffroy, Leccion sobre el destino humano, recogida en sus primeras Misceláneas.

Si habeis leido el sermon sobre la montaña, si habeis reparado jamás en aquel raudal de sabiduría y de amor, que fluye de los labios de un hombre que no habia aprendido las letras, decidnos: ¿dónde estaban las doctrinas que en él se vierten? Desparramadas, nos direis, en medio del pueblo; pero dejando aparte la convincente reflexion que se acaba de indicar, ¿qué prueba señalais para asentar tan extraña paradoja? ¿Mentareis por ventura la filosofía de la época? pero ¿acaso sois únicamente vosotros los que de ella teneis conocimiento? ¿creeis que se ha perdido en el mundo la historia científica contemporánea? Además, que ni siquiera otorgais á la religion este honor de nacer de la filosofía; la haceis brotar de la cabeza de las masas! Recuérdese pues para no olvidarse jamás, que la religion mas admirada hasta de sus propios enemigos, por la sabiduría y santidad de que rebosa, fué un producto espontáneo de las ideas de las masas del tiempo de Tiberio y de Herodes. ¡Lo ridículo compite con lo sacrílego!

Hasta ahora se habia creido que las masas estaban en posesion de la ignorancia, que la presuncion en materia de grandes pensamientos estaba en favor de algunos genios privilegiados, y que de estos debia derramarse sobre aquellas la luz de que necesitaban. Ahora sabremos que esta luz preexiste en ellas, y nó como quiera, sino preparada para ejercer sus efectos, como fruta *madura*, y que cuando un hombre extraordinario surge de en medio de la muchedumbre, á esta muchedumbre debe todo cuanto piensa y todo cuanto hace. Sin duda que ni aun á los ojos de sus enemigos será el cristianismo menos admirable que los mas elevados sistemas filosóficos; de lo que podremos inferir que estos habrán de tener el mismo orígen. En efecto: la religion no es en tal caso mas que una filosofía disfrazada con símbolos y enigmas; de suerte que la invencion de aquella tiene sobre esta una dificultad particular, que consiste en excogitar acertadamente los velos con que se ha de cubrir. Podremos pues afirmar, sin riesgo de equivocarnos, que la filosofía de Sócrates, de Platon, de

Aristóteles, de Bacon, de Descartes, de Malebranche, de Leibnitz, no era otra cosa que una produccion espontánea de las masas; y ¡cosa rara! tambien habrá de caber la misma suerte á la tan ponderada de Kant, Hegel, Cousin, y del mismo Jouffroy.

Bien haya quien tales descubrimientos nos proporciona, quien revela con tan estupenda sagacidad el camino que se ha de seguir para llegar á la mas alta sabiduria. ¡Oh! ¡cuán errado andaba Descartes cuando se condenaba á tan dilatadas meditaciones, comenzando ya desde el colegio á obtener la dispensa de no madrugar demasiado, y fomentar así con el suave calor, la fuerza de la contemplacion á que se abandonaba! muy tonto era Malebranche que pasaba sus dias en el mayor retiro, sepultado en su gabinete, y cerradas las ventanas para que la luz no le distrajese! A estos pobres filósofos, y á sus menguados maestros y discípulos, se les habia metido en la cabeza que es *infinito el número de tontos*, y que quien deseaba ser sabio, ó menos tonto, debia andar cuidadoso en no dejarse contaminar demasiado de la atmósfera del vulgo, y hasta contando por vulgo á tantos como se eximen de este dictado, por mas legítimos títulos que justifiquen su pertenencia á la misma clase. Ignoraban estos buenos señores, que ora sea para idear un sistema de filosofía, ora para inventar una religion, es necesario mezclarse entre las masas, nó precisamente para observarlas en sus extravíos, en sus errores, en sus pasiones, en sus caprichos, y estudiar así los resortes del espíritu humano, y aprender á dirigirle, que esto ya lo sabíamos de muy antiguo; sino para ver las ideas que en ellas germinan, para seguirlas en su crecimiento y desarrollo, y en notando que están *maduras*, aprovechar el momento crítico, formularlas, haciendo que se *encarnen*, y presentar luego el resultado á las mismas masas asombradas, diciéndoles: «hé aquí un presente del cielo.»

¡Pobres masas! Y no sabrán que adoran un ídolo que ellas han fabricado; que comen cual maná bajado del cie-

lo, la misma fruta que de ellas ha nacido; y de tal manera, que para ofrecérsela el mentido impostor, apenas ha tenido ningun trabajo, solo el de cogerla, pues que ya estaba *madura*.

Si los católicos nos hubiéramos permitido tamañas paradojas, si nos hubiéramos atrevido á emitir semejantes aserciones, contrarias á la buena filosofía, en oposicion con la historia, repugnantes al sentido comun, sin pruebas de ninguna clase, sin indicios los mas leves, sin el mas remoto fundamento para apoyar la conjetura; si mal hallados con el lenguaje ordinario, hubiéramos echado mano de expresiones simbólicas, haciendo *encarnar* ideas, y con la peregrina ocurrencia de aplicarles la metáfora de *maduras*, ofreciendo de esta manera un estrambótico contraste, todos los diccionarios de la sátira no hubieran sufragado los apodos necesarios para cubrir de burla semejante atentado contra la filosofía y el buen gusto. Juzgue V., mi estimado amigo, entre nuestros adversarios y nosotros; y juzguen con V. todos los hombres de sana razon.

Infiero de lo que acabo de exponer, que es una pura quimera la profecía de algunos filósofos de nuestra época de que el cristianismo esté destinado á morir, y de que haya de recoger su herencia esa filosofía, de que todos hablan, sin decirnos en qué consiste. En este punto, paréceme astuta y todavía mas cómoda, la conducta de M. Cousin, fundada en los motivos que nos ha revelado M. Pedro Leroux en un número de la *Revista independiente*. El pasaje es curioso, y merece la pena de copiarle. «Hace ya muchos años, dice M. Leroux, que conversando con M. Cousin sobre su apología, nó de Sócrates, sino de los jueces de Sócrates, extraña paradoja escrita á lo que parece para hacer una mueca á Platon y á Jenofonte, le echábamos en cara este acto irracional que mirábamos como un crímen de lesa filosofía. Interrumpióse M. Cousin en su respuesta, para preguntarnos: ¿cuánto tiempo os parece que á la religion de nuestro país le queda de vida?—No es esta la

cuestion, le dije yo, trátase de la filosofía, de la verdad; jamás los filósofos hubieran hecho nada bueno, si en vista de la realidad, se hubiesen interrogado de esta suerte para saber lo que debian hacer.—Yo, replicó M. Cousin, creo que el catolicismo tiene todavía alimento para trescientos años (en a encore pour trois cents ans dans le ventre); en consecuencia, me quito humildemente el sombrero en presencia del catolicismo, y continuo la filosofía.»

Hubo un tiempo en que cundió entre los protestantes la manía de anunciar la caida del catolicismo, fijando con tanta precision la época, como pueden hacerlo los astrónomos con un eclipse, ó el paso de un cometa. Seguros de la prediccion, la pregonaban con gran ruido; pero las cuentas debian de estar mal ajustadas, que la época fatal llegaba, y el pronóstico no se cumplia. Esos profetas eran á veces sobrado indiscretos; pues se atrevian á señalar un plazo breve, cuyo trascurso no era bastante á que se hubiese olvidado el anuncio. M. Cousin recordaria sin duda estos chascos proféticos, y no queriendo llevar las cosas á un extremo á guisa de buen conservador, y proponiéndose por otra parte evitar la burla de ser desmentido, escogió un medio término, entre *los siglos de los siglos de los católicos*, y el corto espacio de los profetas protestantes, y le otorgó al catolicismo un plazo de trescientos años. De esta manera, cuando en todo el presente siglo, y en el siguiente, se admiren algunos de que vaya durando el catolicismo, estará muy á mano la satisfactoria respuesta de que, «esto ya lo habia pronosticado M. Cousin;» y cuando pasados los trescientos años, al espirar el plazo fatal, se vea que el catolicismo no muere por inanicion, y que le queda todavía alimento; entonces ya nadie se ha de acordar de M. Cousin, cuanto menos de su profecía.

En lo moral como en lo físico, el primer síntoma de estar tocado de muerte un ser cualquiera, es no crecer, no producir; la cercana extincion de la vida se muestra siempre por la falta del desarrollo y de la accion del ser que

muere. Sécanse al árbol sus hojas, se le marchitan las flores, no le nace el fruto; al animal se le retira el calor, sus facultades funcionan con lentitud, su obrar es lánguido, su fecundidad cesa. Observad el mundo intelectual y moral, y notareis los mismos fenómenos. Cuando un sistema filosófico caduca, pierde su accion propagandista; léjos de aumentarse el número de sus prosélitos se disminuye: no se hace nueva aplicacion de sus doctrinas, se arrumban las que se han hecho, todo se prepara para hacerle caer en desprecio, y luego en olvido. Una legislacion próxima á perecer, es con frecuencia desobedecida, sus propios sostenedores no se atreven á hacer uso de ella; no se extiende á otros pueblos, es ya un cuerpo exánime á quien solo faltan los honores de la sepultura. Lo propio sucede con las instituciones, sean del órden que fueren, y por mas que haya sido su importancia. La muerte que les amenaza de cerca, se manifiesta por síntomas infalibles. Recórrase la historia entera, fíjese la vista en todas las instituciones sociales y políticas, que por una ú otra causa hayan adolecido de achaque mortal, y se verá que en los últimos períodos de su existencia, se parecian á aquellos edificios ruinosos, de los cuales huyen á toda prisa los habitantes para no ser sepultados en sus escombros.

Nada de esto se verifica con el catolicismo. Arraigado en España, Portugal, Italia, Francia, Bélgica, Austria, en varios países de Alemania, en Polonia, en Irlanda, con dilatados dominios en la América, progresando en Inglaterra, en los Estados-Unidos, desplegando vivísima actividad en las misiones de Oriente y Occidente, difundiendo de nuevo en distintas regiones los institutos religiosos, sosteniendo vigorosamente sus derechos, ora con enérgicas protestas, ora arrostrando la persecucion, defendiendo sus doctrinas con grande aparato de saber y de elocuencia en los principales centros de inteligencia del mundo civilizado, contando entre sus discípulos hombres esclarecidos, que no les van en zaga á los de otra secta cualquiera, ¿dónde están los síntomas de una muerte

cercana? ¿dónde las señales que indican la caducidad?

Ya preveo, mi estimado amigo, la dificultad que me va V. á objetar; y por si no le ocurriese, yo mismo cuidaré de presentarla sin quitarle nada de su fuerza. Si tanta es la vida entrañada en el catolicismo, si tan claras y evidentes son las señales con que se muestra; ¿por qué estais lamentándoos de los males que afligen á la Iglesia en este siglo? ¿por qué se recuerdan á cada paso aquellos dias de gloria, que alcanzara en épocas mas felices? A esto responderé en primer lugar, que yo no he dicho que el catolicismo no haya sufrido grandes quebrantos; sino que únicamente he sostenido que en su situacion actual no se descubrian anuncios de muerte. Estas dos aserciones son muy diferentes, nada tiene que ver la una con la otra. Esta contestacion basta y sobra para desvanecer la dificultad propuesta; pero á mayor abundamiento me permitiré añadir, que tambien suele haber alguna exageracion de los actuales males de la Iglesia, en comparacion de los que sufrió en otros siglos. La decadencia de la fe y de las costumbres, es á menudo ponderada en demasía, no solo por los enemigos de la Iglesia, sino tambien por sus hijos mas predilectos. Estos por celo y por un santo pesar, aquellos por espíritu de maledicencia y por un secreto placer de anunciar el desmoronamiento de lo que desean ver arruinado, todos contribuyen á que suenen muy alto los ayes en que se lamentan los males de la época, y á que los hombres ignorantes ó poco advertidos se imaginen que, comparado con los antiguos tiempos, el catolicismo ha pasado á ser, de un reino pacífico, rico, poderoso, floreciente, una miserable comarca, entregada á un reducido número de moradores, víctimas de la degradacion y de la anarquía.

Con perdon de los que así opinan, y para consuelo de los que desearian ver en la Iglesia un cuadro mas halagüeño, diré que no es esto lo que enseña la historia; y que cuando tan sentidamente se lamentan los males de nuestro tiempo, es por la sencilla razon de que siempre la enfermedad presente es la peor.

Cuantos desean comprender algun tanto la historia del cristianismo, y no escandalizarse á cada paso por los acontecimientos adversos que en tanta abundancia nos ofrece, no deben jamás perder de vista que la religion de Jesucristo lo es de sufrimientos, de contrariedades, de persecuciones, es una religion de sacrificio, que se inauguró sobre la tierra con la inmolacion del Cordero sin mancilla. Todo lo que á ella pertenece lleva este formidable sello: el Bautista precursor, es decapitado, y su cabeza sirve de presente en una orgía para abrevar de sangre una horrible venganza; los apóstoles sufren el martirio en las diversas partes del mundo; y viene tras ellos una muchedumbre que nadie puede contar, de todas lenguas, tribus, naciones, condiciones, edades, sexos, que sufren los tormentos y la muerte por la fe, y lavan sus estolas en la sangre del Cordero. ¿Os desalientan las apostasías que estais presenciando, los errores que pululan, el extravío de tantos que ó por interés ó por vergüenza, ó por otras pasiones, niegan al Divino Maestro? pero ¿olvidais acaso la traicion de Judas y la negacion de S. Pedro?

Vemos, es cierto, muchedumbre de sectas separadas, vemos cual se asestan contra la Iglesia los tiros del sofisma y de la calumnia; pero ¿es esto otra cosa que una repeticion de lo que ha sucedido en todos los siglos desde su fundacion? En el primero, brotan como inmundos insectos las inmorales herejías de Simon, Cerinto, Menandro, Ebion, Saturnino, Basílides y Nicolao. En el segundo aparecen los Gnósticos, Valentinianos, Orfitas, Archonticos, Cayanos, Helcesitas, Encratitas, Marcionistas, Montanistas y otros. En el tercero encontramos los sectarios de Praxeas, de Sabelio, de Paulo de Samosata, de Novato, de Manes; de suerte que mientras la Iglesia tenia contra sí los potros, los caballetes, la cuchilla, las hogueras, y todo linaje de horrendos suplicios, veia salir de su propio seno hijos ingratos que le despedazaban las entrañas, corrompiendo la pureza de la moral y del dogma, levantando cátedra contra cátedra, y propalando cual doctrinas emana-

das del cielo, los sueños de la ilusion y de la impostura.

Y ¿qué diremos de los siglos siguientes? Se habla de la paz de Constantino, se ponderan las ventajas que de ella resultaron á la Iglesia; es cierto; pero no lo es menos que aquella paz fué á menudo interrumpida, con frecuencia muy amargada, y que el Divino Esposo no le dejó olvidar un momento que estaba en tierra de peregrinacion, que era militante, y que no le era dado disfrutar aquí bajo de la calma y felicidad que le están reservadas para cuando la Jerusalen de este mundo esté absorbida en la celestial. En el mismo siglo que la cruz se enarboló sobre el trono de los Césares, experimentó la Iglesia tantos sinsabores, que difícilmente se los causaran mas dolorosos los rigores de la persecucion. ¿Quién ignora la turbacion y desastres acarreados por los cismas de los Donatistas, Melecianos y Luciferianos? Las iglesias de África, de Egipto, de Asia, vieron erigido altar contra altar, divididos escandalosamente los fieles, hecha pedazos la túnica inconsútil de Jesucristo. Y ¿qué será si recordamos las muchas herejías que á la sazon se levantaran, y particularmente las de Arrio y Macedonio? Penosas son en nuestra época las tareas de aquellos á quienes puso el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios; pero penosas eran tambien las de los obispos que formaban los concilios de Nicea y Constantinopla. Y no faltaban tambien emperadores que afligian la Iglesia, extralimitándose de sus facultades, y entrometiéndose en los negocios puramente eclesiásticos; y habia tambien un Juliano apóstata que se complacia en abatirla y humillarla, y habia tambien escritores venenosos que derramaban por todas partes sus funestas doctrinas: y los apologistas de la religion se veian precisados á trabajar sin descanso, á multiplicarse, por decirlo así, para hacer frente á los muchos puntos que reclamaban el auxilio de su saber y de su elocuencia en defensa de la religion. San Atanasio, S. Cirilo, S. Basilio, los dos Gregorios, S. Epifanio, S. Ambrosio, S. Agustin, S. Jerónimo, S. Juan Crisóstomo, y otras lumbreras de aquel siglo, recuerdan los em-

peñados combates que á la sazon sostuvo la verdad contra el error, supuesto que para alcanzar la inmortal victoria se empeñaron en la lucha tantos gigantes.

Sigue luego la irrupcion de los bárbaros, y la Iglesia léjos de disfrutar la época bonancible que parecia necesitar para su descanso, se encuentra entre la ferocidad de los invasores, los estragos que en ellos habia hecho el arrianismo, el ciego y caviloso prurito de disputa de los emperadores de Oriente, y el espíritu de resistencia á la autoridad que se desenvuelve en diferentes herejías. ¡Cuántos concilios! ¡Cuántas decisiones de los papas! ¡Cuántos escritos de varones eminentes por su santidad y sabiduría! ¡Cuántos vaivenes en los pueblos sometidos á la Iglesia! ¡Cuántas oscilaciones en la fe! ¿Dónde está esa calma que algunos echan menos; ese predominio no disputado, esa envidiable bonanza en que se imaginan la barquilla de san Pedro, surcando un mar sosegado y tranquilo?

De esta suerte, y con varia pero siempre agitada fortuna, se llegó al siglo x; en él no hubo herejías, pero en cambio habia una profunda ignorancia madre de la corrupcion, que á su vez engendra tambien los mas detestables errores: «æternam timuere sæcula noctem.» Tomaron cuerpo entonces las violencias de los príncipes salidos de la barbarie, entronizóse el feudalismo, siguió la lucha de los pueblos contra los señores, y de estos entre sí y con los reyes; brotando de ese caos, nuevas herejías con un carácter mas práctico, mas invasor, mas amenazador que las antiguas. No necesito recordarle á V., mi estimado amigo, los nombres de los que ora con las armas, ora con la pluma, ora con la predicacion, se desencadenaron contra la Iglesia; la historia de estos errores y contiendas es inseparable de la Europa; solo diré que la aparicion del protestantismo, si bien fué una catástrofe de imponderables consecuencias, no fué sin embargo un hecho del todo nuevo, sino que tomó un carácter peculiar á causa de la época en que nació.

Grandes males tiene que llorar actualmente la Iglesia;

pero mucho dudo que sean iguales á los del siglo décimosexto y siguiente; ni en errores, ni en desastres, parece que nada dejaban que desear al genio del mal. Por lo que toca al siglo pasado, está demasiado cerca de nosotros para que sea necesario mentarle siquiera; baste recordar, que se abrió con las disputas y la terquedad del jansenismo, y se cerró dignamente con la Constitucion del clero y las persecuciones de la Convencion.

No me he propuesto hacer ni un ligero bosquejo de las contrariedades que en todos tiempos ha sufrido la Iglesia, para que pudiesen compararse con las que padece en el nuestro: y sí únicamente echar acá y acullá algunas plumadas, que al menos recordasen los principales acontecimientos que tan trabajosa y gloriosa á la vez nos presentan su historia. Con esto desearia que se consolasen los fieles que con excesiva afliccion contemplan los males de nuestra época, reflexionando que no es tan cierto como ellos quizás se imaginan, que este sea el tiempo en que Dios ha permitido que campease con mas audacia el poder del príncipe de las tinieblas. Al menos por mi parte, abrigo sobre este particular fuertes dudas, que se ofrecerán á cualquiera que repase con atencion los anales eclesiásticos.

Ateniéndonos á lo sucedido durante el siglo pasado y el presente, se me dirá que en Francia la fe ha perdido mucho, y se me recordará que lo propio acontece en Portugal, España é Italia; pero yo replicaré que tambien ha crecido en Irlanda, que ha ganado mucho en Inglaterra y Escocia; y sin empeñarme en discusiones sobre la exactitud de la compensacion, observaré que la Iglesia ha conquistado en nuestra época una ventaja inmensa, cual es, que entre los países mas civilizados y cultos, no hay ninguno donde se la mire con hostilidad perseguidora. Y no se me cite en contrario el ejemplo de la Rusia, ni un extravío pasajero del gobierno de Prusia, ni las anomalías de otros países; la causa de la religion parece mas bella cuando se enlaza con los recuerdos de nacionalidad de un

pueblo desgraciado; y la Iglesia se presenta mas hermosa y lozana, cuando tiene por perseguidores el raquitismo en política, y la nulidad en filosofía.

Calculan algunos incrédulos la decadencia de la fe, por lo que observan en las personas de su trato; y como estas son á menudo de las mismas ideas, deducen que la incredulidad es el estado normal de los entendimientos. Acontece en este punto lo mismo que en los relativos á costumbres. El inmoral halla la inmoralidad en todas partes: no hay para él un hombre honrado, una mujer honesta, un magistrado íntegro, un comerciante de buena fe; la perfidia, la corrupcion, el soborno reinan en todas las almas; y si bien reparais en su manera de discurrir, sus propios vicios no son mas que el resultado de la profunda conviccion de que es enteramente imposible el ejercicio de la virtud. No le faltan, ni excelente índole, ni buenos deseos, ni la fuerza de ánimo necesaria para practicar el bien; pero ¿qué fruto sacaria de constituirse en única excepcion sobre la tierra? Víctima de las malas artes y de las pasiones de sus semejantes, fuera un estéril holocausto ofrecido en las aras de la virtud, de esa diosa que de tan antiguo abandonó para no volverlas á ver las moradas sublunares. ¿No es verdad, mi estimado amigo, que así hablan los hombres inmorales, que tienen bastante conocimiento para reflexionar un poco sobre su estado, creando una especie de filosofía que les sirva de comodin contra los remordimientos de su conciencia? Aplique V. á la incredulidad lo que acabo de decir, y hallará una perfecta analogía. Habla el incrédulo con hombres que comparten sus errores, echan una ojeada sobre el estado de las creencias, y como cada cual recuerda haberse hallado con otros de la misma opinion, cuando menos sus maestros ó discípulos, llevan todos su contingente de incredulidad observada en distintos lugares, é infieren sin vacilar, que la induccion es cumplida, que todos los votos están recogidos, que la fe no tiene un solo partidario, y está condenada irremisiblemente, desterrada para siempre del mundo. Fu-

lano, dicen, aparenta creer, pero es hipocresía; Zutano lo finge por interés, Menguano por no contristar á una madre, á una esposa devotas; por lo demás, todos los hombres que piensan están acordes en este punto, el hecho es tan cierto que se halla fuera de discusion.

Con esta seguridad he oido hablar, estos discursos he oido hacer; pero yo que no podia olvidar lo que he visto con mis ojos, yo que tampoco habia descuidado observar y recoger hechos sobre la misma materia, no podia resignarme á abdicar mis opiniones y á suponer errados todos mis cálculos. Además, encontraba tambien otro motivo para no dar mucha importancia á las inducciones de mi adversario; sin apariencias de contradecirle, daba á la conversacion un giro que indicarme pudiera las fuentes donde habia bebido ese profundo conocimiento del mundo, el teatro donde habia hecho sus observaciones sobre el estado actual de las creencias. Desde luego echaba de ver, que de las personas y círculos á que se referia, aun cuando él no me lo hubiera dicho, á la legua hubiera yo sospechado que no abundaban de fe; si es que de antemano no me constaba lo mismo que él me estaba revelando. Hablábale entonces de otra sociedad, como suele decirse, de otros hombres, de otras reuniones; no tenia noticia de ellos, no estaban en su cuerda. Traia la conversacion al movimiento religioso de este ó de aquel país, pronunciaba el nombre de un autor distinguido en esta materia, recordábale un pasaje interesante de una obra escogida; á esta literatura no se habia dedicado mucho; siquiera por amor propio, afectaba tener de esto algunos conocimientos, bien que con la modestia de no manifestarlos; pero yo para mis adentros inferia, que aquel hombre hablaba de lo que no sabia, que en sus cálculos deducia de lo particular lo universal, y que todo su aparato de observacion sobre el estado de las creencias se reducia á noticias de que no carece ninguna persona entendida.

Ni la sociedad, mi estimado amigo, está toda en las capitales, ni las capitales se forman exclusivamente de un

determinado número de reuniones, por mas que estas sean á menudo las mas presumidas y pretensiosas; necesario es extender la vista algo mas allá, cuando se quiere formar juicio sobre el estado de las creencias. No sucede con ellas lo que con el movimiento político ó mercantil. Estos se limitan á círculos por lo comun muy estrechos; y para juzgar de su situacion y tendencias, basta regularmente colocarse en algunos de los centros en cuyo torno se verifican. En negocios de religion es muy de otra manera; sus ramificaciones son inmensas, sus raices calan hasta las entrañas de la sociedad; la soberbia capital como la miserable aldea, no se eximen de su influjo; y así es harto arriesgado el juzgar de ellas por lo que se ha notado en círculos reducidos.

Pero ya esta carta va tomando mas ensanche del que conviene; y así resumiendo mis ideas, diré que lo que V. llama tan acertadamente la filosofía del porvenir, es una de tantas quimeras como sueña el espíritu humano; que ningun problema resuelve, que nada nos dice sobre las altas cuestiones que se propone ventilar; que sus pronósticos no llevan camino de cumplirse, y el catolicismo no presenta señales de muerte ni caducidad. Por lo tocante á las profundas mudanzas que en sentir de esos filósofos se han de verificar en la sociedad, convengo con ellos; pero no creo que sea de la manera que los mismos se figuran. No tengo dificultad en reconocer que estamos en una época de *transicion;* pero me inclino á pensar que esta transicion léjos de ser característica de nuestra época, es en cierto modo general á toda la historia de la humanidad; porque es evidente que el género humano está *pasando* continuamente de un estado á otro. La perfectibilidad indefinida de que nos están hablando sin cesar los *filósofos del porvenir*, es tambien asunto sobre el cual abrigo yo mis dudas; así como sobre lo que dan por supuesto y enteramente incuestionable, de que la humanidad aun aquí en la tierra, adelanta siempre hácia la perfeccion, haciendo sin cesar nuevas conquistas. El escepticismo *filo-*

sófico de que, como le dije en una de mis anteriores, estoy algo tocado, hace que al oir enunciar alguna proposicion demasiado general, no me deje alucinar ni por la celebridad ni el tono magistral de quien la emite; y que en uso de mi independencia, examine si el acreditado maestro podria haberse equivocado. Esto me ha sucedido con la *transicion* actual, y con la *marcha* continua de las sociedades, y con las mudanzas que para lo venidero se nos pronostican; sobre todos estos puntos le diré mis opiniones en otra que pienso escribirle otro dia. Ahora no puedo hacerlo; ya por no alargar demasiado la presente, ya porque «non tantum est otii.» Queda de V. su affmo. — *J. B.*

(Número de la Revista correspondiente á 15 de junio de 1843.)

ESTUDIOS FRENOLÓGICOS.

Artículo 1.°

En el primer número de esta *Revista* nos ocupamos de la ciencia frenológica en sus relaciones con la espiritualidad del alma; estableciendo algunos principios para precaver que los poco versados en estas delicadas materias, incurriesen en equivocaciones sobre un punto de tan elevada importancia, por afectar muy de cerca uno de los principales fundamentos de la religion, cual es, la distincion entre el espíritu y el cuerpo. Explicamos allí cómo pudiera entenderse en un sentido razonable y nada dañoso, la doctrina que establece que el alma posee diferentes facultades, las cuales ella manifiesta por medio de correspondientes órganos cerebrales; y con esta ocasion expusimos tambien, cuál era la acepcion legítima que podia darse á la proposicion en que se asienta que el alma, mente ó entendimiento, obra por medio del cerebro; aduciendo autoridades respetables, así en el órden religioso, como en el puramente filosófico. Ofrecimos entonces á nuestros lectores el volver otro dia á la discusion de este asunto; y si bien hubiéramos deseado hacerlo cuando se hubiese publicado una obra mas extensa cuyo prospecto ha visto

ya el público, no obstante con la mira de que no nos veamos precisados á dilatar demasiado el cumplimiento de lo que tenemos prometido, entraremos hoy en amplio exámen de la materia. Es tal su importancia, y tan graves y delicados los puntos á que se refiere, que habiéndose ventilado extensamente en esta capital, en ocasion muy reciente, no podemos permitir que las graves cuestiones que de ella surgen, pasen desapercibidas y sin las correspondientes aclaraciones.

Seis principios asienta el Sr. Cubí, apoyándose en la autoridad de Gall, y mirándolos como la base de toda la ciencia frenológica.

1.° Las facultades ó potencias del alma son innatas.

2.° El cerebro es el órgano del alma ó mente.

3.° El cerebro es múltiplo; esto es, el cerebro es un compuesto ó agregado de varios órganos por medio de los cuales manifiesta el alma sus varias facultades.

4.° El tamaño de un órgano cerebral, *siendo todo lo demás igual*, es una medida positiva de su potencia mental.

5.° El tamaño y forma del cerebro es, con rara excepcion, idéntico al tamaño y forma de la superficie externa de la cabeza.

6.° Toda facultad del alma tiene su lenguaje especial; esto es, todo órgano cerebral, cuando se halla predominantemente activo, produce un movimiento, expresion, gesto ó actitud, que se llama su lenguaje especial ó natural. (*Manual de Frenología.*)

Antes de pasar á otras consideraciones, examinaremos rápidamente estos seis principios, ó axiomas, ó como se quiera llamarlos. El primero es: las facultades ó potencias del alma son innatas. En esto nos hallamos de acuerdo con el Sr. Cubí; y creemos que en el mismo caso se encuentran todas las escuelas filosóficas. El hombre obra ejercitando sus facultades, pero no produce el mismo principio de su accion, pues que esta supone la existencia de aquel. Es cierto que ora consideremos las facultades del alma identificadas con su esencia, ora admitamos que son

cosa distinta, la razon y la experiencia nos están diciendo que no podemos dárnoslas á nosotros mismos; lo que en ellas podemos hacer es avivarlas, perfeccionarlas y pulirlas, nada mas. Todo cuanto en este sentido hacemos, supone un cierto fondo de la naturaleza, que nos ha sido otorgado gratuitamente por el Criador, y que si no nos hubiera sido concedido, tan léjos estuviéramos de poderlo producir, que ni siquiera alcanzaríamos á formarnos de él una idea.

El segundo principio es: el cerebro es el órgano del alma ó mente. Como en el discurso citado nos detuvimos en explicar el sentido en que debia tomarse esta proposicion, si se queria evitar el que se le dieran acepciones peligrosas, bástanos trascribir aquí lo que entonces decíamos.

«Que hay una relacion entre el entendimiento y el cerebro, que este es el centro de las sensaciones, que de su buena ó mala disposicion natural ó accidental, resultan los mas variados fenómenos en el ejercicio de las facultades del alma, es una verdad que no consiente duda; como que está reconocida por todos los filósofos antiguos y modernos, y atestiguada por la experiencia de cada dia. El delirio y la locura que de tal suerte trastornan las funciones del alma, tienen su orígen en afecciones cerebrales; de estas dimanan tambien los sueños mas ó menos variados, mas ó menos extravagantes, habiendo podido notar cualquiera lo mucho que en esta parte influyen la cantidad y calidad de los alimentos, y todo cuanto comunica al cuerpo estas ó aquellas disposiciones, capaces de afectar este órgano. Aun no suponiendo un trastorno tan completo como lo es el de una alienacion mental, ó un estado tan diverso cual el sueño respecto de la vigilia, ¿quién no ha notado la exaltacion de las facultades del alma que se sigue á la inmutacion del cerebro causada por agentes accidentales? una botella de vino de champaña convierte quizás en animado hablador, facundo, variado y chistoso, á un hombre que pocos momentos antes se mostraba indiferente, taciturno y frio.

»Los diversos sistemas psicológicos ideados por las diferentes escuelas filosóficas, fueron excogitados con la mira de explicar la relacion entre el cuerpo y el alma, y muy particularmente entre esta y el cerebro. El influjo físico, las causas ocasionales, la armonía prestabilita, y las demás hipótesis mas ó menos análogas á las sobredichas, todas dimanan de la dificultad en que se encontraron las varias escuelas para dar razonada cuenta de una relacion, de una comunicacion, de una recíproca influencia, tan ciertas como incomprensibles.

»Así pues ciñéndose como manifiesta ceñirse el indicado profesor á establecer este fenómeno generalmente reconocido, estamos de acuerdo con él en que es un hecho incuestionable.

»Bonald copiando á Platon, ha dicho que «el hombre es una inteligencia servida por órganos» y entre estos sin duda debe contarse como principal el cerebro, mayormente en lo tocante al ejercicio de las facultades intelectuales. Sin embargo, para no confundir los límites de la filosofía espiritualista y materialista, atribuyendo á lo que es puramente corpóreo, funciones que de ninguna manera pueden corresponderle, es menester fijar con exactitud el sentido de la palabra *órgano*, para que cuando se dice que el cerebro lo es del alma, no se entienda que por él se ejercen de alguna manera los actos del entendimiento ó de la voluntad. Órgano es el medio ó conducto por donde una cosa se comunica á otra, ó por el cual se ejerce alguna funcion; así la lengua será el órgano de la palabra, los ojos serán el órgano de la vision, el tímpano será el órgano del oido, en cuanto sirven estas partes del cuerpo para ejercer aquellos actos que con los indicados nombres se designan. Pero con la mira de evitar la confusion de las ideas en un punto de tanta importancia y trascendencia, emitiremos algunas observaciones que bastan en nuestro juicio á prevenir toda equivocacion. El lector nos dispensará si nos elevamos á consideraciones puramente ideológicas y metafísicas, quizás no muy fáciles de ser com-

prendidas perfectamente por los no versados en tan espinosas materias; procuraremos no obstante expresarnos con la mayor claridad y limpieza, acomodándonos á la capacidad hasta de los menos inteligentes, en cuanto nos lo permita el objeto que nos proponemos dilucidar.

»El instrumento es el medio de que nos servimos para ejecutar alguna cosa; el pincel es el instrumento del pintor, como el cincel lo es del escultor y la pluma del escribiente. En este sentido el cerebro no es ni puede ser instrumento del alma en el pensar ni en el querer. Si en este sentido se dijese que el cerebro ú otra parte del cuerpo son instrumentos ú órganos del alma, la expresion seria no solo inexacta sino falsa; porque entonces se daria á entender que el espíritu elabora sus pensamientos por medio del cerebro, que este contribuye inmediatamente á la formacion de aquellos; lo que daria por el pié á todo sistema espiritualista que estriba, como sobre su cimiento, en el siguiente principio: el pensamiento y la materia son cosas incompatibles. En efecto, aquel es esencialmente simple, esta esencialmente compuesta; aquel supone por necesidad unidad del sujeto que lo ejerce, esta es por necesidad múltipla, porque en su misma naturaleza entra el ser compuesta de muchas partes; aquel existe en un ser que puede darse cuenta de sus actos á sí propio, que con toda verdad y exactitud pueda decir *yo*, á pesar de todas las modificaciones que sufra por la diferencia de sus facultades y la diversidad de sus actos; cuando en esta es imposible encontrar ese ser *uno*, indivisible, único sujeto de las modificaciones que experimenta; pues lo que sufre una parte no lo sufre otra, y por lo mismo no es dable concebir en la misma ese *yo* uno, simple, indivisible, idea que necesariamente acompaña á todo ser que piensa ó quiere.

»Esta es la razon profunda de los singulares sistemas á que han apelado todos los grandes hombres para explicar el misterio indescifrable de la union del alma con el cuerpo, de las relaciones que entre sí tienen, del modo con

que recíprocamente se comunican y, se afectan. Veian el hecho, lo palpaban en sí y en los demás, el fenómeno de la accion del alma sobre el cuerpo y de este sobre aquella, se les ofrecia fuera de duda; pero no era para ellos menos incuestionable la diferencia esencial de las naturalezas de estos dos seres, no acertaban á darse cuenta de la posibilidad de la accion recíproca, no comprendian como lo simple y lo compuesto pueden influir lo uno sobre lo otro; y por esto, entregados á profundas meditaciones, excogitaban sistemas quizás extravagantes y que provocaban la risa de los poco versados en estas materias. Los hombres vulgares no conocian toda la extension y la fuerza de la dificultad que los primeros se propusieron salvar; y por lo mismo no apreciaban el mérito del esfuerzo extraordinario, indicado por la misma singularidad de las hipótesis.

»Queda pues sentado que no hay inconveniente en que se diga que el alma, mente ó entendimiento, obra por medio del cerebro como por su órgano, mientras con estas expresiones se entienda que dadas ciertas operaciones del alma, resultan determinadas funciones del cerebro; y que afectado el órgano de esta ó aquella manera, resultan estas ó aquellas impresiones en el alma. Y nótese bien, que no tratamos aquí de explicar cómo esto se verifica, ni de señalar preferencia á ningun sistema filosófico; y sí únicamente de dejar en su puesto el hecho fundamental de toda ciencia psicológica, á saber, la imposibilidad de que el pensamiento resida en la materia. De esta suerte queda en salvo la espiritualidad del alma, queda fuera de duda la diferencia esencial entre espíritu y cuerpo, y nos hallamos por consiguiente desembarazados para entrar de lleno en la cuestion frenológica, ó sea en el exámen de los hechos cuyo conjunto unido á las consecuencias que de los mismos se sacan, se propone el distinguido profesor ofrecernos como un verdadero cuerpo de ciencia.» (*Véase tomo I, página* 38.)

El tercer principio es: el cerebro es múltiplo; esto es,

el cerebro es un compuesto ó agregado de varios órganos por medio de los cuales manifiesta el alma sus varias facultades. En esta proposicion se contienen dos aserciones: multiplicidad de órganos del cerebro, y variedad de las facultades del alma. Examinémoslas por separado. En cuanto á la variedad de facultades, la experiencia propia y la ajena nos la dejan fuera de duda, aun refiriéndonos á un mismo individuo; que si se trata de diferentes personas, entonces el fenómeno se presenta tan de bulto que no consiente réplica ni necesita explicacion. Y esto no se verifica solamente con respecto á las facultades cuya variedad está fundada en la misma diferencia de su naturaleza, como por ejemplo el entendimiento y la voluntad; sino que es muy fácil observarlo hasta en aquellas que perteneciendo á un mismo órden debieran al parecer presentarnos, sino completa uniformidad, al menos mucha analogía. Así, es sobremanera curioso el notar los diferentes caracteres que ofrecen las inteligencias, y la asombrosa variedad que en ellas se descubre, no tan solo por lo relativo á sus grados de alcance y de fuerza, sino tambien por lo tocante á su capacidad y disposicion para estos ó aquellos objetos. Hombres hay, y los conoce el que esto escribe, de talento felicísimo en todo lo que concierne á las ciencias políticas y morales, y que sin embargo lo poseen muy escaso en tratándose de las naturales y exactas. Hasta ciñéndonos á un solo género se observa una variedad singular cuando se desciende á las especies. ¿Quién no diria, por ejemplo, que uno que posea feliz disposicion para una parte de las matemáticas debe poseerla igual para todas? no obstante la experiencia está demostrando que no es así; y concretándonos á la aritmética universal, se encuentra que unos tienen muy buenas disposiciones para la numérica y no tanto ni de mucho para la algebraica, mientras otros se familiarizan sin ningun trabajo con la expresion abstracta del álgebra, y se sienten embarazados con la concreta minuciosidad de los números. Si comparamos la aritmética universal con la geometría, la diferen-

cia se hace mucho mas sensible; sucediendo á veces que una persona sobresaliente en uno de dichos ramos, no pase en otro de mediana.

En el trato comun de la vida es fácil observar esta misma variedad, ora se pongan en cotejo personas de cortos alcances, ora se comparen hombres de conocido talento. Aun cuando estén acordes en sus principios, y hayan recibido una educacion muy parecida, es sin embargo tan diferente su modo de mirar las cosas, que se muestra clarísimamente la diferencia de facultades de que están dotados. Quien penetra hasta el corazon de los objetos, complaciéndose en desentrañarlos, en analizarlos hasta en sus mas recónditos pliegues; quien saca luego deducciones, atendiendo menos á la solidez de los principios ó á la verdad de los hechos, que á las consecuencias que de los mismos pueden inferirse; quien se entretiene en minuciosidades, ajenas quizás del punto principal, mientras otro que las descuida, se ocupa especialmente del conjunto de las cosas, dirigiéndose como suele decirse al blanco de la dificultad; quien práctico y positivo, prescinde de todo linaje de abstracciones aplicando su atencion á los objetos tales como son en sí; quien eleva al instante su pensamiento sobre lo que tiene á la vista, y pasa á reflexiones generales que hacen perder á la cuestion su aislamiento y la levantan á la region científica: en una palabra, son tantas y tan variadas las gradaciones que ofrecen los ingenios, que quien las haya observado, se habrá convencido de cuán difícil es, no diremos contarlas, pero ni aun clasificarlas. Así opinamos que la palabra *talento* es lo mas vago que darse pueda; y estamos en la profunda conviccion de que seria de la mayor importancia para los adelantos de las ciencias, literatura, industria, y de todo cuanto ocupa el humano entendimiento, el atender algo mas de lo que comunmente se hace, á las disposiciones particulares con que el Autor de la naturaleza ha favorecido á cada individuo. Se abandonan ciegamente los hombres á la carrera que les viene á la mano, sin pensar que quizás se echa á

perder un talento superior, que consume toda su vida en trabajar con escaso fruto en un ramo para el cual no habia nacido.

Por mas cierta que sea la multiplicidad de las facultades del alma, y por consiguiente muy verdadera y exacta una de las partes de la proposicion que estamos examinando, no parece que lo sea en igual grado la segunda. Y si bien este punto no pertenece propiamente á nuestro objeto, diremos dos palabras sobre él; no pretendiendo decidir la cuestion, sino manifestando nuestras dudas, en uso del derecho que la prensa adquiere sobre lo que se sujeta á la discusion pública. En cosas puramente naturales, nos guardaremos de decir *imposible*, á no tener para ello fuertes motivos; ¿qué no sabemos de los caminos incomprensibles del Criador y del infinito alcance de su omnipotencia? pero esto no nos dispensa de proceder con la debida circunspeccion aconsejada por la sana lógica; y de que al tratarse de dar asenso á una doctrina no nos demos por satisfechos, hasta verla apoyada en observaciones imparciales, numerosas y ajustadas. Se ha dicho que «nuestra conciencia nos hace sentir que observamos con la parte inferior, y reflexionamos con la superior de la frente:» ¿quién es capaz de fijar esta clase de fenómenos? es verdad que cuando para la observacion necesitamos ejercer el sentido de la vista, parece que hasta el pensamiento se agolpa, por decirlo así, sobre la parte cercana á los ojos, y que los movimientos que en aquella region se notan, podrian indicar que en ella se verifica no solo el acto de sentir sino tambien el de observar. Pero ¿cómo se deslinda en tal caso lo que toca al sentido y lo que corresponde al pensamiento? ¿quién podrá decir si la reflexion y la observacion se ejecutan por un mismo órgano, aun cuando á causa de las circunstancias indicadas, se note alguna diferencia exterior que podria hacer sospechar distinta localidad en las funciones?

Los sentidos tienen órganos diferentes, y en esto puede fundarse un argumento de analogía para probar que lo

mismo ha de suceder en lo tocante á las operaciones íntimas del alma. Sin negar lo plausible que es el argumento indicado, parécenos no obstante que pueden dársele dos respuestas. Es la primera, que las razones de analogía por sí solas valen muy poco; necesitando para que alcancen consistencia, observaciones que manifiesten que es un hecho lo que se tomaba como una hipótesis. El motivo de la debilidad de esta clase de argumentos no es difícil de conocer: estriban en la semejanza, y como esta sea una idea que siempre trae consigo alguna vaguedad, mayormente cuando se trata de fenómenos complicados, resulta muy á menudo que se juzga equivocadamente del uno por el empeño de colocarlo en la misma clase del otro, que á pesar de algunas apariencias, pertenece á un órden muy diferente. Tal vez no será fácil señalar esta diferencia; pero aun cuando no la veamos no quedamos exentos de la obligacion de mantenernos en prudente desconfianza sobre la verdad y exactitud de lo que se nos probare con argumentos de pura analogía. Si empero aconteciere descubrir esta diferencia, entonces sube de punto la necesidad de estar prevenidos contra la ilusion. No nos lisonjeamos de haberla encontrado en el caso presente; pero sí que nos atreveremos á presentar una observacion que podria hacer sospechar que la naturaleza ha tenido razones particulares para multiplicar los órganos de los sentidos, las que no existen con respecto al que sirve á las funciones íntimas del alma. Esta será la segunda respuesta que al argumento de analogía vamos á dar.

Sea cual fuere la teoría que se adopte para la explicacion de los fenómenos que nuestros sentidos ofrecen, resulta indudable que los órganos que sirven para el ejercicio de la funcion que apellidamos *sentir*, reciben inmediatamente sus impresiones de los cuerpos que los rodean. De este hecho tan palpable se infiere, que siendo diferentes las impresiones que se habian de recibir, debian serlo tambien los órganos afectados; por manera que á los frenológicos se les puede hacer aquí una reflexion nada despreciable, á

saber, que la diferente construccion de los órganos puede haber sido motivada no tan solo por la funcion que se habia de ejercer, sino tambien por la impresion que se habia de recibir. Y como es bien claro que la luz, que el sonido, que los olores y cuanto afecta los sentidos externos, son cosas entre sí muy distintas, aun considerándolas prescindiendo de sus relaciones con todo ser viviente, y mirándolas tan solo como meros cuerpos ó movimientos corpóreos, salta á la vista que en la naturaleza misma de las cosas se encuentra la razon de la multiplicidad de los órganos de los sentidos externos. Ahora bien: cuando se trata de las funciones internas, ¿existen las mismas causas para que debamos suponer una multiplicidad semejante? ¿En el ejercicio de estas se reciben por ventura impresiones de los cuerpos externos directa é inmediatamente? Es cierto que nó, y por tanto queda desde luego evidente una disparidad, que si no destruye de raiz la analogía, al menos la hace muy dudosa.

En prueba de que el cerebro es multiforme se citan tambien los ejemplos de *Vito Mangiamele, que resuelve intuitivamente los mas intrincados problemas de aritmética, de Lope de Vega que escribia buenos versos á los cinco años de edad, de Gall que á los seis ya formaba raciocinios acertados sobre el carácter de las personas, de Mozart que á los cuatro ya tocaba admirablemente el violin;* «si el cerebro, continua el citado escritor, fuese uno y simple, y nó múltiplo y complexo como es, una parte sería absolutamente igual á las demás partes; y por consiguiente Mangiamele debiera ser tan maravilloso poeta como es aritmético; y vice-versa Lope de Vega tan asombroso aritmético como era poeta, lo que dista mucho de la realidad. Igual observacion puede hacerse respecto á cuantos están dotados de ingenio especial y particular. La pujanza maravillosa que alcanzaron los sabios jesuitas, fué resultado de haber cimentado la educacion que daban sobre este tercer principio frenológico.» (*Man. de Fren.*)

Parécenos que estos hechos, si bien notables por mu-

chas razones, no prueban sin embargo lo que se propone el escritor. El Sr. Cubí afirma que si el cerebro fuese uno y simple y nó múltiplo y complexo como es, una parte seria absolutamente igual á las demás; esto no es verdad, porque la discrepancia entre los frenologistas y sus adversarios, no está en que estos nieguen y aquellos afirmen la diferencia de perfeccion que puede existir y existe en la totalidad ó en determinada porcion de cerebro; sino en que los unos le suponen compuesto de partes, de las cuales cada una es un órgano destinado á una funcion particular, lo que niegan los otros. Resulta de aquí que los anti-frenologistas cuando establezcan que el cerebro es órgano único, no se verán precisados á conceder que los cerebros hayan de ser iguales absolutamente, ni en su totalidad, ni en sus partes; de la propia suerte que por ser órgano único el del paladar no se infiere la igualdad de todos los paladares. Es necesario llamar la atencion sobre las equivocaciones á que podrian inducir las palabras *uno y simple;* es cierto que los seres simples en todo el rigor de la expresion, es decir no compuestos de partes, siendo de una misma especie, serán iguales entre sí, en cuanto á su esencia; pero la *unidad* y *simplicidad* del cerebro no pertenecen á esta clase, pues es bien patente que el cerebro es una cosa extensa, compuesta, y que por tanto no se le puede llamar *simple*, sino en sentido muy impropio; es decir, en cuanto se le supondria órgano único y no formado de otros destinados cada uno á su funcion respectiva.

Nadie niega que no existiese diferencia entre el cerebro de Mangiamele y el de Lope de Vega, así como es indudable tambien que el de los hombres vulgares no debe de asemejarse al de aquellos prodigios de la naturaleza. Creemos que hasta ahora ha estado de acuerdo todo el mundo en dichas verdades; mas de esto no se infiere la variedad de órganos, sino la mayor ó menor perfeccion de uno mismo. Pero entonces, se nos replicará, ¿cómo es que Mangiamele no era tan maravilloso poeta como aritmético, y Lope de Vega tan asombroso aritmético como poeta? Si el

órgano es uno, y la perfeccion es grande en ambos, ¿por qué no producia los mismos efectos? Pero ¿por ventura, responderemos nosotros, la perfeccion no puede entenderse en muchos sentidos? ¿acaso comparados los órganos únicos de dos personas no puede suceder que bajo cierto aspecto cada cual lo tenga de mayor perfeccion? ¿de dos paladares muy delicados no acontece con frecuencia que el uno es mas propio para cierta clase de sabores? Si esto se verifica en el órgano de un sentido externo, sin que por esto se infiera la multiplicidad, ¿quién sabe lo que podrá acontecer tratándose de los que sirven para las operaciones interiores?

«El soñar, dice el Sr. Cubí, es inexplicable sin suponer múltiplo el cerebro. Si esta víscera fuese una y simple, debiera estar ó toda despierta ó toda dormida á la vez; en cuyo caso el soñar se desconociera. Suponiéndola múltipla, ya no es ningun misterio; porque los órganos de la razon pueden estar, y en realidad están dormidos, cuando los de la imaginacion están despiertos, que es lo que en efecto constituye el soñar.» Este argumento, á la verdad muy especioso, tampoco parece concluyente del todo. Para que lo fuese, seria necesario demostrar que no es posible que una víscera esté afectada de tal suerte que resulte incapaz de una determinada funcion, mientras al propio tiempo pueda servir para otra. Una observacion muy sencilla arrojará abundante luz sobre la presente materia. El cerebro de un hombre sumido en un profundo letargo no está por cierto destituido de toda funcion, pues que ejerce cuando menos las necesarias para la conservacion de la vida. En tal caso, el individuo no tiene despierto el cerebro lo bastante para pensar ni imaginar, y sin embargo lo conserva con la accion necesaria para vivir: luego no es imposible lo que hemos dicho de que una misma víscera se halle afectada de tal manera, que estando despierta ó en actividad para ciertas funciones, esté dormida ó en inaccion con respecto á otras.

La misma respuesta puede darse á los argumentos que

se fundan en la existencia de «la manía y de heridas parciales y afecciones cerebrales en que solo se ven afectadas algunas potencias del alma, quedando las demás en un estado de completa salud.»

Hasta ahora nadie ha podido explicar satisfactoriamente el modo con que es afectado el cerebro á consecuencia de las impresiones de los sentidos y de las operaciones del alma; ni tampoco cómo se verifica que dichas impresiones lleguen á esta por conducto de aquel; así no podemos tampoco determinar los diferentes estados en que se encuentre y encontrarse puede nuestro cerebro, ni hasta qué punto será dable que hallándose en buena disposicion para un órden de funciones, esté impedido para el ejercicio de otras. Pero sea como fuere, no es difícil concebir que este fenómeno puede muy bien acontecer. Lo haremos sensible con algunos ejemplos. El órgano del paladar es *único*, y no obstante vemos á cada paso, que conservando las funciones vitales, tiene trastornadas las sensitivas; y una cosa semejante se observa en los demás sentidos.

Aplicando al cerebro estas observaciones, inferiremos que es muy posible y hasta probable, que acontezca con respecto á él un fenómeno semejante. Atendidos los inconvenientes que consigo trae el sistema en que se pretende explicar las impresiones del cerebro suponiéndolas como una especie de *huellas* que correspondan á las varias sensaciones é ideas, parece mas conforme á razon el decir que solo consisten en movimientos y vibraciones, que modificándose de infinitas maneras llenan el objeto que les ha destinado el Criador de servir para las muchas funciones cuyo auxilio necesita el alma cuando ejerce las suyas. En esta hipótesis, es claro que podrá muy bien suceder que el cerebro esté dormido para una cosa y despierto para otra; porque no hay inconveniente en que se halle afectado de tal manera, que sea capaz de ejercer ciertos movimientos y vibraciones que corresponden por ejemplo á la *imaginacion*, y no lo sea con respecto á movimientos y vibraciones que se refieren á un órden diferente.

El cuarto principio es el siguiente: el ***tamaño de un órgano cerebral, siendo todo lo demás igual, es una medida positiva de su potencia mental.*** «Este principio, continua el Sr. Cubí, es en sí mismo evidente. De dos listones de madera aquel tendrá mas fuerza que mas grande sea. Por supuesto, si uno de los listones es de pino y el otro de roble, el tamaño ya no puede servir de norma de comparacion respecto á fuerza. Por esto nunca debe perderse de vista el ***siendo todo lo demás igual,*** cuando se quiere que el tamaño sea la medida del poder.» Si suponemos que dos cerebros son en todo iguales excepto en el tamaño, de suerte que en perfeccion y delicadeza el uno no aventaje al otro, parece en realidad que podrá inferirse que el mayor es un indicio de potencia mental mas grande, sobre todo si tenemos presente lo que se observa en el del hombre comparado con el de los brutos animales. Esto, sin embargo, no lo vemos evidente sino probable; porque ignoramos si podrian venir casos en que un tamaño excesivo diese lugar á ciertas afecciones mas ó menos constantes que impidiesen el buen ejercicio de las facultades del alma. Pero la principal dificultad la tenemos en aquellas palabras que restringen la generalidad de la proposicion, ***siendo todo lo demás igual;*** porque nos parece imposible el determinar cuándo se verificará ó nó semejante condicion. Aun concediendo que el tamaño y forma del cerebro sea, con rara excepcion, idéntico al tamaño y forma de la superficie externa de la cabeza; es claro que la inspeccion de un cráneo solo puede darnos conocimiento del tamaño, pero de ninguna manera nos indicará si todo lo demás es igual ó nó. ¿Quién es capaz de conocer el conjunto de circunstancias de que depende la mayor ó menor perfeccion de un cerebro? y debiendo ser estas tan delicadas, ¿qué indicios externos pueden existir que nos conduzcan á adivinarlas? Si por la inspeccion de una cabeza no podemos inferir otra cosa relativamente al cerebro que su tamaño y configuracion, resulta evidente que aun dada como indisputable la verdad de dicho principio, no puede servirnos de guia para con-

jeturar las facultades mentales. Los ejemplos aducidos por Gall tampoco prueban lo que se propone. No nos opondremos á lo que dice el Sr. Cubí «que una lengua cubierta de mamilas nerviosas y prominentes, conduce á colegir con certidumbre que el sentido del gusto es mas delicado; que narices grandes y bien abiertas anuncian un olfato exquisito; que un pecho elevado y abovedado nos hace deducir que los pulmones son voluminosos, y que la respiracion es libre; que al contrario un pecho pequeño, hendido y estrecho, indica pulmones chicos y una respiracion difícil; que la anatomía comparada nos enseña que en todos los animales, mientras sean de mas fuertes y gruesos nervios tanto mas finos son sus sentidos,» pero tampoco se disipan con estos hechos las dudas que llevamos expresadas. En primer lugar salta á los ojos, que no es lo mismo observar la lengua, ó el cerebro; aquella la tenemos á la vista, y no se halla, como este, encajonada y oculta en el robusto receptáculo dispuesto por la naturaleza. Además ¿podria decirse que el sentido del gusto sea proporcional con el tamaño de la lengua? parece que nó; y ni el mismo Gall indica semejante idea, pues que solo habla de la que está cubierta de mamilas nerviosas y prominentes, lo que nada tiene que ver con el tamaño del órgano. No sabemos lo que habrá de cierto en que unas narices grandes y bien abiertas anuncien un olfato exquisito: pero aun cuando esto sea así, ¿qué paridad hay entre las narices y el cerebro? En cuanto á lo que se añade de que un pecho elevado y abovedado nos hace deducir que los pulmones son voluminosos y que la respiracion es libre; así como al contrario, un pecho pequeño, hendido y estrecho indica pulmones chicos y una respiracion difícil, nada tenemos que objetar; pero desde luego ocurre que el argumento no es concluyente; porque si bien es claro que el aire circulará con mas desembarazo en proporcion de la magnitud de los conductos que atraviesa, tambien lo es que no se trata aquí del tamaño del órgano precisamente, sino de su mayor ó menor perfeccion; y no creemos que ni aun ateniéndonos

á los pulmones, pueda asegurarse que la perfeccion sea proporcional á la magnitud.

El quinto principio es: el tamaño y forma del cerebro es, con rara excepcion, idéntico al tamaño y forma de la superficie externa de la cabeza. Sobre este nada tenemos que observar, por cuanto hemos emitido ya nuestra opinion sobre las consecuencias que podrian inferirse del mismo, aun en el caso en que se le suponga indisputable, y no se levante contra él ninguna dificultad, de las que quizás podrian levantar los peritos en la materia. Lo propio diremos del sexto, pues tambien nos hallamos de acuerdo con el Sr. Cubí en que las facultades del alma cuando están predominantemente activas, tienen su lenguaje especial ó natural, mayormente si se trata de las que tienen relacion con las pasiones; pues en cuanto á las demás, el principio debiera quizás modificarse; ¿cuál será el lenguaje especial y natural de aquellas facultades que tienen por objeto ideas abstractas?

Por lo que toca á pronosticar las facultades mentales, ateniéndose á la simple inspeccion de la superficie exterior del cráneo, parece que, aun suponiendo verdaderos los principios frenológicos, es operacion sujeta á muchas equivocaciones. El mismo Sr. Cubí confiesa ingenuamente que son trascendentales los efectos que produce el temperamento sobre el tamaño cerebral; que una cabeza proporcionalmente chica, pero que esté bajo el influjo de un temperamento nervioso sanguíneo muy activo, manifiesta mas actividad y fuerza mentales, que otra proporcionalmente grande, embotadas sus funciones por la demasiada grasa de un prepotente temperamento linfático, ó de un temperamento general poco activo; de lo que inferiremos que cuando se examina una cabeza es preciso no atender únicamente al tamaño de los órganos sino tambien al temperamento de la persona; y como los temperamentos aunque en general reducidos á pocas clases son sin embargo variables en gran manera, combinándose de mil modos el nervioso, el sanguíneo, el bilioso y el linfático, y siendo

infinitas las graduaciones de todos, y las proporciones en que respectivamente pueden encontrarse, resulta que dado el tamaño de un órgano, será muy aventurado el determinar la facultad mental á que corresponde. Preciso es hacer justicia á la ingenuidad del Sr. Cubí en este punto, pues que confiesa sin ningun rodeo que «conviene mucho formarse idea cabal y completa del influjo favorable ó desfavorable del temperamento; de lo contrario se cometerán errores crasos al querer pronosticar carácter y disposiciones mentales por el exámen de la externa superficie de la cabeza.» (*Manual de Frenología*, *pág.* 20.) Esta observacion del Sr. Cubí levanta una gravísima dificultad contra los pronósticos sobre las facultades mentales, formados por el exámen del cráneo; porque siendo indispensable atender al temperamento, es claro que el simple tamaño no es para el acierto una guia segura.

No se escapó al Sr. Cubí esta consecuencia, y así conociendo el uso que de su confesion pudiera hacerse, trató de prevenir la objecion añadiendo: «que como el temperamento sea el que fuere, es idéntico en todos los órganos cuyo conjunto forma el cerebro, *su tamaño* es casi siempre una medida exacta de la potencia mental que manifiestan.» Pero esta prevencion del Sr. Cubí no basta á desvanecer la dificultad; y esto por varias razones. Aun siendo idéntico el temperamento en todos los órganos que forman el conjunto del cerebro, podrá resultar que la actividad que les comunique sea igual, comparados entre sí los de una misma cabeza, mas de esto no se sigue que el tamaño sea una medida exacta; pues aquí no se trata de comparar los órganos de una misma persona sino los de diferentes. Expliquémonos con mas claridad, hasta admitiendo hipótesis favorables á la opinion contraria. Supondremos dos individuos de los cuales el uno tenga el temperamento linfático y el otro nervioso; si damos que el temperamento es igual en todos los órganos de cada uno de ellos, y que el efecto que produce con respecto á la actividad es idéntico, resultará que si en el primero el órga-

no del cálculo numérico por ejemplo, ateniéndonos solo al tamaño, es como 4, y el efecto causado por el temperamento es como 3, la actividad del órgano vendrá expresada por el producto de los dos factores, y por consiguiente será igual á 12. Entonces si examinamos otro órgano cualquiera del mismo individuo, por ejemplo la localidad, si el tamaño nos da 5, estribando en la misma hipótesis de la igualdad de la influencia del temperamento expresada por el factor 3, la actividad total estará representada por el producto de 5 por 3, ó sea 15; y así sucesivamente se irian determinando las demás facultades; pero cuando pasemos al exámen de la cabeza del otro individuo, ya no nos servirán para nada las suposiciones anteriores; entonces habrán cambiado los dos datos del problema; será preciso atender á nuevos tamaños y á nuevo temperamento, y así aun suponiendo que en el primero lo hubiésemos hecho con la precision que se ha dicho, lo que es mas fácil de imaginar que de ejecutar, ¿cómo podria verificarse en el otro? Nada importaria que se dijese que en cada uno todos los órganos tienen un mismo temperamento; pues que tratando de diferentes individuos, lo que al uno se aplica podrá no ser aplicable al otro. Así pues segun esta doctrina siempre será preciso atender, á lo menos, á dos cosas: al tamaño y al temperamento, y combinar acertadamente la respectiva influencia; operacion que, segun parece, no ha de ser nada fácil.

Contra la indicada prevencion del Sr. Cubí milita además otra razon nada despreciable. Dada la igualdad de temperamento en todos los órganos de una misma cabeza, ¿es bien cierto que la influencia de este sea igual tambien sobre todos ellos, de suerte que pueda estar expresada por un factor constante como mas arriba suponíamos? Esto es lo que se nos deberia probar. Personas conoce el que esto escribe, en quienes se nota para muchas funciones una inaccion, una especie de postracion, que quizás dimanen del temperamento linfático que en ellas predomina; y sin embargo para otras muestran una facilidad, una viveza que

contrastan de una manera singular con la apatía de las primeras. Esto, ¿no podria indicar que ciertos órganos se resienten mas del temperamento que otros? y entonces ¿cómo será posible graduar estas diferencias? Es muy natural que el temperamento influya tambien sobre los órganos de los sentidos externos, pero no lo es tanto que esta influencia sea igual para todos. ¿Quién no ve, por ejemplo, lo mucho que va de la vista al oido, y lo muy diferentes que deben de ser las causas que contribuyan á la perfeccion respectiva? ¿y qué diremos comparando estos dos sentidos con el del paladar, el olfato y el tacto? ¿por qué no podrá suceder lo mismo con respecto á los órganos internos? Si realmente existiesen los dos órganos de la *alimentividad* y de la *sublimidad*, ¿no es muy probable que las causas que los modificarian serian de órden muy distinto? En el caso de influir al mismo tiempo sobre ambos una misma causa, ¿no puede conjeturarse que este influjo obraria sobre el uno de muy diferente manera que sobre el otro? ¿no podria tambien acontecer que lo que para aquel fuese favorable, para este fuese dañoso? Vemos á cada paso que cierta disposicion del cuerpo desarrolla ciertas facultades, mientras embota ó adormece las otras; lo que se verifica accidentalmente, ¿por qué no podrá suceder por ley constante?

Y cuando esto decimos, no pretendemos establecer nuestra opinion sobre ninguno de estos extremos; desde un principio hemos confesado nuestra incompetencia para el fallo, y así solo nos proponemos apuntar las dificultades que nos van ocurriendo, deseosos de que una discusion mas abundante deje en su puesto la verdad.

Además, que el mismo Sr. Cubí conviene expresamente en que es muy difícil el pronóstico, cuando despues de haber sostenido que el tamaño y forma del cerebro es con rara excepcion idéntico al tamaño y forma de la superficie externa de la cabeza, restringe de tal suerte el principio que hace nacer la mayor incertidumbre sobre las probabilidades de acierto del arte en que dicho señor se ejercita.

Sus palabras son las siguientes: «Pero no siempre se desarrolla el cráneo de manera que se haga tan patente á la vista el crece ó desenvolvimiento extraordinario de uno ó mas órganos cerebrales. Las *fibras que los constituyen pueden adquirir mayor vigor, las venas y arterias que los reponen mas ensanche y actividad, sin necesitar mayor espacio para obrar, ó con solo adelgazar el cráneo por la parte interior*, sin que á la vista se haga inmediatamente muy perceptible: bien así como la textura de una pierna, que se vuelve con el bien dirigido y continuado ejercicio, mas apretada, mas compacta, mas fuerte, sin que de golpe lo perciban los sentidos.» (*Ib. p.* 20.)

Aquí tenemos que el Sr. Cubí confiesa dos cosas á cual mas notables: 1.ª que en ciertos casos la fuerza de un órgano puede no depender del tamaño sino del mayor vigor de las fibras que lo constituyen, y del mayor ensanche y actividad de las venas y arterias que lo reponen. Luego al menos en estos casos el tamaño es un signo falible. Lo que sucede en estos ¿por qué no podrá suceder en otros y otros? ¿por qué se ha de suponer que el fenómeno sea extraordinario? ¿no vemos á cada paso que la fuerza de los miembros y de los órganos que tenemos á la vista no es proporcional con el tamaño de los mismos? ¿No es ley general de todos los seres corpóreos, que su actividad y demás calidades no dependen precisamente de su magnitud, sino tambien de la clase de partes y elementos que los forman, y de la manera con que aquellas y estos se arreglan y combinan? 2.ª Que el cráneo puede adelgazarse por la parte interior, dejando mayor espacio á los órganos, sin que en la exterior se haga sentir el aumento. Otra prueba de que la configuracion del cráneo puede conducirnos á equivocacion, si por ella queremos pronosticar las facultades del alma.

El Sr. Cubí trata al parecer de disminuir el mal efecto que pudiera producir una confesion tan terminante, continuando: «Digo de golpe; porque á poco que se examine, deben percibirlo; puesto que una pierna, ó una cabeza, á

otro órgano cualquiera, si se ejercitan mucho, tienen otra apariencia y son mas calientes al tacto por la mas rápida circulacion de sangre que hay en ellos, que una pierna, una cabeza ú otro órgano cualquiera, que se mantienen inactivos.» No negaremos que una parte muy ejercitada adquiere mayor fuerza, y que hasta presenta señales que no la dejan equivocar con otra que se mantenga inactiva; como vemos á cada paso comparando las manos que solo manejan libros ó plumas, con las que se ocupan en faenas penosas. Pero fácilmente se echa de ver que lo que puede conocerse muy bien con respecto á miembros, cuya contextura interior se presenta á la vista y al tacto, solo cubierta con endeble cutis, no es ni siquiera posible tratándose de órganos metidos dentro de una cavidad tan robusta y tan bien forrada como es el cráneo. No quedará pues otro medio que el mayor ó menor calor que se observe en la parte; pero ¿quién no ve á cuántas y cuán varias causas puede estar sujeto este fenómeno y cuán difícil es apreciar por este medio el desarrollo de los órganos internos? Enhorabuena que una cabeza muy caliente indique el estado de viva accion en que se hallen las funciones cerebrales; mas ¿qué sacaremos de aquí para formar juicio sobre el estado habitual de las mismas, ni sobre la mayor ó menor extension de las facultades mentales?

El mismo Sr. Cubí, tratando de *las condiciones desconocidas*, viene á confirmar lo mismo que estamos diciendo. «Nótanse á veces fenómenos de prodigiosa, sana actividad, especialmente en los órganos de la region superciliar, *cuyas causas no pueden hallarse ni en su tamaño, ni en ninguna de las favorables circunstancias que pueden modificarlo.* Comparado por ejemplo el tamaño del órgano del cálculo de Vito Mangiamele con el de otra persona que lo tenga normalmente desarrollado, lo consideraremos algo grande, sí, pero de ninguna manera se presentará tan desmedido como debiera esperarse de su milagroso y sobrehumano vigor y rapidísima actividad. *Blaise Pascal* es otro singular fenómeno. A los once años encerrado en un

cuarto sin que jamás hubiese saludado á la geometría, inventó casi todas las proposiciones de Euclides, y á los diez y seis ya habia escrito una obra excelente sobre secciones cónicas. Bellini, Paganini y Rossini, no tienen al parecer los órganos, ni las favorables circunstancias conocidas, de cuya combinacion nace la música, mas desarrollados que otras personas, las cuales despues de haber pasado toda su vida estudiando aquella noble arte, nunca llegaron á ser mas que buenos compositores ó ejecutores.» ¿Puede darse argumento mas fuerte para hacer bambolear todo el edificio de la Frenología? Si en los casos mas notables y característicos, donde no caben ilusiones sobre la mayor ó menor fuerza de una facultad, la naturaleza nos muestra que no hay proporcion entre dicha fuerza y el tamaño del órgano cerebral, ni ninguna de las favorables circunstancias que puedan modificarlo, ¿cómo podremos estar satisfechos con los principios establecidos? Esto, se nos dirá, son raras excepciones; pero ¿quién nos lo asegura? ¿quién sabe si se repiten con tanta frecuencia, que lleguen á formar una regla? ¿cabalmente las leyes frenológicas salen fallidas en los casos en que mas de bulto debieran presentarse?

Pero oigamos de nuevo al Sr. Cubí. «Se cuentan casos milagrosos de memoria verbal, yo he conocido varios. *A ninguno de estos portentos les he hallado ni el órgano correspondiente cerebral, ni las circunstancias modificativas, tan prodigiosamente desarrolladas como debieron haber sido*, á no mediar por aquella poderosa retentiva, alguna otra causa ó condicion auxiliar, que aun desconocemos. Walter Scott jamás se olvidaba de lo que habia una vez oido. Cuenta Lockart, su biógrafo, que el caballero Hogg se le presentó un dia con mucha pesadumbre por haber perdido un poema que hacia algun tiempo habia compuesto. Consolóle Walter Scott diciéndole que creia poderle ser útil en recobrarlo; y en efecto á pesar de que no lo habia oido mas que una sola vez en su vida, lo dictó entero á su mismo autor quien lo habia olvidado. *Para tamaña retentiva,*

confiesa francamente Combe, *no tenemos ninguna señal externa*; si bien depende indudablemente de alguna condicion especial del cerebro.» Nuevos motivos para aumentar las dudas sobre los principios frenológicos. Y nótese bien, que hablando el Sr. Cubí de los casos milagrosos de memoria verbal, dice que el órgano correspondiente cerebral ni las circunstancias modificativas, tan prodigiosamente desarrolladas como debieron haber sido, no lo ha hallado en *ninguno* de estos portentos. Esta confesion que honra mucho la ingenuidad del Sr. Cubí, pues que da una prueba de que no repara en dar armas á sus adversarios cuando lo exige la verdad, ataca los fundamentos de la Frenología; porque nos inclina á creer que debe de ser una ley bastante general el que los principios de esta ciencia no son aplicables cuando se trata de facultades extraordinarias.

«El presentarse de vez en cuando estos casos milagrosos, dice el Sr. Cubí, en nada afecta ni la utilidad, ni los principios de la Frenología. Nunca se ofrecen donde no existe un desarrollo mas que regular y casi siempre grande de los órganos cerebrales y de las circunstancias favorablemente modificativas, de que les supone depender la Frenología, y de que en gran parte realmente dependen.» No podemos convenir en la opinion del citado escritor; y para que se vea la razon en que estribamos, preguntaremos ¿cuál es el principio fundamental de la Frenología? Si no nos engañamos, consiste en suponer el cerebro compuesto de muchos órganos, con cierta proporcion entre el tamaño de estos y las facultades mentales; es así que segun vosotros mismos una experiencia constante atestigua que esta proporcion no existe en los casos en que precisamente debiera hacerse mas sensible, luego tenemos grandes motivos para recelar que los principios frenológicos no están fundados en la naturaleza.

Parécenos que si en esta materia se han de hacer experimentos que puedan conducir á resultados verdaderamente científicos, conviene que se escojan objetos en que

las cualidades sean algo singulares; del contrario hay el riesgo de no determinar bien ningun fenómeno. En efecto: supongamos que para examinar el órgano del cálculo numérico se eligen cabezas comunes donde esta facultad no tiene mas que un desarrollo ordinario; será imposible adelantar nada. En primer lugar, ni el mismo que la posee es capaz de darse cuenta á sí mismo de la graduacion mas ó menos alta que disfruta. Sabrá que aprendió con mas ó menos facilidad, que calcula de la propia manera; pero ¿quién es capaz de formarse ideas exactas sobre esos *mas ó menos?* En segundo lugar, es necesario atender al tiempo gastado en aprender, al empleado en ejercitarse, la clase de operaciones en que se ha verificado la práctica, y á las circunstancias de vida, de fortuna, de carácter, que pueden haber avivado ó debilitado la atencion; es preciso pesarlo todo, combinarlo, compararlo, y viendo finalmente la destreza adquirida, cotejarla con el tamaño del órgano. ¿Quién es capaz de prometerse ni mediano acierto, teniendo que llevar en cuenta tantos y tan diferentes datos, á no ser que se trate de fenómenos muy marcados, y que ofrezcan, por decirlo así, abultado cuerpo á la observacion?

«De lo que acaba de exponerse, continua el escritor, no es difícil deducir que existe la posibilidad de pronosticar fuerza mental por el volúmen, configuracion y apariencia de la cabeza. Porque, si se sabe que el cerebro es la máquina que mueve el alma para manifestarse; si se sabe que las varias facultades del alma se manifiestan por medio de varias partes constitutivas del cerebro; si se sabe que el tamaño de un órgano es una indicacion segura por lo comun de su fuerza mental, y si por fin se sabe que lo mismo es ver ó palpar la superficie externa de la cabeza, para juzgar de la forma y volúmen del cerebro, que el mismo cerebro, salta á los ojos que segun sea el tamaño de un órgano cerebral, examinado en el exterior de la cabeza, así será la fuerza mental que él sea capaz de manifestar.» Respetamos las convicciones del Sr. Cubí en pun-

to á la certeza de la ciencia frenológica, pero quizás en este pasaje se abandona demasiado á su entusiasmo, pues que hasta tal punto lleva la seguridad de los pronósticos que se formen por el mero exámen de la superficie externa de la cabeza. Creemos que las dificultades que acabamos de presentar, si no son bastantes para destruir esta certeza, al menos pueden hacerla vacilar algun tanto; y sea cual fuere el juicio que de las mismas se forme, al menos será preciso convenir en que no son para despreciadas.

Y todavia conviene no olvidar, que al suscitar dudas sobre los principios frenológicos nos hemos ceñido á la teoría propiamente dicha; y no hemos descendido al exámen de su práctica, sino relativamente á un solo órgano comparado con su correspondiente potencia. Pero las dificultades propuestas adquieren mucha mayor fuerza, si se tienen en consideracion las complicaciones que por necesidad ha de traer consigo el exámen de muchos órganos á la vez, infiriendo por su tamaño la facultad del alma que indican.

Para no confundir las ideas, agrupando muchas de un golpe, hemos supuesto que el tamaño de un órgano podia examinarse tal como era en sí; suposicion que permitíamos, pero que estamos muy léjos de aceptar, y sobre la cual vamos ahora á decir nuestra opinion. Cuando se examina un órgano por medio del cráneo, aun cuando se suponga que la configuracion exterior corresponda exactamente á la interior, no podrá inferirse que se haya determinado el tamaño del que ocupa la localidad examinada. Para que esto pudiera inferirse con certeza, seria necesario saber si á mas de la parte del cerebro contenida en la concavidad indicada por la convexidad, no hay otra que se prolonga hácia lo interior, en esta ó aquella direccion, aumentándose así el tamaño del mismo órgano. Aclararemos nuestra idea con un ejemplo. Supongamos que examinando el órgano de la destructividad, hallamos una convexidad en el cráneo, que nos presenta un volúmen de media

pulgada cúbica; en la hipótesis de que la parte interior corresponde exactamente á la exterior, deduciremos que existe un órgano del mismo volúmen. Pero como no sabemos que este órgano acabe allí, á no ser que supongamos tambien que todos estén tan limitados á las concavidades del cráneo, como si pasasen planos secantes que les impidiesen extenderse por la parte de dentro, resultará que tendremos muy poco adelantado cuando conozcamos la parte indicada por la convexidad exterior.

Es evidente que así el cerebro como todas sus partes no son una mera superficie sino un volúmen; y que cuanto mas múltiplo se le suponga, tanto mas difícil se hará el determinar la porcion que de dicho volúmen corresponde á cada uno de los órganos. Considerando el cerebro como órgano único seria el exámen mucho mas sencillo; y si el tamaño debiese indicar las facultades mentales, los pronósticos estuvieran menos sujetos á error. Así por ejemplo, si diésemos que midiendo las dimensiones de un cráneo nos resultasen N. pulgadas cúbicas, para el volúmen del mismo, el valor de N. expresaria tambien el volúmen del cerebro; y como en tal caso no tuviéramos que distribuir esta cantidad entre los demás órganos, solo podríamos incurrir en la equivocacion que proviniese de la poca exactitud de la medida de las dimensiones, ó de la falta de correspondencia que hubiese entre lo interior y lo exterior de la cabeza. Pero suponiendo múltiplo el cerebro, cuando tengamos su volúmen total, nada habremos adelantado para determinar la fuerza respectiva de los órganos; porque el valor del volúmen expresado por N., será menester distribuirlo entre muchos, siendo evidente que semejante distribucion puede hacerse con mas ó menos igualdad, y de infinitas maneras.

Para los que gusten profundizar mas la materia, y formarse ideas precisas y exactas, presentaremos la dificultad, valiéndonos de términos geométricos. Supongamos que examinando la superficie, hallemos que un órgano ocupa un casco ó casquete esférico de unas dimensiones

[illegible] de la ciencia frenológica, pero quizás en esta parte se abandona demasiado á su entusiasmo, pues que nunca su juicio lleva la seguridad de los pronósticos que se forman por el mero exámen de la superficie externa de la cabeza. Creemos que las dificultades que acabamos de presentar, si no son bastantes para destruir esta certeza, al menos pueden hacerla vacilar algun tanto; y sea cual fuere el juicio que de las mismas se forme, al menos será preciso convenir en que no son para despreciarlas.

Y [illegible] conviene no olvidar, que al suscitar dudas sobre los principios frenológicos nos hemos ceñido á la teoría propiamente dicha; y no hemos descendido al exámen de su práctica, sino relativamente á un solo órgano comparado con su correspondiente potencia. Pero las dificultades propuestas adquieren mucha mayor fuerza, si se tienen en consideracion las complicaciones que por necesidad ha de traer consigo el exámen de muchos órganos á la vez, midiendo por su tamaño la facultad del alma que indican.

Para no confundir las ideas, agrupando muchas de un golpe, hemos supuesto que el tamaño de un órgano podia examinarse tal como era en sí; suposicion que permitíamos, pero que estamos muy léjos de aceptar, y sobre la cual vamos ahora á decir nuestra opinion. Cuando se examina un órgano por medio del cráneo, aun cuando se suponga que la configuracion exterior co[...]a exactamente á la interior, no podrá in[...]ya determinado el tamaño del que [...]aminada. Para que esto pudiera [...] sería necesario saber si á mas [...] contenida en la concavidad indi[...] se prolonga h[...] aumentándo[...] mos nuest[...] nando e[...] xidad [...]

le que la parte interior
rior, deduciremos que
n. Pero como no sabe-
) ser que supongamos
os á las concavidades
secantes que les im-
entro, resultará que
ındo conozcamos la
ior.
odas sus partes no-
en; y que cuanto
difícil se hará el
men corresponde
el cerebro como
sencillo; y si el
ntales, los pro-
Así por ejem-
nes de un crá-
ra el volúmen
n el volúmen
os que distri-
solo podría-
e de la poca
de la falta
ior y lo ex-
l cerebro
[illegible]

s no
gu-
se
la

cualesquiera; ¿conocemos por esto el tamaño del órgano? ciertamente que no: porque no sabemos si está limitado precisamente al segmento esférico, ó si extendiéndose por lo interior, se aproxima mas ó menos á un sector esférico, ó se prolonga en configuraciones irregulares. Y como es evidente que si esto se verifica será mucho mayor el tamaño, resulta que en no teniendo observaciones que nos demuestren cuál es la configuracion de cada uno de los órganos, cuanto se diga sobre el volúmen respectivo estará tan destituido de fundamento, como si por la superficie de un casquete esférico pretendiésemos averiguar el volúmen que corresponde á porciones heterogéneas de una esfera, no sabiendo si por la parte interior se limitan al segmento, ó si llegan á formar sectores, ó conos truncados, ó si toman otras formas regulares ó irregulares.

Cuenta el Sr. Cubí 39 órganos, correspondientes á otras tantas facultades del alma; y como es probable que no se hayan descubierto todos, debemos inferir que en caso de que el cerebro fuese múltiplo, existirian otros que no conocemos, y que nos iria revelando la experiencia. Reflexione el lector si ha de ser poca la dificultad de deslindar los unos de los otros tratándose de una superficie tan reducida como es nuestro cráneo; que si á esto añade las precedentes consideraciones que se refieren á la configuracion interior, á las ramificaciones con que pueden enlazarse, particularmente los que ocupan lugares inmediatos, echará de ver la necesidad de mantenerse en prudente reserva, siguiendo la regla que debe siempre guiar á quien se ocupe del estudio de la naturaleza, no prestar fácilmente asenso hasta verse obligado á ello por el número y certeza de las observaciones, y por la exactitud de los raciocinios que manifiesten la legitimidad de las consecuencias.

Pues bien, se nos dirá, ¿pensais que la Frenología es una teoría destituida de todo fundamento? ¿Opinais que no es mas que un sueño de algunos entusiastas? ¿Creeis que todos los hechos que exponen, que todas las razones que aducen son puras falsedades y quimeras? No decimos tan-

to: insiguiendo en nuestro sistema de respetar las convicciones ajenas, nos hemos abstenido de calificaciones duras, y hemos hablado de las personas con el debido decoro. Mas diremos: si se nos pregunta si estamos convencidos que el cerebro sea órgano único, responderemos que en nuestra opinion este es todavía un secreto de la naturaleza; si se nos pregunta, si juzgamos imposible la multiplicidad de los órganos cerebrales, responderemos que nó; pues de la propia suerte que todos estamos acordes en que el cerebro es órgano del alma, entendiendo esta expresion en el sentido arriba explicado, tampoco es lícito negar que Dios en vez de darle uno solo, podria haber formado el cerebro compuesto de varias partes de tal manera que cada una ejerciese su funcion peculiar; si se nos pregunta si creemos que bajo este aspecto nada tenga que hacer la ciencia, y que la observacion de las cabezas se haya de descuidar como cosa enteramente inútil y vana, responderemos que nó; porque es indudable la relacion entre el cerebro y las operaciones del alma, y porque la simple vista de las testas de los talentos extraordinarios, está indicando que hay aquí algo que estudiar. ¿Quién no ha reparado en la espaciosa frente de casi todos los hombres célebres por su elevada capacidad? Las señales que nos da la inteligencia ¿por qué no podrian dárnoslas otras facultades?

Esta confesion está manifestando que escribimos con imparcialidad, con buena fe, deseosos de que la verdad brote radiante y pura del mismo choque de las discusiones. Pero por lo mismo que este fin guia nuestra pluma, somos enemigos de la exageracion, y no podemos consentir que pase por cosa cierta lo que es muy dudoso, y que se dé por fallada la causa cuando pende todavía en el tribunal de la razon.

¿Quién negará que la observacion de las fisonomías no pueda servir en algunos casos para conjeturar sobre algunas cualidades personales? Nadie ignora lo mucho que se ha escrito sobre este particular; como y tambien que la

demasiada importancia que se quiso dar á este arte, contribuyó á su descrédito. Somos amigos de la verdad, y por lo mismo no lo somos de la exageracion: que la exageracion mata las doctrinas como los partidos.

No alas, sino plomo: máxima que no nos cansaremos de repetir, porque jamás la tiene demasiado inculcada el espíritu humano. Si Bacon volviese al mundo todavía encontrara en qué ocuparse. Hablando el Sr. Cubí de la filosofía de Descartes, dice que si la Frenología no hubiese hecho mas que ahorrar en lo sucesivo el precioso tiempo que ingenios privilegiados emplearian en fútiles especulaciones de esta clase, todavía seria acreedora á las alabanzas que se le tributan; creemos que el Sr. Cubí hace á la Frenología un honor que no le corresponde, pues no ignora dicho señor que no es Gall quien ha desterrado los sistemas hipotéticos. Como quiera, conviene guardarse de ellos, y en tratando de establecer proposiciones en materia de ciencias naturales, lo que importa son hechos, y no mas que hechos. Esta es nuestra opinion, la misma que manifestamos ya en el primer artículo cuando decíamos: «Como las ciencias naturales, á las que esta pertenece tambien, no deben estribar en meras hipótesis ó en razones de analogía mas ó menos convincentes, sino que han de apoyarse en hechos observados con rigurosa exactitud, será menester, primero: que se nos pruebe que el cerebro está distribuido en cierto número de partes de las cuales cada una sirve para una funcion determinada; segundo, que se señale la localidad de las mismas, y la respectiva facultad del alma de que son instrumentos; tercero, que se nos muestre que por la simple inspeccion ó contacto del cráneo se puede adivinar la existencia y el grado de dichas facultades; cuarto, que se indiquen con alguna precision las causas que puedan inducir á error cuando se trate de formar esta conjetura; quinto, que se explique apoyándolo con hechos ciertos, cuál es el desarrollo y modificaciones que de la educacion, de la instruccion, de las ocupaciones, del tenor general de la vida, ú otras causas cualesquiera pue-

den resultar; sexto, que al ofrecerse las láminas que señalan donde se encuentran los asientos de los órganos cerebrales, se indiquen las reglas que han presidido á la delineacion: ora se trate de las cabezas en general, ora de las que se hayan desarrollado de una manera particular y notable, natural ó artificialmente.»

Por lo tocante al modo con que debe hacerse uso de la ciencia, repetiremos tambien aquí lo que dijimos allí. «En breve, deseamos que el Sr. Cubí eleve la Frenología á toda la altura que reclaman el mismo decoro y la dignidad de la ciencia, no dejando ningun pretexto á que se la pueda tachar de ilusion y charlatanismo. Deseamos que en lo tocante á la práctica, ni se le quite nada de lo que le corresponde, ni se le atribuya lo que no le pertenece. La exageracion excita quizás un entusiasmo momentáneo; solo la verdad produce un efecto duradero. El crédito de las ciencias debe fundarse en las convicciones arraigadas en el entendimiento, no en las lisonjas tributadas al amor propio, ó en las frívolas puerilidades de una vana curiosidad.»

Otro dia nos ocuparemos de la Frenología en sus relaciones con la religion y la moral. Procuraremos aclarar las ideas para que los incautos no incurran en errores peligrosos. Ni disimularemos la verdad, ni reprenderemos sin motivo: porque deseamos que nuestros escritos lleven el doble sello de la austeridad de la razon, y de la imparcialidad de la justicia. — *J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

CARTA QUINTA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGION.

LA SANGRE DE LOS MÁRTIRES.

Ya veo, mi estimado amigo, que me ha de ser muy difícil realizar el pensamiento que en un principio me proponia, de dar cierto órden á la discusion religiosa que íbamos entablando, encerrándola en un cauce del cual no pudiese salir, sin perjuicio de dirigirla por países amenos, y permitiéndole tortuosidades caprichosas, que le quitasen la apariencia de la regularidad escolástica, y diesen á la materia un aspecto agradable y entretenido. Inútiles son todos mis conatos para hacerle entrar en este plan; pues segun parece, le gusta mas el tratar puntos inconexos, divagando como abeja entre flores. Aun cuando conozco muy bien los inconvenientes de este sistema de conducta, y si mal no me acuerdo se los llevo ya indicados en una de mis anteriores, preciso se me hace el seguirle á V. por el camino que le place señalarme, para que no le venga á V. á la mente que trato de esquivar cuestiones delicadas, y que envolviendo á mi contrincante en una nube de autoridades y raciocinios teológicos, me propongo ocultar puntos flacos apartando de ellos el peligro de un ataque. Sin embargo esta necesidad fuera para mí mas desconsoladora, si V. no se sirviese advertirme que «no carece del conocimiento de las mejores obras que se han escrito en defensa de la religion, y que reservándose estudiarlas para cuando haya mas tiempo y paciencia, solo intenta en la actualidad aclarar por via de recreo y espar-

cimiento algunos puntos difíciles, como quien quita la broza que impide la entrada á un camino anchuroso.»

A decir verdad, no me desagrada que V. haya traido la discusion sobre el punto de la *sangre de los mártires*, pues es asunto sobre el cual hay mucho que decir, y en el que tarde ó temprano hubiéramos tenido que entrar, si la controversia hubiese seguido el curso que yo deseaba. Esta *sangre* es, á no dudarlo, uno de los argumentos mas firmes en apoyo de la verdad de nuestra santa religion, y así el examinar las razones que los cristianos podemos alegar en defensa de nuestra fe, ó como suele decirse, los *motivos de credibilidad*, tampoco hubiera yo olvidado el presentarle á V. ese prodigio, en que personas de todas edades, sexos y condiciones, mueren con heróica fortaleza, por no profanarse ni con un solo acto que no estuviese conforme con la fe del Crucificado.

Pero antes de hablar yo, quiero que hable V.; y así para no confundir las ideas, y con la mira de que uno ni otro olvidemos el verdadero estado de la cuestion, y de que por consiguiente la respuesta pueda ser mas cabal y ajustada, reproduciré lo que me dice V. en su apreciada. «Respeto como el que mas la fortaleza de ánimo donde quiera que la encuentro; y confieso ingenuamente que el heroismo del sufrimiento es á mis ojos mucho mas sublime que el heroismo del combate. Con esto le ahorraré á V. no poco trabajo, pues que así conocerá desde luego, que no tiene necesidad de fatigarse en ponderarme ni el número de los mártires, ni sus atroces tormentos, ni su invicta constancia, ni tampoco en excitar mi entusiasmo, poniéndome delante de los ojos, caducos ancianos, débiles mujeres, tiernos niños, marchando impávidos á morir por su fe. Dudo mucho que en esta parte me exceda V. en sentimientos de respeto y admiracion; así como no tiene V. que recelar que mi escepticismo llegue hasta levantar dudas sobre la inmensa muchedumbre de dichos mártires; no me agrada aguzar mi ingenio para combatir hechos de tan probada verdad. Mis impotentes negaciones no borra-

rian por cierto las páginas de la historia. Pero dejando aparte y confesando expresamente la verdad del hecho, no puedo convenir en que puedan sacarse de él las consecuencias que Vds. los cristianos pretenden; porque es bien sabido que el entusiasmo por una idea puede producir semejantes efectos; y en cuanto á la propagacion de las creencias cristianas que resultó de la persecucion, bien sabe V. que el secreto de prosperar una causa es el hallarse contrariada, combatida, el poderse presentar sus defensores con honrosas cicatrices que acrediten profundas convicciones, é invicta constancia en sustentarlas.» No he querido cercenarle á V. ninguna parte de su argumento, ni escatimarle en lo mas mínimo el valor de la dificultad; pero tambien me ha de permitir que me extienda en la solucion de la misma, cual reclama la importancia de la materia.

Ante todo, acepto de buena gana la confesion de que el número de nuestros mártires es asombroso, no siéndolo menos las circunstancias de su martirio, ora se atienda á los tormentos, ora á las personas que los sufren. Y cuando la acepto con gusto, es solamente por la complacencia que me causa el ver que V. no trata de empeñarse en combatir hechos de tan probada verdad; pero no porque sea esta una confesion á que yo no pudiese obligar á mi adversario: para lograr mi objeto no hubiera debido hacer mas que abrir las páginas de la historia, y como observa V. muy bien, esas páginas no se borran con *impotentes negaciones*. Las actas de los mártires no son devotas leyendas, inventadas para nutrir la piedad de los fieles, son documentos que han pasado por el crisol de la crítica mas severa. Ruinart, Mabillon, Natal Alejandro, Fleuri, Tillemon, Papebroche, Holstenio, y otros críticos por cierto nada sospechosos de excesiva credulidad, y cuya inmensa erudicion y refinado discernimiento les aseguran completa competencia, hubieran venido en mi ayuda, si V. no hubiese tenido la prudente precaucion de abstenerse de una contienda, en la que no hubiera llevado ventaja, á pesar

de toda la brillantez de su talento: ¿qué valen los raciocinios contra hechos mas claros que la luz del dia? Solo la ciudad de Roma es un argumento irrefragable en confirmacion de la inmensa muchedumbre de los mártires. Se ha dicho que los subterráneos de la ciudad eterna eran un gran sepulcro: ¡digna peana de la Cátedra de San Pedro! «Vimos, en la ciudad de Rómulo, decia Prudencio, innumerables cenizas de Santos; si preguntas, ó Valeriano, por las inscripciones de los túmulos y los nombres de las víctimas', difícil se hace el responderte: ¡tan grande es el número de los justos sacrificados por el furor impío de Roma idólatra! Hay en muchos sepulcros algunas letras que nos indican el nombre del mártir ó contienen breve alabanza; pero hay mármoles mudos que encierran silenciosa muchedumbre, y que solo significan el número. ¡Cuántos cúmulos de cadáveres sin ningun nombre! Acuérdome que en solo un lugar ví las reliquias de sesenta, cuyos nombres solo conoce Cristo.»

Innumeros cineres sanctorum Romula in urbe
Vidimus, o Christo Valeriane sacer
Incisos tumulis titulos; et singula quæris
Nomina? Difficile est, ut replicare queam,
Tantos justorum populos furor impius hausit
Quum coleret patrios Troya Roma Deos.
Plurima litterulis signata sepulcra loquuntur
Martyris aut nomen, aut epigramma aliquot,
Sunt et muta tamen tacitas claudentia turbas
Marmora, quæ solum significant numerum,
Quanta virum jaceant congestis corpora acervis
Nosse licet, quorum nomina nulla legas,
Sexaginta illic defossas mole sub una
Reliquias memini me didicisse, hominum,
Quorum solus habet comperta vocabula Christus.

Así hablaba en el siglo cuarto este insigne español; por donde se echa de ver, que ya en aquellós tiempos causaban los subterráneos de Roma la profunda y religiosa admiracion que producen en los viajeros de nuestra época. Diez persecuciones cuenta la Iglesia bajo los emperadores

gentiles, que son las de Neron, Domiciano, Trajano, Antonino Vero, Severo, Maximino, Decio, Valeriano, Aureliano y Diocleciano; en todas se cometieron horrendas atrocidades; y es necesario tener en cuenta que no se limitaba la persecucion á pocos puntos, sino que se extendia por todo el ámbito del imperio. Espanto causa el leer en los autores contemporáneos las tremendas escenas que ofrecia á cada paso la crueldad de los perseguidores luchando con la firmeza de los mártires: jamás religion alguna se vió sometida á tan dura prueba, jamás se mostró con mas evidencia la humanidad elevada á una altura inmensamente superior á sus fuerzas.

El entusiasmo por una idea dice V. que puede producir semejantes efectos: esta dificultad exige una respuesta detenida. No negamos nosotros que no puedan venir casos en que una persona se exalte de tal suerte por una idea, afecto, ó interés, que sea capaz de sacrificar su existencia: los ejemplos no fueran difíciles de encontrar en la historia de los tiempos pasados, y no faltan tampoco en los nuestros. Pero no se trata aquí de saber hasta dónde pueden llegar la fuerza y energía moral de este ó aquel individuo, vivamente poseido de un objeto; no se intenta disputar la posibilidad de dar gustoso la vida por él, y hasta de sufrir atroces tormentos; la fuerza de nuestro argumento no consiste en semejantes aserciones desmentidas por la razon y la historia; lo que decimos nosotros es, que atendida la humana flaqueza, no es posible sin particularísima asistencia del cielo, que por espacio de tres siglos, en todos los puntos del orbe conocido, se hayan encontrado en tan asombroso número personas de todas edades, sexos y condiciones, que hayan perdido alegres su hacienda, su honor á los ojos del mundo, y acabado finalmente su vida entre los tormentos mas crueles, solo por no querer abandonar la fe del Crucificado; esto decimos, y á quien nos contradiga, le exigiremos que nos muestre en los fastos de la humanidad un ejemplo semejante; no contentándonos con este ó aquel ejemplo aislado, le pediremos que nos los

presente á millares de millares como podemos presentarlos nosotros; y seguros de que no le ha de ser posible, creeremos estar en nuestro derecho cuando afirmemos, que nuestra religion tiene un carácter de que están destituidas las otras.

Me dice V. «que todo país ha tenido sus mártires, pues mártires pueden apellidarse los que mueren por la independencia de su patria, sacrificando generosamente su existencia á la felicidad de sus compatricios; y que sin embargo no se ha creido nunca que para semejantes actos fuese necesaria una gracia especial del cielo.» Esta observacion, mi estimado amigo, me hace sospechar que V. no ha meditado mucho sobre el corazon humano, en sus relaciones con los sacrificios, pues que de tal manera confunde las ideas, y no distingue cuáles son los que se nos hacen mas costosos. ¿No ha pensado V. nunca en lo que va de valor á fortaleza, en la inmensa distancia que media entre acometer con denuedo un peligro ó esperarle con calma, entre arrostrar un riesgo pasajero, y tolerar resignadamente una larga cadena de trabajos y tormentos? Los hombres capaces de lo primero son en número muy crecido; pero son muy contados los que alcanzan á lo segundo. La razon lo convence: la historia y la experiencia lo atestiguan.

Es bien sabido que uno de los principales resortes que hacen mover al hombre, cuando obra en el órden puramente natural, son las pasiones; sin ellas, el corazon está frio; la razon combina, pero el brazo no ejecuta. Y cuando de pasiones hablo, no me refiero tan solo á inclinaciones malas, ni á movimientos del ánimo hasta tal punto exaltado, que pierda de vista los principios de la sana razon y los consejos de la prudencia. Bajo el nombre de pasiones, comprendo tambien todos los sentimientos legítimos y generosos, todas las afecciones del alma, aun las mas tranquilas y templadas; con tal que no pertenezcan al órden de la pura razon, y á los actos de voluntad que solo dimanan de aquella; comprendo todos los impulsos es-

pontáneos que nos llevan á un objeto como instintivamente, prescindiendo de la direccion del entendimiento; en una palabra, y para expresarme en lenguaje menos exacto, pero mas llano y quizás mas acomodado al comun de los espíritus; por pasiones entiendo, todo lo que suele llamarse movimientos del corazon.

Sabemos por la experiencia propia y la ajena, que cuando estos movimientos existen, nos hallamos mas dispuestos á obrar en el sentido en que ellos nos impulsan; y que cuando faltan, por mas profundas que sean nuestras convicciones, y firme y decidida la voluntad, estamos tocados de una debilidad, de una indolencia, que necesitamos hacer grande esfuerzo para vencerlas, si la accion de que se trata se opone en algo á nuestras inclinaciones naturales. Supónganse dos hombres igualmente persuadidos del mérito de la beneficencia, en igualdad de medios para ejercerla, en idéntica oportunidad para practicarla; pero de tal suerte que el uno esté dotado de un corazon bondadoso y compasivo, mientras el otro lo tenga naturalmente frio. La parte superior del alma, es decir la razon y la voluntad, se hallan en el mismo estado en el primero que en el segundo; y sin embargo ¿quién no ve que para aquel será un verdadero placer el desprendimiento con que socorra el infortunio de sus hermanos, y que para este será un sacrificio? El uno tendrá una pasion, sentimiento, movimiento del corazon, ó llámese como se quiera, que le impulsa á la beneficencia; padecerá si no hace bien, la miseria del prójimo se le ha comunicado en cierto modo, porque dejando intacta su fortuna y su salud, le hace compartir el sufrimiento del desgraciado; cuando le dispense el auxilio, experimentará un desahogo, recobrará el bienestar perdido, renacerá en su alma la tranquilidad disipándose la angustia; percibirá la dulce satisfaccion de haber cumplido un deber, que sentia como una necesidad en el fondo de su alma. Nada de esto se verificará en el hombre de corazon frio, por mas recta que sea su razon, por mas ajustada que á ella conserve la voluntad. Si so-

corre al infeliz, será obrando conforme le dicta su conciencia; pero obedeciendo los preceptos de esta, no sentirá aquella expansion, aquella ternura que inunda de gozo y de placer un corazon compasivo; antes al contrario, se verá precisado á luchar con la dificultad, que mas ó menos siempre trae consigo, el desprendernos de lo propio para darlo á los otros.

Este ejemplo hace sensible, y por decirlo así, palpable, la poderosa influencia que sobre nuestros actos ejercen las inclinaciones del corazon. De esto inferiré que cuando nos encontramos en situaciones en que una pasion cualquiera está vivamente desarrollada y activa, no es extraño que preponderando sobre las demás, y hasta sobre el instinto natural de la propia conservacion, llegue al punto de hacernos acometer arduas empresas y arrostrar los mayores peligros. Así, un militar que se halla en el campo de batalla, á la vista de sus compañeros de armas testigos de su valor ó de su cobardía, enardecido con el aparato guerrero, con el son de las músicas marciales, de los tambores y clarines, sediento de venganza contra un enemigo que está diezmando á sus inmediaciones á sus amigos y compañeros, no debe parecer tan extraño que con denodado ímpetu se arroje á la muerte gloriosa; mayormente conservando como conserva siempre alguna esperanza de evitarla, y conquistando con su valor el aprecio y la admiracion de cuantos le contemplan. Entonces vemos desplegados, el amor de la patria, el de la gloria, la ambicion halagada con el premio, obrando todos á la vez sobre un ánimo exaltado por lo crítico de las circunstancias, por la presencia de un riesgo inminente, estando además el cuerpo en la disposicion mas favorable para mantener en viva actividad y efervescencia las pasiones, con la agitacion y el calor de la refriega. En casos semejantes, hay una verdadera lucha de inclinaciones contra inclinaciones; y natural es que prevalezcan aquellas que estando mas en armonía con la situacion, son mas á propósito para estar en movimiento, influir sobre la voluntad, y

sufocar las demás que tiendan á parar ó moderar el impulso.

Estas observaciones manifiestan cómo se verifica que muchos hombres desprecien la vida en defensa de una causa; y nó porque deba entenderse que para llegar á este punto sea preciso que el ánimo se encuentre en la exaltacion que acabo de describir; pueden venir circunstancias en que sin hacerse tan sensible el fenómeno, se verifique de una manera mas ó menos semejante. Así, un jóven que se halla empeñado en uno de los lances que se apellidan *de honor*, no está en el mismo caso de un militar en el campo de batalla; sin embargo, y por mas que en apariencia la situacion se muestra muy distinta, no lo es tanto en la realidad si la examinamos en sus relaciones con las causas que impelen al desprecio de la vida. Una preocupacion funestísima, pero que por esto no deja de estar arraigada en muchos espíritus, le hace creer, que si no acepta el duelo que se le ofrece, ó si él á su vez no desafia á su adversario, segun es la ofensa recibida, se cubre de ignominia y baldon, y no podrá presentarse á la sociedad sin la deshonrosa nota de cobarde. En el hombre constituido en esta alternativa, no vemos ciertamente tan de bulto los motivos que le impulsan á arrostrar el peligro, como los hemos visto en el soldado; no se nos muestra tan patente la agitacion del ánimo fluctuante entre el temor y la esperanza, entre el amor de la vida y el del honor; pero no deja por esto de existir la lucha, y tan viva quizás como existir puede en el campo de batalla. Por mas vanidad que entre muchas veces en el sentido de la palabra *honor*, no puede negarse que ejerce sobre nuestro ánimo una influencia tan viva, tan mágica, que ni la salud, ni la fortuna producen en nuestro espíritu un efecto tan fuerte é instantáneo. Dejando aparte el exámen de las causas, consigno aquí el hecho, para manifestar que en el caso supuesto hay tambien una verdadera exaltacion de ánimo, una pasion fuerte que sojuzga las demás, sometiéndolas á su tiránico imperio, y arrastrando el corazon dominado

hasta el deplorable extremo de exponer la vida como cosa liviana.

Creo, mi estimado amigo, que las observaciones que acabo de emitir son bastantes para que se distinga el valor de la fortaleza, y para que resalte cuán diversas cosas son el acometer intrépido un peligro por inminente que se ofrezca, y el sufrir con inalterable calma los mayores tormentos, marchando sereno á una muerte segura, inevitable, erizada de los padecimientos mas atroces. En el primer caso, vemos unas pasiones contra otras, vemos el ánimo sostenido por mil motivos que le impulsan, y que al mismo tiempo le distraen de lo que pudiera apartarle de dar cima á la empresa. Padecimientos, ó no los hay, ó son muy breves, ó compensados con alternativas ó esperanza de recreo, de placeres, de gloria. En el segundo, vemos la razon y la voluntad luchando con todas las pasiones, vemos al hombre superior en oposicion con el hombre inferior; aquel pertrechado con la idea del deber, con la esperanza de un grande objeto; este con todos los atractivos, todas las amenazas, todos los temores, todas las vicisitudes que se agitan en esa region tempestuosa, que no sabiendo cómo apellidarla, le damos el nombre de corazon.

No intento decir con esto, que no pueda hallarse en el órden puramente natural, un desprendimiento asombroso, ni que en todos los actos que denominamos heróicos deba suponerse una gracia sobrenatural; semejante asistencia no la tuvieron ciertamente los gentiles, ni tantos otros héroes pertenecientes á falsas sectas; sin embargo encontramos en ellos rasgos sorprendentes que nos entusiasman y admiran. Régulo volviendo á Cartago despues de haber dado un consejo que le habia de costar la vida, Scévola con la mano en el brasero, y otros rasgos que nos ofrece la historia antigua, son en verdad indicios evidentes de lo que puede ejecutar el hombre abandonado á sus fuerzas naturales; pero no destruyen el argumento que nosotros sacamos de nuestros mártires. Los héroes de que estamos hablando son muy contados, los nuestros son innumera-

bles; los héroes eran por lo comun hombres formados, endurecidos con los trabajos de la guerra, agrandado su espíritu con la intervencion en los negocios públicos, ávidos de gloria, colocados en circunstancias críticas, en que el peligro de la patria daba vuelo á su entusiasmo, energía á su denuedo; entre los mártires se ven ancianos, mujeres, niños, hombres de las condiciones mas humildes, que no habian ocupado jamás puestos distinguidos, y que por tanto no habian podido adquirir aquel fiero orgullo, que siendo una de las pasiones mas poderosas de nuestro corazon, nos comunica á veces una firmeza de que sin él no fuéramos capaces.

Para formarnos una idea del mérito de los mártires acerquémonos á uno de aquellos ilustres presos, tan desgraciados á los ojos del mundo, tan felices en Jesucristo. Su nombre no se sabe, su categoría es oscura; ¿por qué se halla detenido? porque cree que un Hombre que murió ajusticiado en la Palestina, es Hijo de Dios, y verdadero Dios, que tomó nuestra naturaleza para satisfacer por nuestras deudas á la justicia del Eterno Padre. ¿Qué vemos en su alrededor? el desprecio ó la compasion, ó el odio de cuantos le contemplan; unos le miran como insensato, otros le califican de fanático, estos le apellidan iluso, aquellos le achacan los mas feos crímenes. Ni un rayo de gloria mundana, ni un consuelo sobre la tierra. No busqueis en su situacion nada que pueda confortarle, haciendo que su naturaleza obre por reaccion contra los males que le abruman. Todas sus pasiones se hallan amortiguadas con el abatimiento y postracion á que está reducido el cuerpo; y si el orgullo quisiese levantar su frente, nada ve en torno de sí que pueda halagarle ni sostenerle. ¿Qué semejanza se encuentra entre el héroe de la Religion y los héroes del mundo?

Se me dirá que la esperanza de una vida mejor les hacia llevaderos los padecimientos y agradable la muerte; es cierto, y esto no lo negamos los cristianos; pero cabalmente en la misma resolucion de sacrificar á lo futuro

todo lo presente, de sobreponerse á todas las inclinaciones naturales, de menospreciar todo cuanto los rodeaba y hasta su propia existencia, en esta resolucion, repito, se descubre la accion sobrenatural de la gracia divina; pues que á tanto no alcanza la flaqueza humana abandonada á sus propias fuerzas. Ya en otra de mis anteriores hice notar que el hombre propende por naturaleza á dejarse llevar de las impresiones de momento, y que todo lo que mira en lontananza, sea bien ó mal, tiene para él escaso interés. Esto lo estamos palpando por desgracia en buena parte de los cristianos, que creyendo las terribles verdades de nuestra Religion, viven tan olvidados de ellas, cual hacerlo pudieran los gentiles. Por esta causa, al ver que un número tan asombroso de personas de todas edades, sexos y condiciones, se hace superior á esta debilidad de nuestra naturaleza, contrariando sus inclinaciones con decision tan heróica, es preciso reconocer que hay aquí algo que se levanta sobre la region natural, algo en que el Omnipotente se complace en manifestar de cuánto es capaz lo débil cuando su brazo todopoderoso se propone hacerlo fuerte.

No sé, mi estimado amigo, si estas reflexiones le habrán convencido plenamente; pero atendido su buen juicio, me atrevo á esperar que sí. No puedo persuadirme que su claro entendimiento no vea la inmensa diferencia que vá de nuestros mártires á los héroes del mundo, sean del órden que fueren; V. no ignora la historia; recapacite cuanto ha leido, y no encontrará nada que á tamaño prodigio sea comparable. ¿Qué causas naturales puede V. imaginar para explicarle? ¿El entusiasmo? pero un sentimiento tan pasajero, ¿cómo es dable que se sostenga por espacio de tres siglos? ¿cómo puede propagarse por todo el mundo conocido? ¿La gloria humana? pero tantos que perecian sin dejar ni siquiera su nombre, ¿cómo podrá decirse que muriesen por la gloria? ¿Y qué clase de gloria será esta que así atrae al fogoso jóven como al caduco anciano, á la matrona como á la doncella, al adulto como al niño, al

sabio como al ignorante, al rico como al pobre, al magnate como al mendigo? Pongámonos de buena fe, y será preciso reconocer que por mas poderoso que sea sobre nuestro corazon el ascendiente de la gloria, no alcanzó jamás á producir un efecto tan grande, tan universal, en situaciones y personas tan diferentes; pongámonos de buena fe, y descubriremos aquí el dedo de Dios.

Si los cristianos hubiesen sido pocos, y habitado todos en países muy vecinos, viviendo sujetos á las mismas influencias y durando su Religion muy corto tiempo, entonces no fuera tan contrario á razon el decir, que se introdujo entre ellos cierta exaltacion de ánimo, y que se fué comunicando de unos á otros. Pero, ¡por todo el mundo y por espacio de tres siglos, y siempre la misma fortaleza, y siempre la misma constancia! Reflexione V., mi estimado amigo, sobre esta última observacion, que ella sola basta para disipar todas las dificultades.

Paso ahora al otro punto indicado en la apreciada de V. relativo á la fuerza que puede tener el argumento fundado en la rápida propagacion del cristianismo, á pesar de la horrible persecucion á que por tanto tiempo estuvo sujeto. Dice V. que ya es cosa sabida que el mejor medio de hacer prosperar una causa y difundir una doctrina, es emplear contra ellas la violencia; pues desde el momento que sus defensores llevan en sus frentes la auréola del sufrimiento, excitan la admiracion y entusiasmo en cuantos los contemplan, y arrastran un mayor número de prosélitos. Mas de una vez he meditado sobre esto que V. y otros afirman sobre la fuerza propagadora entrañada por la persecucion; y confieso ingenuamente, que ora haya escuchado los dictámenes de la filosofía, ora me haya atenido á las lecciones de la historia, jamás he podido persuadirme de que fuese un buen medio de apoyar una causa el perseguirla á sangre y fuego.

En esta parte hay mucha confusion de ideas y de hechos, que es necesario aclarar. Para lograrlo propondré separadamente algunas cuestiones de cuya resolucion depende el

formar acertado juicio sobre la principal que se examina. ¿Es verdad que la vista de la persecucion excite entusiasmo ó interés en favor del perseguido? A esta pregunta no se puede responder sin distinguir. O el perseguido es considerado como inocente, ó como culpable: en el primer caso, sí; en el segundo, nó. Lo mas que podrá inspirar será compasion, pero esta nada tiene que ver con el entusiasmo, ni el interés de que se trata. En lo que acabo de asentar no cabe duda; y de ello se infiere, que cuando se afirma en general que la persecucion honra, que ilustra, que excita simpatías, se dice una verdad si se habla del que es mirado como inocente, y solo con respecto á los que le consideran como tal; solo á los ojos de estos es un verdadero perseguido; á los de los otros, no tiene propiamente este carácter, no es una víctima de la persecucion, sino un objeto de la vindicta pública. Resulta de lo dicho, que si en un país se suscita una persecucion contra una causa ó una doctrina, si estas son consideradas como justas y santas, los que por ellas sufran serán respetados y admirados; pero si son reputadas falsas, injustas, contrarias al bien comun, entonces el castigo de los criminales léjos de excitar semejante admiracion y respeto, inspirará á lo mas sentimientos de estéril compasion en favor de los que se supongan ilusos, ó como suele decirse, engañados de buena fe.

No se hallaban por cierto los mártires cristianos en situacion favorable, en ninguno de los sentidos que acabo de indicar. Profesando una religion diametralmente opuesta á todas las recibidas en la generalidad de los pueblos, predicando que el culto tributado á los dioses reinantes no era mas que criminal idolatría, apartándose de las diversiones de los gentiles como de abominaciones nefandas, eran mirados con aversion, con odio, con execracion; se los abrumaba de calumnias, se los consideraba como enemigos del resto de los hombres, como perturbadores de la sociedad; y para hacerles apurar las heces del cáliz, se les achacaba que en la celebracion de sus misterios cometian

horrendos crímenes. Nadie ignora el frenesí con que se pedia la sangre de los confesores de Jesucristo: *los cristianos á las fieras, los cristianos al fuego:* este era el grito que se levantaba por todos los ángulos del mundo. Cubiertos de insultos, de befa y de escarnio, mientras espiraban entre los tormentos mas atroces, teníase á gran dicha si en las tinieblas podian salir de sus lóbregas moradas algunos hermanos que diesen sepultura al mutilado cadáver entregado por pasto á los brutos carniceros. Ahora, al contemplarlos sobre los altares, al oir que se les entonan himnos de alabanza, al saber que ciñen en el cielo la inmarcesible corona cuyos resplandores se reflejan en los cultos que se les tributan en la tierra, cuéstanos trabajo el concebir todo el horror de la situacion en que se hallaban en los formidables trances de sus tormentos y muerte. Nó, no veian en torno de sí ese respeto, esa admiracion que nosotros ahora les ofrecemos; veian sí el odio, el insulto, la calumnia, y lo que quizás es mas doloroso para el corazon humano, la burla y el desprecio. Solo Dios era su consuelo, solo Dios era su esperanza; solo Dios era su sosten en aquellos terribles momentos en que luchando con el mundo y consigo mismos, arrostraban impávidos la muerte por confesar la fe del Crucificado. No bastan para semejantes prodigios las causas naturales, no bastan los esfuerzos de la débil humanidad; á quien no se contente con semejantes razones le opondremos el famoso dilema: ó estaban sostenidos milagrosamente por el cielo, ó no lo estaban; si lo primero, entonces os hallais de acuerdo con nosotros; si lo segundo, os diremos que este es el mayor de los milagros, el hacer sin milagros cosas tan milagrosas.

Inferiremos de esto, que la constancia de los mártires no pudo estar sostenida por el placer de excitar admiracion y entusiasmo; y así viene al suelo lo que pudiera decirse que los honores de la persecucion ilustrando á las víctimas, contribuian á destruir el objeto que se proponia.

¿Es cierto que el perseguir una doctrina sea buen medio

para propagarla? La pregunta se presenta ya algo extraña á primera vista; sin embargo esto es lo que se dice á cada paso, contradiciendo abiertamente la filosofía y la historia. Sí se afirmase que la verdad se abre paso al través de la persecucion, el aserto seria muy diferente; pero pretender que la persecucion misma haya de ser un vehículo, es un absurdo; á no suponer que de este vehículo se sirva para sus altos fines la infinita sabiduría del Todopoderoso.

El hombre ama naturalmente el bienestar, tiene un fuerte apego á la vida, un grande horror á la muerte; luego los tormentos y el patíbulo son poderosos resortes para apartarle de una causa que le exponga al riesgo de sufrirlos. Me habla V., mi estimado amigo, de «la belleza del sufrimiento, de la brillante auréola que circunda las sienes de la víctima que marcha serena á ofrecerse en holocausto;» todo esto es verdad, pero temo mucho que no sea muy á propósito para influir sobre la generalidad de los hombres; temo mucho que en la práctica no se ha de presentar la cosa tan encantadora y atractiva como se nos muestra en los libros. Y no me eche V. en cara que tengo el corazon poco sensible, que no comprendo toda la sublimidad de las acciones heróicas; la siento y la comprendo muy bien; pero tratándose de examinar la realidad, y nó las ficciones, se me hace preciso atenerme á lo que estoy viendo en las páginas de la historia y me están enseñando las lecciones de la experiencia. ¿Cuántos son los hombres generosos que sacrifican su bienestar, su fortuna y su vida, por la causa de la verdad y de la justicia? Son ahora, y fueron en todos tiempos, muy pocos; y la misma admiracion que nos inspiran es una prueba evidente de que tan heróica fortaleza no es el patrimonio comun de la humanidad. ¿Quiere V. partidarios? Distribuya honores, prodigue riquezas, abreve de placeres; que si no tiene otra cosa que palmas de martirio, bien pronto verá desaparecer los prosélitos y los amigos, bien pronto se quedará V. con pocos rivales que le disputen la auréola de

una vida de padecimientos y de una muerte afrentosa.

Á decir verdad, no creia yo que debiese hallarme en la precision de recordarle á V. estas verdades, que por tristes, no dejan de ser verdades; imaginábame que siendo V. escéptico debia de ser algo mas *positivo*; y que viviendo en épocas de vicisitudes, habria aprendido á conocer mejor á los hombres, y á formarse ideas mas exactas sobre las inclinaciones de nuestro corazon.

El buen sentido de la humanidad ha rechazado en todos tiempos esa invencion filosófica de las ventajas de la persecucion: los tiranos se han engañado algunas veces abusando desmedidamente del hierro y del fuego; pero en medio de sus excesos andaban guiados de una idea verdadera, cual es, que para destruir una causa ó sufocar una doctrina, es un excelente medio el erizarlas de peligros y de males para cuantos intenten seguirlas. Yo ando buscando en la historia los buenos efectos de la persecucion en pro de la cosa perseguida; y no los encuentro. Hallo una excepcion en el cristianismo, pero esto mismo me lleva á pensar que la causa de la excepcion está en la omnipotencia de Dios. El apedreamiento de S. Estéban inauguró una era de triunfos, abriendo el glorioso catálogo de los mártires cristianos; pero la cicuta de Sócrates no veo que les inspirase á los filósofos el deseo de morir: la *prudencia* ganó mucho terreno; Platon al anunciar ciertas verdades delicadas cuida de cubrirlas con cien velos.

Pasando á tiempos posteriores, observo el mismo fenómeno: así por ejemplo la secta de los Priscilianistas contra la cual se desplegó mucho rigor, veo que se encontró atajada en sus progresos hasta extinguirse casi del todo. Una de las religiones que mas extension han alcanzado, fué sin duda la de Mahoma; y por cierto que sus progresos no se debieron á la persecucion, sino á las armas con que arrolló á sus adversarios, y á los halagos con que arrastró gran número de prosélitos. Cuando las guerras religiosas del Mediodía de la Francia en tiempo de los Albigenses, tampoco veo que estos sectarios medrasen con la contra-

riedad; muy al revés, fuéronse disminuyendo cada dia hasta llegar á un estado de postracion y casi aniquilamiento.

Me dirá V. que el protestantismo cundió y se arraigó á pesar de todos los contratiempos que tuvo que sufrir; y que así como la llamada reforma se extendió á pesar de las persecuciones, no es extraño que aconteciese lo propio con respecto al cristianismo. Yo no sé dónde han encontrado Vds. estas tremendas contrariedades y persecuciones sufridas por la malhadada reforma; no parece sino que estamos hablando de las épocas de los jeroglíficos, pues que de tal manera se trastornan los hechos, y se hacen comparaciones absurdas.

Echemos una ojeada sobre la historia de los primeros tiempos del protestantismo, y veremos que estuvo muy distante de deber sus progresos á las ponderadás persecuciones. En Alemania, desde el momento de su aparicion, contó de su parte muchos y muy poderosos sostenedores: entre ellos varios príncipes que lo manifestaron abiertamente, ora protegiendo por varios medios la difusion y el arraigo de las nuevas doctrinas, ora apelando á las armas, cuando creyeron llegado el caso de emplear la violencia. Lo que en Alemania, aconteció á poca diferencia en los demás países del continente, mas ó menos infestados por el protestantismo; sin exceptuar la Francia, donde es bien sabido que á mas de los patronos que encontró en las clases elevadas, pudo contar durante mucho tiempo con uno que valia para todos: Enrique IV. No es menester recordar la historia de Enrique VIII de Inglaterra; nadie ignora de cuáles medios echó mano este violento monarca para propagar y arraigar el cisma á que le lanzara su ciega pasion; y el sistema de este perseguidor continuó en los reinados siguientes, con igual sino con mayor recrudescencia.

A poco de haber nacido el protestantismo ya tenia en su favor grandes ejércitos, poderosos príncipes, naciones enteras; ¿qué punto de comparacion hay entre la propaga-

cion de la llamada reforma y la de la religion cristiana? Si no le faltaron algunos que se sacrificaron por ella, recuerde que en esto no sucedió sino lo mismo que se verifica en todas las causas civiles: siempre de uno y otro lado se ven fogosos partidarios que ó mueren peleando en el campo de batalla, ó tienen bastante aliento para arrostrar los cadalsos.

Figurémonos que por espacio de tres siglos hubiese debido luchar con las horribles persecuciones de que fué víctima el cristianismo: ¿dónde estaria actualmente? ¿Quereis saberlo? observad lo acontecido en los países donde se le reprimió con mano fuerte. En Francia tuvo diferentes alternativas de indulgencia y de rigor, pero tan pronto como se emplearon contra él las medidas severas con alguna perseverancia, fué debilitándose, casi hasta llegar á desaparecer. ¿A qué estaba reducido algun tiempo despues de la revocacion del edicto de Nantes? Jamás ha podido reponerse de los golpes que le descargó Luis XIV; siendo de notar que aun en la actualidad, despues de tantos años de tolerancia, es todavía muy insignificante. En aquel país, la inmensa mayoría está dividida entre el catolicismo y la incredulidad.

Lo sucedido en España puede darnos una idea de la fortaleza del protestantismo para hacer frente á la persecucion. Sabido es que á mediados del siglo XVI habia alcanzado bastantes prosélitos, siendo tanto mas peligrosos, cuanto pertenecian á categorías distinguidas. La Inquisicion sostenida y alentada por Felipe II, desplegó contra los sectarios el rigor que nadie ignora: al cabo de poco, ya no se hablaba de partidarios de las nuevas doctrinas. ¿Era esta la conducta de los primeros cristianos? ¿Abandonaban tan fácilmente el terreno donde habian logrado hacer algunas conquistas? Dígalo el mundo entero, dígalo especialmente esta misma España, regada y fecundada con la sangre de tantos mártires. Nada vale el alegar el rigor de la Inquisicion; este rigor no podia por cierto compararse con el empleado por los procónsules del imperio; por mas

horribles que se quieran pintar las penas aplicadas á los herejes, no se las encontrará semejantes á las que sufriera S. Vicente.

Lo que se ha dicho de España, puede decirse de Portugal y de Italia; por manera que el protestantismo no llegó á conservarse en ninguno de los países en que se vió precisado á arrostrar una contrariedad sostenida. Donde se trató seriamente de extirparle, fué extirpado; presentando un contraste notable con el catolicismo, que aun en los reinos donde sufrió mayores quebrantos se ha conservado siempre, sin que sus perseguidores hayan alcanzado á lograr su completa desaparicion. En confirmacion de esta verdad recuérdese lo sucedido en la Gran Bretaña.

Yo no sé, mi estimado amigo, qué es lo que puede responderse á las razones que acabo de exponer; paréceme que despues de haberlas leido, se le habrá presentado á V. algo mas robusto el argumento que se funda en la *sangre de los mártires*. Examine V. con detencion é imparcialidad este grande hecho que hace á la vez horrorosas y sublimes las primeras páginas de la historia de la Iglesia; y no dudo que verá en él algo de maravilloso, que no es posible explicar por causas naturales. Creo haber desvanecido las dificultades que le impedian á V. el dar á nuestro argumento toda la importancia que se merece. Como quiera, estoy seguro de que no podrá V. echarme en cara que haya esquivado el tratar la cuestion bajo todos los aspectos, ni procurado disminuir en lo mas mínimo la fuerza de la dificultad, para no hallarme en la precision de deshacerla. Si no he podido avenirme con ideas que daba V. por recibidas, tampoco me he tomado la libertad de rechazarlas, sin aducir las razones en que me apoyaba. Tratando uno con escépticos, es preciso no mostrarse crédulo en demasía; y por consiguiente conviene no aceptar sin examinar, aun cuando sea necesario contradecir autoridades filosóficas que pasan por respetables. Mucho desearia que pudiésemos continuar discutiendo sobre los motivos de credibilidad; pero atendido el curso que va tomando la

polémica, no sé si despues de haber andado V. primero por el infierno, y despues por los cadalsos de los mártires, otro dia se me plantará de un vuelo entre los conciertos de los querubines. Entre tanto, vea V. en qué puede complacerle este S. S. S.—*J. B.*

(Número de la Revista correspondiente
á 1.° de julio de 1843.)

LA POBLACION.

ARTÍCULO 2.°

Dijimos en el artículo anterior que en estas materias, el prurito de mirar las cosas en grande, calculando por lo que resulta de las colecciones de muchos datos, ha hecho que se descuidase el exámen de lo que sucede en cada familia. Esto último, si bien mas sencillo y aislado, tiene en cambio la ventaja de ser mas susceptible de una observacion minuciosa; y con las modificaciones correspondientes, no deja de poder conducir á resultados generales. Creemos tambien, que el deslumbramiento producido por el oropel científico acarrea frecuentemente el olvido ó el desprecio de las lecciones que nos da la simple prudencia: esa prudencia preferible muy á menudo á las concepciones de la razon.

Si bien se observa con tanto discurrir y calcular, al fin los economistas han venido á conformarse con lo que en todas épocas ha estado diciendo el buen sentido de la humanidad. Preguntad al hombre mas rudo si conviene que se aumente la poblacion, y desde luego os dirá, que segun cómo y de qué manera. ¿Estais en un país donde hay

muchos terrenos que beneficiar y capitales que emplear? desde luego os responderá que sí, que faltan brazos, que si no pueden salir del país es menester atraerlos de fuera; es decir, os aconsejará la *inmigracion*. ¿Os hallais en una tierra estéril, ó exhausta, ó saturada de hombres? Sin vacilar os dirá, *lo que sobra son brazos, ¿qué haremos de la gente si la que hay no puede vivir?* Todavía mas: continuad preguntándole sobre las demás condiciones del problema de la poblacion, y vereis como acierta tan bien como el mas sabio economista.—¿Hay mucha gente en estas comarcas? —Mucha: ¿no ve V. que como es terreno de mucho pan?... —¿En tal otro país no debe de haber tanta?—Hay poca: pero aun hay demasiado; como la tierra no produce... Hé aquí que el rústico lo habrá dicho todo, resolviendo con las primeras respuestas, las cuestiones sobre las ventajas ó desventajas del aumento de la poblacion; y estableciendo con las segundas, el principio de que este aumento se verifica hasta llegar al nivel de los medios de subsistencia, y que desgraciadamente por lo comun lo excede, produciendo calamidades y miseria. Por lo mismo no nos cansaremos de inculcar que es preciso que la ciencia, sobre todo cuando se trate de estas materias, no se desentienda de ese buen sentido, tanto mas digno de que se le escuche con respeto, cuanto no se ha formado en la engañosa region de la filosofía sino en el terreno de la práctica, con los hechos á la vista, sin vanidad, con buena fe, con aquel deseo del acierto que lleva consigo el hombre en los negocios que le interesan de cerca.

Aprovechándonos de estas indicaciones, ensayemos en este artículo el exámen de la importante cuestion que nos ocupa, sin descuidar empero las luces que nos ofrezca la observacion científica.

Ante todo, propongámonos resolver el primer problema que aquí se presenta sobre las ventajas ó inconvenientes del aumento de la poblacion. Para hacerlo con toda claridad hagamos diferentes suposiciones. Trasladémonos al hogar de una familia muy pobre, que alcance con dificul-

tad á proporcionarse los indispensables medios de subsistencia. ¿Le conviene el aumento de sus individuos? Para saberlo, veamos lo que le sucederá en caso que este aumento se verifique. Por de pronto es evidente que crecerá el número de los consumidores, quedando estacionaria la produccion, si es que no disminuye. Un niño necesita durante muchos años cuidados asiduos, que absorben una parte del tiempo que las personas útiles gastarian en producir, lo que hace que sea en esta línea lo que se llama una cantidad negativa; y por tanto léjos de traer ningun provecho material á la familia, le acarreará perjuicio. Es claro que no es fácil señalar ni siquiera con alguna aproximacion á cuánto ascenderá el tiempo perdido, ó en otros términos, cuánto trabajo habrán impedido los cuidados que se deben prodigarle; pero es cierto que esta pérdida existe, y que no es de poca consideracion.

Alléganse á esto los gastos de manutencion y educacion, lo que cuando el niño llega á la edad en que puede empezar el trabajo, sube á una cantidad mayor de lo que quizás comunmente se cree. El tierno amor de los padres á sus hijos no permite que se noten los continuos sacrificios que se están haciendo; pero no deja por ello de existir la realidad con todas sus consecuencias. En los hospicios del reino de los Países-Bajos todos los gastos de un niño desde el nacimiento hasta la edad de doce ó diez y seis años se calculó que ascendian á 1110 pesetas. Para tomar un número redondo fijémoslo á 1000 pesetas, y tendremos que una familia que haya tenido que sostener cuatro por ejemplo, habrá invertido un capital de 4000 pesetas ó sean 16000 reales: capital que para una familia pobre es de mucha consideracion, y de cuya existencia ó déficit están pendientes las fortunas de esta categoría.

Supongamos en dos situaciones diferentes la familia en cuestion: una en que no hubiese tenido mas que dos hijos; otra en que le hayan cabido seis. Es evidente que así para los padres como para los hijos, será mucho mas ventajosa la primera situacion; pues que los 16000 reales que

habrian servido para la manutencion de los cuatro, habrán refluido sobre los dos, sirviendo al propio tiempo para que los padres vivieran con mas desahogo.

Estas reflexiones fundadas en datos tan sencillos y tan claros, manifiestan hasta la evidencia, que en el caso de existir en cantidad muy limitada los medios de subsistencia, léjos de ser saludable el aumento de la poblacion, es perjudicial á los preexistentes y á los nuevamente nacidos.

Se alegará quizás en contra de lo dicho, el que si bien por algun tiempo se verifica que este aumento es una carga, se compensan despues estos daños con la mayor produccion que se alcanza, tan pronto como llegado el niño á la edad de trabajar, no solo gana lo necesario para su subsistencia, sí que tambien reintegra á sus padres de los sacrificios que por él han arrostrado.

Es necesario observar, que cuando llega un niño á la edad en que puede ganar su sustento, adquiere desde luego mayores necesidades, en las que se invierte lo que podria sobrar si se tratase únicamente de atender á los medios mas indispensables de subsistencia. Sin que sea menester mucho cálculo basta dar una ojeada á lo que está pasando continuamente á nuestros alrededores para convencernos de cuán ficticia es la pretendida compensacion. ¿Quereis saber lo que hay en esto de verdad? no apeleis al juicio de los economistas; preguntádselo á los padres de familia.

Sin embargo, si por guarismos se quiere resolver la cuestion, tampoco rehusaremos el considerarla bajo este aspecto. Y para que no se diga que exageramos tomaremos por base del cálculo las suposiciones que menos puedan favorecernos: dividiremos la edad de un niño de doce años en tres períodos, desde el nacimiento hasta cumplir los cuatro, despues hasta los ocho, y finalmente hasta los doce. Demos que en los primeros cuatro años, todos los gastos acarreados á la familia no excedan de 200 reales al año, lo que da para cada dia poco mas que la insignifican-

te cantidad de medio real. Nadie dirá que el presupuesto sea desmedido, pues al contrario parece cierto, que contando alimento, vestido, gastos de enfermedades, pérdida de tiempo y por consiguiente de trabajo, la indicada cantidad es insuficiente, aun suponiendo no mas que aquellos cuidados que se dispensan á la infancia en las familias mas miserables. En esta hipótesis tendremos que al llegar el niño á los cuatro años habrá consumido..... 800 reales.

En los cuatro sucesivos es claro que los gastos crecen considerablemente; y aun cuando no sea fácil determinar á cuánto ascienden, ni la proporcion en que se aumentan, por depender de mil circunstancias diferentes, creemos no obstante que no se nos tachará de exagerados, si suponemos que llegan á 400 reales al año, lo que da para cada dia poco mas de un real.

En este caso desde los cuatro á los ocho habrá consumido el niño..... 1600 reales.

Por razones análogas podremos suponer que el niño en el tiempo trascurrido desde los ocho á los doce necesita para su manutencion y demás necesidades, poco mas de un real y medio al dia, lo que importa anualmente unos 600 reales; así en los últimos cuatro años habrá consumido 2400 reales.

Reuniendo estas cantidades resultará:

	GASTOS.
Primer período del nacimiento hasta cumplir 4 años.	800 rs.
Segundo período de 4 á 8.	1600 »
Tercer período de 8 á 12..	2400 »
TOTAL. . .	4800 rs.

No es regular que nadie sospeche exageracion en este cálculo; pues que muy al contrario, segun todas las apariencias no llega ni de mucho al presupuesto indispensable, aun cubriendo las atenciones con la mayor estrechez y mezquindad; siendo de notar que no iguala al de los hos-

picios del reino de los Paises-Bajos. Como quiera, no insistiremos mucho sobre este particular, porque los raciocinios que en esto fundaremos, pueden muy bien prescindir de la mayor ó menor aproximacion, estando seguros de que generalmente hablando, la hipótesis peca mas bien por defecto que por exceso.

Tenemos, pues, que el niño al cumplir los doce habrá gastado 4800 reales; desde los doce á los diez y seis, puede suponerse que ocupándolos en aprendizaje gana su alimento: y tomamos por tipo esta ganancia porque sirve algunas veces de regla en nuestro país. Entonces no entran en cuenta ni el vestido, ni las enfermedades, ni otros gastos que nunca faltan, y que reduciéndolos á su menor expresion siempre pasarán de 200 reales; con lo que al encontrarse el niño en los diez y seis tendrá contraida una deuda que excederá de 5000 reales.

En semejante edad, aun suponiendo las circunstancias mas ventajosas, el jornal no será crecido; y casi puede darse por seguro que durante los dos ó tres años sucesivos será muy escaso el ahorro que podrá hacerse; mayormente teniendo en cuenta que el alimento ha de ser mas abundante y de mejor calidad, y que es preciso que el traje sea cuando menos decente.

Por ahora no hemos encontrado medio de compensacion, ni sabemos cómo podrán amortizarse los 5000 reales.

No faltando el trabajo y siendo regulares los salarios, puede en algunos lugares el jornalero ahorrar una parte del fruto de su sudor; pero entra luego la edad de las pasiones, apodérase del ánimo el deseo de lucir: á proporcion que cesan las privaciones y la estrechez del tiempo anterior crecen las necesidades, multiplícanse los caprichos, de suerte que generalmente hablando no hace poco el trabajador si alcanza á nivelar los gastos con los ingresos. Esta es la historia de los primeros veinte y cinco años de todo jóven perteneciente á la clase pobre, esto es la pura verdad, esto enseña la experiencia y estamos seguros

de alcanzar en este punto el asenso de todos los hombres juiciosos. Mas que nadie pudiera la clase pobre confirmar la verdad y exactitud de estos cálculos, poniéndonos á la vista su triste experiencia.

Resulta pues que cuando un individuo perteneciente á la clase menesterosa llega á la edad de veinte y cinco años, si trata de contraer matrimonio, su existencia deja en la familia ó en la sociedad un vacío que representa el valor de 5000 reales; vacío que probablemente no llenará debiendo atender á los gastos que le imponen las necesidades de su nuevo estado.

Además, infiérese de lo dicho, que cuando un país se encuentra escaso de recursos, el aumento de la poblacion no hace mas que acrecentar su miseria. Figurémonos que los nuevos nacidos estén en mucha desproporcion con los que mueren; al cabo de algunos años ¿qué llaga mas profunda no se abrirá á la prosperidad pública teniendo la riqueza total un déficit tan grande como es el que resulta de la multiplicacion de los 5000 reales por el número de individuos que hayan llegado á mayor edad? Ni vale el decir que el trabajo de estos aumentará sucesivamente la misma riqueza, porque en cambio los nuevos matrimonios con sus hijos irán consumiendo el producto, y dando sucesivamente la desproporcion que por necesidad hemos visto que resulta de la existencia de los consumidores improductivos.

En esta materia se padece una equivocacion por suponerse con harta facilidad que para producir bastan los brazos, cuando al contrario sucede muy á menudo que son los brazos lo que mas abunda, y que lo que falta son capitales y demás circunstancias favorables á la creacion y aumento de la riqueza. Echemos una ojeada sobre lo que acontece á la generalidad de las familias pobres, y nos convenceremos de esta verdad. Vemos á cada paso que así en la agricultura como en la industria, hay familias donde tres ó cuatro individuos robustos alcanzan á duras penas á procurarse los indispensables medios de subsisten-

cia; ¿son brazos por ventura lo que echan menos? es cierto que no: lo que les hace falta es la oportunidad de emplearlos con el capital necesario para fecundar sus sudores, es un mercado donde puedan vender lo poco que han producido. Hé aquí en pequeño lo que en la sociedad se verifica en grande: el hombre está condenado á comer el pan con el sudor de su rostro, y para mayor infortunio le acontece muy á menudo, que se ve precisado á derramarlo sobre un terreno que en vez de trigo solo le produce abrojos y espinas.

El aumento de la poblacion en un país donde escaseen los medios de subsistencia produce resultados tan dolorosos como acabamos de ver; y esto se verifica aun no llevando en cuenta una de las condiciones que mas aumentan la infelicidad, contribuyendo á destruir la riqueza. El cálculo precedente ha estribado en el supuesto de que los nacidos llegan á mayor edad, y que por tanto la sociedad si no consigue otra cosa, al menos adquiere brazos que podrá emplear cuando la oportunidad se le brinde. Pero desgraciadamente no se cumple semejante condicion con tanta generalidad como pudiera creerse; porque la miseria produciendo sus naturales efectos, acrecienta el número de las enfermedades, las que no pudiendo ser atendidas de la manera conveniente, aumentan la mortandad de los nacidos, sepultándose con ellos todo el capital invertido en su manutencion. En tal caso, aun suponiendo que la vida de los nacidos se prolonga mas ó menos, aproximándose á la edad en que serian útiles para el trabajo, tendremos que todo el aumento de la poblacion será un verdadero daño; pues que al fin no conducirá á mas que á multiplicar gastos, que serán tanto mayores cuanto el consumidor improductivo haya vivido mas largo tiempo.

Se comprenderán mas fácilmente estas verdades, si ateniéndonos al sistema que estamos siguiendo las consideramos con respecto á una familia. Es evidente que lo que á esta conviene en caso de haber tenido muchos hijos, es que lleguen á mayor edad, porque si mueren antes, no

quedará ni siquiera la esperanza de que se cubran los gastos de la manutencion. De esto se infiere que si en un país se verifica el aumento de la poblacion de tal suerte, que solamente crezca el número de los niños, sin que suceda lo mismo con respecto á los adultos por fallecer aquellos antes de llegar á mayor edad, semejante incremento léjos de producir ningun bien solo le acarreará perjuicios. El aumento de los hombres puede compensar el déficit que su manutencion ocasiona, proporcionando brazos aplicables al trabajo, ó á otros destinos del servicio público, que aun cuando no lleven aquel nombre contribuyen al logro del mismo objeto: es decir que la compensacion se verifica, ó aumentando directamente la produccion, ó supliendo á los que se ocupan en aumentarla. Por lo que si damos que gran parte de los nuevos nacidos mueren antes de llegar á la edad competente, todo el incremento que resulte en la estadística de la poblacion, no será un signo ni de riqueza ni de fuerza, sino la expresion de una nueva necesidad, que no lleva consigo ningun medio de satisfacerse.

Por estos motivos es indispensable atender no solo al número sino tambien á la clase de la poblacion, pues de otra suerte estaríamos tan en oscuras con respecto á los resultados que puede producir, como si sabiendo que en una familia hay seis personas, ignorásemos si son aptas todas para trabajar, ó si son niños y ancianos.

Y no se crea que en esta materia se hallen las diferentes edades en una razon fija, de manera que en conociendo los individuos de una, pueda sacarse por regla de proporcion cuántas existen de la otra, ni siquiera con alguna aproximacion; como son tantas las causas que modifican las condiciones de la vida, y que pueden influir en el número de los nacimientos y muertes, conócese desde luego que no hay en este punto una ley constante, y que en los varios países debe de observarse muy notable diferencia. Así es en efecto, y los datos recogidos por los economistas han venido á confirmar las conjeturas de la razon. Seria conveniente que distribuidas las edades en una escala

de muchos grados se estableciesen con alguna aproximacion las relaciones en que se encuentran; pero dado que un trabajo semejante para hacerse con alguna perfeccion exige no poco tiempo, será preciso contentarnos con lo que poseemos.

Se han formado estados comparativos entre los individuos de mas de cinco años, y los que no han llegado á esta edad, y por ellos se echa de ver la enorme diferencia de la relacion en los diferentes países. No deja de ser curioso el que damos á continuacion.

	Individuos de menos de 5 años.	Individuos de mas de 5 años.
Gran Bretaña (1821). . .	4,241	5,758, 5 (1)
Irlanda (1821).	4,108	5,895, 5
Inglaterra (1821). . . .	3,891	6,105, 8
Inglaterra y país de Gales (1813 á 1830).	3,908	6,092, 2
Francia (antes de 1789). .	3,121	6,879
Bélgica (1829).	3,332	6,668
Suecia (1820).	3,211	6,782
Estados-Unidos (1830). . .	4,498	5,500 2

Buscando ahora la razon en que están los individuos de dichos países, y expresándola tambien por decimales, nos da la siguiente tabla:

Gran Bretaña (1821).	1,36
Irlanda (1821).	1,43
Inglaterra (1821).	1,57

(1) Por si este cuaderno parare á manos de algun lector que no conociese el sistema decimal, advertiremos para facilitarle la inteligencia, que este 5 y los demás guarismos que le corresponden en la misma columna, á la derecha de la segunda coma, son quebrados decimales que pueden respectivamente expresarse por $\frac{1}{2}$, $\frac{4}{5}$, $\frac{1}{5}$, cantidades que, como veremos despues, casi pueden despreciarse, cuando se trata de buscar la relacion, que es lo que conviene averiguar.

Inglaterra y país de Gales (1813 á 1830).	1,56
Francia (antes de 1789).	2,20
Bélgica (1829).	2,00
Suecia (1820).	2,11
Estados-Unidos (1830).	1,22

De la tabla anterior resulta, que los países donde en las épocas respectivas era mayor el número de los individuos que pasaban de 5 años, son la Francia, la Bélgica y la Suecia, figurando en el extremo opuesto la Gran Bretaña y los Estados-Unidos. En 1789 la Francia contaba 25 millones de habitantes, y en la actualidad cuenta mas de 34 millones; pero seria un error el pensar que la fuerza de su poblacion esté ahora con respecto á dicha época en la razon de 34 á 25, pues antes seria preciso investigar la razon en que se hallan los adultos con relacion á los niños; y como es muy probable que la diferencia estaria en favor del tiempo de 1789, no resultaria ni de mucho lo que á primera vista arrojarian los números donde se hiciese abstraccion de clasificaciones.

En todo país donde se ha verificado muy recientemente un rápido aumento de la poblacion debe ser por necesidad muy crecido el número de los niños y jóvenes, lo que vemos confirmado con los ejemplos de Inglaterra y de los Estados-Unidos; así como debe ser comparativamente mucho mayor el de los adultos en las naciones que no hayan tenido este rápido aumento; lo que acontece en las que han continuado sometidas á circunstancias regulares por no haber tenido ninguna revolucion industrial ni social. Con el mismo sistema de observacion, no perdiendo de vista los datos recogidos por la ciencia económica, continuaremos otro dia el exámen de tan importante materia.—*J. B.*

ESTUDIOS FRENOLÓGICOS.

Artículo 2.°

Achaque es y muy antiguo el deseo de conocer las disposiciones intelectuales y morales del hombre, guiándose por señales exteriores: lo que no es de extrañar, porque siendo la curiosidad una de nuestras inclinaciones mas vivas, natural es que se investigue con empeño, qué es lo que se encierra en ese interior que con tantos velos se encubre. Aristóteles, Aulo Gelio, Ciceron y otros escritores antiguos, nos hablan de los fisonomistas y astrólogos de su tiempo; y el pobre Sócrates á quien parece que los adivinos profesaban enemiga, se vió tratado de necio por un tal Zopiro á quien se le antojó regalarle este dictado, porque diz que tenia la parte anterior del cuello muy carnuda.

Teniendo presente sin duda aquello de

El mentir de las estrellas
Es muy seguro mentir,

se dieron muchos á pronosticar por lo que de sí arrojaban los astros, suponiendo no sé qué relaciones entre ellos y nuestras inclinaciones naturales; y para contrariar este peligroso error, que podia conducir al *fatalismo*, se dijo aquella profunda sentencia *sapiens dominabitur astris*. Contra la vanidad de semejantes supersticiones nos previno la Sagrada Escritura condenando de la manera mas explícita y terminante las insensatas prácticas de los gentiles, con respecto á pronosticar, por medio de los astros, aquellos acontecimientos que dependen de la libre voluntad del hombre.

Las historias antiguas y modernas están llenas de relacio-

nes en que se echa de ver con cuánto ahinco se ha procurado en todos tiempos excogitar expedientes para aventurar pronósticos sobre los actos de nuestra voluntad: pero ha sucedido con harta frecuencia que la realidad ha venido á disipar las vanas predicciones de la preocupacion ó de la mala fe. Ya entre los mismos gentiles habian caido en mucho descrédito estas artes; y cuéntase que en Roma no podian los agoreros mirarse recíprocamente sin reirse. «¡Cuántos y cuántos arúspices tuve yo! decia donosamente Plauto; si me prometen bien, llega muy tarde; si mal, lo tengo luego encima.»

> He heu quam ego habui hariolos aruspices,
> qui si quid boni promittunt, pro spisso evenit,
> id quod mali promittunt, præsentiarum est.

Estos hechos nos indican la viva inclinacion que se abriga en el corazon humano de buscar por medios extraordinarios el conocimiento de las cosas ocultas, por lo cual es de la mayor importancia aclarar bien las ideas sobre todos los puntos que puedan tener algunas relaciones con cualquier linaje de pronósticos. Aun en nuestros tiempos, estamos viendo que el vulgo se deja alucinar fácilmente, cuando el que augura sabe hacerlo con sagacidad; no siendo raro que algunas personas busquen por caminos tenebrosos y extravagantes, noticias y previsiones á que el hombre no puede alcanzar por sus propias fuerzas.

Por lo que dijimos al fin del artículo anterior, se deja conocer, que no consideramos como del todo inútil el estudio y la observacion sobre la configuracion del cráneo en sus relaciones con el tamaño del cerebro y con las facultades del alma: pero en materias tan delicadas conviene no olvidar que es muy fácil que se traspasen los límites debidos, y que salvando los de la ciencia, se entre en el terreno de la ilusion. Por esto hemos indicado la raiz del mal; pues que una vez conocido su orígen se hace mas fácil atajarle.

Propuestas ya las dificultades que se ofrecen con res-

pecto á la proporcion del tamaño de las partes del cráneo con las potencias del alma, nada nos queda que decir sobre este particular; porque lo que se lleva aplicado á la parte intelectual, puede decirse tambien de la moral; y militará en pro ó en contra de esta lo que milite en pro ó en contra de aquella.

Sin embargo, como la cuestion puede ser mirada bajo distintos puntos de vista, y además es mucha la trascendencia de todo cuanto concierne á relaciones morales, bueno será que examinemos la Frenología con respecto á la moral; no sea que deslizándose equivocaciones peligrosas sufra menoscabo alguno de los grandes principios sin los cuales no puede vivir ni la sociedad ni el individuo. En su lugar procurámos evitar que la mala inteligencia no introdujese el *materialismo;* ahora nos proponemos cerrar la puerta al *fatalismo.*

Oigamos primero al Sr. Cubí. «Son las facultades impulsativas i afectivas unos instintos ziegos, que nos impelen i conmueven. Su atribuzion no es perzibir o dar conozimiento de los objetos esternos ni de sus relaziones, sino produzir una tendénzia o propension házia una aczion determinada, i una conmozion o afecto correspondiente al resultado de la misma aczion. La filojenitura, por ejemplo, produze una propension a estar en la compañía de criaturas, i un afecto al mismo tiempo que llamamos «amor de hijos,» que corresponde al resultado de aquella propension satisfecha.» (*Manual de Frenología, pág.* 25.)

La experiencia de lo que sentimos en el fondo de nuestra alma nos está diciendo que en realidad tenemos ciertos movimientos interiores de que no podemos darnos completa razon, sin que sepamos de ellos otra cosa sino que son unos impulsos que nos llevan á buscar un objeto ó á huir de él, aun antes de que hayamos reflexionado. ¿Quién no se ha encontrado de repente con la presencia de una persona amada, de un padre, de un hijo, de un hermano, de un amigo, y no ha tendido involuntariamente los brazos para estrecharle contra su corazon? ¿Quién

ignora el hechizo instantáneo con que obra sobre un pecho juvenil una pasion fascinadora? ¿Quién al verse acometido, no se ha colocado instintivamente en actitud de defensa ó apelado á la fuga? Que si hablar quisiéramos de los apetitos puramente animales, y exclusivamente dirigidos á la conservacion del individuo ó de la especie, se hace mas sensible, si cabe, la existencia de estos instintos. Sin que hayamos menester reflexion, el hambre nos inclina al alimento que tenemos á la vista, y la sed nos hace tender la mano á la copa en que ondea el licor con que podemos apagarla.

Así, no tenemos inconveniente en confesar la existencia de esas *facultades impulsativas y afectivas, ó instintos ciegos,* ó como se quiera apellidarlos; y aun creemos que nadie podrá oponer reparos á una verdad que todo el mundo conoce y á cada paso señala. «Las pasiones son ciegas,» «los apetitos deben ser gobernados por la razon, si no queremos asemejarnos á los brutos» y otras expresiones por el mismo tenor, se oyen continuamente hasta en boca de los mas ignorantes.

Pero no podemos estar de acuerdo con el Sr. Cubí en lo que afirma á continuacion, y nos parece que ó este señor se expresa con inexactitud ó que su doctrina entraña errores muy graves. «Las facultades impulsativas, dice, son: unas, animales, i otras, relijioso-morales. Las facultades animales no deséan sino una satisfaczion puramente egoista o individual, i momentánea. Las facultades relijioso-morales deséan una satisfaczion que tambien se refiere al bien ajeno o al tiempo futuro, o a ámbos. Las primeras residen en la parte inferior de la cabeza desde las sienes házia atras, i las segundas, en la parte superior de la cabeza, segun se ve marcado en la figura que está en frente de la portada. Los órganos limítrofes partizipan mas o menos de la naturaleza moral i animal, segun su posizion relativa. Entre los impulsos animales i los relijioso-morales, esto es, entre el deséo de mirar esclusivamente para sí en el momento actual, i el deséo de mirar prinzipalmen-

te para otros i lo futuro, hai en el hombre una constante lucha mental. Si sobrepujan esclusivamente los primeros impulsos, es el hombre absolutamente egoista, obra solo para sus intereses i fines individuales; si sobrepujan absolutamente los morales, se olvida de sí el hombre, i no obra mas que para el interes ajeno. En uno i otro caso se obra mal, i se sufre el irremisible condigno castigo. Ambas rejiones deben obrar simultáneamente, preponderando la relijiosa-moral dirijida por un conozimiento positivo de resultados, que lo subministra el intelecto perzeptivo i reflecsivo bien intelijenziado. Solo en este último modo de obrar se zifra la relijion, la virtud i la moral; lo demas es debilidad, vizio o crímen » (*Ibid.*)

Como son muchas las ideas contenidas en este pasaje, será conveniente examinarlas por separado. En primer lugar parece muy impropio, por no calificarlo de otra manera, el poner las *facultades religioso-morales* en la clase de los *instintos ciegos;* esto cuando menos exigia una aclaracion de que no se debia prescindir. Si se hubiese dicho que nuestra alma abriga naturalmente sentimientos que pueden apellidarse religiosos y morales por el objeto á que se enderezan, hubiérase dicho lo mismo que tal vez desearia significar el Sr. Cubí; pero la expresion habria sido mas propia, y sobre todo mas acomodada á la capacidad del comun de los lectores, no permitiéndoles confundir cosas que pertenecen á un órden muy distinto. Preséntase de improviso á nuestros ojos un infeliz que nos tiende la mano en actitud suplicante; nuestro corazon se siente herido, y ó buscamos desde luego el medio de socorrerle, ó tratamos de apartarle de nuestra vista para no padecer. En esta afeccion que experimentamos hay dos cosas que deslindar: la impresion primitiva, dolorosa, que nos hace compartir en algun modo el sufrimiento del desgraciado, sin que nos sea posible evitarlo; y en esto no hay propiamente hablando ni religion ni moral, es una sensacion como las demás, y cuya mayor ó menor viveza depende de la organizacion y otras circunstancias, mas ó menos conoci-

das. Con aquel sufrimiento que experimentamos á la vista del infortunio, nace en nuestro pecho el deseo de *socorrer;* socorriendo nos sentimos aliviados, desahogados, el corazon late dulcemente, y asoman á nuestros ojos lágrimas de apacible ternura. Hé aquí otra inclinacion natural, que puede denominarse moral y religiosa, porque nos impulsa á llenar un deber que nos prescriben la religion y la moral; pero que no será verdaderamente digna de tal nombre, hasta que obre dirigida por la razon y gobernada por la libre voluntad. Creemos que esta será la mente del señor Cubí; y en tal caso léjos de dirigir un ataque á su doctrina, no habremos hecho mas que aclararla.

Nadie ha negado nunca la existencia de estos sentimientos naturalmente buenos; nadie puede dudar que la inefable bondad del Criador nos ha favorecido con ellos para que nos sirviesen de impulso en el camino de la virtud, para que nos guiasen, recordándonos la senda del deber, cuando nos empeñemos en abandonarla. Vive el rico en medio del lujo, de la disipacion y de los placeres, consumiendo lastimosamente una fortuna que, bien empleada, llevaria el alivio y consuelo á centenares de familias; al ostentarse ufano y rozagante con soberbio ademan y costosos aderezos, le sale inopinadamente al encuentro un infeliz cubierto de andrajos y transido de miseria, haciendo resonar á sus oidos un penetrante plañido; el semblante del rico se demuda, y muestra que el corazon padece; ¿negamos nosotros este sentimiento natural, instantáneo? nó: antes decimos que es la voz de la misma naturaleza, que obedeciendo al precepto del Criador le dice: «cumple con tu deber, ó sufre.»

Establece el Sr. Cubí una diferencia muy notable entre las facultades animales y las religioso-morales, la cual consiste en que aquellas no *desean sino una satisfaccion puramente egoista, individual y momentánea, y estas desean una satisfaccion que tambien se refiere al bien ajeno, ó al tiempo futuro, ó á ambos.* Si no nos engañamos, esta misma distincion está indicando que tan pronto como obran estas fa-

cultades en lo que tienen de instintivo se les agregan algunos actos de la razon y voluntad. En efecto: si así no fuese, ¿cómo seria dable concebir que tuviesen por blanco el bien ajeno, ó el tiempo futuro, de tal suerte que entrasen ya en algun modo en el órden de la religion y de la moral? Tanta verdad es lo que acabamos de decir, que si la doctrina del Sr. Cubí no se modificase con este correctivo, se seguiria de ella que tambien los brutos tienen instintos religioso-morales. La razon de esta consecuencia está en que tambien los brutos están dotados de ciertos instintos, que miran al bien ajeno ó al tiempo futuro: por lo que si estas circunstancias bastasen para constituir el carácter religioso-moral, tambien lo disfrutarian algunos instintos de los brutos. Entre los animales, la madre que da la leche ó de comer á sus pequeñitos, no busca el bien propio, sino el ajeno; así como el ave que forma su nido no mira al tiempo presente, sino al futuro.

No hay pues religion ni moral propiamente dichas en los instintos, en cuanto se consideran con abstraccion de todo acto de razon y de voluntad; y si se quiere darles tal nombre, es preciso no confundir las ideas, no atribuyéndoselo en otro sentido, sino en cuanto son una especie de aguijones y auxiliares que para obrar el bien nos ha otorgado el Criador.

Todavía, á pesar de estas aclaraciones y correctivos, parécenos que resulta muy inexacta la doctrina que estamos examinando; y no podemos convenir en que estén bien calificados ni designados los instintos religioso-morales diciendo que son los que miran al bien ajeno, ó al tiempo futuro ó á ambos. ¿Por qué se honra con el dictado de religioso-morales tan solo á los instintos que reunen estas circunstancias? ¿Por ventura no existen otros que no mirando directamente al bien ajeno ni al tiempo futuro, se enderezan no obstante á un objeto que puede estar muy acorde con la religion y la moral, y hasta ser un riguroso precepto, de que al hombre no le sea lícito dispensarse? El instinto de apartarnos de un inminente peligro de la

vida, ¿no lleva al hombre á un acto á que le obligaria tambien la razon, si mediase el tiempo de reflexionar? Y sin embargo, entonces no se trata ni de bien ajeno, ni de tiempo futuro. En la inclinacion á comer, ó como la llama el Sr. Cubí, la *alimentividad*, se verifica lo mismo que en el deseo de conservarse ó *conservatividad*, y por cierto que tan obligatorio es á los ojos de la religion y de la moral el apartarse de debajo de un edificio que se desploma, ó el comer cuando es necesario para conservar la vida, como el dar limosna al pobre que se halla en la necesidad mas extrema.

Si bien se observa, no hay instinto ó sentimiento en el hombre que no pueda servir para el bien como para el mal, segun el uso que de él se haga; y por tanto léjos de calificar á estos ó aquellos de religioso-morales, hablaremos mas exactamente diciendo, que en sí son indiferentes, pero que sus actos son buenos ó malos segun se conforman ó nó con la razon, ó lo que es lo mismo con la ley eterna. ¿Qué cosa mas moral á primera vista que la compasion? y sin embargo en ciertos casos el escuchar sus inspiraciones podria ser una infraccion de las leyes, un atentado contra la sociedad. ¿Qué diríamos de un juez que declarase inocentes á los grandes criminales, por compadecerse del mal que les irrogaria con la aplicacion de la pena? La *acometividad*, que pudiera comprenderse en el nombre de ira, ó en el de alguno de sus efectos, podrá llevar al crímen ó al heroismo segun las circunstancias que la acompañen. El soldado que cumpliendo con su deber acomete decididamente al enemigo arrostrando todo linaje de peligros, ejerce un acto de acometividad, virtuoso y heróico. El mismo soldado arrojándose con espada en mano sobre el compañero de quien se cree ofendido, ejerce un acto de acometividad criminal, digno de ser castigado por las leyes divinas y humanas. La *filogenitura*, ó amor de los hijos, puede ser tambien virtuosa ó culpable segun la manera con que se la pone en práctica. Si conduce á cuidar bien de la manutencion y educacion de los

hijos, es digna de alabanza; pero si los echa á perder con desmedidas consideraciones, si permite ó causa que se desarrollen sus inclinaciones malas y que vegeten en la ignorancia, entonces es merecedora de duro vituperio.

De esto se infiere con toda evidencia, que hay cuando menos mucha inexactitud en la clasificacion del Sr. Cubí, y que la denominacion de *religioso-moral* está aplicada con impropiedad. Supuesta la inteligencia y el libre albedrío, es moral todo lo que se conforma con la ley eterna, es inmoral todo lo que se opone á ella: hé aquí en breves palabras cuanto puede decirse en esta materia; lo demás es divagar apartándose de lo que enseña la sana filosofía y de lo que nos está dictando el sentido comun del humano linaje. Sin inteligencia no es posible concebir moral, y por esto no se la encuentra en los brutos: cuando el hombre obra sin el uso de ella, no obra como hombre, sus actos no podrán nunca ser considerados como morales. Todas las inclinaciones son buenas y por tanto morales, si de ellas usamos bien, si no les permitimos que nos impulsen á ejercer actos contrarios á la ley eterna, si las empleamos para mayor cumplimiento de nuestros deberes; todas son malas, é inmorales, si dejándoles cual caballo sin freno, consentimos que nos arrastren al olvido de nuestras obligaciones y á la infraccion de la ley.

Nunca se percibe mejor la inexactitud de una definicion fundamental, que á medida que se van desarrollando las doctrinas que en la misma estriban, haciéndose de ellas algunas aplicaciones: entonces se experimenta el vacío ó el error que no se habia conocido á primera vista; como acontece con los instrumentos mal construidos que engañan quizás con su hermosura, pero que ponen de manifiesto sus defectos tan pronto como se los usa. Esto se verifica cabalmente en la definicion del Sr. Cubí: mirada superficialmente es muy especiosa, encierra un no sé qué de filosófico que deslumbra y seduce; pero examinada á fondo se descubre que lo interior no corresponde con la superficie. Vamos á probarlo.

Explicando el citado escritor la lucha de inclinaciones que siente el hombre, dice que esta es constante entre los impulsos animales y los religioso-morales, esto es, ***entre el deseo de mirar exclusivamente para sí en el momento actual, y el deseo de mirar principalmente para otros y lo futuro***. Hagamos resaltar toda la falsedad que aquí se encierra recordando un ejemplo doloroso y harto frecuente. Hállase un hombre con una pistola en la mano, y se siente inclinado á dispararla contra su frente; el instinto de conservacion le detiene, y hasta, prescindiendo de toda idea de la otra vida, le retrae de su atentado, le aconseja que ***mire exclusivamente para sí en aquel momento***: ¿por ventura son inmorales en este caso las inspiraciones del instinto? ¿Dejando de mirar ***por sí en aquel momento***, no ejerceria un acto muy malo?

«Si sobrepujan exclusivamente los primeros impulsos (los animales), continua el escritor, es el hombre absolutamente egoista, obra solo para sus intereses y fines individuales; si sobrepujan absolutamente los morales, se olvida de sí el hombre, y no obra mas que para el interés ajeno. ***En uno y otro caso se obra mal***, y se sufre el irremisible castigo.» Hé aquí la chocante consecuencia á que se halla conducido el Sr. Cubí por la mala definicion de los términos. Siempre se ha creido y se cree todavía, que el absoluto predominio de la parte moral hacia el hombre bueno, perfecto; pero segun se acaba de ver, la preponderancia absoluta de los instintos morales hace tambien que el hombre obre mal, que sea digno de irremisible castigo. ¿Querrá significar el Sr. Cubí que el hombre llegue á ser malo obrando muy bien? Estamos seguros que nó; pero antes habia sentado que los instintos religioso-morales eran los que miraban al bien ajeno y al tiempo futuro, y como es evidente que por este camino podemos obrar mal, pues tenemos tambien rigurosos deberes que cumplir con respecto á nosotros mismos y al tiempo presente, resulta que tomada la moralidad en sentido tan impropio, podia un hombre hacerse inmoral á fuerza de ser

moral. Expresion absurda, á no ser qué se hablase con aquella discreta indulgencia que empleaba el papa Inocencio XII cuando despues de haber condenado la obra del inmortal Fenelon decia, *que el piadoso arzobispo habia pecado por un exceso de amor de Dios.*

La belleza y sublimidad de las acciones que suponen gran desprendimiento de sí mismo, resplandecen sin duda en primera línea cuando se trata de apreciar acciones morales; pero esto no autoriza para trastornar las ideas hasta tal punto, que no se vea moral allí donde el hombre piensa para los otros ó para el tiempo futuro. Debemos amar á los demás, pero tampoco estamos obligados á olvidarnos de nosotros mismos; y esto es tanta verdad, que la ley de Dios al prescribirnos el amor del prójimo, nos dice que lo amemos como á nosotros mismos: *sicut te ipsum.*

No creemos que pueda sostenerse sin restriccion lo que asienta el Sr. Cubí de que el hombre obre mal cuando no obra *sino para el interés ajeno;* porque semejante doctrina pudiera conducirnos hasta el extremo de condenar aquellas vidas heróicas que se consagraron enteras al servicio y consuelo de la humanidad. ¿Y quién á tanto se atreviera? ¿quién no pronuncia con respeto los nombres de aquellos Santos, que fijo su corazon en el cielo, se miraban á sí mismos como una víctima que se debia sacrificar en provecho de sus hermanos? El cimiento de la Religion cristiana, el augusto misterio de nuestra redencion, ¿no es por ventura un acto de sublime desprendimiento, de negacion de sí mismo, para entregarse sin reserva á los tormentos y á la muerte?

Resulta pues que el error contenido en la definicion del Sr. Cubí, ora le lleva á trastornar la verdadera idea de la moral, no condecorando con este nombre sino aquellas inclinaciones que tienden *al bien de los otros* ó al tiempo futuro, ora le conduce á condenar (sin intencion, sin duda) aquellas vidas que se consagran enteras al interés ajeno. Pero, se nos dirá, esos hombres de heróico desprendimiento

tambien miraban en algun modo para sí mismos, pues obraban con la esperanza de alcanzar el galardon en la morada de los Santos; mas esta réplica en nada obsta á las dificultades objetadas á la doctrina del Sr. Cubí; porque este escritor cuando habla de mirar *para sí*, se refiere á los instintos *animales*, *egoistas*, que solo tienden á objetos presentes; luego, segun él, los hombres que no los hayan satisfecho, que los hayan combatido mientras vivieron sobre la tierra, que murieron segun la carne para vivir solo en espíritu, se excedieron dejando prevalecer únicamente los instintos morales, y por lo mismo *obraron mal*. Esto es un error, grave, gravísimo, porque destruye nada menos que el espíritu de perfeccion, aparta á los hombres de la práctica de las virtudes austeras, se opone directamente al Evangelio que no se contenta con imponernos los preceptos cuyo cumplimiento nos es necesario para alcanzar la vida eterna, sino que nos indica el camino de la perfeccion, que consiste en desprenderse de sí mismo, en *negarse* á sí mismo, en *abrazar la cruz y seguir á Jesucristo*. ¿Quién no recuerda los muchos pasajes del Evangelio donde se inculca tan sublime doctrina? ¿Quién ignora que la vida de los Apóstoles y de todos los Santos fué una imitacion del ejemplo que les dió el divino Maestro, *siendo el primero en practicar lo que enseñaba?*

Dice el Sr. Cubí que *en uno y otro caso*, ora prevalezcan exclusivamente los instintos animales, ora los morales, *se obra mal*, y se sufre el *irremisible castigo*. ¿De qué castigo hablais, cuando son los morales los que predominan? ¿Os referís tal vez á la extenuacion y á las enfermedades del cuerpo? En tal caso, si no hay mas que una sobreabundancia de moral, el resultado dañoso al cuerpo será un mal físico, mas nó un castigo. Si tuvierais á la vista una hermana de la Caridad con el semblante flaco y demudado, por haber pasado muchas noches á la cabecera de un enfermo, ¿osariais pensar en castigo descargado por el Criador sobre aquella heróica y angelical criatura? Léjos de hablar de pena hablariais sin duda de altas recom-

pensas, y por vuestra parte se las ofrecierais ya, tributándole la expresion de vuestra admiracion y entusiasmo. Que si se nos dijese que la naturaleza contrariada y trastornada en sus funciones, reclama sus derechos, haciendo sufrir al imprudente que atenta á la armonía de sus leyes, entonces responderemos que no hay culpa y por consiguiente ni castigo, cuando se quebranta la armonía de la naturaleza en fuerza de otra armonía superior, que es á la primera lo que el espíritu al cuerpo, lo que el cielo á la tierra.

Si bien se observa, la admirable armonía de la creacion se sostiene con esos aparentes trastornos que subordinados al plan del Supremo Hacedor contribuyen á la perfeccion y hermosura del Universo. Pierden su vida las plantas, y esta pérdida sirve á conservar la de los animales; de estos, algunos se sustentan con la destruccion de los demás; y el hombre para su alimento y otros usos, se ve precisado á dar la muerte á los brutos y á los vegetales. Así no hay falta de armonía, no hay culpa, no hay merecimiento de pena, cuando un ser que por su naturaleza está destinado á sacrificarse por otro ser, cumple el objeto que le ha señalado el Criador; y por consiguiente cuando los instintos animales se comprimen y hasta se ahogan en obsequio de grandes fines morales, no hay desórden, no hay falta, no hay nada que castigar; hay sí un desprendimiento loable, una abnegacion sublime, que léjos de que merezcan ser calificadas de *mal*, deben al contrario ser miradas como un *bien*; y *bien* muy raro, que dispensa Dios á los hombres privilegiados á quienes se propone distinguir del comun de los mortales.

Es esto tan cierto, es tan conforme á la sana razon y á los sentimientos del corazon humano, que tan pronto como se ofrece á nuestra vista un fenómeno semejante, le admiramos, le contemplamos con entusiasmo; y el solo pensamiento de condenarle, nos pareciera una profanacion sacrílega.

En todos los pueblos de la tierra se ha reconocido esta

verdad, porque en todos se ha rodeado de veneracion y acatamiento la austeridad de la vida, la práctica de las virtudes mas contrarias á las inclinaciones de nuestra naturaleza. Recorred las páginas de la historia, atended á las lecciones de la experiencia, prestad oido á las voces mas íntimas del alma, y en todas partes hallareis la misma enseñanza de que el hombre moral es aquel que domina los instintos animales, el que los sojuzga de tal suerte que nada les consiente de contrario á la ley eterna; y que el hombre perfecto, el hombre por excelencia, es aquel que llega á sufocar esos instintos hasta tal punto, que se olvida de su cuerpo, y solo piensa en el cumplimiento de sus deberes, en sacrificarse por Dios y por sus hermanos.

Y entonces, se nos dirá, ¿cómo se cumplen los deberes que cada cual tiene consigo mismo? ¿Cómo? muy sencilla es la respuesta. La historia está llena de vidas consagradas al culto de Dios y al servicio de la humanidad, y que sin embargo no duraron menos que las del comun de los hombres. Y es que el ardor de la caridad no destruye la prudencia; ni el secreto de conservar la salud y alargar la vida está en la satisfaccion de los instintos animales.

Casos hay ciertamente en que el hombre entregado á los impulsos de virtudes superiores quebranta su salud y abrevia su vida; pero recuérdese que no hay profesion, no hay ocupacion de ninguna clase en que no pueda suceder lo mismo. Dominado el hombre por un vehemente deseo, no siempre advierte que se daña á sí propio; pero ¡dichoso daño el que se acarrea al cuerpo por querer caminar mas aprisa en el camino de la virtud! ¡dichosa abreviacion de la vida, la que nos hace entrar mas pronto en la mansion de los justos! A los hombres de caridad ardiente que sacrificaron sus vidas por el bien de sus semejantes, la religion los coloca sobre los altares, la humanidad agradecida les consagra monumentos y les erige estatuas.

A pesar de la inexactitud de su definicion, el Sr. Cubí ha tributado un homenaje á nuestra doctrina. A los instintos que solo miran al interés propio y presente, los apellida

animales; á los que tienden al ajeno ó futuro, los denomina *morales;* esto, como hemos visto ya, es inexacto y hasta falso; pero ¿qué es lo que ha dado ocasion al error? es, sin duda, el carácter de sublime moralidad que consigo lleva la abnegacion y el desprendimiento.

No creemos que el Sr. Cubí tenga nada que objetar á lo que acabamos de exponer; esperamos que abundará en los mismos principios; porque no podemos persuadirnos que profese doctrinas que tiendan á quebrantar el vuelo del espíritu y á sufocar los mas nobles sentimientos del corazon.

Otro dia proseguiremos nuestra tarea, escribiendo sobre la Frenología el tercero y último artículo.—*J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

No siendo fácil proporcionarse ejemplares de un escrito sobre el Celibato del Clero Católico, publicado por el autor de esta *Revista* en 1839, y sabiéndose que algunos señores suscritores desearian su lectura, se inserta á continuacion, tal como en aquella época salió á luz en el periódico de Madrid, que habia publicado una especie de programa invitando á discutir la importante cuestion sobre las ventajas religiosas, morales y políticas de dicho celibato.

REFLEXIONES SOBRE EL CELIBATO DEL CLERO CATÓLICO
EN PARANGON CON LA FACULTAD DE CONTRAER DE LOS PROTESTANTES.

I.

Alzado en Alemania el grito de revolucion religiosa, proclamada la libertad de conciencia, hollada la autoridad del Sumo Pontífice, niveladas las jerarquías, y quebrantados enteramente todos los lazos de la disciplina eclesiástica, fácil era prever que, abandonadas las pasiones á la

merced de sus violentos impulsos, sacudirian desde luego el molesto freno de una santa austeridad, y que no serian parte á contener sus arrebatos las consideraciones de puro miramiento. Así fué en efecto; y el hombre que se habia puesto al frente de la pretendida reforma no tardó en dar tan escandaloso ejemplo, consumando con impudente osadía el nefando atentado de un doble sacrilegio. ¡Baldon eterno para la enseña del error y del cisma, que desde el momento de enarbolarse se viera ya rodeada del asqueroso cortejo de la corrupcion y del escándalo! Desbordáronse sin freno las pasiones, quitáronse la máscara hipócrita con que se habian encubierto, y tratóse de erigir en doctrina lo que no habia sido mas que un crímen. Tal es la condicion del hombre: las pasiones le arrastran hasta el fango de la corrupcion y de la miseria; vuelto en sí se avergüenza de su ignominia; y entonces el orgullo, siempre fecundo en recursos para disculpar un extravío, llamando en su auxilio las cavilaciones de una razon veleidosa y flexible, improvisa un sistema, crea una doctrina, esforzándose de esta manera en sustraer la afrenta del culpable á la severa y penetrante mirada de la virtud y del buen sentido.

A la luz de estas reflexiones, que presentan en toda su desnudez el verdadero orígen del matrimonio de los ministros protestantes, debiera de parecer extraño que se haya querido parangonar semejante miseria con la veneranda austeridad del clero católico. Infiérese tambien de aquí, que á la supresion del celibato entre los ministros protestantes no presidió ningun pensamiento de reforma religiosa, moral ni política; sino que todo fué obra del desenfreno de las pasiones, un efecto muy natural de la relajacion que debia de introducirse entre los reformados, una vez sacudido el yugo de la autoridad; siendo despues muy consecuente el que declamasen con furor contra el celibato del clero católico, por la misma razon que las aguas de una avenida impetuosa se embravecen contra el robusto dique que las embaraza en su precipitada corriente.

Tal vez no sea por demás el haber presentado estas reflexiones antes de entrar de lleno en la materia; no fuera que ciertos miopes, que sobre la palabra de *adocenados escritores*, están acostumbrados á mirar la reforma protestante como un pensamiento generoso y fecundo, que derramó sobre la Europa un inagotable raudal de preciosos beneficios, hubieran tambien sospechado en el matrimonio de los ministros protestantes alguna idea sublime y misteriosa, que envolvia en su seno el gérmen de grandes mejoras religiosas, morales y políticas.

Pero entremos en materia: *¿El celibato del clero* (prescindiendo de las leyes canónicas y civiles) *es mas conducente, política, moral y religiosamente al bien de la sociedad, que la facultad de contraer de los protestantes?*

El sacerdote ¿quién es? ¿cuál es su carácter? ¿cuáles son sus funciones? ¿cuál su mision sobre la tierra? Es un medianero entre Dios y los hombres, un encargado de ofrecer al Dios de Majestad el sacrificio y el incienso, de elevar al trono de la infinita Misericordia las oraciones de los mortales, de aplacar la cólera de la Divina Justicia provocada por el crímen, y de recibir de la mano del Eterno las prendas de sus inagotables bondades, para derramarlas en seguida sobre la tierra como un rocío de consuelo y esperanza. Contempladle al ejercer las funciones de su augusto ministerio: rodeado de un pueblo numeroso que humilla compungido su frente ante la majestad del Santo de los Santos, revestido de un ropaje misterioso, en pié sobre la grada del altar resplandeciente, envuelto en la nube aromática que se eleva de sus manos hácia el trono del Eterno, articulan sus labios una palabra de oracion, entona con augusta majestad un himno al Dios de Sabaot, levanta con sus manos la Hostia de salud, y presenta á la adoracion del pueblo al Cordero sin mancilla que borra los pecados del mundo. ¿No eleva vuestra alma aquel espectáculo sublime? ¿no os sentís penetrados de un sentimiento religioso que os humilla ante el Señor de Majestad, y á la vez os inspira un profundo respeto á la

dignidad del ministro? ¿no os place distinguir en el semblante del sacerdote los rasgos de santa austeridad, figurándoos un corazon inundado de bendiciones celestiales, puro como el rayo de la luz, fragante como el aroma del incienso? ¿Sí? pues introducid en el cuadro á la mujer, haced que se os ofrezcan los lazos de amor que unen al ministro con hermosura pasajera; y desde aquel momento el cuadro desaparece, el sacerdote se abate, su dignidad se humilla, su gravedad se amengua, su austeridad se relaja: y en aquellos mismos ojos en que poco antes contemplabais conmovidos el divino fuego de un amor celeste, descubrireis un viso de liviana languidez, un reflejo de la llama mundanal que el esposo abriga en su pecho.

Que no debe tacharse, nó, semejante razonamiento de idealismo poético, ni apellidarse vana declamacion sustituida á la solidez del raciocinio, cuando se ajusta exactamente con la experiencia de cada dia, con los sentimientos mas indelebles del alma, con las grandes lecciones de la historia, y con el pensar del linaje humano. Es preciso confesarlo: la religion cristiana conoce profundamente el corazon humano, sus pliegues mas secretos, sus relaciones mas delicadas, sus instintos mas misteriosos: todo lo tiene previsto, todo calculado, todo sujeto á una combinacion profunda, de manera que bien podria asegurarse que, estudiando una cualquiera de las instituciones religiosas, se estudia á la vez algun arcano del corazon del hombre. Un instinto, una tradicion, ó sea lo que fuere, habia enseñado al linaje humano la existencia de una estrecha relacion entre la continencia y las funciones religiosas; los antiguos pueblos del Asia, los egipcios, los griegos, los romanos, los chinos, hasta los sectarios de Mahoma, los moradores del Nuevo Continente, en una palabra, cuantos pueblos antiguos y modernos nos han dejado algun recuerdo de sus usos y costumbres, todos han manifestado un misterioso acatamiento ante esa sublime virtud, todos han convenido en mirarla como un aroma precioso, sin cuya exquisita fragancia no podian ser agra-

dables al Eterno las ofrendas presentadas ante su trono por la mano de los mortales. Este es un hecho universal, constante, atestiguado por la historia de todos los pueblos, tiempos y países; y sin duda que por esta causa, y en obsequio de la brevedad á que debe circunscribirse este discurso, se me permitirá el omitir la muchedumbre de citas con que podria llenarlo, aun contando con un caudal de erudicion mucho menos que mediano.

Ahora bien: ¿qué enseña este hecho? ¿prueba algo en favor de las ventajas religiosas y morales del celibato del clero católico? Si estuviese aun en su auge la funesta costumbre introducida por los sofistas del siglo XVIII de ventilar las cuestiones religiosas, morales y políticas á la sola luz de especiosas teorías, y prescindiendo completamente de la realidad de los hechos, sin duda que mi pregunta podria contar con resueltas y numerosas negativas; y tal vez por haber tenido el linaje humano semejante conviccion, se le prodigaran los apodos de iluso é ignorante. Pero felizmente para esa clase de estudios, las ideas se han modificado algun tanto; y aunque sea lamentable que no esté extendida y arraigada cual debiera la importante verdad de que para conocer la religion, la moral y la política, y para deslindar las profundas y delicadas relaciones que las enlazan entre sí y con el corazon del hombre, no basta soñar en un gabinete, sino que es preciso, indispensable, escuchar, consultar, analizar las grandes lecciones de la historia y del tiempo; sin embargo, tambien se ha de confesar que la frívola escuela del siglo XVIII caduca rápidamente con sus teorías, sus abstracciones y sus nombres; y que empieza á propagarse la saludable conviccion de que fuera vano empeño buscar aquel linaje de conocimientos por medio de las cavilaciones de los filósofos; á la manera que nadie estudia ya el mundo físico apoyándose en los sistemas de Descartes, ó en las teorías de Buffon.

Dable será pues alegar con firme confianza en pro de las ventajas religiosas y morales del celibato del clero católi-

co, las convicciones y sentimientos del linaje humano, y el presentar en consecuencia esa institucion veneranda como la realizacion de una idea sublime, de un sentimiento misterioso, que anteriormente al establecimiento del cristianismo, se hallaban ya difundidos por todo el ámbito de la tierra. ¡Cómo es posible que se haya echado en cara al catolicismo el haber pensado y sentido con respecto á la continencia, lo mismo que de antemano pensaran y sintïeran todos los pueblos del orbe! ¡El haber erigido en ley universal y constante lo que antes era un sentimiento vago y confuso, expresado en diferentes formas por mil leyes, usos y costumbres! Estaba reservado al catolicismo el acometer tamaña empresa, y el conducirla á cabo con aquella dignidad y sabiduría que corresponde á la religion de Jesucristo. El celibato del clero católico es lo que debia ser la continencia en manos de una religion divina; una continencia austera, sin la barbarie con que la afeaban algunos sacerdotes del paganismo, libre de toda supersticion, pura de toda mancha, elevada á una esfera sobrehumana, y sellada con aquel carácter de santidad y pureza, que forma el distintivo de las instituciones católicas. ¿Con qué osadía se ha notado como un lunar del catolicismo uno de sus mas bellos adornos, una de las perlas mas preciosas que esmaltan su auréola brillante? Que en contra del celibato del clero católico declamaran los corifeos de la reforma, que declamen aun hoy dia sus discípulos los ministros, nada tiene de extraño: los primeros debian de esforzarse para encubrir los vergonzosos motivos de su apostasía, y procurar escudarse en algun modo contra la picante sátira que con tanto desenfado les dirigiera Erasmo; y los segundos, porque es muy natural que miren con aversion y aborrecimiento esa austera institucion del catolicismo, que es y será siempre su reprension mas elocuente, y su condenacion mas severa; pero ¿qué podian encontrar en el celibato del clero católico esos declamadores apellidados *filósofos*, que se preciaban de observadores imparciales, y con cuya regla de vida nada tenia que

ver el celibato del clero? ¡Ah! No es difícil atinarlo; es que en él veian un muro de bronce contra la corrupcion de costumbres del clero, un baluarte de la pureza de la moral y de la severidad de la disciplina, un elemento de respeto y veneracion hácia el sacerdocio, un abundante manantial de ventajas religiosas y morales para todos los pueblos que cobija en su seno la Esposa de Jesucristo.

II.

Pero ¿cuál es el orígen, cuál el fundamento de esa íntima relacion que existe entre la continencia y el ministerio religioso? Reflexionemos sobre ello un momento. Por mas que las pasiones del hombre tengan entre sí muchos puntos de semejanza en su orígen, tendencia y desarrollo, difieren sin embargo en gran manera, nó precisamente por la naturaleza de las acciones á que inducen, sino por el modo particular y característico con que afecta cada una el corazon, por aquella fisonomía, digámoslo así, que cada una comunica al hombre; resultando de aquí que aun en igual grado de culpabilidad de las acciones, es muy diferente el aspecto con que se presenta á sus semejantes el hombre que de ellas se halla dominado, y de consiguiente que es muy diverso el influjo que sobre ellos puede ejercer en la variedad de posiciones sociales en que pueda colocarle su destino. Unas elevan el ánimo, otras le abaten; esta comunica al espíritu vigor y energía, aquella le enerva y enflaquece; tal ensancha el corazon y enardece su fuego, tal otra le apoca, le estrecha, y como que ahoga todo gérmen de sentimientos generosos; en una palabra, todas presentan caracteres tan distintos, cuanto es su número, su combinacion, sus relaciones y circunstancias. No seria difícil el hacer de esta verdad numerosas aplicaciones, y tal vez no dejaria de ser interesante un cuadro en que se viera, con respecto al individuo y á la sociedad, el complicado juego de tan varios y poderosos resortes. Mas como quiera que el solo bosquejo de semejante traba-

jo excederia los límites á que debe ceñirse este discurso, será preciso contentarse con un solo punto de vista y comparacion, con cuyo medio, á mas de llenarse lo principal del objeto, no se traspasarán los lindes prefijados al escrito.

Funestas como son á la moral y felicidad del individuo, y fatales no pocas veces al sosiego y bienestar de la sociedad, la ambicion y el anhelo de la gloria, ejercen no obstante sobre el corazon del hombre un mágico influjo, que agranda sus ideas, ensancha sus planes, multiplica su actividad y osadía, é inspirándole á menudo grandiosos proyectos, le hace capaz de sostener los trabajos mas penosos, y de acometer impávido las mas arriesgadas empresas. El amor, fiebre ardorosa cuando carece del objeto amado, pueril cuando le posee, frágil y mudable como la hermosura que idolatra, inspira al corazon del hombre la veleidad y la inconstancia, debilita su vigor, afloja su energía, y absorbiendo en liviano sueño todas las potencias, echa á perder con frecuencia el mas exquisito temple de alma. El hombre que trabaja por adquirir un nombre ilustre, ó que abriéndose paso por entre la oscura muchedumbre se esfuerza por ocupar un alto destino, marcha tal vez por el sendero de la violencia y del crímen, y deja en pos de sí un reguero de sangre y de lágrimas: es verdad; pero hácelo al menos con la cerviz erguida, con el orgullo en la frente, afligiendo á las personas juiciosas con el amargo pesar de ver extraviadas de un modo lamentable grandes calidades dignas de mejor objeto, é inspirando á los demás hombres ora la admiracion y entusiasmo, tal vez el terror y el odio; mas nó la burladora sonrisa, nó la indiferencia y el desprecio. El amante, olvidado de sí mismo, sin mas objeto que su ídolo, sin mas dicha que el placer, se arrastra con abatimiento y languidez á merced de los caprichos de la belleza que adora; y como que prefiere á cuanto hay de brillante, grande y estimable sobre la tierra los hechiceros halagos de oscuridad voluptuosa, solo ofrece á sus semejantes la imágen de la abyeccion y

debilidad; solo les inspira una compasion estéril, si no es que con sus gemebundos plañidos no provoque de vez en cuando la picante sátira del gracejo, ó la penetrante malignidad de mirada burlona. Y hé aquí la causa por qué están reñidos con esa pasion muelle y enervante todos aquellos cargos cuyos objetos sean algo de arduo, de grave é importante: hé aquí por qué ha sido necesario levantar una robusta valla, un muro de bronce entre sus halagos seductores y las funciones religiosas. ¿Y qué? ¿hay acaso algo en el mundo que demande mas elevacion de ideas, mayor pureza de corazon, mas gravedad de carácter, y mas circunspeccion, dignidad y rectitud en toda clase de procedimientos?

Pero bien, se me dirá, si el sacerdote fuera un ángel, si en su pecho no hirvieran las pasiones como en el pecho de los demás hombres, estaria muy puesto en su lugar cuanto se acaba de aducir en favor del celibato; pero el sacerdote es un hombre, y si no dais al fuegó de sus pasiones un respiradero legítimo, provocareis una explosion criminal; cuando creereis haberle levantado al nivel de la perfeccion, le vereis precipitarse por la carrera de la corrupcion y del escándalo. Objecion especiosa sin duda por imitar el circunspecto lenguaje de la prudencia y buen sentido; pero que es muy fácil disipar con abundantes y robustas reflexiones, y que sobre todo se desvanece en humo con el concluyente testimonio de los hechos.

Si el matrimonio del clero fuera un saludable y precioso desahogo, si el celibato católico fuera una compresion imprudente y peligrosa, obrando de continuo estas dos causas, la primera sobre el clero protestante, y la segunda sobre el católico; se habria establecido entre la conducta de ambos un terrible desnivel, quedando incalculable ventaja á favor de los ministros protestantes. Ahora bien, ¿existe el desnivel? Sí, y muy grande; pero es todo á favor del clero católico. Díganlo si no cuantos hayan viajado por los países protestantes, ellos que habrán sido testigos oculares de la poca estimacion en que son tenidos por sus

pueblos; de la indiferencia y hasta desprecio con que son mirados en todas partes: y dígalo ese respeto, esa veneracion con que es obsequiado por los católicos el clero católico; y eso á pesar de los inauditos esfuerzos que de un siglo á esta parte se están empleando á porfía por desconceptuarle y envilecerle. Aun hay mas, y sobre este hecho, aunque muy sabido, llamo muy particularmente la atencion de mis lectores. Cuando la terrible explosion de la revolucion francesa dispersó por toda Europa á los ministros católicos, una porcion considerable de ellos buscaron en Inglaterra un asilo contra el furor que los perseguia en su patria. No era seguramente la Inglaterra un país en que se hubiese calumniado á medias al clero católico; presentáronse allí los sacerdotes emigrados: ¿y qué sucedió? Sucedió lo que sucederá siempre cuando las declamaciones se sujeten á la piedra de toque de los hechos: admiraron los ingleses la santa gravedad, la intachable pureza de aquellos sacerdotes que habian visto retratados con tan negros colores; y, á pesar de la extrema suspicacia de los habitantes de aquel país con respecto á los célibes, se estableció en favor de los sacerdotes católicos la honrosa excepcion de franquearles libre entrada en las casas, y de permitirles con entera confianza la comunicacion con las esposas y las hijas. ¿Dónde están pues los funestos resultados del celibato del clero católico, cuando en país extranjero, á la sola vista de sus virtudes, se disipan preocupaciones tan arraigadas, se acallan resentimientos tan inveterados y nutridos, y se tranquiliza completamente la delicada suspicacia de sus mayores adversarios?

III.

Cuando las cuestiones se sacan de su verdadero terreno se miran bajo un punto de vista falso; y cuando en la resolucion de un problema se hace abstraccion de ciertos datos que están por necesidad embebidos en su naturaleza, en vez de dar en el blanco de la cuestion, no se hace otra

cosa que derramar vaciedades y desaciertos. El celibato del clero católico cuenta por principales adversarios á aquella clase de filósofos que no conocen otra basa de la moral que el interés privado, y que desprecian como vana ilusion á cuantos otros agentes se quiera atribuir influjo sobre el corazon humano. Mirados bajo este punto de vista la sociedad y el individuo, reguladas por esta norma las conductas privadas, basadas sobre este cimiento las leyes, sin mas influjo sobre el corazon que los alicientes de los goces materiales, ó el temor de penas pasajeras, sin mas freno para la violencia de las pasiones que los consejos de una razon estéril y helada, ó la flaca contextura de una legislacion, obra de combinaciones puramente humanas, en teniendo que luchar con aquellas pasiones que por la naturaleza de la mayor parte de sus extravíos están fuera del alcance de las leyes del hombre, si no dan por imposible el contenerlas, apelan á vanos paliativos, á remedios ineficaces, á desahogos, á condescendencias funestas: y, en medio de la impotencia y nulidad de sus medios, culpan de vana temeridad las severas disposiciones de una legislacion sábia y profunda. ¿Quiérese una confirmacion de la ligereza con que se ha echado en cara al catolicismo la austeridad de sus instituciones en materia del celibato? Recordaré pues un hecho reciente, público, ruidoso, ya que por su estrecha relacion con la materia que nos ocupa no podria omitirse sin dejar un considerable vacío. ¿Qué no se habia dicho, cuánto no se habia declamado antes de la revolucion francesa sobre la austeridad de vida de las vírgenes consagradas á Dios, de las pretendidas víctimas del claustro? Estalló la revolucion, cayeron de repente al suelo las puertas de los pretendidos calabozos; ¿y qué sucedió? Dígalo la nacion francesa: cuando muchas se hallaban todavía en la edad lozana en que la naturaleza no ha perdido aun su hermosura, las ilusiones su brillo y el placer sus hechizos, ¿viéronse acaso aquellos escándalos que con tanta impudencia se prometieran la impiedad y la malicia? Fieles á la santidad de sus votos, sordas

á las seducciones de un mundo que las brindara con la dorada copa, retroceden horrorizadas á la sola vista del peligro, y cubriendo sus rostros virginales con el velo misterioso, corren á llorar en soledad los extravíos de aquella generacion delincuente. Pero ¿á qué citar países extraños? En España ¿no hemos visto nosotros á esas vírgenes heróicas arrostrar generosamente la estrechez, y hasta la miseria, antes que abandonar aquel asilo de soledad y de penosas privaciones? ¿No las hemos visto conservarse en sus retiros corriendo gravísimos peligros sus vidas inocentes, cuando desde la oscuridad de los ángulos del claustro oian la confusa gritería de los asesinos, veian el siniestro reflejo de la tea incendiaria, y llegaba hasta sus oidos el estruendo de los aceros homicidas? ¿Dónde está pues la opresion, dónde la violencia, dónde la imprevision del catolicismo, dónde los funestos resultados de sus instituciones severas?

Cuando se quieren examinar las leyes mas santas y sublimes al través de un prisma ennegrecido por la corrupcion y los placeres; cuando no se cuenta con otros medios de accion sobre el corazon del hombre que el aliciente de los goces voluptuosos, ó el temor de padeceres momentáneos, nada extraño es que no se comprenda una palabra de esa profunda legislacion, grandiosa en su plan, prudente en sus detalles, fuerte sin violencia, suave sin relajacion, sólida, estable y permanente para resistir á los embates de las pasiones y trastornos, como á la accion roedora de los siglos.

La religion de Jesucristo, como emanada del seno de aquel en cuyas manos están los corazones de los mortales, se dirige en derechura al corazon, le ocupa, le ablanda, le señorea; y como ejerce sobre todos sus resortes un impulso inmenso, le impera sin vacilar las acciones mas difíciles, le exige los sacrificios mas arduos y penosos; y si tal vez trata de condescender algun tanto á la flaca condicion del hombre, no es doblegándose al gusto de las pasiones, nó relajando la severidad de sus leyes, ni amanci-

llando la pureza de su doctrina, sino que tiene á la mano una infinidad de recursos con que endulza las mas agrias austeridades, siembra flores celestiales en los mas ásperos caminos, é inunda las angustias del corazon con balsámicos lenitivos de amor, de consuelo y esperanza. Enlazando el tiempo con la eternidad, la vida con la muerte, las sonrisas de la cuna con el llanto del sepulcro; sorprendiendo al hombre en medio de su frívola alegría y de sus placeres livianos, vierte en la copa de los goces una gota de saludable amargura, levanta el engañoso velo que encubre la nada de las cosas humanas, recuerda de continuo al mortal la eternidad de su destino, mostrándole con severa mano el polvo de su ser y la lobreguez de la tumba. ¡Cadena misteriosa que une la tierra con el cielo! ¡Digna obra de la omnipotente palabra que crió la luz, que estableció la armonía del firmamento, y que asentó sobre su basa los cimientos de la tierra!

IV.

Cuantos han impugnado el celibato del clero católico se han manifestado muy ligeros en el estudio de la religion, y mostrado conocer muy poco su verdadero espíritu y sus mas naturales y espontáneas tendencias. A no ser así, habrian confesado al menos que el catolicismo en el establecimiento del celibato del clero ha sido muy consecuente, y que ha planteado una institucion que no podia menos de brotar en su seno. Es esto tan cierto, que aun cuando se supusiera abolido el celibato del clero, en floreciendo algun tanto la religion, volveria á presentarse desde luego bajo la forma de costumbre venerable; permaneciera mas ó menos en aquel estado, pero puede asegurarse que al cabo de cierto tiempo se colocaria de nuevo en la esfera de las leyes.

Desenvolvamos este pensamiento. Cuando una institucion tiene en sí misma un poderoso elemento de vida la comunica sin cesar á cuantos gérmenes se abrigan en su

seno, y si tal vez deja á la accion de largo tiempo el desenvolverlos completamente, no obstante, si la institucion matriz es bastante robusta, nunca deja de llevarlos á completa sazon y desarrollo. Distínguese muy particularmente por este carácter la religion católica, la que, aun mirada bajo un punto de vista meramente humano, es sin disputa la obra mas robusta que se ha visto sobre la tierra. Así es que cuantos elementos lleva en su seno, tarde ó temprano llega á desenvolverlos, sin que puedan jamás impedírselo, ni los planes y pasiones de los hombres, ni la confusion y el trastorno de los siglos. Como el espíritu de esa religion divina es de sublime elevacion á Dios, y por consiguiente de completa abstraccion de las afecciones terrenas, tiene por su misma naturaleza una fuerte tendencia á la vida continente; y si bien ha dejado el ejercicio de esta virtud en los límites de puro consejo, la ha siempre distinguido con particular predileccion, y mirádola como una de las bellas azucenas que orlan la hermosa frente de la perfeccion cristiana. Y es muy de notar, que siempre, por do quiera que esa hija del cielo haya fijado su pisada, se ha visto brotar esa virtud como una flor olorosa que naciera al solo contacto de su planta, y que marcara con aromáticos perfumes el sendero de su huella vivificante. Nada han podido contra su accion poderosa, ni la corrupcion mas arraigada, ni el clima mas rebelde; por manera que allí mismo se admiraron los mas inauditos ejemplos de austera continencia, en donde se habian combinado mas eficaces causas para la molicie del corazon y la corrupcion de costumbres.

Asentada esta verdad de hecho, preguntaré ahora: si era posible que el clero, esa porcion predilecta y escogida, que por razon de su augusto ministerio debia de sentir mas de cerca todo linaje de influencias religiosas, pudiera desentenderse de esa tendencia tan marcada que manifestaba el cristianismo, y si no era imposible que con tan irresistible impulso dejasen de enlazarse de un modo inseparable la continencia y el sacerdocio. ¿Cómo era dable que se ocul-

tara á la Iglesia la estrecha relacion que las unia, que desconociera lo que demandaba de sus ministros el espíritu de la religion, y que no aprovechara este medio tan obvio, tan natural y edificante de presentar á los fieles una muestra viva, universal y duradera, para que á su imitacion pudieran ellos arreglar y modelar su conducta? ¿No hubiera sido bien extraño, bien irregular, y de consiguiente poco duradero, el que se hubieran visto entre el comun de los fieles, numerosos ejemplos de continencia edificante, mientras que se hubieran entregado á las ilusiones del placer los sacerdotes, ellos que estaban encargados de ofrecer á Dios las oraciones y virtudes de sus hermanos, de dirigirlos por el camino de la perfeccion, y de preservarlos de los amaños y asechanzas de la antigua serpiente? Con un corazon plagado de afecciones voluptuosas, con una fantasía sembrada de imágenes seductoras, y disipada por recuerdos livianos, ¿cómo hubieran comprendido el lenguaje puro y celestial de una vírgen cristiana? ¿Cómo hubieran podido elevarse á la necesaria altura para dirigirla con saludables consejos, para confortar su corazon inocente combatido por recios embates, afligido con amargas tribulaciones y angustias? Y si miramos al sacerdote como depositario de los secretos mas sagrados del corazon; cuando se hubiera postrado á sus piés un cristiano humillado que acababa de mancillar su inocencia con un desliz de la debilidad humana; cuando se hubiera dispuesto para comunicar al sacerdote aquel secreto que le era mas caro que su misma vida, ¡cuál se hubiera angustiado su pecho, cuál se hubieran anudado en la garganta sus palabras al pensar en la curiosidad y ligereza de la mujer, dueña de aquel corazon que iba á recibir el depósito de tan delicada confianza!

Subirá de punto la importancia de las ventajas que consigo lleva el celibato del clero católico, si se considera que el ministro de la religion debe ser todo para todos, y que uno de los mayores embarazos para cumplir este destino hubieran sido ciertamente los lazos del matrimonio.

Sojuzgado el corazon del esposo por las gracias de su amable compañera, embelesado con las caricias de los hijos de su corazon, lleno de ilusion y esperanzas por sus disposiciones precoces, y de temores y recelos por su suerte venidera, siente que se despiertan en su pecho una muchedumbre de afectos tan tiernos y solícitos, como fuertes é irresistibles; pero todos aislados, concentrados en la esfera de su familia, todos convergentes, por decirlo así, en la direccion del bienestar y felicidad de su esposa y de sus hijos. Sus necesidades se aumentan, sus afanes se multiplican, cobra á los intereses materiales un apego increible; y mientras absorben su atencion las ocurrencias de lo presente, atormentan á la vez su ánimo con inquietudes y zozobras los azares del porvenir. Nada mas á propósito para corroborar estas aserciones que las siguientes notables palabras del doctor King, ministro de la reforma protestante: «No fué poca desgracia (dice) para la causa del cristianismo en Inglaterra el permiso concedido á nuestro clero de contraer matrimonio cuando la reforma nos separó del papismo, porque ha sucedido precisamente lo que debia necesariamente suceder, y lo que se deberia haber previsto. *Desde aquella época nuestros eclesiásticos no han pensado mas que en sus mujeres y en sus hijos.*» Estas palabras no necesitan comentarios: y ellas dicen de un modo elocuente la elevada prudencia del catolicismo en vedar el matrimonio al clero, cuyos bienes deben destinarse particularmente á saciar el hambre del pobre, á cubrir la desnudez del mendigo, al socorro de la estrechez de la viuda, y al amparo de la orfandad desvalida: ellas dicen si hubiera sido prudente el embarazar al clero con las atenciones siempre crecientes de la esposa y de los hijos, para que á este solo recuerdo se helara su corazon y se cerrara su mano.

Que si miramos el celibato del clero en cuanto le deja con aquella independencia, con aquella fortaleza de ánimo, con aquel temple elevado, vigoroso y enérgico que requieren las grandes acciones y las empresas arriesgadas,

encontraremos mucho mas que admirar en los profundos designios de la Iglesia católica. Una vez enlazado el hombre con los vínculos conyugales, mira la conservacion de su existencia como una condicion indispensable para la felicidad de su familia; y aun cuando quepan en su pecho sentimientos nobles y elevados, aun cuando palpite de entusiasmo su corazon á la vista de una empresa arriesgada, generosa y heróica, al pensar en el desconsuelo de su esposa, en la orfandad de sus hijos, siente relajarse aquel esfuerzo varonil que se desplegara en su pecho en un momento de arrebato, y tiembla pavoroso á la vista de los azares y peligros. Y hé aquí por qué entre los católicos, y solo entre los católicos de ambos sexos que profesan la vida continente, se ha visto esa no interrumpida serie de personas dedicadas al consuelo y alivio de la humanidad doliente en los hospitales, en esos admirables establecimientos hijos exclusivos de la caridad cristiana, en esas moradas de dolor en que quedan sepultadas en el olvido tantas acciones heróicas, porque la muerte viene á cerrar los labios del agradecimiento, y el mundo no se digna siquiera dirigir su altanera vista hácia aquellas mansiones de dolor, de miserias y lamentos. Hé aquí por qué solo entre los católicos se han visto verdaderas misiones dignas de este nombre; solo entre los católicos se han visto aquellos ejemplos de inalterable fortaleza, de heróico valor y generoso desprendimiento, en que hombres criados entre las comodidades y suavidad de costumbres de las naciones civilizadas, se despiden para siempre de su patria, de sus amigos y familia para atravesar la inmensidad de los mares, y sepultarse en seguida entre los laberintos de desiertos inmensos, en busca de un hombre á quien no conocen, y que en el exceso de su degradacion y barbarie, pagará con una muerte cruel y horrorosa el celo caritativo que le llevaba el bienestar sobre la tierra, y la eterna felicidad despues de la muerte.

Figuraos ahora á un misionero protestante embarazado con el vínculo conyugal; al abordar una playa lejana y des-

conocida, teniendo á la vista la inmensidad de un desierto, sin divisar en ninguna parte la mas leve seña de la mano del hombre, rodeado de las colosales producciones de la naturaleza, que en medio de una soledad sublime y de un silencio imponente, despliega á sus ojos una majestad aterradora; si al trepar por fragosos barrancos y entrecortadas malezas, oye el destemplado aullido de la horda salvaje, ¿creeis acaso que tendrá valor para dirigirse á su encuentro, cuando en aquel instante no podrá menos de asaltarle el angustioso recuerdo de las lágrimas de su esposa, del llanto de sus hijos, que tal vez en aquel mismo momento lloran en torno de la desolada madre la ausencia de un padre á quien no volverán á ver, y de un padre que va en busca de una muerte oscura, sin testigo siquiera, sin consuelo ni gloria? No extrañemos pues la incomparable distancia de los resultados de las misiones protestantes al fruto de las misiones católicas; pues que, á mas de la esterilidad que será siempre el patrimonio de las iglesias separadas del fecundo seno de la Iglesia, tienen los misioneros protestantes la gran desventaja de presentarse en las misiones rodeados de sus esposas y de sus hijos, ocupados antes de empezar sus tareas en proporcionar cómoda vivienda á su familia; y con tamaños antecedentes, bien se les ha de alcanzar á los infieles, que aquellos hombres tienen tambien sus aficiones y sus apegos terrenos; y á buen seguro que tampoco encontrarán entre ellos ningun émulo del gran Javier, ni celosos imitadores de los mártires del Japon.

Allégase á cuanto se ha dicho en pro de las ventajas del celibato del clero, que no solo las empresas arriesgadas y heróicas se avienen muy mal con el estado del matrimonio, sino tambien todo linaje de tareas muy asiduas y de trabajos muy penosos, al paso que se hermanan admirablemente con el estado del celibato eclesiástico. Basta haber reflexionado muy ligeramente sobre el renacimiento y progresos de las letras, para conocer los inestimables beneficios de que la sociedad le es deudora. Sin él no hubie-

ra tenido la Europa en medio de la confusion de los siglos bárbaros aquellas reuniones de hombres que en el silencio de sus claustros se ocupaban infatigables en conservar, copiar, ordenar el precioso depósito de los manuscritos antiguos, amontonando un inmenso caudal de materiales científicos que pudieran aprovecharse en tiempos mas felices para derramar una ráfaga de luz sobre las tinieblas que envolvian la Europa. Sin él no se hubieran visto aquellos portentos de laboriosidad, aquellas bibliotecas vivas de costosa erudicion que se admiraron en Europa al renacimiento de las letras, y cuya mayor parte pertenecian al estado eclesiástico.

Aun hay mas: cuando al decaer rápidamente la grandeza del imperio romano, caducaban tambien á igual paso todo linaje de conocimientos, ¿quién sostuvo el brillo de las letras y la dignidad del saber, sino aquellos grandes hombres llamados por nosotros los Padres de la Iglesia? ¿Y no eran ellos los que mientras llenaban el mundo con la fama de su sabiduría, le edificaban con sus virtudes eminentes y con la estricta observancia de una continencia severa?

Y adelantando un paso mas en aquella época: ya estaba completamente derribado el imperio romano, y los bárbaros del Norte hollaban con su robusta planta la enervada cerviz de los señores del mundo; ya flotaba sobre las ruinas de los antiguos palacios una tienda salvaje cubierta de polvo y salpicada de sangre; ya estaban sepultados entre montones de escombros y cenizas los monumentos del antiguo saber, y en medio de tanta confusion y tinieblas, inevitable resultado de tan espantoso trastorno, cuando tan difícil debia de ser el procurarse cualquiera clase de conocimientos, aun vemos con admiracion cual resplandecian por su vasto saber un número considerable de eclesiásticos ilustres, que sacando de la austeridad de sus costumbres una infatigable laboriosidad y un elevado temple de alma, habian sabido crearse una posicion tan alta como difícil y aislada, conservándose en pié como robus-

tas columnas de un edificio derribado, como luminosas antorchas que brillasen entre las densas tinieblas de un espacio inmenso.

V.

Pero basta ya de esa clase de reflexiones, es necesario acercarse al fin del escrito; que la sobrada extension que va tomando recuerda de continuo la estrechez de los lindes prefijados en el programa. Bajemos ahora á un terreno mas llano y mas al gusto de nuestro siglo: no huyamos de una arena en que rato há que nos estarán aguardando nuestros adversarios, esperanzados quizá de abrirnos herida de muerte. Bien se les alcanzará á los lectores que vamos á ventilar el punto en sus relaciones con el aumento de la poblacion, y tal vez esperen ya con impaciencia el ver cómo se sincera el celibato del clero de los terribles cargos que se le han hecho en tan delicada materia. Por mas que sea bien conocido el saludable influjo que ejerce sobre el aumento de la poblacion la moralidad del pueblo, y por mas que se desprenda de cuanto se lleva dicho la poderosa influencia que sobre esta moralidad debe tener el celibato del clero; prescindiremos sin embargo de estas consideraciones, no sea que se diga que huimos el cuerpo de la lucha que nos espera en un terreno material y positivo. El celibato del clero (dicen nuestros adversarios) es altamente nocivo al bien de la sociedad, porque, disminuyendo el número de los matrimonios, es por su naturaleza contrario al aumento de la poblacion. Hé aquí su Aquiles; veamos sin embargo si tendrá tal vez algo de flaco y vulnerable. Por de pronto salta á los ojos que la objecion estriba en el supuesto de que el aumento de la poblacion es proporcional al número de matrimonios; pero este supuesto es falso, y juzgado como tal por los mas adelantados conocimientos de la ciencia económica; luego carece de solidez cuanto se edifica sobre semejante cimiento. Por mas que no sea ahora posible el desenvolver la materia

con aquella extension que demandan su gravedad é importancia, será no obstante preciso el dar por lo menos una ojeada á sus principales puntos de vista, ya que serán bastantes pocas palabras para que allí reciban mayor descalabro los enemigos del celibato del clero, donde se habian prometido mas cumplido triunfo.

Como para aumentarse la poblacion no basta el que sea mayor el número de nacidos, sino que es necesario que lleguen estos á sazon completa, y esto no puede verificarse en careciendo de los medios de proveer á sus necesidades, resulta de aquí que, cuando el número de matrimonios, y por consiguiente el de los nacidos, no esté en proporcion con los medios de subsistencia, fallecerá el excedente de la proporcion; permanecerá la poblacion estacionaria, y aun al cabo de cierto tiempo podrá retrogradar de un modo considerable, por las funestas consecuencias que debe de llevar consigo el supuesto desnivel entre los medios de subsistencia y los individuos que han de consumirlos. Es ya una verdad reconocida por los economistas que la poblacion es siempre proporcional á los medios de subsistencia; y Destutt de Tracy afirma resueltamente que están de acuerdo sobre el particular todos los que han meditado y profundizado completamente esta materia. Es muy digno de observarse que al linaje humano lo mismo que á las demás especies que se multiplican por reproduccion, no es nunca la falta de gérmenes lo que se opone á su aumento, sino la escasez de medios para conservarlos, nutrirlos y llevarlos hasta el último término de sazon y desarrollo. Infiriéndose de todo esto que para aumentar la poblacion nunca deben dirigirse los esfuerzos á multiplicar los matrimonios, sino únicamente á que abunden los medios para proveer á las necesidades de los nacidos; pues en este caso es bien seguro que crecerá rápidamente la poblacion hasta ponerse al nivel de los medios de subsistencia. No quiero omitir una reflexion que me ocurre con respecto á los que juzgan el aumento de la poblacion proporcional al número de matrimonios, y es que me parecen compara-

bles al que tratase de evaluar los productos de varias posesiones agrícolas no atendiendo á la fertilidad y naturaleza de las tierras, ni á los medios del labrador para cultivarlas, sino únicamente al número de las fincas y á la extension de su terreno. Hé aquí á qué se reducen en último punto tantas declamaciones; hé aquí lo que valen examinadas á la luz de la razon ilustrada con el análisis de los hechos.

Para que se vea mas y mas la profunda sabiduría con que está concebida la ley del celibato del clero, y para desvanecer mas completamente la tacha de anti-social con que se ha querido afearla, será bien, antes de terminar la materia, llamar la atencion de los lectores sobre un punto de vista en que se presenta la cuestion bajo un aspecto tan hermoso como importante. Demos de barato que el celibato del clero pudiera mirarse como una fuerza reprimente del aumento de poblacion, ¿será por esto una institucion nociva á la sociedad? No seré yo quien me encargue de responder á la pregunta, ni será ninguno de cuantos por profesar este estado podríamos tal vez ser tachados de preocupacion y parcialidad; será el protestante Malthus, será el filósofo Destutt de Tracy; dos economistas cuyas simpatías es bien seguro que no estaban á favor del celibato del clero.

Malthus, es decir, el escritor que ha tratado con mas tino, profundidad y maestría el punto de la poblacion, observa que, aun en el caso mas favorable para su aumento, se halla este con respecto á la multiplicacion de los medios de subsistencia en razon de dos proporciones, la una geométrica, la otra aritmética; sentando en consecuencia que la poblacion es siempre tan grande como puede ser, habida razon de los medios de subsistencia, y que su exceso es el orígen de todas nuestras miserias. Destutt de Tracy coincide enteramente con el parecer de Malthus, y despues de haber observado con el citado escritor que, aun considerada la poblacion con respecto á la fuerza no aumenta la de los gobiernos que la favorecen, porque no

pudiendo mantenerse mas hombres que los que permite la cantidad de los medios de subsistencia, no se hace mas con aumentar los nacidos que aumentar á proporcion las muertes prematuras, y el número de niños con respecto al de los adultos, debilitándose de esta manera la poblacion á proporcion de su número, concluye con las siguientes palabras: «Así pues es una verdad demostrada que el interés del hombre, mírese como se quiera, consiste en disminuir los efectos de su fecundidad.»

Infiérese de aquí que existe una fuerte tendencia á elevarse la poblacion sobre el nivel de los medios de subsistencia, y que seria una prenda de seguridad para los Estados y de felicidad para los pueblos, una institucion que, hermanando la pureza de la moral con los intereses sociales, fuera una fuerza reprimente de aquella tendencia peligrosa, un preservativo contra aquel funesto desnivel que podria llevar consigo tan aciagos resultados. Ahora bien, todo cuanto haya de provechoso, de posible, de aplicable en esta idea, ¿no está realizado de un modo admirable en el celibato eclesiástico, y combinadas las miras religiosas y morales con los intereses sociales y políticos? Díganlo la buena fe, la imparcialidad y el buen sentido.

Reflexionando Malthus sobre la alta importancia de una restriccion moral que neutralice suavemente el progreso de aquel peligroso aumento, y confesando la dificultad que hay en encontrarla, no se acuerda del celibato del clero, y apela al establecimiento de ciertas escuelas morales, en que se instruya al pueblo sobre este punto: si no ocurriera desde luego el desagradable pensamiento del lamentable influjo que ejercen sobre las ideas de los hombres mas eminentes, y mas tal vez sobre sus palabras y escritos, las miserables preocupaciones de secta, seria cosa risible por cierto el ver que á la pasion mas violénta é indomable del hombre, y cuyo desarrollo se verifica cabalmente en la edad de la inexperiencia y desacuerdo, se le opone por un hombre como Malthus el endeble freno de ciertas escuelas morales.

VI.

Siempre que uno examina alguna de esas grandes instituciones levantadas por la religion cristiana con tan sábia construccion y sobre tan robustos cimientos, cuando las mira atravesar inmutables los trastornos y revoluciones de tantos siglos, sosteniendo de continuo los recios embates de cuantas pasiones se agitan en el corazon humano, se siente sobrecogido de un religioso estupor, y brotan á porfía en el ánimo las reflexiones mas graves, al par de los sentimientos de una veneracion profunda. ¿Quién no recuerda los encarnizados ataques de que ha sido objeto el celibato eclesiástico? Seguros sus adversarios de arrancar numerosos aplausos, supuesto que hablan en pro de las pasiones, manejando una materia que por su elevada esfera no presenta sus mas hermosos puntos de vista á los ojos del comun de los lectores, y que por la profunda sabiduría con que se halla concebida tiene sus delicadas relaciones fuera del alcance de una observacion superficial y pasajera; ofreciaseles ancho campo para esgrimir sus armas favoritas: la declamacion y el sofisma. Indignacion causa y desprecio el oir de la boca de Rousseau que «para saber lo que debe pensarse con respecto á la ley del celibato eclesiástico, basta considerar que si ella se generalizase destruiria el linaje humano;» como quien dijera que es muy perjudicial la agricultura, porque si todos los hombres se dedicasen al cultivo de la tierra, al fin vendrian á perderse todas las otras profesiones. Cuando un escritor se atreve á estampar semejantes raciocinios, es bien seguro que cuenta mucho con la estupidez ó condescendencia de sus lectores.

Pero ¡vanos esfuerzos! las verdades religiosas que se habian señoreado del mundo á pesar de los violentos esfuerzos y de la obstinada resistencia de las potestades de la tierra, no eran para destruidas aun cuando se levantara en contra de ellas el adversario mas poderoso y temible:

el orgullo del saber. Al vivo y disolvente fuego del crisol de las ciencias, no resisten jamás las mal trabadas partes del error y de la mentira; pero, impotente ese fuego cuando se aplica sobre la verdad, solo sirve para aumentar su brillo y hermosura, y para que se eche de ver mas y mas la solidez de su masa y la compacta trabazon de su estructura inalterable. Así es como se halla sobre el horizonte la religion católica, bella y radiante á pesar de la obstinada avilantez con que sus enemigos se han empeñado en ofuscarla; así es como fija aun las miradas de todos los observadores como un rayo de luz consoladora, como un astro de ventura anuncio de halagüeñas esperanzas. Circula, es verdad, circula por todas las sociedades civilizadas la duda, ese gérmen de muerte inoculado en sus venas por plumas engañosas y aleves; pero nótase al menos una tendencia al exámen de las grandes cuestiones religiosas y sociales: nótase que la religion es de nuevo el objeto de profundos estudios, y que en torno de esa vírgen bajada del cielo se apiñan presurosos un número considerable de observadores para admirar su amabilidad y hermosura, ya que no para tributarle el homenaje de la fe y los obsequios del corazon. ¿Y quién dijera que no sea esto un preludio de mas venturoso porvenir para la religion, que, emanada del seno de las luces, inunda con la luz de sus rayos á cuantos se detienen á contemplarla? ¡Ah! abandonémonos un momento á tan gratas esperanzas, que parece que embalsaman el corazon endulzando la amargura de tan acerbas desdichas. — *J. B.*

(Número de la Revista correspondiente á 15 de julio de 1843.)

¿Y DESPUES?

I.

Los sucesos se precipitan, el desenlace se acerca; ¿el dedo misterioso habrá escrito en la pared las palabras fatídicas? Mientras los vencedores entonan ya el himno del triunfo, y los pueblos se entregan al entusiasmo y alborozo, necesario es dar una mirada al porvenir, preguntando, *¿y despues?* Porque despues de haber derribado, es necesario construir; despues de removidos los obstáculos, y limpiado el terreno, es indispensable levantar un edificio sólido, regular, acomodado á su objeto; y que de aquí á poco tiempo no se vea la nacion en la triste necesidad de derribarle tambien. Que semejantes derribos salen muy caros, y una nacion no puede subsistir en medio de tan crueles alternativas. La administracion se disloca y trastorna lastimosamente, la hacienda se dilapida, la disciplina militar se relaja, el pueblo se acostumbra á la insurreccion, la autoridad se envilece, las ambiciones se despliegan, y con el tiempo... ¡Ah! las fronteras y las playas españolas han oido un doloroso adios de tantos y tan diferentes proscritos!... En el curso de las revoluciones el observador filósofo descubre un fatal encadenamiento de su-

cesos formidables; el hombre religioso una serie de expiaciones tremendas: ¿habremos llegado al último eslabon? Dios no nos ha revelado sus arcanos.

II.

Un viajero que abandonó hace pocos años el pacífico techo de la casa paterna, sufre una larga cadena de vicisitudes é infortunios; con malos encuentros en la tierra y tempestades en la mar, salva con trabajo su existencia, merced á su complexion robusta, á su constancia invencible, á su intrepidez: pero acabando de superar los peligros de la mas deshecha tormenta, se halla arrojado sobre una playa solitaria; allí despues de haber recogido á duras penas algunos restos de su antigua fortuna, se concentra, medita, echa una ojeada sobre los caprichos de su suerte, recorre con plácida melancolía los azares de su vida, acabando por preguntarse, *¿y ahora?*

¡Cuántos cambios, cuántos trastornos desde la muerte de Fernando! La Monarquía pura, el Estatuto, la Constitucion de 1812, la Constitucion de 1837, dos regencias, diversos sistemas, innumerables ministerios... Se ha destruido todo lo antiguo: ¿dónde están las creaciones nuevas? ¿Se ha mejorado la administracion del reino ni de las colonias? ¿ha dado un paso nuestra hacienda? ¿se gloría de un adelanto la instruccion pública? ¿Y continuaríamos en tanta mezquindad de pensamiento, en tanta nulidad de ejecucion? Hay un gran pueblo que solo espera una voz para levantarse y hacer prodigios reconquistando su primitivo grandor; pero esta voz le ha faltado, anda errante, sin guia. ¿Quién se lo dará?

III.

Todavía existe el trono: ¿cómo se ha salvado?

Tal vez los huracanes se desencadenan y barren los bosques de pinos y de encinas; la lluvia cae á torrentes, los

riachuelos se convierten en rios, y los rios en mares, las comarcas se inundan, los viejos castillos bambolean, y la vivienda del labrador es arrebatada por la corriente como pequeña góndola que el pescador se olvidara de amarrar á la orilla; una cuna va flotando sobre las aguas, y en aquella cuna hay un niño que duerme tan tranquilo como en el regazo de su madre. Así al fijar la vista sobre las tormentas de la revolucion española, nos hemos figurado á la inocente Isabel, respetada por las borrascas, mecida por la tempestad.

Poesía!... ¡Oh! poesía, séalo; pero en esa poesía se abriga un hecho histórico y social de la mas alta importancia, en esa poesía viene expresado el fenómeno que revela uno de los principios que pueden reorganizar la España; en esa poesía se manifiesta uno de los mas poderosos sentimientos que se albergan en el corazon de los españoles; en esa poesía está la clave de la situacion, nuestra estrella política; quien la pierda de vista sumirá el país en nuevos abismos; quien se guie por ella, lo salvará.

Se lo habíamos dicho, y no lo escucharon; así lo esperábamos, porque bien sabíamos que «cuando las pasiones rugen con feroz bravura, cuando los partidos se disputan la arena con tanto encarnizamiento, difícil es que puedan hacerse escuchar ni siquiera oir los templados acentos de la razon y de la imparcialidad.» Mas, ¿qué importaba? lo que convenia era decir la verdad; las palabras desoidas tenian un seguro gaiante que debia justificarlas: *el tiempo.* Para acertar no siempre es necesario ser profeta: fundad vuestras convicciones sobre principios eternos, y sea vuestra lengua el órgano fiel de vuestro espíritu: este es un talisman muy sencillo, pero seguro.

IV.

A los tribunos de los pasados tiempos, á los paladines de la libertad, se les apareció una vision aterradora. Han salido corriendo de la mansion sombría. Azorados, fuera de

sí, gritando: lo vimos, lo vimos! Hé aquí lo que refieren. Al hombre á quien levantaran hasta la cumbre del poder, al hombre á quien desposaran con la diosa *libertad*, le sorprendieron que habia destrozado á su consorte. Rodeado de los miembros palpitantes de la víctima, desgarrando hojas del pacto que se creyera sagrado, revoloteaban sobre su cabeza genios maléficos, que es fama le fueron enviados de la region de las nieblas. Inquieto, agitado, atormentado por un pensamiento terrible, cuentan que estaba acechando con ávida y devorante mirada, el regio dosel á cuya sombra dormia la inocencia. Recuerdan que son españoles; se horrorizan al ver que el sangriento espectro les hace algunas señas como invitándoles á ser cómplices en la obra nefanda: entonces se estremecen, dan un grito, y ¿qué grito? *Dios salve la libertad, Dios salve la Constitucion?... Nó... Dios salve el país, Dios salve á la Reina!*

Antes hablabais como hombres de partido, entonces hablasteis como españoles; la nacion oyó el grito, no se curó de quién lo daba. «¿Ois? dijo; nos venden á los extranjeros, la Reina está en peligro, corramos; Dios salve el país, Dios salve á la Reina!» El leon de Bailen ha sacudido su melena, y el viento de las bonanzas y del cielo sereno no disipa mas pronto la huella de la tempestad.

¡Qué cuadro para los corazones generosos! ¡qué leccion para los hombres políticos!

V.

Hemos visto muchos alzamientos; pero ¿quién se atreverá á decir, «yo he visto otro como el presente?» ¿Quién habrá visto, mezclados, confundidos, al hombre de las ciudades con el hombre de los campos, al morador de las campiñas feraces con el habitante de las hórridas montañas? Solo se vió tamaño entusiasmo en la inmortal lucha contra el Capitan del siglo; y es que entonces se gritó tambien: ¡nos arrebatan la independencia! ¡nos han robado el rey! Tambien entonces se decia: «talaremos vuestros

campos, destruiremos vuestros hogares;» «¡*qué importa!* contestaba el generoso español: nuestros hogares están en nuestro corazon; nuestra patria estará allí donde podamos vivir con independencia.» Tambien ahora se ha dicho: «incendiaremos vuestras riquezas, arrasaremos vuestra capital;» y el entusiasmo ha respondido: «pegad fuego á las mechas, ¡qué tardais!...» ¡Dios salve el país, Dios salve á la Reina!

VI.

Todos saben ahora lo que no quieren; pocos saben bien lo que quieren; en lo primero no hay discordancia, en lo segundo sí: pero en el fondo de todos los espíritus honrados y sinceros se agita un deseo que presentado bajo mil formas, y revestido de diferentes colores, viene á parar á una misma cosa: á la satisfaccion de una necesidad que todo el mundo siente, aunque no se la explique: *gobierno.*

¿Sabeis lo que significa la situacion actual? os alucinais mucho si pensais que hay entusiasmo por estas ó aquellas personas, que hay prediileccion por uno ú otro sistema; la situacion actual, esa agitacion que con tanta fuerza tiende á derribar lo existente, es la expresion del profundo malestar en que la nacion se encuentra, es la condenacion de todos los ensayos que se han hecho hasta aquí. Hombres apellidados de gobierno, á vosotros os tocaba enseñar á la nacion su camino, pero ella ha tenido que enseñároslo á vosotros: ¿qué? ¿os atrevereis á negarlo, ni á dudarlo siquiera? Ved ahí la prueba. Hasta ahora habiais adoptado nombres exclusivos, os habiais envanecido con ellos cual con nobles blasones; y la nacion acaba de decir: «no quiero mas dictados propios, no quiero otro que el de *españoles*:» el mas lato que se habia oido hasta aquí, era el de *liberales*. Cotejad y juzgad.

«Pero nosotros, direis, hemos levantado esta bandera de reconciliacion, y la nacion acogiéndola con entusiasmo, ha sido dirigida por nosotros:» no es verdad; antes que

vosotros enarbolaseis la enseña, el hermoso nombre de reconciliacion estaba escrito en todos los corazones generosos, se albergaba en todos los entendimientos pensadores, y se agitaba en el seno de las masas haciéndolas mas dóciles y suaves, como el aura benéfica que aplaca y extiende sobre el lecho las olas alborotadas. En una revolucion reciente, que quizás no esté bien juzgada, se notó este fenómeno de un modo admirable. La sangre habia corrido en abundancia, los enemigos estaban á la vista, las intrigas contra el movimiento eran mas claras que la luz del dia; todo al parecer debia contribuir á exasperar los ánimos, á irritar los enconos, á crear una situacion suspicaz y perseguidora; y sin embargo solo se habló de *españolismo*, de *reconciliacion*, de *union:* comparad el noviembre de 1842, con el noviembre de 1841.

VII.

No nos hacemos ilusiones con la palabra *reconciliacion*; creemos que expresa un sentimiento hermoso, un pensamiento de alta política, pero no un sistema de gobierno; y quien la adopte por bandera diciendo que basta predicar la *fraternidad* para hacer una obra maestra de política, bien puede asegurarse que ó procede de mala fe, ó que vive en las poéticas regiones de la fantasía.

El exclusivismo es aborrecido, los partidos son detestados por su perversidad ó despreciados por su impotencia; los nombres con que procuraban engalanarse á sí propios ó denigrar á sus adversarios, van cayendo en desuso, son mirados como enseña gastada por el tiempo, y manchada además con polvo y sangre; pero no deja por esto de existir la diferencia de opiniones, la oposicion de intereses; y estos y aquellas saldrán de nuevo á la arena tan pronto como hayan derribado al que miran como enemigo comun. De aquí la necesidad de pensar en el porvenir, de no fiar la reconciliacion á sentimientos que por generosos, no dejan de amortiguarse tan pronto como desaparecen las

circunstancias que los inflaman. Conviene excogitar un sistema que ofrezca garantías de proteccion á todo lo bueno, á todo lo legítimo; conviene aprovechar los primeros momentos, porque la ocasion pasa como un relámpago. Los hombres políticos no deben confiar en esas reconciliaciones de teatro, que se ejecutan entre los aplausos de una entusiasmada asamblea, los brindis de un banquete, y las orquestas de un festin. Hállanse tal vez frente á frente ejércitos enemigos; algunos soldados salen de las opuestas filas, se adelantan unos hácia otros, se saludan, se estrechan la mano, se abrazan, comen, beben, danzan en la mas perfecta armonía; ¿sabeis lo que vale tanta cordialidad? un momento despues, cada cual vuelve á estar en su puesto; en toda la línea resuena un recio *quién vive!* y el fuego se rompe, y la refriega se empeña, y la batalla se hace general, y los mismos hombres que se abrazaban, se disparan con encarnizamiento el plomo mortífero, ó se pasan á cuchillo. Fiaos en apariencias.

VIII.

Es preciso no perder de vista que en la actualidad (téngase presente que no hablamos de la nacion sino de los partidos) hay *coalicion*, lo que es muy diferente de *fusion;* los coligados pueden tener muy bien largas cuentas que liquidar; el reservarlas para despues, no es lo mismo que darlas por saldadas.

«Pero ¿no veis, se nos dirá, qué actividad ha desplegado la *coalicion*? ¿os parece que ha trabajado poco?» No por cierto; mas ¿no veis de qué se trataba? ¿no veis qué clase de trabajo es el que os alucina? Muy torpe fuera, ó muy corto de vista, quien creyese que van á levantar algun grande edificio los cuerpos de ingenieros, de zapadores y de artilleros cuando construyen baterías.

IX.

Si quereis comprender á fondo una situacion, examinad

tambien á fondo el estado de las opiniones, indagad todavía mas á fondo, qué intereses juegan, y cuál es su posicion respectiva; atended en fin á los medios de que disponen los campos opuestos; juzgad por los datos que sobre estos extremos recojais: lo demás son bellas palabras, que el tiempo cuida de desmentir con hechos bien feos. Esto es triste, desconsolador; pero la realidad suele serlo tanto!... Por lo demás, si álguien gustare de correr sin tino por un camino hermosamente tapizado, es un deber advertirle el abismo que pueden encontrar sus piés. Las víctimas iban al sacrificio coronadas de flores.

X.

Hay en España un hombre que durante el curso de la revolucion ha representado un papel singular. Siempre en las Córtes, siempre en los círculos políticos, siempre en las filas ó á la cabeza de partidos ruidosos. Se han sucedido innumerables ministerios, se han librado para escalarlos reñidas batallas, ora en el parlamento, ora en las calles y plazas; una secretaría del Despacho ha sido el bello sueño de todas las ambiciones; varias oportunidades se han ofrecido á este hombre para sentarse en una de las codiciadas sillas, que mas de una vez hubiera podido ser la de la presidencia. A pesar de todo, este hombre no ha querido ser ministro. ¿Será por no abandonar el puesto de tribuno? nó: pues ha sabido resignarse á perder la popularidad, á eclipsarse por algun tiempo, no haciendo resonar su voz sino de vez en cuando, como para impedir que la posesion de sus rivales no prescribiese. ¿Será porque desprecie los puestos elevados, y no quiera percibir nada del erario? nó: largo espacio ha estado ocupando uno, en el cual el brillo de la categoría compite con el emolumento del sueldo.

Se ha dicho que este hombre está dotado de un gran talento; es bien posible que así sea, y nos inclinamos á otorgárselo; no por sus discursos parlamentarios, en los que aun juzgando favorablemente, no le conocemos superiori-

dad con respecto á muchos otros; no por su táctica en las negociaciones, pues no sabemos que hasta ahora haya llevado á cabo ninguna que merezca la pena de anotarse en los fastos diplomáticos; no por la voz y fama pública, pues sabemos que en materias de reputacion, sobre todo por breve tiempo, no faltan numerosos ejemplos de usurpaciones: talento político se lo reconocemos en no haber querido ser ministro. Siéndolo, es preciso *gobernar;* y cuando el *gobernar* es muy difícil, el *descrédito* es inminente. Este será sin duda el pensamiento dominante del Sr. Olózaga: habrá dicho para sí: «tienes reputacion de hombre de gobierno; el mejor medio de conservarla, es no ponerla á prueba.» El penetrarse de la verdadera situacion de las cosas, el conocerla con claridad, con limpieza, es uno de los caracteres distintivos del talento: estas calidades las ha manifestado el Sr. Olózaga en su obstinado alejamiento de las sillas ministeriales: si semejante conducta es una señal de franqueza y desprendimiento, esta es otra cuestion.

El derribar en España, suele ser muy fácil: pero no lo es tanto el acertar en el momento oportuno. El Sr. Olózaga no carece de tacto en esta parte: en ciertas ocasiones su aparicion en la escena ha tenido algo de fatídico. Todos sabemos la historia de los años pasados: cuando ahora dió el famoso grito: ¡Dios salve el país, Dios salve á la Reina! Espartero y sus amigos debieron de comprender perfectamente lo que aquello significaba.

En los dias de crísis se dijo que Olózaga era el hombre de la situacion; y su nombre andaba siempre al lado del de Lopez: seria curioso saber los pormenores de la negociacion entre los caudillos de las fracciones del Congreso. Como quiera, siempre es muy notable que un ministerio Lopez-Caballero encontrase un ardiente defensor en el Sr. Olózaga. ¿Seria posible que en las entrevistas con Espartero se hubiese convencido de que el ministerio debia ser de breve duracion, y que el programa no tendria mas efecto que el de una gran palanca?

Se entenderá mejor la verdadera posicion del Sr. Olózaga, si se observa que el Sr. Sancho, quien en las filas del progreso comparte con él la nombradía de hombre de gobierno, ha seguido una línea de conducta bastante parecida. La oposicion siempre, el ministerio nunca. La presidencia del consejo para D. Antonio Gonzalez ú otro cualquiera; las embajadas de Lóndres y de Paris, para Sancho y Olózaga. Esta conducta es sagaz y sobre todo muy cómoda; pero los hombres de todos los partidos deberian saber tambien á qué atenerse. Nuevas complicaciones sobrevendrán, para las que conviene estar en guardia. «Señores embajadores, seria menester decirles, ó gobernad ó dejad gobernar; el criticar es muy fácil; el ejecutar no tanto; aquello de Talleyrand: *Servidor fiel, pero reservándose el derecho de mudar al amo,* no queremos que se aclimate en España.»

XI.

Se habla mucho del *despotismo*, de la *tiranía* de Espartero, se pinta con fuertes colores la opresion en que gemia el pueblo; se habla de infracciones de la Constitucion, de ataques á la libertad de imprenta, de planes ambiciosos, de designios encubiertos, de venta de las colonias, de sacrificio de la industria: cuando venga la historia con su calmosa imparcialidad, buscando una calificacion con que caracterizar la época de la Regencia única, no hallará en la figura de Espartero aquellos rasgos terribles pero grandes, que suelen distinguir á los hombres de fortuna que se apellidan *déspotas* y *tiranos*. El carácter dominante de la Regencia única no ha sido la tiranía, sino la *impotencia gubernativa.* Nada de osadía, nada de arrojo; el valor que segun es fama tenia Espartero como soldado, no lo ha tenido como gobernante.

A esta impotencia gubernativa deberá Espartero su caida; y en el peligro inminente en que se halla de verse precisado á buscar un asilo en país extranjero, puede

agradecer su desgracia á los hombres que le han rodeado en su fortuna. Consejeros hay excelentes para ayudar á subir al poder; pues para esto basta *intrigar;* logrado el objeto es necesario *gobernar:* cosas por cierto muy diferentes.

El espíritu de pandilla lleva consigo la impotencia gubernativa; y esta impotencia fomenta á su vez el espíritu de pandilla. Quien no gobierna no tiene ni tener puede el apoyo de la nacion: el instinto de conservacion propia hace buscar ese apoyo que se echa menos; y de aquí el pandillaje que es una compañía de seguros mutuos: la fórmula del contrato es: «apóyame, y te dejaré hacer.» Pacto sencillo, pero peligroso.

Dicen que en España todo ha de ser anómalo; y ciertamente que lo ha sido hasta el extremo la Regencia única. Creemos que este período es realmente original, al menos no es conocido el tipo. Un general que por un conjunto de circunstancias afortunadas logra colocarse á la cabeza de una gran nacion, contando con medios tan poderosos como supone el haber lanzado á tierras extranjeras á la Gobernadora del Reino, viuda del Rey, y madre de la Reina; este general, repetimos, inaugurar la época de su mando con un ministerio que se presenta á las Córtes diciendo, que quiere gobernar con ellas y solo con ellas, sufriendo en seguida repetidas humillaciones, hasta que al fin no dándose por entendido, se le dijo: «anda que no te queremos;» este general continuar con paliativos, como prolongando las horas de la agonía; y por fin, en el momento crítico, decisivo, al sonar la hora de la insurreccion, dar golpes de Estado tan estupendos como nombrar su ministerio Mendizabal-Becerra, resignarse á no cobrar contribuciones, abolir los derechos de puertas, y acabar con la prensa de la oposicion, *no admitiendo al franqueo;* todo este conjunto es incomprensible, parece un absurdo. Algun periódico ministerial habló de *gobierno á caballo*; mejor hubiera dicho *gobierno en cama.*

XII.

Hace diez años que todos nuestros gobiernos adolecen del mismo mal: *la impotencia*. Todos han caido bajo el dictado de *tiránicos;* y en realidad mas bien podian llamarse *débiles*. Y es cierto que tiranizaban en pequeño, que oprimian á su modo, que á veces hasta hacian algun esfuerzo algo alarmante: pero todo era facticio. Sentian que se andaban muriendo de languidez, y era muy natural que se irritasen algun poco contra los que les entonaban el canto fúnebre, y con mofa y sarcasmo les mostraban la tumba. Del mismo modo perecerán en adelante todos los gobiernos que imiten semejante conducta. Si en vez de colocarse á la cabeza de la nacion, se hacen jefes de partidos; si en vez de apellidar vagos nombres, no invocan la ley y la justicia; si en vez de fomentar ambiciones halagando servilmente al primero que ofrece apoyo, no trazan con mano fuerte un círculo del cual no permitan á nadie salir, y en el que se encierren ellos mismos; si en vez de contar con propios actos merecedores de la aprobacion y del aplauso, cuentan con la fidelidad y decision de este ó aquel general, con el respeto que impone tal ó cual fortaleza, con el auxilio parlamentario de este ó aquel orador, perecerán como sus antecesores, perecerán bajo la execracion y el desprecio público.

XIII.

Imagínanse algunos que el medio de prevenir los levantamientos y perpetuarse en el poder es lisonjear á los pueblos con palabras blandas, humildes, que mas bien que órdenes parezcan súplicas. Grave error: los pueblos no sufren el ser oprimidos; pero tampoco quieren un gobierno que les hable de rodillas: las humillaciones rastreras les hacen creer que hay traicion y perfidia; y cuando nó, piensan con razon que es incapaz de mandar quien no abriga el sentimiento de la dignidad propia.

«Pertrechémonos en el terreno de la ley, dicen otros; con la ley seremos fuertes, sin la ley caeremos.» Esto es una verdad, pero susceptible de sentido mezquino, miserable, que léjos de producir la salvacion causará la ruina. Hablais sin duda de la ley fundamental; y bien, hemos visto caer gobiernos que la respetaron; mas diremos, ninguno ha caido por haber faltado á su letra. «Pero faltaron á su espíritu.» ¿Cuál es este espíritu? el respetar las mayorías; Cristina fué echada por haberse conformado á la voluntad de las mayorías parlamentarias; Espartero es derribado por haberlas desoido; ¿á qué se reducen pues las mayorías? ¿Sabeis cuál será el gobierno que las tendrá en su favor, nó facticias, nó aparentes, nó prontas á caer al primer golpe? Será el que se apoye en principios é intereses verdaderamente nacionales, que arregle la administracion, que saque del caos la hacienda, que afiance el órden, que afirme el poder, cerrando para siempre el cráter de las revoluciones. Mientras todos los destinos de la nacion estén á merced de un corto número de hombres que distribuidos en las capitales puedan con facilidad ponerse de acuerdo para promover nuevas insurrecciones, mientras la masa de la nacion sea mirada con desden, tratada como ilota, vedándosele de diferentes maneras el tomar parte en los negocios que le interesan, y esto, cuando se pronuncian incesantemente las palabras *libertad, igualdad*; mientras no se procure que entren como elemento de gobierno, opiniones razonables é intereses legítimos, que hasta aquí han llevado un sello de condenacion inapelable, por la sencilla razon de que esta política era necesaria para sostener y fomentar el exclusivismo; mientras, repetimos, se siga esta deplorable línea de conducta, los gobiernos caerán; ó combatidos por la voluntad nacional, ó abandonados por ella. En el primer caso el levantamiento será poderoso por su fuerza intrínseca; en el segundo, lo será por no haber quien lo contrareste. En ambas suposiciones, el resultado será fatal para los gobernantes.

XIV.

Se habla mucho de la ***Constitucion verdad;*** si esto significa algo, expresará sin duda, ***cumplimiento exacto de lo que la Constitucion prescribe.*** Mas como quiera que ahora se distingue ***entre la letra y el espíritu*** de la ley fundamental, y entre el ***texto y las prácticas;*** como además se ha dicho, que ***dentro de la Constitucion se puede perder el país,*** y como se ha establecido por principio que las mayorías pueden ser ***facticias,*** si la cosa no se remedia, lleva camino de hacerse mas difícil el acierto que el descifrar los enigmas del esfinge.

Si os apartais de la letra de la ley, se os dirá que la infringís; si os ateneis estrictamente á sus palabras, se os achacará que cumpliéndola la falseais; ¿cómo será posible gobernar? Aclaremos las ideas, ateniéndonos á los últimos sucesos.

Supongamos que en las últimas elecciones el ministerio hubiese llevado la mejor parte, logrando una mayoría tan indulgente que lo hubiese absuelto del bombardeo, de la ***erogacion*** de los doce millones, y de las demás medidas arbitrarias; viniendo por fin á declarar solemnemente, que el gabinete merecia la confianza de las Córtes, y que aquellos hombres eran los verdaderos salvadores de la patria. El jefe del Estado conformándose con el voto de los cuerpos legisladores y conservando á su lado á los ministros, hubiera seguido las prácticas parlamentarias, observando la ley de las mayorías, y atenidose rigurosamente á la Constitucion. Supongamos además que mientras ministros y diputados se habrian dado recíprocamente gracias y enhorabuenas, algunos hombres de cabeza ardiente y corazon audaz se hubiesen presentado á Cataluña, y dando el grito de alarma, hubiesen levantado una nueva bandera: á pesar de las ***mayorías*** y de las ***prácticas,*** ¿os parece si habrian encontrado simpatías? creemos firmemente que las mismas que ahora; y estará con nosotros quien conozca la

opinion del país. ¿Qué significa esto? una cosa muy sencilla. Significa que sobre las mayorías, sobre las prácticas, sobre la Constitucion, está la evidencia de los hechos.

Hagamos la contraprueba. Demos que un Congreso corrompido y un ministerio apoyado por él, ambos dominados por pasiones ignobles, y vendidos al oro extranjero, se hubiesen propuesto sacrificar nuestras colonias á la ambicion inglesa; demos que Espartero resistiéndose á tamaña vileza hubiese disuelto las Córtes, pero que por un fatal concurso de circunstancias hubiese prevalecido la intriga, presentándose de nuevo en los escaños del Congreso los mismos hombres apoyando con el mismo calor á los ministros traidores. Si entonces Espartero dejándose de rodeos y contemplaciones hubiese disuelto de nuevo las Córtes, y dispersado con una compañía de granaderos á los diputados renitentes; si levantando su voz hubiese dicho al país: «se me quiere forzar á ser traidor, se quiere que venda á los extranjeros la independencia de la nacion; los traidores abusando de la Constitucion se han parapetado en ella, yo no he tenido otro medio de salvar la patria que pasar por encima de la ley;» ¿pensais que el país se hubiera sublevado para castigar semejante acto de dictadura? Es evidente que nó: y ¿por qué? por la misma razon arriba indicada; porque sobre las leyes escritas y las prácticas mas arraigadas, están la conveniencia pública y los principios de eterna justicia.

«Entonces, ¿qué se habrá hecho de la *legalidad?*» no lo sabemos; tiempo hace que la estamos buscando; apenas descubrimos su huella en ninguna parte: al parecer habrá seguido el camino de Astrea. En los tiempos que corren es gracioso oir que se habla de legalidad. Van ya largos años que la situacion es *extraordinaria*, y bajo mil formas diferentes, á la sombra de distintos velos, siempre las cuestiones vienen á decidirse en el terreno de las medidas *excepcionales*. La excepcion se ha elevado á regla. Ni es probable que salgamos de semejante estado tan pronto como

fuera de desear. Bermudez cayó legalmente, merced á indicaciones que podian hacerse respetar; Martinez de la Rosa sucumbió bajo la legalidad de los amagos de levantamiento y de las insinuaciones del puñal; Toreno fué derribado con la legalidad de la insurreccion; Isturiz en fuerza de la legalidad, tuvo que salvarse disfrazado de correo y con él vino á tierra el Estatuto revisado y por revisar; Mendizabal dejó legalmente su silla, porque los sables le hicieron una seña desagradable; Castro se embarcó legalmente por una significativa renuncia apoyada por cien mil bayonetas; y dejando cien otros incidentes que se han visto en el gran drama, á la hora en que escribimos estas líneas, estarán sobre Madrid los ejércitos pronunciados; si Espartero no ha tomado el camino de la emigracion, estará tambien allí con el resto de sus fuerzas, y se probará la legalidad con lo certero de las descargas y lo recio de los sablazos.

Asombro nos causaba la candidez de ciertos hombres que consideraban posible un desenlace legal y tranquilo. No fuera poca fortuna que á tanto alcanzase la situacion venidera. Van ya nueve años que la España está en revolucion; las revoluciones para cambiar la organizacion del país, comienzan saliendo del terreno de la ley, y ninguna termina en el terreno de la ley. Ahí está la historia. ¿Quereis columbrar el porvenir? dad una ojeada sobre ese suelo volcanizado; y recordad que la Excelsa Huérfana que ocupa el trono no llega todavía á los 13 años.

ESTUDIOS FRENOLÓGICOS.

ARTÍCULO 3.° Y ÚLTIMO.

En el artículo anterior indicamos que la Frenología, segun como se la explicase, podia conducir al *fatalismo;* va-

mos ahora á desenvolver aquella indicacion, procurando aclarar las ideas, y dejando en su puesto la verdad.

Dicen los frenologistas que el hombre está dotado de diferentes propensiones, inclinaciones, instintos ó llámense como se quiera; que á cada una de estas facultades corresponde un órgano cerebral, y que del tamaño y demás calidades de este dependen la mayor ó menor energía de aquellas. Cuando asientan la diversidad de inclinaciones, nada afirman los frenologistas en que no estén de acuerdo, no diremos las escuelas filosóficas, sino el linaje humano. Escuchad al padre de familia mas sencillo y mas rudo, y le oireis que hablando de sus hijos os dice: «este es de un genio pronto y ardiente, que por una friolera se irrita;» «aquel es terco, que no sabemos cómo regirle, ni desviarle de sus temas;» «ese otro es dócil, blando como una cera, se deja llevar como uno quiere.» Quien se queja de que tiene un niño atolondrado, quien se congratula de que el suyo es sosegado y quieto; quien se lamenta de que en tierna edad ya se descubren los gérmenes de vicios funestos, que podrán perder al individuo y quizás cubrir de afrenta á la familia; quien se complace en hacer notar cómo despuntan ya en un corazon infantil los pimpollos de virtudes generosas y bellas.

No hay pues aquí nada que combatir, ni tienen los frenologistas nada que probar: los hombres nacen con inclinaciones muy varias, que influyen mucho sobre el curso de su vida. La instruccion y la educacion fundadas en la religion y en la moral, son las que han de corregir lo malo, y fomentar y perfeccionar lo bueno. En esto nos hallamos de acuerdo; y con nosotros el mundo entero. La Frenología no puede lisonjearse de haber descubierto estas verdades, sin ponerse en ridículo por su vanidad.

Además, que á dichas inclinaciones correspondan órganos diferentes, que haya cierta relacion entre aquellas y estos, que existan ó nó ciertas señales para conjeturar en este punto, nada tienen que ver con ello la religion y la moral, como no tienen que ver en las opiniones de los que

fundan la diferencia de inclinaciones é índoles en las diversas clases de temperamento, atribuyendo á este la melancolía, á aquel la alegre vivacidad; á uno la ira, á otro la pacífica calma, y otras cosas por este tenor. Cuestiones semejantes pertenecen á las ciencias puramente filosóficas; cada cual puede abundar en su sentido, sin herir los principios religiosos y morales. Pero desde el momento que la Frenología nos quiera explicar los fenómenos del órden moral y religioso como simples resultados de la organizacion, desde el momento que nos quiera explicar la vida entera del hombre como el simple efecto de las combinaciones de las partes del cerebro, desde aquel momento será la Frenología contraria á la sana razon, á la experiencia, á la historia, á la religion y á la moral, destructora de todos los cimientos de la sociedad, opuesta á lo que nos dicta el sentido íntimo, repugnante á la dignidad humana, merecedora de que la rechacen todos cuantos abrigaren en su pecho el noble sentimiento del grandor de su naturaleza, de la altura de su orígen y de la elevacion de su destino.

Los hombres dominados de una idea suelen echar á perder lo que podria encerrarse en ella de verdad ó utilidad, exagerándola, y haciéndola por lo mismo inadmisible. Forman un sistema, y todo ha de caber en él:

Cual refiere la fama de un tirano
Que á su bárbaro lecho de tormento
Ajustaba por fuerza el cuerpo humano.

Disimúlenos el Sr. Cubí si le decimos francamente que ha caido en este defecto: defecto de que no hablaríamos siquiera si en ello no se interesasen los principios fundamentales de la sociedad. ¿Quién por ejemplo podrá sufrir que ponderando la fuerza de la organizacion, se llegue al extremo de afirmar que *la costumbre de quitar la vida á los que cometen actos de violencia es inmoral á la par que injusta?* Sabemos lo que se ha dicho sobre la abolicion de la pena de muerte, sabemos lo que se ha trabajado y se trabaja pa-

ra suavizar la legislacion penal, sabemos lo muy conveniente que es el procurar que los encerrados en cárceles y presidios no se desmoralicen mas, y la necesidad de hacer de manera que la pena sirva al propio tiempo de escarmiento á los demás y de correccion y enmienda al que la sufre; pero de aquí á declarar *inmoral é injusta y en oposicion directa á lo que claramente se ve ser la voluntad del Supremo Legislador, la costumbre de quitar la vida á los que cometen actos de violencia, ni aun de encerrarlos en cárceles y presidios*, hay una distancia inmensa que no se puede salvar sin atacar la moral, sin combatir todas las legislaciones que han existido inclusa la de los israelitas, sin ponerse en abierta contradiccion con la misma Biblia, con esa Biblia que manifiesta acatar el Sr. Cubí y en la cual pretende apoyarse una que otra vez.

Pero dirá el Sr. Cubí: «yo hablo del caso en que la destructividad *está enferma ó muy pervertida;*» pero bien; ¿hablais del hombre en sano juicio ó del hombre loco? si del primero, queda en pié la objecion; si del segundo, ninguna legislacion lleva al suplicio á los dementes. Es cierto que al principio habla de la destructividad *enferma ó muy pervertida*, y por consiguiente se podria entender que se refiere tan solo á un estado de exaltacion cerebral que ó constituya la demencia, ó esté muy próxima á ella; pero luego arrastrado por su pensamiento dominante se expresa en general con las palabras que acabamos de citar, hasta adelantarse á decir que «ha visitado presidios, cárceles, penitenciarías en todas las naciones del mundo civilizado, y apenas ha hallado en *cada cien presos convictos, uno solo de cuyo crímen real ó imputado no tuviese la culpa la misma sociedad, por su desgobierno y voluntario moral desquiciamiento.*» Todos cuantos se interesan en los progresos de la religion y de la moral se lamentan de que no sean mas favorecidos los establecimientos en que se las fomenta; pero ¿qué tiene que ver esto con descargar tan ligeramente de la culpa al individuo, y achacarla toda á la sociedad? ¿puede avenirse semejante doctrina ni con el libre albedrío del hom-

bre, ni con la seguridad pública? Así podrá el criminal marchar al patíbulo con la frente erguida diciendo á la sociedad: «yo soy inocente, el verdadero culpable eres tú; yo no soy mas que una víctima, á quien con refinada crueldad haces expiar tu propio crímen.»

Tan penetrado está el Sr. Cubí de que la culpa de los criminales debe recaer sobre la sociedad, hasta tal punto hace pesar sobre ella la responsabilidad de los delitos, que llega á afirmar que está en manos de la misma el evitarlos todos. «Los inútiles millones, dice, que hoy se gastan en levantar monumentos que deberian caer en desuso, *despues de los descubrimientos frenológicos*, sobrarian para establecer instituciones correctivas y educativas, cuyo sosten nada costaria al erario nacional, y *desterrarian de una vez y para siempre hasta el nombre del crímen.*» ¿A tanto alcanzar pueden *los descubrimientos frenológicos?* ¿Se ha olvidado el Sr. Cubí de que el *corazon* del hombre está *inclinado al mal desde su adolescencia?* ¿Hasta tal punto desconoce la naturaleza humana? Al leer semejantes expresiones, nos sentimos inclinados á recordarle aquellas palabras que le decia Demodoco á su hija, cuando en los dias de invierno, apoyada en una coluna se ocupaba en hilar á la luz de una lámpara resplandeciente. «O hija de Epícaris, *temamos la exageracion que destruye el buen sentido:* pidamos á Minerva que nos conceda la razon que formará en nosotros aquella *moderacion*, hermana de la verdad, sin la cual todo es mentira (1).»

---

(1) Para que en ningun caso sea dado tacharnos de que alteramos ó truncamos el texto del autor, fingiendo adversarios á quienes podamos combatir, insertamos por entero el pasaje á que nos referimos. «Cuando la destructividad está enferma, dice el Sr. Cubí, o es mui pervertida, produze una aczion ecsaltada, i entónzes no se respiran sino muertes, asesinatos i destruczion, ni se profieren mas que maldiziones, blasfémias i terribles desatinos. Muchos han sufrido un castigo infamante en un patíbulo por algun acto produzido a causa del estado anormal de este órgano. Mientras dure la inmoral a la par que

Si algo de verdad se encerrase en la Frenología seria la multiplicidad de órganos cerebrales correspondientes á otras tantas facultades y propensiones, siendo la utilidad

---

injusta costumbre de quitar la vida a los que cometen actos de violénzia, o de enzerrarlos en cárzeles i presidios donde todavía se desmoralizan mas, en vez de colocarlos en instituziones represivas, educativas, i curativas, haziéndoles produzir un valor igual o mayor al que consumen, la lejislazion criminal se hallará en un lamentable estado de atraso, i en oposizion directa a lo que claramente se ve ser la voluntad del Supremo Lejislador. Los inútiles millones, que hoi se gastan en levantar monumentos, que deberían caer en desuso, despues de los descubrimientos frenolójicos, sobrarían para establezer instituziones correctivas i educativas, cuyo sosten nada costaria al erário nazional, i desterrarían de una vez i para siempre hasta el nombre de crímen. Yo he visitado presidios, cárzeles, penitenziárias en todas las naziones del mundo zivilizado, i apénas he hallado en cada zien presos convictos, uno solo de cuyo crímen, real o imputado, no tuviese la culpa la *misma soziedad*, por su desgobierno i voluntario moral desquiziamiento. ¿Hasta cuando, hasta cuando creerán los lejisladores que pueden hazer leyes para el gobierno moral del hombre sin conozer ni estudiar su naturaleza? Jamás podrá repetirse bastante que ahora, el lejislador militar solo considera al hombre como una máquina de destruir; el lejislador economista, como una máquina que es tanto mas perfectamente organizada cuanto mas produze i ménos consume; el lejislador despótico, como una máquina de pasiva obedienzia; el lejislador cortesano, como una máquina de disimular i engañar; pero la realidad del hecho es, que el hombre es una criatura animal, relijiosa-moral e intelectual, quien, aunque debe constantemente activar sus pasiones sin que jamás salgan del dominio de la razon i la moral, está sujeta a vezes, por la ignoránzia de la soziedad que no ha sabido o querido dirijir bien su educazion o colocarla en el própio lugar donde la tenía Dios destinada, a lo que se llama *crímen*. Toda lejislazion cuyas tendenzias no conduzcan a hazer las pasiones del hombre mas poténtes i enérjicas, sus sentimientos relijioso-morales mas fuertes i vigorosos para que puedan siempre dominar a las pasiones, i el intelecto mas ilustrado, para guiar todas las potenzias mentales á los fines de satisfaczion i dicha porque fuéren creadas, es una lejislazion imperfecta.» (*Manual de Frenolojía, pág.* 15.)

que podria reportar, un conocimiento conjetural de las disposiciones intelectuales y morales otorgadas por la naturaleza á cada individuo. Es claro que nada de esto llegaria á mas que á ilustrar sobre el modo con que se debiera instruir y educar á los hombres segun su índole y capacidad; pero no desaparecieran la ignorancia y las malas inclinaciones, no seria dable satisfacer todas las necesidades; por tanto quedarian los gérmenes de vicio y de crímen, que mientras viva el hombre sobre la tierra, se podrán debilitar, mas nó destruir.

Dése á la instruccion y educacion moral y religiosa toda la importancia que se quiera, nadie nos excede en encarecerla; pero no debemos olvidar que sus saludables lecciones encontrarán siempre grandes obstáculos con que luchar, y que por mas puras y elevadas que se las suponga, su aplicacion dependerá del *libre albedrío*, de esa noble facultad de que el hombre tan á menudo abusa.

Si directa ó indirectamente se ataca el *libre albedrío*, si atribuyendo sobrada influencia á los órganos cerebrales, se establece la existencia de propensiones *irresistibles*, la buena moral se destruye, la sociedad peligra, la dignidad del hombre desaparece. Nada importa que se diga que en tales casos el individuo está tocado de una especie de demencia; porque en extendiendo esta enfermedad mas allá de los límites que le señalan la razon y el sentido comun del humano linaje, se viene á parar al *fatalismo orgánico*, sean cuales fueren los nombres con que se le revista. En tal caso los asesinos de profesion estarán tocados de la demencia que procederá de la preponderancia del órgano de la *destructividad;* los rateros y los salteadores de caminos, de la demencia que dimanará del órgano de la *adquisividad;* los licenciosos, de la que resultará del órgano de la *amatividad;* los glotones y borrachos de la que nacerá del órgano de la *alimentividad;* y así andaremos excusando todos los crímenes, declararemos injustas todas las leyes penales, se convertirán los hombres en máquinas, que si funcionan mal, será porque se ha desarreglado alguna rueda.

¿A qué castigar una máquina? solo se debe tratar de componerla.

Ese *fatalismo* que estamos combatiendo se derrama por diferentes partes de la ciencia frenológica; y se lo haremos notar al Sr. Cubí con tanta mayor confianza, cuanto nos inclinamos á creer que dicho señor quizás no haya reparado en ese veneno que se va filtrando en su doctrina. Así, cuando le parece que asienta principios favorables á la religion, la hiere sin advertirlo.

Pondera mucho el Sr. Cubí los beneficios que la Frenología ha dispensado á la religion, probando que el hombre está dotado de una *tendencia innata á adorar;* sin duda que al decir esto se habrá olvidado de que hace ya mas de diez y seis siglos que proponiéndose Tertuliano expresar la inefable armonía que existe entre la religion y el alma, dijo que esta era *naturalmente cristiana;* y que mucho antes Ciceron y Platon y todos los filósofos de la antigüedad, habian reconocido que los hombres tenian sentimientos naturales que los impulsaban á la adoracion de un Ser Supremo. Al través de los extravíos de la supersticion y de las groseras falsedades y ridiculeces de la idolatría, no hay quien no descubra una idea verdadera pero adulterada y desfigurada, una inclinacion buena pero pervertida; si esto nos ha enseñado la Frenología, nada nuevo nos ha enseñado. ¿Qué añade á la realidad del hecho, bajo su aspecto moral y religioso, el que se nos diga que en tal ó cual lugar de la cabeza hay un órgano que corresponde á estas facultades que nos inclinan á reconocer y adorar al Criador?

Establece el Sr. Cubí diferentes grados de *veneracion*, ó como él la define, *propension religioso-moral á obrar con deferencia, sumision ó respeto hácia nuestros semejantes, á obedecer á los que tienen autoridad, y adorar un Supremo Hacedor.* Del tamaño y demás calidades del órgano cerebral hace depender el que esta veneracion sea grande ó pequeña, llamándola *devocion*, cuando se halla en *vigorosa actividad.* Nadie desconoce las equivocaciones á que puede prestarse

una explicacion semejante. Segun ella, la reverencia que tributamos á Dios nace de un órgano, que del mismo modo nos inclina á respetar á nuestros semejantes; la diferencia está en que el órgano se halle en un grado mas ó menos alto de la escala.

La misma conciencia se reduce á una funcion orgánica; los remordimientos no son el resultado natural de las malas acciones, son una funcion de un órgano que se apellida *concienciosidad;* y el Sr. Cubí se adelanta á decir, que ***nada es mas erróneo que la idea de que todo el mundo padece remordimientos despues de haber cometido una accion mala.*** Hasta aquí se habia creido que esos remordimientos eran el gusano roedor del corazon de los mayores criminales, las furias que los perseguian de dia y de noche, sin otorgarles tregua ni permitirles descanso; en adelante habremos de decir, que los hombres faltos ó escasos de cierto órgano, pueden arrojarse á los mas horribles delitos sin que padezca su alma despues de haberlos cometido. ¿Quién os ha asegurado que haya hombres que no sienten remordimiento despues de haber obrado mal? los grandes criminales ¿os han abierto su corazon? ¿Ignorais por ventura que todos cuantos han cambiado de vida, han confesado unánimes que habian recobrado la tranquilidad, que sentian en el fondo de su alma un placer indecible, que habian alcanzado una felicidad desconocida?

Si tanta influencia se atribuye á los órganos, no siendo posible que estos sufran notable alteracion en muy breve tiempo, ¿cómo será dado explicar las mudanzas, ora lentas, ora súbitas, que estamos viendo á cada paso, ya en bien, ya en mal? ¿cómo es que el hombre que ayer era religioso se ha hecho hoy incrédulo, el que poco tiempo antes era devoto ha pasado despues á ser un impío que se burla de todo dogma y de todo culto? Y al contrario: ¿no se ha visto y no se está viendo todavía, que hombres que han pasado largo tiempo en la incredulidad y en el libertinaje, se mudan de repente, abrazan la religion, lloran sus extravíos, y pasan quizás á expiarlos con una vida de

penitencia en las soledades del claustro? ¿quién se atreveria á explicar esos fenómenos, aplicando los dedos á esta ó aquella parte de la cabeza?

«*La maravillosidad*, dice el Sr. Cubí que es *la realizacion y consiguiente creencia en lo nuevo, lo grande, lo sobrenatural, lo misterioso, lo extraordinario, lo incomprensible*; añadiendo que *la maravillosidad pone al hombre en relacion con cuanto el intelecto no puede comprender, que realiza los misterios que Dios no ha querido revelar á su razon, y que sin embargo existen; que por ella cree el hombre lo que no puede probarse, ó cuyas pruebas no puede comprender.*» ¡Tambien un órgano para la fe! ¿qué significa el *realizar misterios que Dios no ha querido revelar á la razon?* ¿cómo será que el hombre crea hoy y no crea mañana, y que hoy tenga fe viva y ardiente el que ayer se mofaba de ella? «Hay en el hombre, dice el Sr. Cubí, y por lo tanto en la sociedad, una natural tendencia á excitar y aplicar órganos especiales en épocas determinadas, lo cual explica las guerras políticas y las religiosas, los tiempos de escepticismo, de fanatismo, y de verdadero espíritu religioso, el ensalzamiento y derribo de personas determinadas, las opiniones ya en favor ya en contra de una misma institucion.» Está visto: todo se explica por los órganos; lo hemos dicho y lo repetimos, se quiere hacer de la Frenología el lecho de Procusto.

Seria curioso el investigar la diferencia que va de las cabezas de ahora á las de los siglos medios, siendo nuestra época de duda y escepticismo, y aquella de fe apasionada y viva. Por cierto, que si tanto valen los órganos hasta en materias religiosas, los de veneracion y de maravillosidad deben de haber sufrido una disminucion considerable: si entonces eran tamaños como una nuez, no serán ahora como una almendra.

Hablando el citado escritor de la *individualidad ó sea facultad intelectual que percibe aquella cualidad de los objetos que los separa unos de otros, dando á cada uno de ellos una existencia particular, única, aislada, individual*, explica el orígen de las visiones de un modo alarmante, nó tan solo

para los católicos, sino tambien para cuantos acatan las narraciones de la Biblia. Despues de haber observado cómo *se concretan las ideas abstractas*, cómo *se crean imágenes que no se apartan de lo verosímil, ó que corresponden á un estado de adelanto realizable*, despues de haber dicho que *la virtud, la belleza, la esperanza, son sentidos abstractos, impulsos ciegos á qué las facultades intelectuales movidas ó inspiradas por la idealidad, la sublimidad, dan una bella y sublime existencia individual, material y positiva*, continua: «estas pocas observaciones explican el hecho real y verdadero de que podemos tener y hay quien en efecto ha tenido visiones.» Dejemos aparte la incalificable proposicion, que cuenta la *virtud*, la belleza, la esperanza entre los *impulsos ciegos*, y parémonos tan solo en la manera peregrina de explicar las visiones. Al parecer, no serán estas otra cosa que un simple efecto de los órganos; pues que las observaciones que solo versan sobre ellos, *explican el hecho real y verdadero de que podemos tenerlas, y hay quien en efecto las ha tenido*. Podríamos tolerar muy bien, que se disputase sobre la mayor ó menor autenticidad de visiones particulares de esta ó aquella persona virtuosa, y que se atribuyese á una imaginacion exaltada lo que parecia efecto de la revelacion divina: semejantes cuestiones son del dominio de la crítica, y la misma Iglesia nos enseña con su ejemplo á no entregarnos imprudentemente á una credulidad excesiva. Pero pretender explicar por meros principios frenológicos todo linaje de visiones, contarlas entre las funciones de un órgano, sin hacer ninguna excepcion, es cosa que no debiera hacerse, siquiera por respeto á la Biblia que con tan terminantes palabras nos refiere muchos prodigios de esta clase. Las visiones de los apóstoles, de los profetas, de los patriarcas del antiguo Testamento, ¿deberán explicarse por el órgano de la maravillosidad? quien lo tuviese como Isaías, Jeremías, Ezequiel ó Daniel, ¿disfrutaria tambien de las mismas visiones de que ellos disfrutaron? Para saber si un hombre será favorecido del cielo con misteriosas apariciones, ¿será preciso examinar su cabeza para conocer has-

ta qué punto está desarrollada su maravillosidad? O bien, todo cuanto se nos refiere en el sagrado texto sobre estas materias, ¿deberá ser considerado como la simple narracion de meras ilusiones, que solo tenian de real y efectivo el ser uno de tantos fenómenos de la naturaleza? No podemos creer que á tal extremo quiera llegar el Sr. Cubí, mayormente cuando en su *Manual* protesta tan á menudo de su afecto á la religion, empeñándose además en persuadir, que entre esta y las doctrinas frenológicas existe una íntima alianza. Pero esto no nos dispensa de hacer notar las funestas consecuencias de su doctrina, si no se la entiende con las debidas restricciones; porque con buena intencion se confunden á veces lastimosamente las ideas, se destruyen las creencias, y se introducen errores de gran monta.

No reprobamos que se encarezca que la religion es en cierto modo natural al hombre; al contrario consideramos muy saludable que se hagan resaltar las sorprendentes armonías que existen entre el mundo de la naturaleza y el mundo de la gracia; obras inmortales se han escrito bajo este punto de vista; y cada dia están saliendo á la luz pública en todos los países, innumerables escritos que tienden al mismo objeto; pero guardémonos de hacer de la religion un simple juego de sentimientos naturales, de *impulsos ciegos*, nacidos de la disposicion mas ó menos favorable de estos ó aquellos órganos. En hora buena que reconozcamos la hermosa índole de algunas almas privilegiadas, que con su candidez nativa y sus inclinaciones rectas, parecen destinadas de una manera particular á recibir los favores del cielo; no negamos nosotros estas verdades; no decimos que el Criador en sus profundos designios no disponga de una manera privilegiada la naturaleza que intenta inundar con los raudales de su gracia; no decimos que por ejemplo el alma de santa Teresa no fuera naturalmente mas hermosa, no estuviera enriquecida de mas preciosos dones naturales que la de Jorge Sand; en una palabra, no nos proponemos limitar en nin-

gun sentido la omnipotencia del Criador; pero no luchando con la evidencia de los hechos naturales, sean los que fueren, no podemos consentir que la religion y la moral se conviertan en fenómenos físicos, es decir, que se las destruya por su base.

Sobre todo recelamos mucho que la exageracion del poder de los órganos no conduzca á la negacion del libre albedrío, y que caiga de esta suerte toda religion, toda moral, toda ley, toda sociedad. Así temblamos por estos sagrados objetos cuando despues de lo notado mas arriba, vemos que el Sr. Cubí dice sin rodeos: «La demencia, el *vicio*, el *pecado*, las impropiedades *de toda clase*, son hijas de la accion de algun órgano ú órganos, al cual la voluntad ó intelecto *no puede* poner coto ó freno, ya por debilidad, ya por ignorancia, ya por enfermedad del órgano afectado.» (*Ibid. pág.* 72.)

Reasumiremos en breves palabras lo dicho hasta aquí. En primer lugar: *la espiritualidad del alma*, dogma de la religion y teorema filosófico, debe quedar á cubierto de todo ataque. Nada prueba contra ella la multiplicidad de órganos cerebrales que intenta demostrar la Frenología. La experiencia enseña que existe una relacion entre el cerebro y algunas funciones de nuestro espíritu. Que este órgano sea uno ó múltiplo, nada tiene que ver ni con la naturaleza del alma, ni con el carácter de sus operaciones. No se pierdan nunca de vista estas ideas; distíngase bien entre el órgano y el ser que se sirve de él, entre el cuerpo y el espíritu; en lo demás queda expedito el camino al raciocinio y á la observacion, sin que tengan de que quejarse ni la religion ni la psicología.

En segundo lugar, es necesario respetar delicadamente la existencia del *libre albedrío*. Admítanse diferentes inclinaciones, distribúyaselas en tantas clases como se quiera; señálese la causa de esta diferencia en los órganos, en el temperamento, ó explíquese por otro sistema que plazca imaginar: todo esto poco importa: sobre semejantes puntos se ha disputado siempre; si por medio de sus ob-

servaciones la Frenología puede suministrarnos mas luces de las que se han tenido hasta ahora, se lo agradeceremos. Establézcase que hay hombres que tienen fuerte propension á determinados vicios; pero no se llegue al extremo de suponerles *imposibilidad de resistir;* á no ser que estén en la imbecilidad, ó en la demencia. Encárguese á la sociedad la instruccion y educacion moral y religiosa, encarézcase la conveniencia de atender á la capacidad y á la índole de cada individuo; añádase, si se quiere, que la Frenología puede suministrar luces para conjeturar ó pronosticar las disposiciones naturales; échese en cara con generosa libertad á los gobiernos y á la sociedad, el descuido de la instruccion y de la educacion, permitiendo el desarrollo de las inclinaciones perversas; pero, por un celo excesivo, no se llegue hasta el punto de disculpar al criminal, no se le suponga sometido á una necesidad *orgánica*, no se diga que no *pudo* resistir á la propension, no se ensanche tanto el número de los dementes que la mayor parte de los hombres culpables de un delito puedan alegar el descargo de que al cometer un acto criminal obraban por *necesidad*, *estaban faltos de razon.*

Asiéntese, si place, que entre las razas humanas hay diferencias notables, hijas de la accion del tiempo, de los climas, ó de otras causas; dígase que unas están dotadas de mayor inteligencia que otras; afírmese que las semillas naturales de virtud ó de vicio, se hallan en mas actividad en estas que en aquellas: lo que sucede entre los individuos de una nacion y aun de una familia, no negaremos que acontezca ó acontecer pueda entre razas diferentes. Lo que haya en esto de verdad ha de decirlo la observacion. Pero no se condene á vivir en la estupidez y en el embrutecimiento á ninguna de las ramas que, por mas que se diferencien en la actualidad, sabemos que procedieron todas de un mismo tronco. La luz de la razon, el libre albedrío son patrimonio de la humanidad entera; son facultades del alma que Dios nos comunicó al *inspirar en nuestros rostros el soplo de vida.* El hombre puede en diferentes

países encontrarse degradado, mas no deja por eso de ser hombre. Cuando suene la hora señalada en los arcanos de la Providencia, no lo dudeis, levantará al cielo su frente, diciendo con nobleza: «yo tambien fuí criado por Dios y para gozar de Dios; mi destino en la tierra es un viaje de breve duracion, mi fin es Dios en las inmensidades de la eternidad.»

Advertimos esto porque sabemos que el Sr. Cubí ha dicho que ciertos misioneros, hablando de pueblos cuyo nombre no recordamos, habian afirmado que *era imposible cristianizarlos antes de civilizarlos;* nosotros creemos al contrario, que el órden es inverso, y que el medio mas seguro para introducir en un pueblo la *civilizacion* es hacerle *cristiano;* si se nos contradice, ahí están la filósofía y la historia que vienen en nuestro apoyo. Por lo que toca al dicho de los expresados misioneros, preguntaremos si eran católicos, ó si pertenecian á alguna de las sectas separadas; en este último caso no respondemos nada, porque entre los disidentes hay tantas opiniones como cabezas; pero si eran católicos, exigiremos las pruebas del hecho, y hasta que se produzcan no daremos fe á semejante relacion. El señor Cubí no lo habrá oido de boca de los mismos misioneros, su buena fe habrá sido engañada. Que si se nos demostrase que realmente uno ó mas misioneros católicos han soltado semejante expresion, tampoco se concluye nada contra esta doctrina. Jamás los católicos han dicho que este ó aquel misionero particular fuesen infalibles.

Jesucristo al enviar á sus Apóstoles á predicar el Evangelio, no les previno que mirasen si los pueblos eran civilizados ó nó; no les encargó que examinasen la forma de las cabezas para ver si los órganos de la religion estaban desarrollados ó nó; sino que les dijo que *fuesen por todo el universo, que enseñasen á todas las gentes, que predicasen el Evangelio á toda criatura, que bautizasen,* sin distincion de razas, *en nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.* La Iglesia católica no ha olvidado nunca esta sublime doctrina. Cuando la codicia y la crueldad han querido supo-

ner á los negros ó á los indios como de una especie inferior, como de una raza destinada á servir á las demás, «nó, nó, ha respondido la Iglesia, esto no es verdad, esto es una infamia; todos los hombres son iguales ante Dios, todos son hermanos en Jesucristo, por todos vertió la sangre el Salvador en la cima del Calvario; los desgraciados que viven en las tinieblas y en las sombras de la muerte, son por esto mismo mas dignos de que la caridad cristiana redoble su solicitud y su celo para llevarles las luces de la fe, y con ellas el sentimiento de su dignidad.» Que no lo olvide el Sr. Cubí: estas son las doctrinas verdaderamente generosas; los que por codicia ú otros motivos están interesados en que continue el infame tráfico de los negros y el embrutecimiento de otras razas, pueden sostener lo contrario; los cristianos, los verdaderos amantes de la humanidad, nó.

La idea de Dios, y los eternos principios de la moral, son de todos los tiempos y de todos los climas: donde hay hombres, allí están, porque allí ha llegado el soplo del Criador, allí ha hecho descender la luz para que pudiera ser reconocida su augusta imágen. ¿Qué importan contra esta verdad algunos tristes ejemplos de embrutecimiento y degradacion? ¿Qué importan esas hordas que al parecer han caido del rango de hombre para colocarse entre los brutos? Nada; porque tambien en otros tiempos y en otros países andaban otros hombres con el entendimiento en tinieblas y el corazon en el polvo; compadecióse de ellos el cielo, iluminólos con un rayo de sus inefables resplandores, y de en medio del caos salió de repente un mundo lleno de órden, de regularidad y hermosura. Nó, no debemos atrevernos jamás á decir «estos hombres son incapaces de la religion cristiana: en ellos no tienen cabida ideas tan sublimes como en la misma se encierran:» no olvidemos que la sublimidad de la religion está hermanada con la sencillez; grande con los grandes, sabe en cierto modo hacerse pequeña con los pequeños. El que dijo de los niños, *dejadlos venir á mí, de ellos es el reino de los cielos,* se com-

place en acomodarse á todas las inteligencias, no se desdeña de hablar con lenguaje que comprendan los mas rudos é ignorantes. No busqueis pues si el órgano está muy desarrollado, si será capaz de recibir estas ó aquellas impresiones; recordad que el Todopoderoso sabrá *suscitar de las mismas piedras hijos de Abrahan;* no digais: «el alimento es demasiado fuerte, esos hombres no podrán digerirlo.» Dios hará que el pan de los adultos sea leche para los niños.—*J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

CARTA SEXTA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGION.

Mi apreciado amigo: si no tuviera otras pruebas de la verdad que se encierra en aquella doctrina de los católicos, de que la *fe es un don de Dios*, no me inclinaria poco á tenerla por cierta la experiencia de lo que he visto en V. y otros que han tenido la desgracia de apartarse de la fe de sus mayores. Disputan, escuchan, al parecer con docilidad, hacen concebir las mayores esperanzas de que van á rendirse á la evidencia de los argumentos con que se los apremia, pero al fin salen con un frio *qué sé yo*, que hiela la sangre, y disipa de un golpe todas las ilusiones del fiel que estaba anhelando el momento de ver entrar en el redil la oveja extraviada. Así lo hace V. en su última: nada tiene que objetarme á lo que he dicho sobre la *Sangre de los Mártires*, confiesa que ninguna religion puede presentar un argumento semejante, manifiéstase satisfecho del contenido de mis anteriores con respecto á los varios puntos que formaban el objeto de sus dudas; y cuando me saltaba el corazon de alegría pensando que iba V. á decidirse, no

diré á entrar de nuevo en el número de los creyentes, pero sí á engolfarse mas y mas en la discusion con el deseo de hallar definitivamente la verdad, me encuentro con la desolante cláusula que me ha llenado de una profunda tristeza. «¿Qué nos sabemos nosotros, dice con un abatimiento que me penetra el corazon, qué nos sabemos nosotros? ¡El hombre es tan poca cosa!.... volvemos la vista en rededor y no vemos mas que tinieblas. ¿Quién sabe dónde está la verdad? ¿quién sabe lo que será con el tiempo de esa fe, de esa Iglesia que V. cree que ha de durar hasta la consumacion de los siglos? Yo no desprecio la religion, veo que el Catolicismo es un hecho tan grande que no acierto á explicarle por causas ordinarias; V. apela á la historia, V. me apremia á que le cite algo de semejante; ya le he dicho otras veces que no me agrada atrincherarme en impotentes negativas, que no me gusta resistirme á la evidencia de los hechos; pero ¿qué quiere V. que le diga? *no puedo creer*. Estoy contemplando la sociedad actual, y me parece que su inquietud está dando indicios de que el mundo se halla en vísperas de acontecimientos colosales; con una revolucion intelectual y moral debe inaugurarse indudablemente la nueva era, y entonces quizás se aclare un tanto ese negro horizonte donde nada se descubre sino error é incertidumbre. Dejemos que trascurra esa época de transicion, que tal vez nuevos tiempos nos descifrarán el enigma.»

En medio de mi afliccion, no crea V., mi estimado amigo, que yo extrañe semejante lenguaje; no es V. el primero de quien lo he oido; pero permítame cuando menos que le haga advertir, que con sus palabras á nada responde, nada prueba, nada afirma, nada niega; no hace mas que desahogarse estérilmente pintando con pocas palabras el verdadero estado de su espíritu. Tiene á la vista la verdad y no se siente con fuerza para abrazarla; se abalanza hácia ella un momento, y luego dejándose caer desfallecido, dice «*no puedo*.» Entonces habla V. de ese porvenir de que V. mismo se reia en una de sus anteriores,

habla de esa *transicion* que no sabe en qué consiste; duda, fluctua, aguarda para mas allá el resolverse, lo aplaza para los tiempos futuros, para esos tiempos ¡ay! en que V. habrá ya dejado de existir!... ¡Triste consuelo! ¡Engañosa esperanza!

Pero si V. desfallece, mi querido amigo, no debo yo desfallecer; Dios ha comenzado la obra, él la acabará; yo tengo un dulce presentimiento de que V. no morirá en brazos del escepticismo. V. dice que desea de corazon encontrar la verdad; persevere V. en su propósito; yo confio que no dejará de mostrársela el que vertió su sangre por V. en la cima del Calvario.

Bien se deja conocer que no estará V. muy dispuesto para recibir una contestacion que verse principalmente sobre asuntos puramente religiosos; el escepticismo del siglo ha vuelto á ejercer su ascendiente sobre V. de una manera lastimosa, y saliendo de golpe del terreno de la discusion se ha echado á divagar por las regiones del *socialismo* y del *porvenir*, hablándome de *transiciones*, de época *crítica*, y de no sé cuantas cosas por este tenor. Dicho le tengo que le seguiré por donde á V. le pluguiere; si hoy no le gusta que tratemos de dogmas, los dejaremos á un lado; y toda vez que me habla de *transicion*, de transicion le hablaré yo.

Díjele á V. en una de mis anteriores que no creia característico de nuestra época la transicion, y que esta habia sido comun á todos los siglos; por lo que no puedo convenir en que bajo este concepto se verifique ahora algo que con mas ó menos semejanza no se haya verificado siempre. Pero cuando esto afirmo, hablo principalmente de los pueblos que se mueven en uno ú otro sentido, nó de aquellos que helados en medio de su carrera, permanecen fijos como estatuas al través de la corriente de los siglos. Si á estos exceptuamos, y dirigimos á los demás nuestras miradas, veremos en primer lugar, que los griegos y romanos vivieron en perpetua transicion. Nada tiene que ver el siglo de Dracon con el de Solon, ni el de este con el de Alci-

bíades; y ni á uno ni otro se parecen el de Alejandro y el de Demetrio. Y sin embargo estos siglos estaban muy cercanos unos de otros, lo que nos indica que la sociedad griega *pasaba* incesantemente de un estado á otro muy diferente. No es muy largo el espacio trascurrido entre Bruto que arrojó á Tarquino y Bruto matador de César; pero véase cuántas y cuán variadas fases presenta el estado social y político de los romanos. Observaciones análogas podrian hacerse con respecto á otros pueblos antiguos; y aun por lo tocante á los que llamamos inmóviles, es menester no olvidar, que nos son poco conocidos, que su historia íntima, la que nos retrataria sus ideas religiosas, sus costumbres domésticas, su organizacion social, su legislacion, ha quedado en la mayor parte oculta á nuestros ojos, sepultada en los escombros de los tiempos, sin que hayamos adquirido apenas otras noticias que las trasmitidas por historiadores extranjeros, que nunca pudieron tener del verdadero estado de aquellos pueblos, mas que un conocimiento muy superficial y ligero. La ciencia moderna se esfuerza en suplir este defecto, pero ¿cuán difícil no es acertar en la verdad, á tanta distancia de épocas, en lenguas tan poco parecidas, en ideas y costumbres tan desemejantes? Como quiera, todavia puede afirmarse que dichos pueblos han estado muy distantes de hallarse en completa inmovilidad; y que además de lo que sobre los mismos nos manifiestan las escasas noticias que de ellos poseemos, la simple reflexion sobre la naturaleza de las cosas es bastante para inducirnos á conjeturar que los cambios y modificaciones han sido en mayor número de lo que sabemos, y de mayor importancia de la que nosotros calculamos; y que por tanto se ha verificado tambien entre los mismos el hallarse á menudo en estado de *transicion*.

Pero dejando los pueblos antiguos ó poco conocidos, y pasando á los modernos á contar desde la aparicion del cristianismo, salta á los ojos el cambio y las modificaciones que incesantemente han experimentado; sin que sea

dable pronosticar ninguna mudanza á la sociedad actual, que no se haya realizado equivalente ó mayor en las anteriores. Aun cuando diéramos por supuesto que se han de cumplir las mas exageradas prediccioaes de algunos socialistas, y poner en ejecucion los planes que nos parecen mas descabellados, no fuera mas diferente del actual el estado social nuevo, del que lo son los varios por donde han pasado los pueblos cristianos.

Si los hombres que vivian cuando la esclavitud era general, y se la consideraba como una condicion indispensable en toda sociedad bien organizada, hubiesen oido hablar de un estado semejante al que disfrutan los pueblos europeos, no habrian acertado á concebir ni cómo podia mantenerse el órden público, ni distribuirse el trabajo, ni proporcionarse comodidades y placeres á las clases ricas; en una palabra, creyeran imposible que sociedades tan numerosas pudiesen subsistir faltándoles esa base, para ellos tan necesaria é imprescindible. Decid á un señor feudal encastillado en su fortaleza, que vendrá un dia en que todos sus títulos serán menospreciados, en que su nombre y el de todos los de su clase caerá en olvido, en que sus descendientes andarán confundidos en medio de los descendientes de esos vasallos pobres y desvalidos que mira con orgulloso desden, sumisos y humillados al pié de sus almenas; decidle que ese mismo pueblo se levantará contra él, y peleará por largo tiempo, triunfará, y llegará á ser rico, poderoso, influyente, eclipsando todo el esplendor de sus señores, y llenando el mundo con la fama de sus hechos; decídselo, y os escuchará con asombro, y se imaginará que le referís cuentos de hadas, y que no le hablais de veras, ó que no estais en sano juicio. ¿Qué mas? No es necesario que las metamórfosis sociales las tomeis tan de léjos para que parezcan increibles; á esos nobles del tiempo de Cárlos V y de Francisco I, á esos descendientes de los antiguos señores, que van trocando ya la independencia de sus antepasados en heróica fidelidad á sus reyes, que se van trasladando de los campos á

las capitales, y caminan rápidamente á pasar de guerreros á cortesanos, anunciadles que dentro tres siglos no serán ellos los que ocupen los altos puestos del Estado, los que guien los ejércitos á la victoria, los que ejerzan las funciones de la magistratura, y que su voto en los grandes negocios no será considerado como de mas valer que el de los descendientes de esos plebeyos que riegan con su sudor las tierras, que ejercen los oficios humildes, y que reunidos en modestos gremios, parecen contentarse con la posicion social que les ha cabido despues de las guerras de sus antepasados los Comunes; y bien puede asegurarse que esos nobles no os comprenderán, que no creerán nada de cuanto les pronosticais; y por mas que os esforceis en mostrarles las señales que ya bien claras se divisan nó en mucha lontananza, pensarán que tomais por una realidad las ilusiones de vuestra fantasía.

Trasladaos á la Europa de los siglos XI y XII, á la Europa de Suger y de san Bernardo, y anunciad á los hombres de aquella época, que los ricos monasterios, las opulentas abadías que compiten en esplendor y magnificencia con los castillos de los señores feudales, desaparecerán con el tiempo, y que en épocas no muy remotas no quedarán de ellos mas que algunas ruinas, objeto de la curiosidad de los arqueólogos; que ese clero cuya influencia en todos los negocios es inmensa, y cuyo poder y riquezas no ceden á los de otra clase cualquiera, se verá limitado al recinto de los templos, despojado de sus privilegios, privado de sus bienes, escatimados sus derechos á la enseñanza, considerado el ministro de la religion en la categoría del mas humilde ciudadano, si es que todavía no se le rebaja de este nivel, negándole lo que á todos se concede; anunciadles, repito, esa mudanza, y vereis como la dan por imposible, como no conciben su realizacion á no ser suponiendo que la invasion sarracena ha conseguido sojuzgar el poder cristiano, ó que nuevas hordas de pueblos desconocidos se han derramado por la Europa y cambiado su faz. No alcanzarán á concebir que sin irrupciones de pue-

blos bárbaros, sin conquista de sarracenos, antes bien despues de su completa derrota, se llegase por el simple curso de las ideas y de los acontecimientos, á producir cambios tan profundos en la sociedad.

Todas las revoluciones que pueden sobrevenir, al fin no podrán llevar á otro resultado que á alterar la posicion y relaciones de los individuos y de las clases. Supónganse las mudanzas que se quieran, y difícilmente se imaginará ninguna ni con respecto á la propiedad, ni á la organizacion del trabajo, ni á la distribucion de sus productos, ni á la condicion doméstica, ni al rango social, ni á la influencia política, que sea de mas importancia y magnitud que las verificadas en los tiempos que nos han precedido. La *transicion* ha existido antes como existe ahora; las naciones europeas han *pasado* incesantemente por diferentes estados, ó dejando completamente el que tenian, ó modificándole de mil maneras hasta trasformarle en otro que en nada se le parecia.

Yo desearia, mi estimado amigo, que V. anduviese haciendo suposiciones hasta las mas arbitrarias y caprichosas, y las cotejase con los hechos históricos que nadie ignora; y estoy seguro que se quedaria V. convencido de la verdad de lo que acabo de establecer. ¿Se quiere suponer que las clases menesterosas saldrán del abatimiento en que se hallan, acercándose mucho á las medias, y aun á las superiores? Véase si los jornaleros de ahora distan mas de sus dueños, que los esclavos de sus amos, y los vasallos de sus señores; es cierto que nó; y sin embargo, ni rastro queda en Europa de la antigua esclavitud, y solo se conservan leves vestigios del vasallaje, y los descendientes de los que vivian sometidos á estas condiciones, se hallan en la misma categoría que los nietos de aquellos que un dia se vieran colocados á inmensa distancia, así por lo tocante á riquezas, como á honores, consideraciones, y todo linaje de distincion y poderío. ¿Se quiere suponer que la propiedad sufrirá modificaciones profundas, que su distribucion estará sometida á leyes muy diferentes? Compá-

rense los siglos medios con el nuestro, parangónese, por ejemplo, la Francia de Carlo-Magno con la Francia de Napoleon, la de San Luis con la de Luis Felipe. ¿Se quiere imaginar una nueva organizacion del trabajo, sujetando á otras reglas al operario y al capitalista, alterando notablemente sus relaciones, y variando las bases actuales sobre la reparticion de los productos? Comparad al colono de ahora con el vasallo del señor feudal, al jornalero de nuestros tiempos con el esclavo de los tiempos antiguos. ¿La industria y el comercio, deben estar en el porvenir sujetos á nuevas leyes que alterarán la organizacion interior de los pueblos y sus relaciones en lo exterior? Abrid nuestros códigos de comercio, dad una ojeada á nuestros usos y costumbres sobre este particular, y cotejadlo todo con lo que estaba en práctica entre nuestros mayores. Por vasta que sea la escala en que estos ramos se desenvuelvan, por mayor pujanza y poderío que lleguen á adquirir, ¿distarán mas del estado actual que el que dista este del en que se encontraban cuando la Iglesia en sus concilios atendia paternalmente á la proteccion del naciente tráfico mercantil? Las poderosas compañías comerciales de Francia, de Bélgica, de Alemania, de Inglaterra, de los Estados-Unidos ¿no le parece á V. que distan algo de aquellas caravanas de mercaderes, cuya seguridad en los caminos podian afianzar á duras penas las excomuniones de la Iglesia? ¿No le parece á V. que en esto ha habido no pequeña *transicion?*

¿Y qué no podríamos decir, si atendiéramos á las mudanzas sociales y políticas, á la diversidad de posiciones que respectivamente han perdido ó conquistado las diferentes clases? Un abismo tan profundo nos separa de nuestros antepasados, que si ellos se levantaran del sepulcro, nada comprenderian de lo que estamos presenciando. ¿Dónde está el poder del feudalismo, de la nobleza y del clero? ¿Qué se hicieron las prerogativas, los privilegios, los honores que disfrutaban? ¿En qué se parecen los tronos de ahora á los tronos de entonces? ¿Qué

tienen de semejante nuestras formas de gobierno con las antiguas? ¿Qué nuestra administracion? ¿qué nuestros sistemas de hacienda? ¿qué nuestras guerras, y nuestra diplomacia? Pensamos de otra manera sentimos de otra manera, obramos de otra manera, vivimos de otra manera; nuestra condicion así particular como pública se ha cambiado tan completamente, que para comprender lo que fué, nos vemos precisados á hacer un esfuerzo de imaginacion, la que sin embargo solo es bastante para ofrecernos cuadros muy imperfectos y descoloridos. ¿Por qué nos parecen tan poéticos aquellos tiempos, mi estimado amigo? ¿por qué figuran tanto en nuestra literatura? porque distan inmensamente de la realidad que tenemos á la vista.

Quiero yo inferir de aquí, que cuando se nos anuncian grandes mudanzas en la organizacion de los pueblos, no debemos resistirnos á creerlas por la sola razon de que nos parezcan muy extrañas; porque si bien se observa, la sociedad actual no dista menos de las anteriores de lo que distaria de la presente la venidera, en las varias combinaciones que se pueden concebir y ensayar. La instabilidad es uno de los caracteres distintivos de las cosas humanas; y poco ha reflexionado sobre la naturaleza del hombre, poco se ha aprovechado de las lecciones de la historia y de la experiencia, quien pronostica demasiada duracion á lo que de suyo es tan flaco y deleznable. Que la sociedad esté bajo un poder revolucionario ó conservador, que se procure impulsarla ó detenerla, ella varia siempre, pasa sin cesar de un estado á otro, ora mejor, ora peor.

Esta alternativa entre mejor y peor, me lleva, mi querido amigo, á otra cuestion, á que segun se deja entender es V. un poco aficionado, como no puede menos de serlo, atendido el espíritu de nuestra época. Dícese á cada paso, que el progreso es la ley de las sociedades; que no se desvian jamás de ella, y que en medio de las mas terribles revoluciones y catástrofes camina la humanidad hácia un destino, que no sabiéndose cuál es, se tiene cuidado de envolverle con un velo dorado. No seré yo quien

desaliente el movimiento de la humanidad, disipando lisonjeras esperanzas; bien que tampoco puedo consentir que se establezca con demasiada generalidad y sin las correspondientes aclaraciones, una proposicion que segun como se entiende, se halla en contradiccion con la filosofía, la historia y la experiencia.

Es muy frecuente hablar de perfeccion, de perfectibilidad, de ley de progreso, sin distinguir nada, sin fijar nada sin expresar si se trata de las sociedades tomadas en particular ó en conjunto; es decir, sin determinar si la ley cuya existencia se afirma, rige en toda sociedad, ó tan solamente es propia del género humano, considerado con abstraccion de esta ó aquella de sus partes. A los que digan que el progreso hácia la perfeccion es la ley constante de toda sociedad, yo me atreveré á preguntarles, ¿cuál es el progreso que se descubre en el norte de Africa, en las costas de Asia, comparado su estado actual con el que tenian cuando nos daban hombres como Tertuliano, san Cipriano, san Agustin, Filon, Josefo, Orígenes, san Clemente, y otros que seria largo enumerar?

Esto no tiene réplica; así como por otra parte nada prueba contra los que afirman que si bien esta ó aquella sociedad decae, la humanidad progresa, que la civilizacion trasmigra, que unos pueblos adquieren lo que otros pierden, y que de esta suerte existe una verdadera compensacion. Así por ejemplo en el caso presente, se ha resarcido é indemnizado la humanidad de sus pérdidas en Africa y en Asia, con el inmenso desarrollo que ha logrado en Europa y América; pues si se contaran los millones de hombres que viven actualmente bajo un régimen civilizado, seria incomparablemente mayor el número á lo que era entonces; y si se añaden las ventajas que la civilizacion moderna lleva á la antigua, no solo por traer consigo un mayor y mas perfecto desarrollo intelectual y moral, sino tambien por ofrecer mayor suma de comodidades materiales, y disminuir sobre manera los males que afligen á la triste humanidad, será tanta y tan palpable la

diferencia que no será posible siquiera establecer un razonable parangon.

Confieso, mi estimado amigo, que estas reflexiones son de gran peso; y que á mi juicio deciden la cuestion, bajo el punto de vista histórico, considerando en masa la humanidad, y habida razon de las compensaciones arriba indicadas: por manera que tengo por demostrado que la humanidad ha progresado siempre, que su estado fué mejor en los siglos medios que durante la civilizacion antigua, y que actualmente se aventaja en mucho á la de todos los tiempos anteriores.

¿Cómo, me dirá V., es posible olvidar la confusion y las calamidades de la época de la irrupcion, y la tenebrosa ignorancia, la asquerosa corrupcion que la siguieron? ¿Podremos decir que la humanidad del tiempo de Atila era comparable con la del siglo de Augusto? Yo creo sin embargo que esto, tan falso y absurdo á primera vista, es rigurosamente verdadero, y además susceptible de una demostracion tan cabal, que nada deje que desear. La difusion de las verdaderas ideas sobre Dios, el hombre, y la sociedad, y las relaciones que entre sí tienen, la propagacion de la civilizacion á un sinnúmero de pueblos que antes vivian en la mas abyecta barbarie, la abolicion de la esclavitud, la extension á la generalidad de los hombres del goce de los derechos de hombre, esto se andaba realizando en la época de que tratamos, y nada de esto se realizaba en el siglo de Augusto; con perdon, pues, de los manes de Virgilio y Horacio, opto desde luego por los tiempos apellidados bárbaros.

¿Se sonrie V. de la paradoja, mi estimado amigo? ¿Imagínase tal vez que ni yo mismo creo lo que acabo de decir? Pues viva V. seguro que hablo de todas veras, y que mis palabras son la expresion de convicciones profundas. Ya le indicaba en una de mis anteriores, que en ciertas materias, quizás no llevaba V. tan léjos como yo el espíritu de exámen, y que estaba medianamente tocado de escepticismo; esto produce que en cuanto se me alcanza,

no me dejo deslumbrar por nombres, ni por *opiniones recibidas;* y por mas seguridad con que oiga afirmar una cosa, me ocurre desde luego un *¿quién sabe?*.... que me pone desconfiado y meditabundo. A pesar de todo, paréceme que difícilmente me absolverá V. de la blasfemia que acabo de proferir contra el siglo de Augusto; y así menester será alegar descargos. Escúchelos V. sin prevencion, que al fin, no fuera extraño que se conformase con mi modo de opinar.

Y á la verdad, deslumbradores son los rayos de la ciencia, hechiceros los cantos de la poesía, seductor el brillo de las artes; pero si nada de esto sirve para el bien de la humanidad, si únicamente se limita á realzar el esplendor, y acrecentar y avivar los placeres de unos pocos que moran en opulentos palacios, comiendo del sudor del pueblo, disipando los tesoros que se han amontonado de las provincias estrujándolas con la mayor crueldad, ¿qué gana en ello el humano linaje? ¿Esta civilizacion y cultura son acaso mas que bellas mentiras? Hay paz, pero esta paz es el silencio de los oprimidos; hay goces, pero son los goces de unos pocos, y la abyeccion de todos; hay ciencias, bellas artes, pero postradas á los piés del poderoso, no llenan su mision que es mejorar la condicion intelectual, moral y material del hombre; todo es vicio, prostitucion, lisonja; perezca pues todo, diria quien desde entonces pudiera extender sus miradas á los tiempos futuros; haya guerra, pero guerra regeneradora que ha de cambiar la faz del mundo, llamando á la civilizacion cristiana cien y cien pueblos bárbaros, destronando á la opresora del orbe, y dando principio á las grandes naciones que nos asombrarán con sus adelantos y poderío; haya calamidades públicas, que al menos no serán tan afrentosas como esa esclavitud que pesa sobre el mayor número de los individuos que forman la sociedad antigua, y se andará preparando la era dichosa en que para disfrutar de los derechos de ciudadano bastará ser hombre; perezcan, nada importa, las ciencias y las bellas artes, si están reservados

á los siglos venideros genios prodigiosos como Tasso, Milton y Chateaubriand, Miguel Angelo y Rafael, Descartes, Bossuet y Leibnitz; hágase trizas esa civilizacion falsa, esa cultura raquítica que sancionan el monopolio de las ventajas sociales, y cedan su puesto á otra civilizacion y cultura mas grandiosas, mas espléndidas, y sobre todo mas justas y equitativas, que llamen á la participacion de ellas un mayor número de individuos, abriendo las puertas para que puedan disfrutarlas todos, en cuanto lo consienta la naturaleza del hombre y de los objetos sobre los cuales ejerce su actividad.

En pos de la irrupcion y undulaciones de los pueblos bárbaros, vino el feudalismo; sistema social y político contra el cual podrá decirse todo lo que se quiera, pero que indudablemente fué un verdadero progreso, supuesto que erigiéndose, por decirlo así, en soberanía la propiedad territorial, se asentaba un principio que modificado y corregido con el trascurso del tiempo, podia servir mucho para la organizacion de las sociedades modernas. Habia desórden, opresion, vejaciones, males sin cuento, es verdad; pero al menos se comenzaba á establecer un sistema, se daba asiento á los pueblos vencedores, se arraigaba el amor á la vida agrícola y el respeto á la propiedad, se desarrollaba el espíritu de familia; y las inclinaciones del corazon encontrando objetos mas estables y apacibles se hacian por necesidad menos turbulentas, se preparaban á la tranquilidad y á la dulzura. Malos como eran los tiempos de los siglos XII y XIII, ¿quién no los prefiriera á los que siguieron despues de la disolucion del imperio de Carlomagno?

Nadie negará que hasta principios del siglo XVI las sociedades europeas andaban mejorándose rápidamente; por manera que no verificándose en ningun otro punto del globo decadencia notable, ya que los demás pueblos puede decirse que en general permanecieron estacionarios, todavía debemos confesar que el linaje humano progresaba. Los grandes descubrimientos que tuvieron lugar en el si-

glo xv hacian esperar que en el xvi se inauguraria una era de prosperidad y ventura, que rebosando en Europa, se derramaran por todas las regiones de la tierra. Desgraciadamente el cisma de Lutero vino á desvanecer en buena parte tan halagüeñas esperanzas, y las calamidades que han caido sobre la Europa durante los tres últimos siglos podrian hacernos dudar de la proposicion que llevamos establecida.

Como quiera, aun llevando en cuenta los males acarreados por los cismas religiosos, y la incredulidad é indiferentismo que han sido su consecuencia, no me parece que pueda negarse que la humanidad en general haya carecido de la compensacion arriba indicada. Tomando las cosas en su raiz, es decir desde que Lutero y sus secuaces dividieron en dos la gran familia europea, debe considerarse que las sucesivas conquistas que ha ido haciendo el catolicismo en las Indias orientales y occidentales, resarcen, quizás con ventaja, las pérdidas que en Europa ha sufrido la unidad de la fe. Si á esto añadimos que allí donde no se ha establecido la religion católica, al menos se han propagado algunas luces del cristianismo por medio de una ú otra de las sectas disidentes, lo que tal como sea siempre es muy preferible á la idolatría y embrutecimiento en que estaban sumidos aquellos países, si atendemos á los progresos que allí mismo han tenido el desarrollo intelectual, moral y material del individuo y de la sociedad, resultará que aun dando á la historia de los tres últimos siglos en Europa los mas negros colores, la humanidad no ha perdido, antes se halla recompensada con usura.

Y no es verdad tampoco que la Providencia haya de tal suerte castigado el orgullo europeo en los tres últimos siglos, que al propio tiempo no haya derramado sobre nosotros un raudal de inestimables beneficios. El país donde nacieron hombres tan eminentes en todos los ramos de conocimientos, que cuenta en todas regiones asombrosos genios, y que bajo el aspecto de la religion y de la moral puede ofrecer un san Ignacio de Loyola, un san Francisco

de Sales, un san Vicente de Paul, y cien y cien otros de heróicas virtudes que realizaron sobre la tierra la vida de los ángeles, no puede quejarse que sea poco favorecido de la Providencia, no puede lamentarse en medio de sus revoluciones materiales y morales, de que le haya cabido mayor parte en el infortunio, de la que caber suele en todas partes á la desgraciada humanidad.

Esta última consideracion, mi estimado amigo, me lleva á examinar cuál es la causa de este desazon que de continuo nos atormenta á los europeos, y á cuantos han participado de nuestra civilizacion. A oirnos cual nos quejamos de la suerte, cual afeamos nuestra situacion presente, cual ennegrecemos el porvenir, diríase que suportamos mayor suma de males que ningun pueblo de la tierra; y aun comparándonos con nuestros antepasados, pareceria que fueron mucho mas dichosos. Nunca hablaron ellos tanto de *transicion*, de *necesidad de nuevas organizaciones*, de *insuficiencia de todo cuanto existe*, nunca anunciaron como nosotros esa época que ha de venir realizando el siglo de oro, so pena de hundirse el mundo en un caos, precediendo una conflagracion espantosa.

Cada época ha sufrido sus males, y ha tenido mas ó menos cercanas mudanzas profundas; cada época se ha encontrado con necesidades ó del todo desatendidas, ó mal satisfechas; cada época ha llevado en su seno un gérmen de muerte para lo existente que debia ceder su puesto á lo que se adelantaba con el porvenir. Añadiré además, que dudo mucho que los tiempos presentes deban en nada posponerse á los pasados, considerando los pueblos civilizados en general, y prescindiendo de dolorosas excepciones que por necesidad deberán ser pasajeras; y me inclino á creer, que no son mayores nuestros males, sino que se abultan en gran manera por dos motivos: 1.º porque reflexionamos demasiado sobre ellos; semejantes al enfermo que aguza sus dolencias haciéndolas objeto continuo de sus pensamientos y palabras: 2.º á causa de que tenemos mayor libertad para quejarnos, así de viva voz como por es-

crito; añadiéndose además que la prensa, no siempre con recta intencion, lo exagera todo.

Se habla por ejemplo de pauperismo; convengo en que es una llaga dolorosa y que merece llamar la atencion de todos los hombres amantes de la humanidad; pero lo que desearia saber es, qué resultado nos daria el mismo asunto, si lo examinásemos con respecto á los tiempos que nos precedieron. ¿Qué mayor y mas doloroso pauperismo que la antigua esclavitud? ni en el número de los infelices, ni en el grado de su infelicidad, ¿es comparable aquel estado con el de las clases inferiores de nuestra época? Ya sé que algunos se han adelantado á decir que la suerte de los esclavos negros es preferible á la de nuestros jornaleros; no negaré que si se consideran no mas que algunos extremos excepcionales, así en el bien como en el mal, si se toma un esclavo negro, á quien le haya cabido un amo racional, prudente, compasivo, que se guie por las inspiraciones de la sana razon y de la caridad cristiana, y se le compara con algunos de los jornaleros mas desgraciados, se podrá sostener quizás el parangon; pero hablando en general, y poniendo de una parte la masa de los esclavos negros, y de otra la de los jornaleros europeos, ¿será preferible la suerte de aquellos á la de estos? ¿podrá ni siquiera comparársele? no lo creo; y aun cuando no fuera dable señalar hechos positivos, que por cierto no faltan, bastaria la simple consideracion de la naturaleza de las cosas para no quedar indeciso el juicio.

Cuando abolida la esclavitud en Europa le sucedió el feudalismo, durando largos siglos con mas ó menos pretensiones, no creo tampoco que la clase pobre se hallase en mejor estado del en que actualmente se encuentra: léase la historia de aquellos tiempos, y no quedará sobre esto ninguna duda. Figurémonos por un momento que las innumerables legiones de folletistas, periodistas y escritores de obras que actualmente inundan los países civilizados, hubiesen aparecido de repente en medio del feudalismo, que hubiesen podido recorrer el castillo del orgu-

lloso señor, examinando sus cómodos aposentos, su lujoso aparato; que le hubiesen visto salir á una partida de caza, con sus briosos caballos, sus gallardos escuderos, sus innumerables perros, insultando con la riqueza de los aderezos la miseria y la desnudez de sus vasallos; que hubiesen presenciado las injustas exigencias, las arbitrariedades, la crueldad con que vejaban á sus súbditos; y supongamos por un momento que en las reducidas poblaciones que acá y acullá se andaban formando, y que conquistaban tan trabajosamente su independencia, hubiesen hallado por ensalmo las prensas de París y Lóndres, y aprendiendo tambien de repente los pueblos á leer, se hubiesen hallado con infinitos escritos donde se narrasen y pintasen con los colores que suponer se dejan, las violencias, las injusticias, el destemplado lujo de los señores, y la opresion, la miseria, las calamidades de los vasallos; ¿no os parece que el cuadro resultaria negro, que un clamor general se levantaria de los cuatro ángulos de la tierra pidiendo venganza? ¿no os parece que se pondria tambien de acuerdo todo el mundo en que jamás fueron mayores los males de la humanidad, que jamás fué mas urgente aplicarle un remedio, que jamás fué mas necesaria, mas inminente una profunda mudanza en la organizacion social?

Volvamos la medalla, y miremos su reverso: imaginémonos que en nuestro siglo callan de repente la prensa y la tribuna, que se desvia de la política la atencion pública, que no se piensa en las cuestiones sobre la organizacion social, que los amos se ocupan únicamente de sus negocios, los jornaleros de su trabajo, que nadie cuida de contar cuántos pobres hay en Inglaterra, en Francia y los demás países, que no circulan las narraciones de los padecimientos de las clases menesterosas, con el cálculo de las onzas de pan ó de patatas que tocan al infeliz trabajador y á sus hijos, y con la descripcion de la triste y mugrienta habitacion en que se ve precisado á albergarse, y que con todo siguiese como ahora el movimiento de la in-

dustria, y se ocupasen los mismos brazos, y fuesen los mismos los salarios, y el mismo el precio de los alimentos y vestidos, ¿no es claro que nuestro estado social no se mostraria con tan negros colores, ni veríamos tan amenazador el porvenir?

Véase pues, mi estimado amigo, con cuánta razon he dicho, que nuestros males eran mayores porque pensábamos demasiado en ellos, porque hay mil medios y motivos de recordarlos, de exagerarlos, y porque el estado actual de la civilizacion lleva necesariamente consigo el acto reflexo de ocuparse de sí misma. Y no crea V. que yo esté mal avenido con que se dé la conveniente publicidad á los sufrimientos del pobre, ni que desee que se imponga silencio á la clase que sufre para que no cause siquiera el padecimiento de algunas molestias y zozobras á la clase que goza; solo he querido indicar un carácter de nuestra época, señalando la razon de que parezca tener otras particularidades, que se le atribuyen como propias, no obstante de serle comunes con todas las que la han precedido. Que por lo tocante á las simpatías en favor de la clase menesterosa á nadie cedo: y respetando como es debido la propiedad y demás legítimas ventajas de las clases altas, no dejo de conocer la sinrazon y la injusticia que á menudo las deslustra y las daña.

Me inclino á creer que si V. no ha adoptado mis opiniones en todas sus partes, al menos convendrá en que no son para desatendidas, supuestos los argumentos en que las he apoyado; y estoy seguro de que en adelante se parará V. algo mas en el verdadero sentido de la palabra *transicion*, y no le dará tanta importancia como antes le concedia. Ciertamente no alcanzo cómo se ha podido meter tanto ruido con estas y otras expresiones semejantes, cuando bien analizadas no se encuentra que signifiquen otra cosa que la instabilidad en las cosas humanas; instabilidad cuyo conocimiento no data ciertamente de los tiempos modernos.

Así, tampoco concibo cómo se atreven algunos á pro-

nosticar la muerte del catolicismo, fundándose en que el nuevo estado á que van á *pasar* las sociedades, no podrá consentir ni los dogmas ni las formas de esta religion divina; como si el mundo hubiese permanecido durante diez y ocho siglos sin ninguna clase de mudanza; como si la fe y las augustas instituciones que nos dejó Jesucristo necesitasen para conservarse de las obras del hombre.

¿Acaso la organizacion social del primer siglo del cristianismo no era muy diferente de la del tiempo de Teodosio el grande? ¿Acaso la Europa de los bárbaros se parecia en nada á la Europa del imperio? ¿Acaso la época del feudalismo se asemejaba á los trastornos de la irrupcion de las hordas del Norte, ni la prepotencia de los barones á la pujanza de la monarquía? ¿Acaso el siglo de Francisco I fué el siglo de Luis XIV, ni este el de Luis Felipe? Verificáronse en ese espacio de diez y ocho siglos revoluciones colosales, pasaron sobre la sociedad europea vicisitudes innumerables, la vida pública y privada de los pueblos se modificó, se cambió de mil maneras; y sin embargo la religion permaneciendo la misma sin prestarse á ninguna de aquellas transacciones que la destruirian por su base, ha podido y sabido acomodarse á lo que demandaban la diversidad de tiempos y de circunstancias; sin hacer traicion á la verdad, no ha perdido de vista el curso de las ideas; sin sacrificar á las pasiones la santidad de la moral, ha tenido en cuenta las mudanzas de los hábitos y de las costumbres; sin alterar su organizacion interior en lo que tiene de inalterable y de eterno, ha creado infinita variedad de instituciones acomodadas á las necesidades de los pueblos sometidos á su fe.

¿Ignora V. estos hechos, mi estimado amigo? ¿hay en ellos algo que consienta ni disputa siquiera? Deje V. pues esas palabras vanas que nada significan, que solo sirven á nutrir con vagas generalidades ese fatal estado de duda y de escepticismo que es la verdadera agonía del espíritu. Bien conoce V. que no aborrezco el progreso de la sociedad, que lo miro como un beneficio de la Providencia, que

no soy pesimista, ni me complazco en condenar todo cuanto existe y todo cuanto se columbra en el porvenir; pero deseo que se distinga lo bueno de lo malo, la verdad del error, lo sólido de lo fútil; deseo hacer lo que Vds. los escépticos nos exigen, y que sin embargo no practican: *examinar con buena fe, juzgar con imparcialidad.* Queda de V. su affmo. Q. B. S. M. —*J. B.*



(Número de la Revista correspondiente á 1.° de agosto de 1843.)

MISCELÁNEA.

I.

«¿Cómo hemos podido llegar á tamaño estado de desconcierto y desórden? ¿por qué no tenemos gobierno?» preguntan algunos; «¿cómo no hemos llegado todavía á un estado peor? ¿cómo hemos tenido ni sombra de gobierno?» debiera preguntarse. *Minoría, guerra de sucesion, revolucion*: cada uno de estos males basta por sí solo para trastornar una sociedad. ¿Qué no habia de resultar de los tres reunidos?

La sola minoría de Cárlos II llevó agitados los pacatos tiempos del último período de la dinastía austriaca; la sola guerra de sucesion inundó de sangre la Península al entronizarse la rama borbónica; la sola revolucion nos trajo la lucha civil y la invasion extranjera en 1823; nada pues mas natural que los males sin cuento que hemos sufrido, ya que la Providencia quiso que se combinasen y obrasen á un tiempo sobre nuestra patria tres elementos, todos tan poderosos para trastornar.

En la *minoría*, el trono está desocupado; bajo sus doseles está la régia cuna. Las funciones del monarca las ejercen otros; pero cabalmente la fuerza del poder monárqui-

co está vinculada principalmente á la misma persona del monarca. El monarca es inamovible, la regencia no lo es; la monarquía es perpetua, la regencia es temporal; el monarca obra en nombre propio, la regencia en nombre ajeno. La autoridad es débil porque es *emanada*, no sale inmediatamente del orígen; y la ambicion no tiene cerradas las puertas porque hày *eventualidad* de cambio en el poder supremo, y por consiguiente existen *esperanzas* de usurparlo. Durante el funesto período, experimenta la nacion los males de una monarquía electiva. La ley que en Francia acaba de declarar hereditaria la regencia, encierra un pensamiento de bien alta política.

La *guerra de sucesion* supone cuestionable el derecho, y encomienda la decision á los trances de las armas. Mientras dura la sangrienta lid, se levanta trono contra trono; no existe pues la *unidad*, está privada la monarquía de su carácter esencial, quedando en cierto modo aplazada su existencia para cuando se haya decidido la lucha.

La *revolucion* ataca el principio mismo del gobierno, porque tiende á cambiar las formas políticas y la organizacion social· Por naturaleza es enemiga del poder, se esfuerza sin cesar en enflaquecerle, porque su fin es derribarle. Relaja todos los vínculos con que está formada la sociedad, porque son un obstáculo á sus designios; y el poder supremo es el objeto de sus iras, por el doble motivo de ser poder, y de servir de centro y ñudo á la organizacion social que se intenta destruir.

En la última época, la revolucion hubiera sido impotente, como lo fué en las anteriores, á no haberla secundado la minoría y la guerra de sucesion. Siempre que se hubiese empeñado en una lucha contra el trono, cuerpo á cuerpo, habria sucumbido: porque el trono es nacional, la revolucion nó.

Cuando la revolucion ha conocido sus verdaderos intereses, y la debilidad de sus fuerzas, se ha colocado siempre á la sombra del trono. Necesitaba un escudo, y en este escudo esculpió los blasones de la monarquía.

II.

Alguna vez hemos pensado, si nos hubiera dañado mas que una revolucion monárquica, un monarca revolucionario. Optamos por la primera, porque al mal no le deseamos jamás un elemento de pujanza. Un monarca revolucionario que con las modificaciones del espíritu de la época, se hubiese arrojado por el sendero de Enrique VIII ó del emperador José, quizás nos hubiera perdido para siempre. Recuérdense ciertos períodos críticos del tiempo de Cárlos III y de Cárlos IV. El desórden de la revolucion destruye pero nada edifica, ni bueno ni malo, y trae en pos de sí el peor enemigo: un incurable descrédito; pero la accion ordenada, regular, firme, con que funciona la monarquía, derriba de un golpe, y edifica en un instante: ¡ay de los pueblos, si el derribo y la construccion están dirigidos por el genio del mal!

En adelante, ¿qué podria suceder? Las circunstancias han cambiado: si en una de las infinitas combinaciones que es dado imaginar se apoderasen del trono influencias maléficas, su accion seria nociva, pero nó omnipotente. Hace ya muchos años que los buenos principios están acostumbrados á no deber su salvacion á nadie. Su fuerza propia, intrínseca, esencial, está en ejercicio; no hay poder sobre la tierra que pueda esclavizarlos, y mucho menos destruirlos. Sin embargo, conviene que sus defensores no estén desapercibidos: la España es un campamento en desórden, donde cada cual guarda lo suyo como mejor puede, y no escrupuliza mucho en tomar lo ajeno: no tomemos nada de nadie, pero velemos en torno del *arca santa.*

III.

La guerra de sucesion cesó, la minoría se acerca á su fin, la revolucion ha llegado al término de su carrera, porque desgraciadamente ha logrado su objeto, en cuanto

le era posible; ¿qué es lo que puede impedir el establecimiento de un gobierno? Lo iremos diciendo en el presente artículo y en los venideros.

¿Cómo sabeis que la revolucion ha llegado á su término? porque no vemos en pié nada de lo que ella queria destruir, excepto las cosas indestructibles. Estamos sentados en medio de ruinas, esto nos garantiza de que no nos engañamos.

Despues de lo que se ha hecho, todo lo que en adelante se apellide revolucion no merecerá tal nombre. Será el designio de impedir que se quiten los escombros, que se despeje el terreno, y se levante un edificio. Para ciertos actos, es muy conveniente tener á la mano montones de polvo para oscurecer la atmósfera y privar la luz.

En una vasta llanura, entrecortada por suaves colinas, existia en otros tiempos un magnífico edificio que levantaba hasta las nubes su gallarda cúpula y sus torres gigantescas. La amenidad del país, la feracidad de los campos la hermosura del cielo, el despejo del horizonte, parecian decir que allí no podia faltar la vivienda del hombre. Sin embargo, el tiempo que todo lo destruye, habia desmoronado el edifieio, consumido sus techos, desmantelado su paredes, minado y destrozado sus cimientos. Aquí un enorme paredon que amenaza desplomarse de un momento á otro, allí una bóveda cuyos estribos se van cayendo á pedazos; arcos aislados, colunas que no sostienen nada; grandes aberturas en los parajes antes cerrados, montones de escombros sobre el lugar de las antiguas entradas; descomunales boquerones en el suelo, todo confusion y desórden, todo ruinas. El hombre no vive en aquellas estancias, pero la habitacion no está desierta. Los zorros, los jacales, las hienas, los tigres, todas las alimañas y fieras del desierto han hallado allí su cueva; las sabandijas, los dragones y todo linaje de reptiles encuentran cómoda guarida en las numerosas y profundas hendiduras; y los buitres, las lechuzas, los murciélagos tienen su nido en los restos de las torres y almenas.

Un viajero recorria silencioso los alrededores de las ruinas, y contemplaba con dolor aquel cuadro de destruccion. Resonaba el rugido del tigre en el mismo lugar donde antes se oyera el ladrido del perro fiel; donde antes colgaba una linda jaula con un pájaro de pintados colores y de melodioso canto, asomaba la facha del buho, con su pico corvo y sus plumas en forma de orejas; por las ventanas donde se recostara en otro tiempo una gallarda matrona ó hermosa doncella, sacaban de improviso la cabeza el zorro, el oso, el tigre; y en los lugares en que jugueteara con bulliciosa alegría la candorosa niñez, silbaba la horrible sierpe mostrando su lengua de sangre y sus ojos de llama.

« Por respeto á los manes de los antiguos señores, dijo el viajero, es preciso que desaparezca tanto horror; es preciso quitar esas ruinas, y construir un edificio. » Y es fama que difundiéndose esa voz por todo el ámbito de las ruinas, las fieras, las alimañas, los reptiles y las aves nocturnas, temiendo perder su habitacion se helaron de espanto; cada cual á su manera dió un grito horrible; y el silbido, y el rugido, y el aullido, y el chirrido, resonando todo á un tiempo, resultó un ruido fatídico y aterrador.

IV.

Una señal bastante segura de que las revoluciones se aproximan á su fin, es cuando los tribunos se convierten en cortesanos, y los agitadores muestran pretension de parecer hombres de gobierno.

Cuando la revolucion invoca la legalidad, es un indicio de que el enemigo está fuera de combate, y de que es tiempo ya de tratar del reparto y seguridad del botin. Entonces vienen de molde los *hechos consumados*; y como suele decirse, se *consolida la situacion*. En tiempos revueltos es necesario no contentarse con saber y entender el Diccionario de la Academia.

Se ha clamado mucho contra un centenar de ancianos y hombres de mediana edad, porque se han mostrado tercos sostenedores de las leyes hechas por ellos, y de la situacion, tambien creada por ellos como se supone. «Vosotros, les decian sus adversarios, vosotros los antiguos tribunos, los fogosos antagonistas de la monarquía, los autores de la revolucion, los padres de la Constitucion del año 12, los incorruptibles enemigos de las camarillas cortesanas, los hombres del pueblo, de las eternas ponderaciones de sus derechos, vosotros os habeis prostituido á los caprichos de un poder nuevo, obra de vuestras manos, que ni brilla con la llama del genio; ni resplandece con el reflejo de un gran nombre ó de recuerdos históricos, y en cuyo porvenir no hay mas que oscuridad. ¿Y preferís una mirada lisonjera ó una sonrisa de ese poder, al clamor de los pueblos, al voto de los parlamentos, al grito unánime de la prensa? ¿Habeis cambiado de principios, modificado vuestras creencias políticas, disipado vuestras ilusiones, secado vuestro corazon? ¡Qué mudanza tan inesperada! Antes las sociedades patrióticas, ahora los salones diplomáticos; antes desprecio de la aristocracia, ahora insaciable sed de condecoraciones y títulos; antes al pasar por delante del régio alcázar le mirabais con altivo desden y con ojo centelleante, ahora habeis ocupado todas las antesalas de las reales estancias, y vestís la librea de los cortesanos, y os dejais arrastrar en soberbias carrozas; antes haciais gala de vuestra pobreza, blasonabais de espartano desinterés, á fuer de pechos generosos no ansiabais otro fin, no os impulsaba otro móvil que la prosperidad, y sobre todo, sobre todo, la libertad, la idolatrada libertad de vuestra oprimida y gemebunda patria; ahora, ¡oh pensamiento desconsolador! habeis aceptado pingües sueldos en retribucion de vuestros servicios, y habeis desvanecido de un golpe el mas bello de los encantos: habeis cometido una profanacion sacrílega; habeis colocado el oro junto al entusiasmo...» Esto les dicen sus adversarios, de los cuales no pocos fueron sus amigos y auxiliares. Los co-

mentarios y las consecuencias no son difíciles de alcanzar, no sabemos si lo siguiente podrá servir para nada.

En tiempo de las Constituyentes de 1812, y de la inauguracion de la escuela revolucionaria y volteriana en nuestro suelo, salieron á defender la religion y la monarquía algunos escritores, haciéndolo cada cual como mejor entendia, distinguiéndose uno que otro por cualidades mas ó menos relevantes, pero abundando los mas de doctrinia y raciocinio. Aparte la exaltacion de los ánimos, muy natural en el primer momento de la lucha, y atendidas las insolentes provocaciones de los amantes de novedades, prescindiendo además de los manejos y venganzas de los partidos, lo que decian los mas aventajados adalides de aquella lucha podia formularse en estos términos: «Nacion española, esos hombres que apellidan *libertad* y te prometen el siglo de oro, te engañan. Sus doctrinas son las ensayadas en Francia; mira lo que estas han producido allí, é infiere lo que producirán aquí. Se quiere derribar un ídolo para colocarse en su lugar; el incienso que te forzarán á rendirle, te será repugnante, y las ofrendas que te obligarán á presentarle te saldrán muy caras. La ambicion y la codicia se cubren con el manto de la libertad y de la economía; no les prestes oidos, que el tiempo vendria á castigar tu imprudencia con dolorosos escarmientos.» Y bien, ¿qué decian aquellos escritores que no se haya dicho ahora? ¿qué fué la prensa de entonces en comparacion de la prensa de ahora? Los hombres son los mismos, hasta llevan el apellido de la época, se llaman doceañistas; entonces hablaba la prevision, ahora habla la experiencia... ¡Cuán amargos desengaños traen consigo las revoluciones! Hombres que estudiais su historia, no os fieis de los libros, escritos en buena parte por los autores ó los cómplices del mal; atended á los hechos, y á nada mas que á los hechos; mirad lo que habia, ved lo que hay; mirad lo que eran los revolucionarios antes de la revolucion, mirad lo que son ahora: el esplendor ha sucedido á la oscuridad, la opulencia á la pobreza: hé aquí descifrado el enigma.

V.

«Todas las reputaciones se gastan, exclaman cierto hombres, es imposible gobernar; la capacidad mas aventajada, la probidad mas incorruptible, son inútiles; porque á poco tiempo de figurar, caen en el mayor descredito. Esas revoluciones son un monstruo que se lo traga todo: no sabiendo qué devorar consumen reputaciones.» No tenemos costumbre de apadrinar la causa de la revolucion, ni tampoco solemos encarecer la facilidad de gobiernos pero en esta parte no podemos sufrir que á la revolucion se le achaquen nuevos delitos; bastantes ha cometido que no consienten disputa; no la calumniemos. Nuestra opinion en este punto podrá parecer peregrina: como quiera, no la tenemos por desacertada. La revolucion no gasta las reputaciones, lo que hace es ponerlas á prueba; y esto es cosa muy diferente. Nos inclinamos á que la opinion pública léjos de ser injusta ni severa, ha sido y es todavía demasiado indulgente. Hay capacidades que no pueden conservar su *alta* nombradía sino manteniéndose en misteriosas sombras. En dándoles de lleno la luz, el prestigio desaparece. ¿Quién tiene la culpa? Hay virtudes hipócritas, hay *probidades* que no sirven para la hora de la tentacion; el cebo brinda, el peligro amenaza; la *probidad* sucumbe; ¿quién tiene la culpa? Las revoluciones sacuden y agitan la sociedad; el mal campea, el bien se ve precisado á defenderse; se forman diferentes bandos, se ofrecen situaciones difíciles, la lucha se enciende, y en ella es preciso mostrar el temple de la espada, el corte de la pluma, el tino gubernativo, la prevision política, la firmeza de carácter, la energía de la voluntad, la elevacion de sentimientos, los quilates de la honradez: se hacen trasparentes los entendimientos y los corazones; ¿quién tiene la culpa si son pocos los que salen airosos de la dura prueba?

¿Cuántos son los hombres eminentes, ni aun distingui-

dos, á quienes la opinion pública no haga justicia? Pocos son los que reunen muchas cualidades sobresalientes, cada cual está dotado de las suyas; y en estas el público no es tan injusto como se quiere suponer. Lo que hace es distinguir, clasificar, otorgar lo merecido, y negar lo que se pretende sin razon. Acabamos de atravesar una guerra civil, y estamos atravesando disturbios políticos: y sin embargo recórrase el catálogo de los hombres que se han señalado por sus talentos, por su honradez, por su carácter, ó por otras cualidades buenas ó malas, en cualquiera de los partidos, y se hallará que la verdadera opinion pública está fijada sobre su mérito. En ciertas cualidades hay discrepancia; pero es de temer que en tal caso no serán ellas muy aventajadas. Cuando el sol brilla todos lo ven; aun aquellos á quienes ofende.

«Mas, ¿no sabeis lo que suele decirse, que la justicia no la hacen los contemporáneos, sino la posteridad?» Es cierto; pero en tiempos de revolucion, la posteridad se adelanta, los años son siglos, las generaciones viven muchas vidas, y antes que las *notabilidades* desciendan al sepulcro, suele llegar para ellas el fallo de la historia. ¿Qué se ha hecho la *divinidad* de un famoso diputado de las Constituyentes de Cádiz? y este diputado vive aun; pero ha llegado ya para él el fallo de la historia. Varias cualidades se disputan á Martínez de la Rosa; pero ¿quién pone en cuestion su honradez y su elocuencia parlamentaria? ¿Quién niega á Galiano su ímpetu, á Isturiz su firmeza, á Lopez su fogosa facilidad, á Toreno su hábil travesura? A Córdova y Zumalacárregui, ¿quién los desconoce?

Todas las caricaturas del mundo no destruyen un hecho; todos los artículos de fondo no lo crean. ¿Qué pudieran las caricaturas contra Napoleon, á la vista del órden público restablecido, de la administracion organizada, y de las banderas tomadas al enemigo? ¿qué valian los artículos de un periódico ministerial, para realzar el prestigio de Espartero? Se le ha llamado *ilustre, invicto, honrado, patriota, modesto, desinteresado*, y de esto cada cual ha creido lo que

le pareciera bien; pero no se le ha llamado *grande hombre, hombre de genio;* él propio nos ha dicho en un reciente manifiesto, que no ambicionaba tal título, que no lo merecia. ¡Tanta es la fuerza de un hecho evidente!

Si todo el mundo supiera que sois un defraudador de los caudales públicos ¿de qué os sirve tener asalariados dos ó tres escritores para que os llamen sin cesar, honrado, puro, desinteresado, hasta el fastidio?

Todo se ridiculiza, y se hace objeto de desprecio á un hombre quizás muy respetable, es verdad; pero esto no afecta la reputacion tanto como se pudiera creer. A un político eminente que haya probado con hechos su elevado talento, ¿qué le importa que un papel sin firma le diga cuatro desvergüenzas sacando á plaza su enorme nariz, su joroba, la corvatura de sus piernas, su calva, pantuflas y leviton? El mundo está lleno de piernas derechas y de figuras airosas y elegantes, en las que nadie piensa; Talleyrand era cojo y dominaba la diplomacia europea.

En épocas turbulentas, si se llega de un modo ú otro á inutilizar por una temporada los talentos de hombres capaces de salvar el país, el interés público es lo que sufre; la reputacion si es sólida, queda intacta. Cuando se examina la conducta de un general desgraciado, se atiende al número y clase de tropas de que disponia, y á la situacion en que se encontraba; cuando una nave no ha podido salvarse, no siempre se achaca el naufragio á la impericia del piloto.

Ahora se abre una nueva era; van á ponerse á prueba ciertos hombres; seria bien posible que tuviésemos gran consumo de reputaciones.

VI.

Los ejércitos pronunciados acaban de entrar triunfantes en Madrid. ¿Cuál es la situacion de la capital de la monarquía? Están allí mezclados los generales de octubre con los tribunos de 1840. Muy en breve estarán en movimiento to-

dos los elementos políticos que se agitan en la Península: si no se crea pronto y muy pronto un gobierno fuerte, comenzará la discordia y seguirá la anarquía. ¿Cómo puede crearse este gobierno? Es necesario un centro; y centro no hay otro que la augusta Huérfana, esa Huérfana que se arrebata sucesivamente la fuerza armada!..... esa Huérfana que en la Granja se ha visto asaltada por sargentos y entregada á manos de la revolucion; que se ha visto arrebatada de los brazos de su Madre por el general de los ejércitos reunidos; que en octubre ha oido las descargas en las escaleras y salones de palacio; y que al resonar los vítores de los que acaban de libertarla, á las órdenes de Azpiroz y Narvaez, ignora lo que hay, tiembla, llora y pregunta, si efectivamente gritan *Viva la Reina!*..... Hombres de la situacion, reflexionad sobre lo que os dicen estos hechos; y si sois hombres de Estado, acreditadlo de una vez.

Se necesita un gobierno fuerte, no nos cansaremos de repetirlo; sin él, tendremos arbitrariedad con pretexto de órden, licencia con nombre de libertad. No bastan reconciliaciones entusiastas, no bastan abrazos; los individuos ni los pueblos no viven de escenas de teatro; los síntomas que estamos viendo, nos indican la gravedad de un mal que en vano se trataria de encubrir.

La susceptibilidad y los intereses de Inglaterra han quedado heridos, la vanidad y la ambicion de la Francia se habrán dispertado, los pretendientes á la mano de la Reina se pondrán en movimiento; los partidos temerosos de perder demasiado en la transaccion, suscitarán cuestiones sobre las cláusulas del contrato; quien posee no querrá desasirse, y quien no tiene deseará adquirir; hay la cuestion de la mayoría, la del reconocimiento de las potencias del Norte, los negocios de Roma; hay un desgobierno espantoso, un desquiciamiento administrativo que da vahidos; y descuella finalmente, como un fantasma aterrador, esa hacienda, que para mayor infortunio acaba de salir de nuevo de las manos de Mendizabal.

Bien se echa de ver que no disminuimos los obstáculos que hay para bien gobernar, y que los pintamos con sus verdaderos colores; los hombres de la situacion no podrán quejarse de que no les suministremos excusas para los errores que puedan cometer; pero en cambio les diremos tambien los elementos favorables con que cuentan, que serán sus cargos, si con ellos no salvan el país y á la Reina.

Hay un gran pueblo entusiasta de la monarquía, firmemente adherido á la religion de sus padres, amante del órden y de la justicia, sediento de paz y estabilidad, enemigo de teorías, despreciador de los charlatanes, amaestrado con larga y costosa experiencia; hay un país abundante de recursos, hay innumerables veneros de riqueza por explotar, hay muchas rentas que beneficiar; hay una situacion topográfica que brinda á la independencia, y hay un carácter fiero y brioso para hacerla respetar; ¿qué falta pues? Falta una cosa muy sencilla, y sin embargo difícil; falta que los hombres que se coloquen á la cabeza de la nacion se convenzan de su fuerza si se apoyan en los elementos del bien, y que no se crean forzados á tener contemplaciones á los elementos del mal; falta que acierten á mostrarse como protectores de las grandes ideas nacionales, que de esta manera exciten el interés de la inmensa mayoría del pueblo español; de ese pueblo que hace años está esperando que un verdadero gobierno le llame en su auxilio, para hundir en el polvo á esas pandillas que le atormentan, le despojan, y por añadidura le insultan.

Ved lo que ha sucedido, y conjeturad lo que sucederá. Habeis clamado *¡El país y la Reina están en peligro!* y el pueblo español se ha levantado como un solo hombre, y os ha dicho: «¿dónde están los enemigos del país y de la Reina?» Se los señalasteis; un instante despues ya no existian.

El pueblo español, ese pueblo que no sabe sino pelear y vencer, se retirará con la generosa confianza que abrigan

los pechos nobles y valientes; despues de haber disipado con un soplo á vuestros adversarios os dejará hacer; muy desleales é ingratos fuerais si le engañaseis tambien.

No ignora la nacion que la situacion es extraordinaria, que en medio de la insurreccion desaparece la legalidad, y que no puede reclamarla estricta en los momentos críticos de la victoria, cuando ha quedado una Reina menor de edad, sin regencia, sin ministerio nombrado por los trámites legales; por lo mismo no os pedirá cuenta de si habeis puesto ó nó el pié sobre el linde de la ley, sino de si habeis salvado el país ó nó. Salvadle y no temais: el país que sufre tantos *estados de sitio, tantas medidas de salvacion pública, tantos velos echados sobre la estatua de la ley*, tolerará sin duda que le salveis, sea ó nó en el terreno de la estricta legalidad; de esa legalidad que años hace ha desaparecido, que todos invocan y que nadie observa. *Las revoluciones comienzan saliendo del terreno de la ley, y ninguna termina en el terreno de la ley;* se empieza clamando por las garantías legales, y se acaba por hacer necesario un poder discrecional. ¿Qué importa que lo ejerzan las juntas ó los militares, las convenciones ó los dictadores? Si en tanto abuso como se ha hecho en España del poder discrecional se hallase quien lo empleara en salvar la patria, á buen seguro que en lugar de la Roca Tarpeya le esperaria el Capitolio.

VII.

Si no se quiere un gobierno fuerte, si se oponen obstáculos á su establecimiento so pretexto de combatir la tiranía, tendremos á centenares los tiranos; porque lo hemos dicho y lo repetimos: los gobiernos opresores no son los fuertes sino los débiles. El fuerte puede marchar á la luz del dia, no ha menester las maquinaciones tenebrosas; no necesita medidas violentas, porque cuenta con la debida fuerza para hacer observar las leyes; no es suspicaz, ni perseguidor, porque puede despreciar á sus enemigos,

estando seguro como está de anonadarlos si se atreven á levantar la cabeza. Esto enseñan la razon, la experiencia, la historia; que no lo pierdan de vista todos los hombres amantes de su patria; nuestra necesidad urgente, apremiadora, es un poder fuerte; sin él no hay esperanza de salvacion, sin él sufriremos la mas bastarda y la mas estéril de las tiranías, que es la impuesta por las pandillas y facciones; sin él, no saldremos jamás de estados de sitio, de medidas dictadas por la *salud del pueblo*, y este mal será irremediable; porque su raiz no estará en los hombres sino en las cosas. Colocad en el gobierno á hombres de opiniones templadas, y de intenciones rectas y pacíficas; si su poder es débil, ó serán echados de sus puestos, ó abdicando sus opiniones y olvidando sus hábitos, se convertirán en opresores.

VIII.

Salgamos del terreno de la política, que está volcanizado; mientras permitais que se revuelva, temblará el suelo bajo vuestras plantas. Siempre se habla de Constitucion, siempre de leyes orgánicas, siempre de gobierno y oposicion, siempre de sistemas políticos; nunca de buena administracion, de arreglo de hacienda, de instruccion pública; siempre del instrumento, nunca del artefacto. Olvídase que las formas políticas son un *medio*, y se las considera como *fin;* mejor diremos, se aparenta considerarlas como tal; porque en el fondo de las cosas, en la realidad, patente ya á los ojos de todo el mundo, lo que obra, lo que remueve, lo que agita y perturba, son la ambicion y la codicia; y tal vez, y sin tal vez, mas la codicia que la ambicion.

Un hombre que tenia inmensos caudales, no sabiendo en qué emplearlos, dió en la tarea de hacerse fabricante. A costa de muchos sacrificios adquirió una máquina, que en su concepto era lo mas admirable que imaginarse pudiera. Fuerza motriz muy poderosa, combinaciones inge-

niosas y elegantes, mucho tino del constructor en acomodarla al objeto para hacerla elaborar en abundancia productos los mas exquisitos; todo este conjunto tenia embelesado al dueño, y le hacia esperar que los capitales invertidos en la compra estarian muy bien empleados; y no se arrepentia de haber dejado vacías sus arcas. Rodeado de amigos que le felicitaban por su adquisicion, embriagado de gozo y desvanecido de orgullo, se felicitaba á sí propio por el acierto de su plan; y ya solo pensaba en buscar un hombre de habilidad y confianza para encargarle de la direccion de la máquina. Aquí fué donde tropezó el buen especulador. Directores encontraba muchos, pero bueno ninguno. Se allanaba y nivelaba el terreno, se mudaban los operarios, se hacian continuas reformas; la máquina no funcionaba. Los directores renunciaban, ó el dueño los despedia; la máquina no funcionaba. Quien luchaba con un inconveniente, quien se excusaba con otro; pero ninguno se olvidaba de decir que la envidia no podia perdonar la introduccion de la máquina, y que por mil medios tenebrosos y pérfidos procuraba embarazar su movimiento para que no diese productos. Seis años habian trascurrido y todavía el pobre fabricante, sin haber visto un producto, estaba arreglando la máquina; los gastos eran muchos, los cuidados sin cuento, la desesperacion estaba en su colmo. Consultaba un dia á uno de sus amigos, y este compadecido de su situacion y viendo la trama infernal de que era víctima el desgraciado capitalista, le dijo: «si la máquina funciona, los efectos fabricados deberán salir con regularidad; los gastos estarán sujetos á cálculo si no riguroso, al menos aproximado; y los salarios así del director como de los operarios, serán fijos. Ahora todo es arbitrario: ¿quién puede saber lo que cuesta una reforma en la máquina, y sobre todo el desbaratar los manejos de los que intentan seducir á los operarios, y quizás se proponen destruirla? ¿Quién examina si los que se meten á directores ó á reformadores, están adornados de los conocimientos suficientes para el desempeño de su tarea? Todos se

apellidan maquinistas, todos tienen su voto, y lo que es peor, todos cobran su salario. Estableced una regla muy sencilla: nadie percibirá un maravedí hasta que la máquina funcione; y al dia siguiente, ó la máquina funcionará ú os habreis quedado libre de directores y maquinistas.» Dicen que se puso en planta el consejo y el pobre capitalista se vió libre de trampas.

En tan delicada materia conviene no fiarse de colores, ni pretextos, ni apariencias las mas inocentes; que como decia Cervantes: «de todo hay en el mundo; y esto de la hambre, tal vez hace arrojar los ingenios á cosas que no están en el mapa.»

Cuando las revoluciones están en el período de caducidad, lo que se llama *pasiones políticas*, no suelen ser mas que *pasiones particulares*.—*J. B.*

LA POBLACION.

Artículo 3.°

Afírmase comunmente que el aumento de la poblacion se verifica en progresion geométrica: esta proposicion asentada en general no significa nada; porque el valor de la progresion depende de la razon de la misma, y varía con ella en una escala infinita. Si formamos una en que el primer término sea 1 y la razon 2, tendremos la siguiente: 1: 2: 4: 8: 16: 32: etc.; pero si la razon es 10, resultará esta otra: 1: 10: 100: 1000: 10000: 100000, etc., etc.; donde siendo uno mismo el primer término, nos encontramos ya en el sexto con una diferencia tan enorme como va de 32 á 100000. Sea cual fuere la razon que se señale á la pro-

gresion, cuéstanos trabajo el creer que en esta materia pueda establecerse nada fijo: porque son tantas las causas que en ella se combinan, y deben de existir tantas otras cuyo concurso no nos es conocido, que muchas veces resolveremos el problema faltándonos datos muy esenciales. La emigracion y la inmigracion pueden fácilmente sujetarse á cálculo; pero ¿quién verifica lo mismo con respecto á los medios de subsistencia, y la accion del clima é influencia de las leyes y costumbres del país? Estos son datos sujetos á mil y mil modificaciones por su misma naturaleza; y además, el primero y el último cambian muy á menudo, hasta con respecto á un mismo pueblo.

Así, para apreciar el verdadero estado de los medios de subsistencia, y el influjo que su abundancia ó escasez puede ejercer sobre la poblacion, es necesario atender al estado de la riqueza del país, á la manera con que se halla distribuida, y á las necesidades del pueblo que es objeto del exámen. De poco serviria el saber la suma total de la riqueza, si se ignorase el modo con que está repartida; porque seria posible que de dos países donde los productos de la tierra fuesen muy desiguales, abundasen mas los medios de subsistencia en aquel cuyos productos fuesen menores. Esto que á primera vista podria parecer una paradoja, es sin embargo una verdad muy sencilla. Demos que en el país A sean mayores los productos que en el país B; si en este último son repartidos de una manera mas equitativa, sin arrendatarios que estrujen, sin amos que exijan mas de lo razonable y justo, cuando en aquel los sudores del infeliz labrador van á parar á manos improductivas, para ser luego consumidos léjos de la tierra, claro es que con mucho menos productos vivirán los naturales con mas holganza, y por consiguiente, propiamente hablando, los medios de subsistencia serán mayores. Aun supuesta la igualdad de medios de subsistencia será muy diferente el efecto que producirá sobre la poblacion, segun las necesidades de los habitantes. Los pueblos son como los individuos: unos son mas delicados, otros mas su-

fridos; lo que para unos es suficiencia, para otros es escasez; lo que para unos es una comodidad, para otros es necesidad imprescindible.

La accion del clima no será tampoco tan uniforme y constante como se pudiera creer: porque es evidente que segun sea la naturaleza del cultivo, y la mayor ó menor policía sanitaria, se pondrán ó removerán causas favorables ó contrarias al aumento de la poblacion, con respecto al número de los nacimientos y al de los muertos. La experiencia nos enseña que á veces la desecacion de un terreno pantanoso produce efectos admirables sobre la salud de una comarca antes enfermiza; y que hábitos de mayor limpieza, y algunas precauciones en la cualidad de los alimentos, hacen desaparecer rebeldes dolencias que eran miradas como propias del clima. Así el determinar la accion de este sobre el aumento de la poblacion ha de ser por necesidad un problema sujeto á una muchedumbre de datos, todos muy variables; porque siempre será muy difícil el discernir hasta qué punto provienen directamente de la accion del clima los efectos buenos ó malos que se experimentan. Además, estamos viendo que ciertas comarcas antes muy pobladas, se hallan en la actualidad casi desiertas; y al contrario, otras que en tiempos anteriores escaseaban de poblacion, abundan ahora de ella. La raza humana no es como la de ciertas plantas y animales, que para vivir han menester un determinado grado de latitud; se multiplica en el Norte como en el Sur, en los hielos del Polo como en los ardores del Trópico; porque el Criador que ha hecho al hombre señor de la tierra, no ha querido quitarle la libertad de establecerse donde mejor le agradara.

La influencia de la legislacion y de las costumbres no es menos difícil de apreciar; bastando para convencerse de ello, dar una ojeada sobre los objetos que abarcan. Considérese que podrán ejercer influjo sobre la poblacion no solo las leyes económicas, sino tambien las políticas; y añadiéndose á esto que las costumbres no se han de

mirar únicamente con relacion á la moral, y que bajo otros aspectos podrán tambien contribuir al aumento ó á la disminucion, se infiere que son muchos y muy varios los puntos de vista que la cuestion puede presentar.

Volviendo á la progresion geométrica que algunos aseguraron ser la ley del aumento de la poblacion, dudamos mucho que se pueda apoyar semejante opinion en sólidos fundamentos. ¿Dónde están las razones que la sostienen, ni los datos que la confirman?

Ya hemos dicho que los que hablan de *progresion geométrica* nada significan, porque las hay tan varias, cuantas son sus razones; ó lo que es lo mismo, cuantos son los valores por los cuales se multiplican los términos de la progresion. Pero ni aun suponiendo establecida una razon fija, lo que es muy difícil, tampoco queda bien claro lo que se expresa con el aumento en progresion geométrica: porque entonces será necesario saber el número de años á que se refiere la progresion, pues llegaremos á resultados muy diferentes, segun este número sea mas ó menos grande. Así, admitiendo la progresion geométrica 1: 2: 4: 8: 16: ú otra cualquiera, es claro que si los términos expresados se distribuyen en períodos de 10 años, por manera que el cumplimiento de cada término se realice en este espacio, será el resultado mucho mas favorable á la poblacion, que si se los distribuyese en períodos de 20 años, ú otro mayor. Siendo los períodos de 10 años, al fin de un siglo, estaríamos en el término décimo de la progresion, ó sea 512; cuando si fuesen de 20 nos hallaríamos en el quinto ó sea 16.

Se ha dicho, que el aumento de la poblacion y el de los medios de subsistencia, están entre sí como dos progresiones geométrica y aritmética, expresándose el aumento de la poblacion por la geométrica, y el de los medios de subsistencia por la aritmética. Si esto fuese verdad, tomando por razon de la geométrica el número 2, y para la aritmética el 1, tendríamos:

Aumento de poblacion.	1:	2:	4:	8:	16:	32:	64:
De los medios de subsistencia.	1.	2.	3.	4.	5.	6.	7.

Pero si tomamos el 2 para ambos, nos dará:

Aumento de poblacion.	1:	2:	4:	8:	16:	32:	64:
De los medios de subsistencia.	1.	3.	5.	7.	9.	11.	13.

Si tomásemos por razon el número 3, los resultados serian todavía mas diferentes.

Aumento de poblacion.	1:	3:	9:	27:	81:	243:
De los medios de subsistencia.	1.	4.	7.	10.	13.	16.

Es evidente que los resultados pueden variar hasta lo infinito, segun la razon que se elija, y segun sea para ambas progresiones una misma ó no.

¿Cómo se determinan estas condiciones? Creemos que por lo que la ciencia ha podido adelantar hasta el presente, deberia mantenerse en prudente reserva, esperando el acopio de mayor número de datos, y que á la luz de estos hubiese podido adquirir mayor vigor el raciocinio. Se ha querido aplicar el cálculo al problema de la poblacion; pero es de temer que en el ensayo no alternen con demasiada frecuencia las hipótesis con la realidad. Es bien sabido que al cálculo se le hace producir el resultado que se quiere, con tal que al calculador se le permita una suposicion; pero en faltando esta, ó convenciéndola de arbitraria, el edificio viene al suelo.

Mr. Quetelet pretende haber descubierto que la resistencia ó la suma de los obstáculos que se oponen al desarrollo de la poblacion, se halla representada por el cuadrado de la velocidad con que ella tiende á aumentarse. Notable fuera que la ley que en el mundo físico rige con respecto á la resistencia de los medios por los cuales atraviesan los cuerpos en movimiento, se observase tambien en el movimiento de la poblacion; pero la hermosura de una analogía no responde de su verdad.

Segun la ley indicada, tendríamos, que si en un país la tendencia al aumento de la poblacion fuese como 5, la suma de los obstáculos vendria expresada por 25; y suponiendo otro país donde la tendencia fuese como 10, la suma de los obstáculos vendria representada por 100. De aquí se ha pretendido inferir, que conocida la ley del aumento, podemos conocer la suma de los obstáculos y viceversa; porque no será menester mas sino representar por un número uno cualquiera de los términos, y formar su cuadrado ó sacar su raiz cuadrada, segun sea la cantidad que se trate de averiguar. ¿La velocidad con que la poblacion tiende á aumentarse es 6? la suma de los obstáculos será 36. ¿La suma de los obstáculos es 49? la velocidad será 7. Todo esto es muy hermoso, muy sencillo para escrito; quizás no lo sea tanto para practicado.

Sean cuales fueren los datos y combinaciones en que se funde semejante proposicion, datos y combinaciones que, sea dicho de paso, deben ser mirados con mucha desconfianza, échase de ver á la primera ojeada, que se encierra en la pretendida ley un vicio radical que ninguna modificacion es bastante á corregir. Distínguense en ella dos cantidades que en rigor no pueden distinguirse: la tendencia al aumento, y la resistencia que se le opone. En efecto, la tendencia al aumento no es ni puede ser una cantidad fija, independiente de toda otra, porque estando necesariamente enlazada con las circunstancias favorables ó contrarias, no se la puede suponer en accion con una fuerza propia y aislada. Uno de los obstáculos mas visibles al aumento, es la falta de medios de subsistencia, así como uno de sus mejores auxiliares es la abundancia de dichos medios; luego cuando se considere la tendencia al aumento no se puede prescindir de la abundancia ó escasez, pues que esta escasez ó abundancia entrarán como factores ó de otra manera, en la formacion de la cantidad expresiva de la indicada tendencia.

Si damos que el aumento sea 8, ¿cuánta será la *tendencia* al aumento? si es el mismo 8, entonces no es necesa-

rio excogitar semejantes leyes, porque siendo la tendencia igual al aumento, sabido este, se conocerá tambien aquella. Será pues necesario decir, que el aumento será menor que la tendencia, por estar la accion de esta debilitada por la resistencia de los obstáculos; y en tal caso nos hallaremos con la dificultad de haber de determinar el valor de la tendencia. Pero como no la podemos conocer *à priori*, habremos de apelar á lo que de sí arrojan las tablas estadísticas, es decir que habremos de tropezar con la misma dificultad. Por el aumento buscaremos el valor de la tendencia, sin saber hasta qué punto se combinan en formar semejante aumento, la tendencia y los obstáculos.

Este será un problema de los que se apellidan indeterminados, en que para determinar una incógnita es necesario suponer valores á las demás. Así el número 8, expresion del aumento, podrá haber dimanado de infinitas combinaciones. Para no complicar mas la cuestion y presentarla bajo un punto de vista al alcance de todas las inteligencias, haremos patente esta verdad, valiéndonos únicamente de cantidades positivas y negativas combinadas tan solo por via de adicion ó sustraccion; porque aun cuando no sea este el modo con que se combinen, en nada obsta á lo que nos proponemos; pues las combinaciones por multiplicacion ó division harian el problema mas complicado, lo que favoreceria á nuestro intento. Demos que la tendencia sea 12 y la suma de los obstáculos 4, resultará 12—4=8; si suponemos que la tendencia sea 16, y la resistencia 8, tendremos 16—8=8; si damos que la tendencia sea 30 y la resistencia igual á 22, resultará 30—22=8. Es evidente que por el mismo tenor se podrian formar infinitas combinaciones; luego teniendo el 8 y sabiendo que ha provenido de una combinacion de valores opuestos, ó sea de tendencias y obstáculos, no podremos conocer el uno, sin que hayamos determinado los otros.

Todavía mas: si se quiere suponer la expresada tendencia como un valor independiente de los obstáculos, se la

podrá tambien mirar como independiente de las causas auxiliares; entonces será preciso atender al concurso de las circunstancias favorables y contrarias, lo que aumentará la complicacion del problema.

Ya prevemos que se nos dirá que la *tendencia* no es una cantidad abstracta, sino que está formada de la reunion de las causas favorables al aumento; pero en este caso se ve todavía con mas claridad, con cuánta razon afirmamos que hay aquí confusion de ideas. Porque las circunstancias favorables reducidas á expresion muy pequeña pasan á ser contrarias, ó en otros términos, la ausencia ó la disminucion de las mismas es un verdadero obstáculo; así los medios de subsistencia en cantidad crecida son circunstancia favorable, la escasez de los mismos es circunstancia contraria. Luego es cierto lo que hemos afirmado de que la *tendencia* no puede considerarse aislada de los obstáculos, pues que estos entran por necesidad cuando se trata de fijar el valor de aquella.

Solo en un caso podríamos suponer independiente esta tendencia, á saber, si en la naturaleza existiese una ley fija que pudiese tomarse por tipo, pues entonces refiriéndonos á ella tendríamos para el cálculo una base. Pero esta ley no existe, ni existir puede; dado que tampoco prescinde la naturaleza de las circunstancias que rodean al ser que se ha de multiplicar. El problema de la poblacion no recibe su complicacion extremada del estado social; ora viva el hombre en sociedad culta ó bárbara, ora divague por los bosques en hordas salvajes, á manera de los brutos, siempre resultará muy difícil el determinar la ley del aumento de la poblacion, ó mejor diremos, siempre será este un problema en que entrarán muchas variables cuya determinacion dependerá de mil y mil circunstancias locales, sobre las que es muy arriesgado establecer una proposicion general.

No se nos diga que el fenómeno del mundo físico al cual se refiere la analogía incluye tambien variedad de circunstancias, las que si bien deben tenerse presentes cuando se

trata de un caso particular, no impiden que pueda asentarse un verdadero teorema científico. Cuando se dice que la resistencia de los medios está expresada por el cuadrado de la velocidad de los cuerpos que los atraviesan, es cierto que la aplicacion de la regla general dependerá de la diversidad de dichos medios y de la velocidad de los cuerpos; pero es evidente que esta velocidad y esos medios son cosas enteramente distintas, independientes, que nada tienen que ver la una con la otra, sino cuando se encuentran en accion combinada sus fuerzas respectivas. El cuerpo que atraviesa un medio luchando con la resistencia que este le opone, ha salido de un punto con una velocidad propia y que solo dependia del impulso ó de la atraccion que se la ha comunicado. Cuando esta velocidad lucha con la resistencia del medio, lucha con fuerza propia; y lo que de ella pierde á causa del obstáculo, lo tenia independientemente del medio por el cual atraviesa. Hé aquí reducida á pocas palabras la dificultad que estamos exponiendo. En el fenómeno físico hay una fuerza primitiva, fija, sometida á una ley; en el fenómeno social, nó.

Al proponer estas objeciones no lo hacemos por el prurito de suscitar dudas, ni de apartarnos de la opinion de los otros, sino expresando nuestras íntimas convicciones y con el deseo del adelanto de la ciencia. Es preciso no perder de vista, que la economía política por mas importancia que se la quiera dar, no ha salido todavía de la edad infantil. En lo que tiene de ciencia propiamente dicha, es invencion muy moderna; y no es regular que á este ramo del humano saber le haya cabido mejor suerte que á los demás, los que para dar algunos pasos hácia la perfeccion han tenido que esperar largos siglos. Échese una ojeada por el horizonte de las ciencias, y se verá confirmada de una manera patente esta observacion: solo á fuerza de sudores y afanes va conquistando el hombre sus progresos; en rededor de él se halla la verdad, pero no acierta á encontrarla sino despues de haber abrazado una y mil veces el fantasma del error. Diríase que la natura-

leza se complace en ocultarle sus secretos, en cubrirlos con cien velos, en encerrarlos con cien llaves: justo castigo de haber prestado oidos á la palabra de orgullo: *sereis como dioses, sabiendo el bien y el mal.*

Las lisonjas tributadas á la ciencia producen un efecto semejante á las que se dispensan al hombre; lo que es muy natural, porque en último resultado el hombre mismo es quien las recibe. Si al presentarse un principio se le abraza desde luego como cierto y evidente, el que lo presenta no se tomará la pena de examinarlo de nuevo; y pasará como cosa averiguada y que no consiente disputa, lo que en realidad es un aserto arbitrario. Si al ofrecerse un raciocinio se le admite por ligereza como una demostracion inconcusa, el que lo habrá formado no cuidará de someter á exámen las proposiciones que contiene, ni el enlace de las mismas; y tal vez el sofisma mas grosero quedará reconocido por argumento indestructible. Los enemigos de la ciencia no son los que no admiten sino con mucha dificultad los principios y las deducciones; antes al contrario, ellos contribuyen tanto mas al progreso de las mismas, cuanto mas escrupuloso es el rigor con que las obligan á caminar sobre un terreno firme y seguro.

Cuando se trata de resolver un problema, no siempre conviene engolfarse desde luego en cálculos complicados; un ojo experimentado descubre quizás á la primera mirada, que todos los cálculos son inútiles, porque el problema no encierra bastantes datos para llegar al descubrimiento de la incógnita ó incógnitas que se buscan. En tal caso, el que mejor resuelve el problema es el que dice, que no se puede resolver.

¿Y cómo se quiere que nos demos por satisfechos de lo que se afirma sobre la poblacion, cuando los datos escasean, los que se tienen son mal seguros, y por otra parte conducen á resultados muy diferentes del que pretenden los mismos que nos los ofrecen? Ya que á números se apela, apelemos tambien á números, y veamos qué es lo que de los mismos se infiere.

Examinando el curso que ha seguido la poblacion en Inglaterra durante 130 años, hé aquí el estado que resulta:

AÑOS.	POBLACION.
1700	5.134,516
1710	5.066,337
1720	5.345,351
1730	5.687,993
1740	5.829,705
1750	6.039,684
1760	6 479,730
1770	7 227,586
1780	7.814,827
1790	8.540,738
1800	9.187,176
1810	10.407,556
1820	11.957,565
1830	13.840,751

Basta echar una ojeada sobre el estado que precede, para ver que no existen, ni por asomo, las pretendidas progresiones aritmética ó geométrica. En el primer decenio la poblacion disminuye, en el segundo vuelve á crecer, recobrando lo que habia perdido, y excediendo en cantidad bastante considerable de lo que era al principio del primero. Por manera que durante medio siglo no se aumenta la poblacion mas que de unas 900 mil almas, y esto sin ninguna regla fija. 50 años se necesitaron para dicha cantidad, cuando notamos que en los 20 siguientes el aumento fué de cerca de 1.200,000 almas, creciendo considerablemente en los decenios sucesivos, pero sin que tampoco se descubra en el aumento ninguna regla constante.

Desearíamos que se nos manifestase verificada aquí ninguna de las leyes que se establecen; y supuesto que se tiene el aumento, se sacase la suma de los obstáculos que á él se oponian.

Hé aquí otro estado curioso sobre los Estados-Unidos.

AÑOS	
1780	2.051,000
1790	3.929,326
1800	5.306,035
1810	7 239,703
1820	9.654,415
1825	10.438,000

Es asombroso el aumento de poblacion que arroja el estado precedente; pero es fácil observar que el desarrollo no sigue tampoco una ley constante. En el primer decenio cuasi se duplica la poblacion; en el segundo, si bien no deja de ser mucho el aumento, no lo es ya tanto como en el anterior; y mucho menos lo es en los siguientes. En tan pocos años no vemos ninguna regla fija; ¿qué seria pues si pudiésemos observar el fenómeno por espacio de algunos siglos?

A mas de todas las dificultades propuestas contra las reglas generales y las proposiciones gratuitas, media en estas materias una poderosísima, la que no diremos que deba desalentar, pero sí inspirar suma desconfianza á los amantes de la verdad. De ello quisiéramos que se persuadiesen profundamente los aficionados á la ciencia, para resignarse mas fácilmente al papel de meros investigadores, y á preparar materiales con los que en los siglos venideros pueda levantarse el edificio de que algunos pretenden ser desde ahora los arquitectos. Hablamos de la dificultad de recoger los datos, siquiera con alguna aproximacion, condicion imprescindible si se quiere dar un paso seguro.

Desgraciadamente, hay muy favorable disposicion para aceptar como positivos y exactos, todos los que se ofrecen por un conducto cualquiera, porque con esto queda salvada una de las tareas mas penosas y prolijas, y el autor se pone á cubierto en la conciencia de los demás, y tal vez

en la suya propia, cerrando los ojos, y desvaneciendo así los escrúpulos que pudieran ocurrir. ¿Quién ignora lo difíciles que son semejantes operaciones? ¿Y quién no ve que cuando un gobierno habrá llenado ya su principal objeto que es saber á cuánto se eleva la poblacion, todavía le queda al economista mucho que saber, pues necesita varias clasificaciones cuyo conocimiento no les es tan necesario á los gobernantes, y además ha menester el cotejo, de unas épocas con otras, para que no le suceda el tomar por regla lo que tal vez sea una rara excepcion?

Así por lo tocante á la poblacion como con respecto á todo lo demás, es preciso que la economía política se resigne por ahora al puesto que le corresponde. Todavía no han pasado sobre ella los siglos, todavía sus trabajos no han sido fecundados con el sudor de largas generaciones de hombres ilustres. Ella tiene además otro inconveniente, cual es, el necesitar el auxilio de los gobiernos; porque cuanto mejor organizada se halle la administracion pública, tanto mas fácil le será el adquirir los datos sobre que esta ciencia debe cimentarse.

Y no basta que estos datos se recojan en dos ó tres naciones; es preciso que la experiencia se haga en muchos y varios lugares, que la vida y la reproduccion sean observadas bajo condiciones muy diferentes; porque de otra suerte se corre peligro de tomar por regla lo que no es mas que excepcion. Esto es difícil, penoso, desconsolador; es cierto; pero tal es la ley de la humanidad: en la carrera de las ciencias, se siembra hoy, pero el fruto no se recoge hasta pasados muchos siglos.—*J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

EXISTENCIA DE DIOS.

Cada dia nos estamos dirigiendo á los escépticos; justo es que pensemos tambien en los incrédulos. Y no porque los argumentos con que son combatidos los primeros no militen contra los segundos, supuesto que unos y otros carecen de fe; sino porque distinguiendo como distinguimos entre el estado de sus espíritus, conviene, segun se disputa con estos ó aquellos, presentar reflexiones diferentes, ó al menos ofrecerlas bajo diferente forma. Al abrir en el primer número de esta Revista la *Polémica Religiosa*, los clasificamos de esta manera: «El escéptico dice: no sé... dudo .. qué sé yo....» «El incrédulo dice: no creo nada,», cuidando luego de desenvolver con alguna latitud el significado de estas fórmulas (1). Vamos ahora á examinar ese orgulloso dicho; vamos á demostrar con toda evidencia en una série de artículos, que ese «no creo nada» que tan satisfechos pronuncian ciertos hombres es el colmo de una frívola vanidad que no se hermana muy bien con la ciencia, ni siquiera con el sentido comun.

Si dijerais que dudais, si dijerais que vuestro espíritu disipado por el escepticismo de la época, y distraido con las ilusiones de un mundo seductor, siente un descaecimiento, una postracion que no le permiten levantarse á la altura necesaria para creer, sabríamos lo que significais: sabríamos que sin decir que la religion sea verdadera, tampoco afirmais que sea falsa; fuerais como soldados que habiendo abandonado su bandera, no tienen bastante avilantez

---

(1) **Véanse las páginas 47 y siguientes del tomo I.**

para declararse en rebeldía y se contentan con andar errantes; mostrariais en la incertidumbre de vuestros pasos que recelais haberos extraviado, y que abrigais algun deseo de tornar al verdadero camino. Pero cuando proferis el orgulloso «no creo nada» dais á entender algo mas que la ausencia de la fe; calificais de falsa la eterna verdad; y los dogmas mas venerandos é inconcusos los mirais como cuentos á propósito para divertir la infancia, como antiguas leyendas salidas de imaginaciones exaltadas y enfermizas. Este suele ser el comentario con que ampliais vuestra seca negativa.

I.

Es imposible entablar discusion religiosa de ninguna clase, sin tener antes asentada la existencia de Dios; porque sin Dios no hay religion, y cuanto sobre ella pudiera decirse no fuera mas que una série de necedades y absurdos. Temerosos pues de que los que *no creen nada*, cuenten tambien la existencia de Dios entre las invenciones del hombre, será preciso detenerse en este punto. Desgraciadamente, en nuestros tiempos es preciso probar hasta aquellas verdades, que por ciertas y evidentes no debieran entrar en el terreno de las disputas; como todo se contradice, todo necesita pruebas.

Los que niegan la existencia de Dios, no pueden haber abrazado semejante doctrina arrastrados por la fuerza de la autoridad ajena; contra ellos está el linaje humano. Por lo mismo debieran al parecer estar apoyados en razones poderosas, ya que se creen con derecho de aislarse de todos los demás hombres, negando lo que estos han admitido. ¿Y qué razones son esas? son la negacion de todas, son el caos en las ideas, el anonadamiento de la inteligencia. Si para convencerse de que hay un Dios fuese necesario penetrar los misterios de la naturaleza, ahondar en las profundidades del cálculo, poseer extensos conocimientos históricos y filosóficos, no seria tan extraño que la pereza

de examinar, ó la incapacidad de comprender, llegasen á tanto extravío; pero cuando basta levantar los ojos al cielo para conocer al Criador del firmamento, cuando la tierra con sus innumerables maravillas nos está presentando á cada paso de mil maneras diferentes, á cual mas claras y mas obvias, la mano del Supremo Hacedor, el profesar el ateismo es un abuso lamentable de las facultades intelectuales y morales; mejor diremos, es empeñarse en embotarlas todas, en dejarlas sin uso, para que no vean al que está en todas partes, y en *quien vivimos, nos movemos y somos.*

Como quiera, no nos contentaremos diciendo que es cierta, que es evidente la verdad que sustentamos; procuraremos demostrar que lo es. En cuanto nos sea posible hablaremos al alcance de todas las inteligencias, sin dispensarnos jamás del rigor dialéctico; pero si alguna vez nos engolfamos en cierta clase de argumentos que no todos comprendan, recuérdese que los ateos han preguntado al cielo y á la tierra de todas las maneras imaginables, para arrancarles una respuesta que negase al Criador.

II.

Si Dios no existe, el universo y cuanto hay en él ha sido hecho por casualidad: es decir sin designio, sin plan, sin inteligencia. Todo está sujeto á una fatalidad ciega, que no es nada, que no significa nada. De nada se puede dar razon; y cuando nos parezca ver en alguna parte dos seres ó dos fenómenos que se enlazan admirablemente, que manifiestan tener relaciones íntimas, que el uno se enderece al otro, deberemos afirmar que todo aquello es casual, que no hay órden, que no hay direccion á un fin, que es así porque es así. ¿Existe el mundo? —ciertamente; —¿y por qué? ¿y para qué? —No hay respuesta. Los astros recorren sus órbitas con asombrosa regularidad; la observacion y el cálculo demuestran que sus movimientos están sometidos á leyes constantes de que no se han desviado

jamás; ¿quién les ha señalado esa marcha? ¿quién ha establecido esas leyes?—Nadie; la misma naturaleza.—¿Qué es la naturaleza?—El conjunto de todos los seres.—Entonces los mismos astros son los que se han dado sus leyes; ¿tenian acaso inteligencia?—Nó.—Estando destituidos de conocimiento ¿cómo ha sido posible que se diesen leyes tan admirables, y que se pusiesen de acuerdo de una manera tan asombrosa?

Suponiendo el universo tan ordenado como le admiramos, salido del caos, será preciso que haya llegado al estado en que ahora se encuentra pasando por muchas otras combinaciones. Como no hay ninguna razon porque ciertos átomos hayan debido unirse entre sí con preferencia á otros, ni colocarse de suerte que diesen por resultado esta ó aquella configuracion, ni distribuirse en porciones que formasen cuerpo situado á tal ó cual distancia, si nos trasladamos á las épocas que precedieron la de un mundo arreglado, es indispensable imaginar una confusion espantosa, en que agitándose toda la masa de la materia en la inmensidad de un espacio tenebroso, andaban los átomos revueltos en torbellinos, sin mas órden que la falta de todo órden, sin mas ley que la ausencia de toda ley. Que sin la direccion de la inteligencia haya podido formarse de esta suerte el universo, es cosa tan absurda que á la primera ojeada se descubre la monstruosa imposibilidad, no diremos con las reflexiones de la sana razon, sino con las sugestiones del sentido comun. Por manera, que aun dando por supuesta la existencia de la materia sin haber precedido la accion del Criador, es decir, concediendo gratuitamente á los ateos un punto de apoyo en que estribar, no les es posible levantar el edificio de su ruinoso sistema.

El *acaso* es nada, y por lo mismo es tan incapaz de ordenar como impotente para crear. Quitad á los ateos el primer obstáculo que es el de la creacion, dejadles suponer que la materia existe, que es eterna y necesaria, á pesar de que es necesariamente finita y accidental, y que por

tanto ha debido ser criada; no les opongais por un instante otras dificultades que las que resultan de la imposibilidad de ordenar sin inteligencia; y vereis que á pesar de tamaña concesion, nada adelantan.

Es general el convencimiento de que la palabra *acaso*, aplicada á la formacion del mundo nada significa; sin embargo creemos que puede desenvolverse esta verdad hasta tal punto, puédese demostrar con tal evidencia lo absurdo del sistema que pretende ordenado el mundo de una manera fortuita, puede hacerse sentir y palpar de tal suerte la necesidad que aquí se oculta, que no sea posible pensar en ella sin indignacion ó desprecio.

Para verificarlo echaremos mano de las ciencias matemáticas, acomodándolas á la capacidad de toda clase de lectores. Tomemos por ejemplo el sistema planetario donde los cuerpos son pocos; y veamos comó se pueden arreglar por una simple casualidad los doce cuerpos que los astrónomos apellidan planetas: el Sol, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, Tierra, Urano, Ceres, Palas, Juno y Vesta. Bien se echa de ver que no es poco el trabajo que ahorramos al ateo que se proponga arreglar el mundo por medio de combinaciones fortuitas, cuando le concedemos ya no solo la materia en desórden, sino que le entregamos los cuerpos formados; y cuerpos como el Sol, la Tierra, Júpiter y los demás, en cuya construccion es cierto que no le faltaria que hacer, si los hubiese de formar él propio con el solo auxilio del *acaso*. Pero esta concesion redundará en pro de la verdad; porque manifestado con evidencia el absurdo de las combinaciones casuales con respecto á lo fácil, crecerá de punto la fuerza de la demostracion cuando se pase á lo difícil (1).

---

(1) El argumento que objetamos á los incrédulos no es nuevo; pero quizás lo podremos presentar con mayor desarrollo y claridad de lo que han hecho algunos otros. Por lo demás, ni los modernos deben lisonjearse de haberlo inventado; pues que se halla en Ciceron el siguiente notabilísimo pasaje. «¿Có-

Demos en primer lugar que para acertar en la verdadera combinacion de que resultase la armonía que estamos presenciando, no fuese necesario considerarlos ni en el espacio, ni siquiera en un plano, sino que el arreglo hubiese de limitarse á colocarlos con cierto órden en una línea recta. Es decir que el ordenador los tuviese ya formados tales cuales son, sin otro cuidado que encontrar el órden en que habian de colocarse. O mas claro; expresaremos los doce cuerpos por las doce mayúsculas siguientes:

»no podré menos de admirarme de que haya quien se persuada que ciertos cuerpos sólidos é indivisibles, se mueven por »su fuerza y gravedad, y que de su concurso fortuito se ha formado un mundo tan adornado y hermoso? Quien se imagina »que esto es posible, paréceme que del mismo modo diria que »arrojando á la ventura por el suelo innumerables caracteres »de oro, ú otra materia, que representasen las veinte y una »letras, pudieran caer ordenados de tal suerte que resultasen »formados los Anales de Ennio: yo dudo que la casualidad llegase á darnos un solo verso.» «Hic ego non miror esse quemquam qui sibi persuadeat corpora quædam solida atque indi»vidua vi et gravitate ferri, mundumque effici ornatissimum, »et pulcherrimum ex eorum corporum concursione fortuita? »Hoc qui existimat fieri potuisse, non intelligo cur non idem »putet si innumerabiles unius et viginti formæ litterarum vel »aureæ vel quales libet, aliquo conjiciantur, posse ex his in »terram excusis annales Ennii, ut deinceps legi possint effici. »Quod nescio an ne in uno quidem versu possit tantum valere »fortuna.» (Cic. De Nat. Deor. II.) Si bien se observa, este argumento es dictado por el simple sentido comun: no es patrimonio de los filósofos, está al alcance de todas las inteligencias, es propiedad del linaje humano. Lo que puede hacerse de nuevo es presentarle con claridad, con viveza, sujetando por decirlo así á riguroso cálculo la inmensidad del absurdo en que caen los ateos cuando pretenden que el mundo ha sido formado por casualidad. Esto es lo que nos proponemos ejecutar.

Los *caracteres de oro, ú otra materia; formæ litterarum vel aureæ, vel quales libet*, de que habla Ciceron, ¿podrian haber inspirado la invencion de la imprenta? es posible, y no falta quien lo ha dicho.

A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, y supondremos que toda la habilidad del artífice debiese limitarse á descubrir cierta situacion respectiva de las mayúsculas, estando empero colocadas siempre en línea recta.

Salta á los ojos que así como empieza la línea por: A, B, C, D, podria empezar por A, C, B, D, por A, C, D, B, por A, B, D, C, por B, A, C, D, por C, A, B, D, y así sucesivamente, y que lo propio acontece con respecto á la disposicion de la totalidad de las letras. Pero no queremos que el lector se quede con la idea confusa de la dificultad que habria en acertar en la verdadera colocacion; y así le pondremos á la vista el número de las permutaciones que pudieran hacerse, mayor sin duda de lo que él se imagina. En obsequio de la importante verdad que nos proponemos demostrar, creemos que nos será permitido aducir aquí algunas luces matemáticas. Los ateos no reparan en llamar en su auxilio todas las ciencias; los que defendemos la existencia de Dios no debemos ser de peor condicion.

Si tenemos dos letras por permutar A, B; es evidente que las podremos colocar de dos maneras: A, B; y B, A. Luego el número de permutaciones que podremos hacer será 2. Si las letras son tres A, B, C; podremos colocar la A al principio, en medio y al fin. Poniéndola al principio, nos dará las dos combinaciones siguientes:

A, B, C,
A, C, B,

Puesta en medio, colocando al principio la B resultará:

B, A, C,

Colocando al principio la C, tendremos:

C, A, B,

Poniendo al fin la A, si tomamos por primera la B, nos dará:

B, C, A,

Tomando por primera la C, resulta:

C, B, A,

De esto inferiremos que las combinaciones serán:

A, B, C,
A, C, B,
B, A, C,
C, A, B,
B, C, A,
C, B, A,

Con dos letras teníamos dos combinaciones, con tres tenemos seis: es decir que así como antes era 2 ó bien 2 $\times$ 1, ahora será 6 ó lo que es lo mismo: 3 $\times$ 2 $\times$ 1.

Si nos dan á permutar cuatro letras, A, B, C, D, es claro que dejando la A al principio, podemos disponer de seis maneras las tres restantes B, C, D, observando la regla del caso anterior. En seguida si ponemos al principio la B, las restantes A, C, D, podrán ordenarse de seis maneras, de las que ninguna se confundirá con las tres primitivas. De la propia suerte tomando por primeras la C, ó D, nos darán cada una seis diferentes colocaciones; y así resultará un total de veinte y cuatro combinaciones ó 4 $\times$ 6, ó 4 $\times$ 3 $\times$ 2 $\times$ 1.

Continuando el mismo raciocinio es fácil alcanzar que con cinco letras A, B, C, D, E, poniendo cada una de ellas al principio, tendremos veinte y cuatro combinaciones con las cuatro restantes, ó sean en todo 5 veces 24. El resultado pues vendrá expresado por $5 \times 24 = 5 \times 4 \times 3 \times 2 \times 1$.

Observando la ley que siguen estos factores, inferimos: que expresando por m el número de las letras, el de las permutaciones se expresará por (m 1) (m-2) (m-3) (m-4).... $3 \times 2 \times 1$; ó en otros términos: si el número de las letras es por ejemplo 100, el número de las permutaciones será igual al producto que resulte de la siguiente multiplicacion: $100 \times 99 \times 98 \times 97 \times 96 \times 95 \times ...... 3 \times 2 \times 1$.

Aplicando esta teoría al caso que nos ocupa resulta que las colocaciones de que en solo una línea recta son susceptibles los doce planetas, expresados por las doce mayúsculas, son:

12×11×10×9×8×7×6×5×4×3×2×1, que ejecutando la operacion da; 479001600.

Quien pues hubiese de encontrar una operacion determinada, se hallaria en el mismo caso del que hubiese de sacar una bola determinada, de una urna en que el número de estas fuese: 479001600. Los jugadores de lotería saben por experiencia cuán difícil es que les caiga la suerte, aun no siendo mas que de 25 ó 30 mil el número de los billetes y habiendo muchos centenares de suertes; ¿qué seria pues si estas quedasen reducidas á una sola, siendo el de los billetes de 479001600?

Para hacer sentir mas vivamente lo improbable que fuera el acertar en el número deseado, ó en la combinacion sobredicha, pediremos prestadas algunas luces á la *teoría de las probabilidades*. Cuando se quiere conjeturar el grado de probabilidad que tiene un suceso casual, se atiende al número total de los eventos posibles, y en seguida se llevan en cuenta los favorables y los contrarios; deduciendo de la comparacion de unos con otros, la conjetura que se trata de formar. Así, suponiendo en una urna cien bolas, de las cuales cincuenta sean blancas y cincuenta negras, la probabilidad seria igual, con respecto á sacar blanca ó negra; porque el número total es 100; y el número de las blancas igual al de las negras. Entregando pues el evento á la suerte, podríase apostar con igual probabilidad por una y otra parte. Pero si de las 100 bolas las 75 fuesen negras y las 25 blancas, la probabilidad de sacar una blanca disminuiria, estando la de las negras con respecto á la de las blancas como 75 á 25. De esto se deduce que si tomamos un quebrado cuyo denominador sea el número de la totalidad de los casos, y el numerador el de los favorables, expresará exactamente la probabilidad buscada. Así en los dos ejemplos anteriores tendríamos en el primero 50/100 para las blancas como para las negras; y en el segundo 75/100 en favor de las negras, y 25/100 en favor de las blancas.

Aplicando esta doctrina al objeto principal resultará,

que la probabilidad de acertar en la verdadera combinacion estará expresada por este quebrado 1/479001600, cantidad tan pequeña que en ella no se podria fundar ninguna conjetura razonable; por manera que quien apostase que no saldria la combinacion deseada, tendria 479001600 veces mas de probabilidad en su favor, que quien apostase que saldria. Y fuera de temer que se estuviese haciendo la prueba por los siglos de los siglos sin obtenerse el resultado apetecido.

Hasta aquí hemos supuesto que la colocacion de los cuerpos fuese en una línea recta sin relacion á ningun espacio ni plano, lo que simplificaba mucho el problema: pero como es evidente que los cuerpos no están en disposicion semejante, veamos ahora las nuevas complicaciones que consigo traerian las otras condiciones que necesariamente van envueltas en la cuestion. Para proceder gradualmente, supondremos todavía que los doce cuerpos se hallan en una línea recta, pero de manera que esta línea despues de ordenados en ella los cuerpos, ha de tener una posicion determinada en el mismo plano. Entonces la dificultad de dar por casualidad en la verdadera posicion, crece hasta un punto á que la imaginacion no alcanza. Demostracion. Si suponemos que los cuerpos están en un plano elíptico, y que el extremo de la recta en que se hallan los cuerpos se confunde con el centro de la elipse, es evidente que tomando dicha recta como radio se la podrá hacer girar en torno, obteniendo infinidad de posiciones diferentes, medidas por el ángulo que formará la recta con uno cualquiera de los ejes de la elipse. Y como además es evidente que podremos tomar por centro del movimiento de rotacion uno cualquiera de los puntos del eje mayor ó menor ú otro de los infinitos que se contienen dentro la superficie encerrada en la curva, tendremos que para encontrar al acaso una posicion determinada, deberíamos divagar entre una infinidad de combinaciones de las que fuera imposible salir. Si pues la probabilidad venia antes expresada por un quebrado tan insignificante como

1/479001600, entonces lo seria por una cantidad infinitamente menor. La razon es clara: el caso favorable fuera uno, es decir una posicion determinada, y por tanto el numerador del quebrado fuera el mismo; y como la totalidad de los casos posibles seria tanto mayor cuanto serian las posiciones posibles de la línea en el plano, resultaria que habríamos de multiplicar el denominador por una série de cantidades infinitamente grandes: lo que daria un quebrado infinitamente pequeño; ó bien una cantidad igual á cero.

Todavía mas: aquí suponemos los cuerpos colocados en una línea recta, es así que no lo están; luego se añaden las dificultades que consigo trae el acertar en el polígono que ha de resultar de la union de los puntos en los que pueden suponerse colocados respectivamente los cuerpos. Agréguese á todo esto, que los cuerpos no están en un mismo plano sino en el espacio, y la imaginacion se pierde en calcular lo difícil del acierto. En efecto: sobre la dificultad de la línea y del plano, vienen entonces las infinitas posiciones que así el plano como la línea pueden ocupar en el espacio. Para concebirlo, imaginemos que el plano gira al rededor de una recta; es evidente que las posiciones que puede tomar son infinitas, pues son tantas cuantos son los ángulos que es dable hacerle formar con otro plano que se halle fijo, los que son infinitos. Considérese entonces que la recta que serviria de eje de rotacion puede estar colocada tambien en infinitas posiciones, y resultará una série de nuevos factores, por los cuales multiplicado el denominador del quebrado que ya lo teníamos infinitamente pequeño, si cabe disminuirá todavía.

Hé aquí reducida á cálculo riguroso la misma verdad que á todos los hombres está dictando el sentido comun; hé aquí la razon porque al proponerse semejantes efectos de la casualidad á un hombre sano de juicio, exclama desde luego, sin reflexionar: imposible! absurdo! Y es que el Criador nos ha otorgado la intuicion de ciertas verdades, no queriendo que hubiésemos menester el andarlas bus-

cando por medio de dilatados raciocinios. Sin embargo, ¡dolor causa el decirlo! todavía es necesario insistir en probar lo que el Autor de la naturaleza ha querido que viésemos y sintiésemos como una iluminacion instantánea; todavía hay quien hace fuerza á su propia razon, á los sentimientos mas íntimos, para hacerlos deponer contra la existencia del que se los ha otorgado.

Para completar la demostracion precedente, la presentaremos de manera que sin mediar esfuerzo de razon ni de imaginacion, alcancen á comprenderla las inteligencias mas limitadas. Supóngase un vasto campo donde se hallen colocados doce blancos con su numeracion respectiva, y que allí son llevados de la mano doce tiradores con los ojos vendados, teniendo cada uno su número correspondiente á uno de los blancos. ¿No seria el mayor de los despropósitos el creer posible que disparando todos á la ventura, el tiro de cada cual fuese á dar por casualidad en el número que le corresponde? ¿quién no ve que es mas que probable que repitiendo los disparos por espacio de siglos no se llegaria á obtener que cabalmente á un mismo tiempo, el tirador de número 1 acertase en su blanco de número 1, el de 2 en el número 2, y así sucesivamente? Reflexiónese ahora que no se trata de un campo de algunos centenares de varas, sino de un espacio de millones de leguas, y dedúzcase la imposibilidad de arreglar en él doce cuerpos en una combinacion determinada, sin mas auxilio que el ciego *acaso*.

Las observaciones presentadas hasta aquí, bastan y sobran para demostrar lo que nos hemos propuesto; sin embargo todavía queremos llevar á mas alto punto la evidencia de la verdad. Toda la fuerza del argumento presentado estribaba en que se hubiese de encontrar en el espacio una determinada combinacion de doce cuerpos, siquiera por un solo instante, y sin que se supiese que habian de continuar en la misma, ó bien en un movimiento arreglado sometido á reglas fijas, lo que ciertamente es todavía mas difícil de alcanzarse por una simple casualidad.

Dando pues que la deseada combinacion se encontrase, entonces preguntaremos: ¿por qué los cuerpos habian de continuar en ella, y lo que es aun mas admirable, prosiguiendo en un movimiento perenne, sin desviarse jamás de una ley fija y constante? ¿Al acaso, al ciego acaso, á esa palabra que nada significa, deberán atribuirse tambien las admirables leyes que rigen el movimiento del universo? En viendo una combinacion por ligera que sea, un artefacto por sencillo que se presente, preguntamos instintivamente, sin reflexionar; ¿quién lo ha hecho? ¿quién lo ha inventado? La casualidad no se ofrece siquiera á nuestra mente como un recurso para explicar la causa del artefacto; porque la casualidad es nada, y la nada no produce nada. Donde hay un ser hay razon suficiente de su existencia, donde hay artefacto hay artífice, donde hay combinacion hay inteligencia.

¡Casualidad, un mundo donde se descubren por todas partes cálculo y geometría! ¡Casualidad, unos movimientos sujetos á la ley de la razon directa de las masas, é inversa del cuadrado de las distancias! ¡Casualidad, las revoluciones de los planetas, describiendo los radios sectores áreas proporcionales á los tiempos! ¡Casualidad, el que los cuadrados de los tiempos de las revoluciones de los planetas sean entre sí como los cubos de los ejes mayores de sus órbitas! Asómbranos la vista de un *planetario* en que el ingenio del hombre haya llegado á representar el movimiento de un sistema; ¿y no reconoceremos inteligencia, no veremos la mano de la sabiduría infinita al levantar los ojos al planetario real y verdadero, con sus cuerpos de colosales dimensiones, recorriendo órbitas inmensas, con velocidad inconcebible, con precision rigurosa?

Acabamos de ver que el solo arreglo del sistema planetario es un palpable absurdo, si se le encomienda á la casualidad: y sin embargo este sistema con todo su grandor, es nada comparado con el universo. Las estrellas fijas observadas hasta el presente no bajan de *cien millones;* y pa-

ra formarse alguna idea de esta inmensidad basta recordar que segun los cálculos astronómicos, distan de nosotros lo que la imaginacion no puede concebir. Observadas con telescopios que aumentan hasta 200 veces el tamaño del objeto, no se nota diferencia en su magnitud, y solo se presentan como puntos luminosos: ¿cuánta no será una distancia sobre la cual nada significa el que se la haga doscientas veces menor? ¿Qué serán aquellos cuerpos? ¿serán centros de otros tantos sistemas planetarios semejantes al en que vivimos? ¿Qué habrá en aquellas regiones en que los soles son á nuestros ojos y á nuestros instrumentos, puntos casi invisibles, donde las distancias de millones de leguas se convierten en espacios de pocas pulgadas? El entendimiento se abruma bajo el peso de tanta inmensidad: la imaginacion se fatiga, y el espíritu se abate y anonada bajo la omnipotencia del Autor de tantas maravillas. — *J. B.*

CARTA SÉPTIMA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGION.

Mi estimado amigo: mucho me complace lo que V. se sirve insinuarme en su última de que si bien mis reflexiones no han podido decidirle todavía á salir de esa postracion de espíritu que se llama *escepticismo*, al menos han logrado convencerle de un hecho que V. consideraba poco menos que imposible; esto es, que fuese dable aliar la fe católica con la indulgente y compasiva tolerancia con respecto á los que profesan otra diferente, ó no tienen ninguna. Bien se conoce que V., á pesar de haber sido educado en el catolicismo, se ha dejado imbuir demasiado en las preocupaciones de los impíos y de algunos protestantes, que se han empeñado en pintarnos como furias salidas del averno que únicamente respiramos fuego y sangre. V. me da las gracias porque «sufro con paciente calma las

dudas, la incertidumbre, las variaciones de su espíritu:» en esto no hago mas que cumplir con mi deber, obrando conforme á lo que prescribe nuestra sacrosanta religion; la cual da tan alta importancia á la salvacion de una alma, que si toda una vida se consagrase á la conversion de una sola, y esto se consiguiese, deberian tenerse por bien empleados los trabajos mas penosos.

Mis profundas convicciones, ó hablando mas cristianamente, la gracia del Señor, me tienen firmemente adherido á la fe católica; pero esto no me impide el conocer un poco el estado actual de las ideas, y la diferencia de situaciones en que se encuentran los espíritus. Un escéptico me inspira una viva compasion, porque desgraciadamente son muchas, en los tiempos que corren, las causas que pueden conducir á la pérdida de la fe; y así es que al encontrarme con alguno de esos infortunados, no digo nunca con orgullo *non sum sicut unus ex istis*, «no soy como uno de estos.» El verdadero fiel que está profundamente penetrado de la gracia que Dios le dispensa, conservándole adherido á la religion católica, léjos de ensoberbecerse ha de levantar humildemente el corazon á Dios, exclamando de todas veras: *Domine, propitius esto mihi peccatori*: «Señor, tened misericordia de este pecador.»

Acuérdome que al seguir mi curso de teología, se explicaba en la cátedra aquella doctrina de que la fe es un don de Dios, y que no bastan para ella, ni los milagros, ni las profecías, ni otras pruebas que demuestran claramente la verdad de nuestra religion, sino que además de los motivos de credibilidad, se necesita la gracia del cielo; á mas de los argumentos dirigidos al entendimiento, es menester una *pia mocion de la voluntad, pia motio voluntatis;* y confieso ingenuamente, que nunca entendí bien semejante doctrina, y que para comprenderla me fué necesario dejar aquellas mansiones donde no se respiraba sino fe, y hallarme en situaciones muy varias y en contacto con toda clase de hombres. Entonces conocí perfectamente, sentí con mucha viveza, cuán grande es el beneficio que dis-

pensa Dios á los verdaderos fieles, y cuán dignos de lástima son aquellos que en apoyo de su fe solo reclaman el auxilio de los motivos de credibilidad; solo invocan la ciencia y se olvidan de la gracia. Repetidas veces me ha sucedido encontrarme con hombres, que á mi parecer, veian como yo las razones que militan en favor de nuestra religion; y sin embargo yo creia, y ellos nó; ¿de dónde esto? me preguntaba á mí mismo: y no sabia darme otra razon, sino exclamar: *misericordia Domini quia non sumus consumpti.*

Con este preámbulo conocerá V., mi querido amigo, que sus dudas no han debido cogerme de improviso, ni ocasionádome aquel estremecimiento que naturalmente me causaran si no hubiese tenido á la vista las reflexiones que preceden; bien que de paso me permitirá V. que no apruebe la dura invectiva á que se abandona contra las personas intolerantes. ¿Sabe V. que en sus palabras se hace culpable de intolerancia? y que un hombre no llega á ser perfectamente tolerante sino cuando tolera la misma intolerancia? Pongámonos por Dios de buena fe, y no miremos las cosas con espíritu de parcialidad. Me hace V. el favor de decirme que «ya me conceptuaba con bastante conocimiento del mundo para no imitar el ejemplo de aquellas personas que no pueden suportar la menor palabra contra su fe, y que constituyéndose desde luego los heraldos de la divina justicia, no aciertan sino á mentar la hora de la muerte, el infierno, y que acaban por romper bruscamente con quien ha tenido la imprudencia ó poca cautela de franquearles su espíritu.» Refiéreme V. la historieta de aquel buen eclesiástico que antes le distinguia á V. con particulares muestras de aprecio y de amistad, y que se horrorizó de tal suerte al saber que trataba con un incrédulo que fué preciso cortar toda clase de relaciones. Paréceme, mi querido amigo, que en las propias palabras de V. encuentro yo la apología de la persona á quien tanto V. inculpa; y á los ojos de quien mire las cosas con verdadera imparcialidad no se le hará tan extraña

semejante conducta. «Era, dice V. mismo, un jóven de conducta irreprensible, de costumbres severas, de un celo ardiente; pero tenia la desgracia de no haber tratado jamás sino con personas devotas, de no haber manejado otros libros que los del seminario, y apenas le parecia posible que circulasen en el mundo otras doctrinas, que las que se le habian enseñado por espacio de algunos años en el colegio de donde acababa de salir. Tuve la imprudencia de responder con una burlona sonrisa á una de sus observaciones sobre un punto delicado, y desde entonces quedé perdido sin remedio en su opinion.» Y bien, V. se queja en sustancia, de que aquel jóven no tuviese hábitos de tolerancia; ¿dónde queria V. que los hubiese aprendido? El espíritu de aquel hombre, ¿podia estar dispuesto para el ataque, que contra sus creencias se permitió su contrincante, con la significativa sonrisa? ¿No es demasiado exigente quien pide serenidad á un hombre que quizás por primera vez mira combatido ó despreciado lo que él considera como mas santo y augusto?

Es grave desacuerdo y además una solemne injusticia, el inculpar la conducta de quien guiado por un entendimiento convencido y un corazon recto, se porta cual por necesidad debe portarse, atendida la educacion é instruccion que ha recibido, y las circunstancias que le han rodeado en todo el curso de su vida. Nuestro espíritu se forma y se modifica bajo la influencia de mil causas, y á ellas es preciso atender cuando se quiere formar exacto juicio sobre la situacion en que se encuentra, y el sendero que probablemente haya de seguir. Lo demás es empeñarse en violentar las cosas, sacándolas de su quicio. ¿Pretenderia V. que un misionero encanecido en su santa carrera, tenga el mismo modo de mirar los objetos que cuando salió de los estudios? ¿no fuera esta una pretension extraña? es cierto que sí; pues no menos lo seria el exigirle ya en su primera juventud el mismo comportamiento que le han enseñado largos años de trabajos apostólicos en lejanos y variados países.

Es poco menos que imposible sin larga práctica del mundo, saber colocarse en el puesto de los otros, haciéndose cargo de las razones que los impelen á pensar ú obrar de esta ó aquella manera; y es mucho mas difícil en materias religiosas, refiriéndose estas á lo que hay de mas íntimo en el alma del hombre: cuando estamos vivamente poseidos de una idea, se nos hace inconcebible que los demás puedan mirar con indiferencia lo que nosotros contemplamos como lo mas importante en esta vida y en la venidera. Por cuyo motivo, no hay asunto que mas á propósito sea para exaltar el ánimo; y es de aquí que las guerras que se han hecho á título de religion, han sido siempre muy obstinadas y sangrientas. Quisiera yo que de estas reflexiones se penetrasen los que á roso y velloso, como suele decirse, hablan contra la intolerancia; pues que de esta suerte no sucediera tan á menudo que hombres en extremo intolerantes en todo lo que concierne á la religion, no quieran sufrir la intolerancia con que á su véz les corresponden las personas religiosas.

Bien comprenderá V., mi querido amigo, que no deseo yo prevalerme de estas reflexiones para mostrarme intolerante; pues que si me he extendido algun tanto sobre el particular ha sido con la idea de desvanecer la prevencion con que por algunos es mirada la intolerancia de ciertas gentes, resultando que se estiman en menos personas por otra parte muy dignas de aprecio.

Me habla V. de la dificultad de entendernos, siendo tan opuestas nuestras ideas, y habiendo sido tan diferente nuestro tenor de vida: es bien posible que dicha dificultad exista; sin embargo por lo que á mí toca no alcanzo á verla. ¿Creeria V. que hasta llego á comprender muy bien esa situacion de espíritu en que se fluctua entre la verdad y el error, en que el espíritu sediento de verdad se encuentra sumido en la desesperacion por la impotencia de encontrarla? Imagínanse algunos que la fe está reñida con un claro conocimiento de las dificultades que contra ella pueden ofrecerse al espíritu, y que es imposi-

ble creer desde el momento que en él penetran las razones que en otros producen la duda; no es así, mi querido amigo: hombres hay que creen de todas veras, que humillan su entendimiento en obsequio de la fe con la misma docilidad que hacerlo puede el mas sencillo de los fieles, y que sin embargo comprenden perfectamente lo que pasa en el alma del incrédulo, y que asisten por decirlo así á sus actos interiores, como si los estuvieran presenciando.

Es una ilusion el pensar que no se puede tener idea clara de un estado sin haber pasado por él, y que no alcanza á comprender un cierto órden de ideas y de sentimientos sino quien haya participado de ellos. Si así fuese, ¿dónde estarian los escritores capaces de inventar en literatura? Mucho se siente que no se consiente; y cuando no se llega á sentir, hay la imaginacion que en muchos casos suple por el sentimiento. Nosotros los cristianos podemos traer á este propósito las tentaciones, materia que si á V. no le parece muy filosófica, no dejará de interesarle su aplicacion. Leemos en las vidas de los Santos, que Dios permitia que les asaltase el demonio con pensamientos y deseos tan contrarios á las virtudes que ellos con mas ardor practicaban, que les era necesario llamar en su auxilio toda su confianza en la misericordia divina para no creerse abandonados del cielo, y culpables de los mismos pecados que mas detestaban en el fondo de su alma. Cuando tan violenta era la acometida que les hacia concebir temores de haber sucumbido, cuando tan vivas eran las imágenes con que á su fantasía se presentaban los objetos malos que á pesar de la aversion que les profesaban, se los hacian tomar como una realidad, bien se concibe que no dejarian aquellas santas almas de comprender el estado de un hombre que se hallase encenagado en los mismos vicios. Esto que allá, en los primeros años de su edad, habrá V. leido en alguno de aquellos libros que no debian escasear en el colegio, le hará conocer como nosotros que ni por asomo podemos lisonjearnos de santos, habremos sentido una y mil veces

germinar en nuestra alma algunas de las innumerables miserias intelectuales y morales de que adolece la triste humanidad; y que siendo una de estas el escepticismo, fuera muy raro que no se hubiese presentado á las puertas de nuestra alma como huésped de mal agüero. Cerradas las conserva el verdadero fiel, y ayudado de los auxilios de la gracia, desafia á todas las potestades del infierno á que las rompan si pueden; pero acontece entonces lo que nos dice el apóstol S. Pedro: «anda dando vueltas el diablo como leon rugiente buscando á quien devorar.» Créalo V., mi estimado amigo: *resistiéndole fuertemente con la fe*, no ha podido mordernos, pero conocemos bien su rugido.

Sobre todo en el siglo en que vivimos, es poco menos que imposible que esto no suceda á los hombres que por una ú otra causa se hallan en contacto con él. Ora cae en las manos un libro lleno de razones especiosas y de reflexiones picantes; ora se oyen en la conversacion algunas observaciones en apariencia juiciosas y atinadas, y que á primera vista parece que hacen vacilar los sólidos cimientos sobre que descansa la verdad; tal vez se fatiga el espíritu y se siente como sobrecogido por una especie de tedio, desfalleciendo algunos momentos en la continua lucha que se ve forzado á sostener contra infinitos errores; tal vez al dar una ojeada sobre la falta de fe que se nota en el mundo, sobre la muchedumbre de religiones, sobre los secretos de la naturaleza, sobre la nada del hombre, sobre las tinieblas de lo pasado, y los arcanos de lo venidero, desfilan por la mente pensamientos terribles. Angustiosos instantes en que el corazon se inunda de cruel amargura, en que un negro velo parece tenderse sobre cuanto nos rodea, en que el espíritu agobiado por el aciago fantasma que le abruma, no sabe á dónde volverse, ni le queda otro recurso que levantar los ojos al cielo, y clamar: *Domine, salva nos, perimus.* «Señor, salvadnos, que perecemos.»

Así permite el Señor que sean probados los suyos, y

hace mas meritoria la fe de sus discípulos; así les enseña que para creer no basta haber estudiado la religion, sino que es necesaria la gracia del Espíritu Santo. Mucho fuera de desear que de esta verdad se convenciesen los que se imaginan que no hay aquí otra cosa que una mera cuestion de ciencia, y que para nada entran las bondades del Altísimo. ¿Sabe V., mi querido amigo, lo primero que debe hacer un católico cuando le viene á la mano algun incrédulo en cuya conversion se proponga trabajar? Cree V. sin duda que se han de revolver los apologistas de la religion, recorrer los apuntes propios sobre las materias mas graves, consultar sabios de primer órden, en una palabra, pertrecharse de argumentos como un soldado de armas. Conviene en verdad, no descuidar el prevenirse para lo que en la discusion se pueda ofrecer; pero ante todo, antes de exponer las razones al incrédulo, lo que debe hacerse es orar por él. Dígame V., ¿quién ha hecho mas conversiones, los sabios, ó los santos? San Francisco de Sales no compuso ninguna obra que bajo el aspecto de la polémica se llegue á la Historia de las variaciones de Bossuet; y yo dudo sin embargo que las conversiones á que esta obra dió lugar, á pesar de ser tantas, alcancen ni de mucho á las que se debieron á la angélica uncion del santo Obispo de Ginebra.

Por ahí puede V. conocer, mi querido amigo, que no las há con lo que suele llamarse un disputador, ni un ergotista; y que por mas que aprecie en su justo valor la ciencia, y particularmente la eclesiástica, tengo muy grabada en el fondo del alma la saludable verdad, de que los caminos de Dios son incomprensibles al hombre, de que es vano confiar en la ciencia sola, y que algo mas que ella se necesita para conservar y restaurar la fe.

Pedia V. tolerancia y tolerancia le ofrezco, la mas amplia que encontró jamás en hombre alguno; se arredraba V. por la dificultad que habia de mediar en entendernos; y no dudo que con mis aclaraciones se le habrá desvanecido semejante recelo; como no temo tampoco que se figu-

re V. en adelante que le haya yo de salir al paso con lo que apellida, *argumentos valederos para personas ya convencidas, y sutilezas de escuela.* Si V. pues se sirve continuar proponiéndome las principales dificultades que le impiden volver á la religion que comienza á echar menos, á los pocos años de perdida, yo procuraré responderle como mejor alcanzare; pero sin pretender ninguna palma si quedare V. satisfecho, ni darme por abochornado si continuare en su incredulidad.

Cuando se combate contra los enemigos de la religion, que solo buscan medios de atacarla, valiéndose de cuanto les sugiere la astucia y la mala fe, entonces la disputa puede tomar el carácter de un combate en regla; pero cuando tiene uno la fortuna de encontrarse con hombres que si bien han tenido la desgracia de perder la fe, desean no obstante volver á ella, y buscan de corazon los motivos que puedan conducirlos á la misma, entonces el hacer alarde de la ciencia, el mostrar espíritu de disputa, el pretender el laurel del vencimiento, es un insoportable abuso de los dones de Dios, es un completo olvido de los caminos que, segun nos ha manifestado, se complace el Señor en seguir, es sacar á plaza el orgullo, es decir, el enemigo declarado de todo bien, y el mas grave obstáculo para que puedan aprovecharse las mas felices disposiciones.

Si se hace de la disputa religiosa un asunto de amor propio, ¿cómo podemos prometernos que la gracia del Señor fecundará nuestras palabras? Los apóstoles convirtieron el mundo, y eran unos pobres pescadores; pero no confiaban en la sabiduría humana, ni en la elocuencia aprendida en las escuelas, sino en la omnipotencia de aquel que dijo: «*hágase la luz*, y la luz fué hecha.» Bien comprenderá V. que no por esto desprecio la ciencia; el mejor medio de conservarla y ennoblecerla es señalarle sus límites no permitiéndole el desvanecimiento del orgullo.

Esa *impotencia* para creer de que V. se lamenta no debe confundirse con la *imposibilidad;* es una flaqueza, una pos-

tracion de espíritu, que desaparecerá el dia que el Señor le pluguiere decir al *paralítico:* «Levántate, y camina por el sendero de la verdad.»

Entretanto yo oraré por V.; y si bien el estado de su espíritu no es muy á propósito para hacer lo mismo, sin embargo todavía me atreveré á decirle, que ore V., que invoque al Dios de sus padres, cuyo santo nombre aprendió á pronunciar desde la cuna, y que le suplique le conceda llegar al conocimiento de la verdad. Quizás, ¡oh pensamiento de horror! quizás pensará V. ¿cómo puedo llamar á Dios, si en ciertos momentos, abatido por el escepticismo, hasta siento flaquear mi única conviccion, y no estoy bien seguro ni de su existencia?..... No importa: haga V. un esfuerzo para invocarle; él se le aparecerá, yo se lo aseguro: imite V. al hombre que habiendo caido en una profunda sima, no sabiendo si es capaz de oirle persona humana, esfuerza no obstante la voz clamando auxilio. Cuente V. con el entrañable afecto y la consideracion de este S. S. S. Q. B. S. M.—*J. B.*

(Número de la Revista correspondiente
á 15 de agosto de 1843.)

CONSIDERACIONES FILOSÓFICO-POLÍTICAS.

I.

Sin unidad no hay concierto, sin concierto no hay órden, y sin órden no pueden subsistir el mundo físico ni el moral. Estas son verdades inconcusas, eternas, aplicables á la sociedad como al individuo. ¿Qué es la virtud? un órden, un concierto, subordinados á la grande unidad, á la ley eterna, á Dios. ¿Qué es la ciencia? un órden, un concierto, dependientes de la unidad, del principio generador de los conocimientos. Cada ciencia en particular se asienta sobre una verdad que le sirve de base; y estas verdades fundamentales examinadas en su orígen, se halla que convergen todas hácia otra que es como el punto fijo en que está afianzado el primer eslabon de la cadena. ¿Qué es la salud? un órden, un concierto, dependientes de la unidad, que armoniza las funciones y las hace contribuir á un mismo objeto, cada cual á su modo. ¿Qué es este universo que nos admira y asombra? es el órden, el concierto, sometidos á la unidad. Suponed que la unidad desaparece; el concierto y el órden dejan de existir; y el universo se convierte en caos.

Todos los seres, así que se apartan de la unidad á que

están sometidos, pierden en cierto modo su naturaleza; porque esta no consiste precisamente en la esencia que los constituye, sino que abarca todas las facultades cuyo ejercicio forma el complemento del mismo ser, y le hace alcanzar el objeto á que está destinado. El hombre demente, es ciertamente un hombre; pero le falta el uso de la razon, y así de poco le sirve el tener esa noble facultad radicada en su alma. El díscolo, el perverso es hombre; tiene el libre ejercicio de su entendimiento y voluntad; pero abusando de las potencias que le ha otorgado el Criador, y desviándose de su fin, es un hombre incompleto, que trunca, por decirlo así, su propia naturaleza, privándola de su parte mas bella.

Por esta causa todos los seres que existen fuera del órden que les corresponde, que han dejado de estar sometidos á la unidad, se hallan en situacion violenta, y forcejan por volver á su estado normal. En el mundo físico, el cuerpo separado de su centro, tiende sin cesar hácia él; abandonado á sí mismo, marcha rápidamente á buscarlo; detenido por un obstáculo cualquiera, lucha por vencerle: con el choque, si antes estaba en movimiento; con la presion, si se ha conseguido detenerle. ¿Qué busca ese aire, que se agita con tanta violencia, que se convierte en huracan y arrasa los bosques, destruye los edificios, y siembra el espanto por dilatadas comarcas? su ley, su regla, su unidad, el equilibrio. ¿Qué buscan esas olas alborotadas que braman furiosas contra la roca inmóvil, que tragan cual leve paja la grandiosa nave? su ley, su regla, su unidad, el equilibrio. ¿Qué tiene ese hombre que pálido y convulsivo se agita entre tormentos atroces? un pequeño órgano se ha *desarreglado;* le ha faltado la armonía de las funciones, la unidad; y el desgraciado invoca la muerte como un alivio á sus crueles dolores, prefiere la no existencia á una existencia desordenada. ¿Qué mal experimenta ese otro de la frente torva y del mirar inquieto, que lleva pintado en su semblante el sello de la maldicion, que anda errante por la faz de la tierra sin encontrar

consuelo ni descanso? Se ha apartado del órden, ha perdido de vista la unidad de su regla, ha cometido un crímen. El remordimiento comienza ya el castigo que la Justicia divina consumará.

II.

Tan pronto como la sociedad se aparta de su regla, ya sea dejando extraviar las ideas relativas al órden moral, ya sea permitiendo que se derribe el poder sin sustituirle otro que le reemplace completamente, se siente fuera de su quicio, le falta la unidad que armonizaba todas sus partes, y se agita tambien entre mortales agonías á la manera del individuo atacado de crueles padecimientos. Tal vez se levanta con fuerzas extraordinarias y arrolla cuanto encuentra á su paso; pero un instante despues yace de nuevo en el lecho de dolor, lánguida, abatida, moribunda, escuchando con ávida confianza las palabras halagüeñas que se le dirigen para hacerla creer que saldrá presto de tan infeliz estado, que la aguardan dias venturosos en no lejano porvenir. ¿Qué valen los paliativos si la raiz del mal queda intacta? ¿esperais crear un poder fuerte? sí ó nó? Ahí está la dificultad; en no superándola será inútil cuanto se haga.

A los políticos entendidos debe de causarles espanto esa falta de unidad que se nota en España: háblase mucho contra los siglos pasados; y esos siglos sin embargo nos salvan todavía en la actualidad: que si ellos no hubiesen formado ese espíritu de rectitud, de justicia y cordura, ese apego á la monarquía que distingue á la inmensa mayoría del pueblo español, despues de atravesar una revolucion cien veces mas terrible que la presente, correríamos á hundirnos en un abismo sin fondo.

III.

La Europa se agitó durante muchos siglos, buscando esa

armonía que se afianza en la unidad. Entregados los elementos sociales á su propio impulso se revolvian en tenebroso caos; pero tan luego como se establecieron centros con gran fuerza, en torno de los cuales se arregló el movimiento, nacieron los diferentes sistemas que forman el hermoso y variado conjunto de las naciones europeas.

Un inmenso continente que en los tiempos modernos ha venido acrecentando el número de los pueblos civilizados, se halla actualmente dividido en dos partes, sujetas á condicion muy diferente. En la una reina el órden, es acatado el gobierno, y las ideas é intereses sociales han constituido un centro que los enlaza y armoniza. Allí hay prosperidad y poderío. En la otra la anarquía campea, los gobiernos caen como las hojas de los árboles, las formas políticas son monstruosos embriones, á los que no se concede el tiempo necesario para desarrollarse, y manifestar con la experiencia si es posible ó nó que se conviertan en un viviente de organizacion regular y miembros proporcionados. No hay órden, no hay unidad; allí hay infortunio, descaecimiento, postracion.

Presentamos este cotejo porque tambien contribuye á demostrar lo que nos hemos propuesto; pero no intentamos comunicar á nuestros lectores, entusiasmo por las formas políticas de los Estados-Unidos. Semejante entusiasmo mal puede trasmitirlo quien no lo siente. Ni aprobamos ni reprobamos; nos abstenemos de juzgar; solo nos permitiremos una observacion que conviene no dejar en olvido. La vida de una nacion se compone de muchos siglos; quien juzgue de un sistema político por los efectos que produce durante setenta años, se parece á quien ponderara las ventajas de un régimen con respecto á un individuo, por haberle sido saludable una corta temporada. Además: ¿quién sabe si se atribuye equivocadamente al sistema político lo que ha dimanado de causas muy diferentes? Es probable que se incurre en este error; quizás podrian señalarse razones que apoyarian esta sospecha; de

todos modos el tiempo será el juez mas competente. Lo que ahora sucede ya, es un indicio de lo que podrá acontecer en el trascurso de un siglo.

IV.

Las naciones que han estado sometidas á la unidad de la monarquía hereditaria por espacio de mucho tiempo, presentan un fenómeno digno de notarse: al través de las revoluciones mas profundas, conservan la fuerza de reorganizarse sin perder ni menoscabar su independencia. Casi todos los reinos de Europa muestran de bulto esta verdad: la Francia y la Inglaterra ofrecen ejemplos recientes; y segun todas las apariencias la España está destinada á ofrecerlo tambien. La constitucion de Polonia era una excepcion por tener adoptado el sistema electivo; la Polonia sufrió revoluciones no tan grandes como las de otros países, y no obstante pereció en ellas.

¿Qué seria actualmente la España sin trono hereditario, sin esa institucion que neutraliza tan poderosamente los elementos de mal, á pesar de que las circunstancias no le han dejado apenas otra accion que la fuerza moral de sus recuerdos y esperanzas? Viéramos reproducidas las tristes escenas de nuestras colonias de América, donde pasa continuamente el poder de unas manos á otras, sin que alcance á fijarse ni robustecerse en ninguna.

V.

Ya que hemos hablado de la *unidad* hablemos un poco de la *libertad*. El uso continuo que se está haciendo de esta palabra inclina naturalmente á meditar sobre su sentido.

Alguna vez hemos pensado sobre la realizacion que la libertad tiene en todos los seres; y á decir verdad, no la hemos encontrado en ninguna parte sino con muchas é indeclinables limitaciones.

Echemos una ojeada sobre el mundo material: todo está sujeto á reglas fijas. Los astros de inmensa mole como los átomos mas imperceptibles se hallan sometidos á leyes constantes de las que no pueden desviarse. En el reino vegetal no es menos evidente el encadenamiento de los seres, no es menos sensible la *falta de libertad*. Las plantas han menester el calor del sol, los rayos de la luz, la humedad del rocío, el agua de las lluvias, el oreo de los vientos; y no pocas el asiduo cultivo de la mano del hombre. En su nacimiento, en su auge y desarrollo, en su conservacion, están dependientes de la tierra, de la atmósfera y del cielo. Se ponen lozanas, ostentan vistosos colores, producen sabrosos frutos, exhalan suavísimos aromas; pero todo á condicion de estar sometidas á una regla, de *carecer de libertad*.

Los animales nacen, crecen, se reproducen y mueren, siempre con sujecion á las leyes de su respectiva naturaleza. Su existencia está ligada con las reglas que le prescriben la organizacion, los alimentos, el clima, y todo cuanto la afecta. Conservan la salud bajo la condicion de vivir sometidos á las leyes naturales; cuando de ellas se desvian, primero sufren, y si se obstinan, mueren.

Elevándonos á la region de las criaturas racionales encontramos la libertad de albedrío, hallamos que no están sometidos los actos de la voluntad ni á la violencia ni á ninguna necesidad interior; pero fuera de este círculo ¿qué significa para el hombre la libertad? Examinémoslo con alguna detencion. La libertad tomada en su sentido mas general, es la ausencia de obstáculos ó trabas que impidan ó restrinjan el ejercicio de alguna facultad. Veamos si son pocos esos obstáculos y esas trabas, que ó embargan completamente el uso de nuestras facultades, ó las limitan de mil maneras diferentes.

Luego de nacido el hombre, ¿cuál es su libertad? La frágil contextura de su cuerpo recien formado mantiene en inaccion todas sus facultades intelectuales y morales, y permite escaso ejercicio á las sensitivas; en cuanto á la sa-

tisfaccion de sus primeras necesidades, no tiene en sí propio otro recurso sino el que le ha otorgado la próvida naturaleza para excitar la ternura y la compasion de cuantos le rodean: el llanto.

Adelantando en edad, continua sometido á infinitas necesidades; la libertad es para él una palabra vana. Habiendo adquirido la fuerza necesaria para tomarse los alimentos, carece de inteligencia y robustez para proporcionárselos. Vive pues dependiente de sus padres durante muchos años, y sin el auxilio ajeno pereceria. Sin luces en su espíritu, sin la enseñanza de la experiencia, ha menester que se las comuniquen otras personas; de ellas depende en su instruccion y educacion: el *libertarse* de semejante dependencia fuera para él, sinónimo de ignorancia, inmoralidad y estupidez. Dejadle *libre*, no contrarieis en nada sus inclinaciones, permitid que se entregue á sus arrebatos, no le preciseis á resistir á la pereza forzándole á dedicarse al estudio ó á otras tareas, y experimentareis los dolorosos frutos que le producirá la *libertad*. Veréisle crecer cual los brutos animales, con violentos instintos, con inclinaciones torcidas; no empleando el escaso desarrollo de su razon, sino para excogitar medios de satisfacer sus pasiones desarregladas.

¿Dónde está la libertad del hombre cuando llega á la edad de la razon, haciéndose capaz de dirigirse á sí mismo y de ser útil á sus semejantes? Además de la precisa dependencia en que se halla con respecto á las necesidades inseparables de la vida, se encuentra encajonado por decirlo así en un estado y profesion, que le imponen innumerables obligaciones restringiendo de mil modos su libertad. Dejemos aparte al infeliz jornalero encadenado á su trabajo desde que el sol nace hasta que se pone; al dueño de establecimientos agrícolas, industriales ó comerciales, esclavizado todo el dia por la vigilancia que reclaman la conservacion y prosperidad de sus intereses; al militar constreñido por las severas leyes de la ordenanza, abdicando á cada paso su voluntad para obedecer los mandatos

de sus jefes, renunciando á sus comodidades y placeres en cumplimiento de sus obligaciones; al facultativo llamado á todas horas al socorro de la humanidad doliente; al eclesiástico abandonando su familia para ir á ocupar el puesto que le señalan sus superiores, dejando sus ocupaciones mas gratas ó el descanso de la noche, para trasladarse junto al lecho del dolor y recibir el último suspiro del moribundo. Considerando no mas que aquella clase de hombres que por su fortuna ó particular profesion pueden pasar la vida con mas ensanche y desahogo, ¡cuántas limitaciones no sufre su libertad! El estado de los negocios domésticos, las relaciones de familia, la índole y el carácter de los padres, de la esposa, de los hijos, la influencia que sobre su situacion ejercen las vicisitudes políticas, las leyes y costumbres del país en que mora, y cien otras causas que directa ó indirectamente le afectan, todo contribuye á restringir su libertad.

VI.

Los pueblos que se dice que la disfrutan mas amplia, viven no obstante rodeados de tantas circunstancias que la coartan, que apenas puede decirse en qué se diferencian de otros que se cuentan sumidos en la esclavitud. ¿Se *libra* nadie de contribuciones? ¿se *libra* de las vejaciones de la policía? ¿se *libra* de las leyes que arreglan las profesiones agrícolas, industriales, comerciales ó científicas? ¿Dónde está pues su libertad? ¿En qué lleva ventaja á los que están privados de ella? Comparad un francés con un prusiano ó austriaco, cotejad las restricciones que á la libertad de cada cual imponen las leyes del respectivo país y hallareis que la diferencia no es tanta como algunos se imaginan.

El francés se cree libre porque nombra sus representantes que toman parte en la formacion de las leyes y en el señalamiento de las contribuciones; se cree libre porque todas las mañanas al levantarse, encuentra en su bu-

fete un papel donde se leen dilatados discursos en que se atacan con virulencia ó se ridiculizan sin miramiento, los actos ó las personas de los gobernantes.

Examinemos imparcialmente á qué se reduce tan decantada libertad. El derecho de nombrar sus representantes no compete propiamente á la nacion francesa, sino á un número tan reducido, que puede considerársele en la misma categoría de las antiguas clases privilegiadas. Mas de treinta y tres millones de habitantes cuenta aquel reino, y el derecho electoral está limitado á unos doscientos mil; por manera que para cada ciento y sesenta y cinco franceses, hay un solo individuo revestido de este derecho, quedando privados de él los ciento y sesenta y cuatro restantes. De los doscientos mil electores es preciso cercenar una parte muy considerable que no usará de su derecho por imposibilidad ó falta de voluntad; con lo cual resultarán compuestos los colegios electorales de una porcion tan escasa, que será casi nula con respecto á la totalidad de los moradores. ¿A qué se reduce pues con respecto á la mayoría de la nacion, la libertad fundada en el derecho electoral?

Los ardientes partidarios de la democracia hacen resaltar con vivos colores esa decepcion con que se encubre un sistema falseado por su base; y de esta manera esparcen el descontento y la indignacion en el pueblo, el cual se queja de que se le engaña. Bien se deja entender que no somos partidarios del sufragio universal, y que no creemos que en Europa pueda ensancharse sin gravísimos peligros la arena donde por desgracia luchan las opiniones, los intereses y las pasiones con doloroso encarnizamiento; pero menester es confesar que los hombres que se han apoderado del gobierno de la sociedad despues de haberla conmovido hasta sus cimientos, no admiten las consecuencias de los principios que ellos mismos establecieron. Si creian irrealizable el ejercicio de la soberanía popular, ¿por qué la proclamaron? ¿por qué ensalzaron en teoría lo que rechazan en la práctica? Si anatematizaron la dictadura gu-

bernativa, ¿por qué la entronizaron tan pronto como pudieron ser ellos los gobernantes? Si era imposible que la ley fuese el producto de la voluntad general, ¿por qué asentaron esa voluntad como única fuente de todo poder? Si algunos de entre ellos decian que no siendo dable ni justo que la ley fuese la expresion de dicha voluntad, debia representar la razon pública, ¿cómo es que la consultan en un círculo tan reducido? ¿con qué derecho excluyen un sin número de *capacidades*, de esas *capacidades* que ellos un tiempo ensalzaron hasta el extremo, y á cuyo órden pertenecian, ostentando ufanos ese título para fundar la pretension de tomar parte en los negocios públicos y combatir á las clases privilegiadas? Inconsecuencia chocante! clamaron contra todo linaje de privilegios, tronaron contra todas las desigualdades, condenaron la antigua organizacion por injusta, por contraria á derechos sagrados, por degradante de la humana naturaleza, por sostenedora de barreras que impedian la completa mezcla, la confusion, la identificacion de todas las clases en una sola que debia apellidarse *pueblo;* y sin embargo tan pronto como realizaron sus sistemas, empezaron renegando de la decantada igualdad, escarneciendo la adulada soberanía, estableciendo distinciones entre clases y clases, creando verdaderos privilegios. «Pero, se nos dirá, ¿creeis que era posible obrar de otra manera? ¿creeis que era realizable el sufragio universal? ¿podíamos poner en planta nuestras doctrinas en toda su extension sin desencadenar sobre la tierra las mas tremendas tempestades?» Nó; pero confesad al menos que sois inconsecuentes, confesad que vuestras declamaciones eran arietes para derribar, no enseñanza para construir; confesad que cuando los pueblos os echan en cara que les habeis engañado, que cuando os exigen el cumplimiento de vuestras promesas, y colocados á su frente los tribunos os llaman apóstatas, y os amenazan con haceros correr la suerte que vosotros deparasteis á vuestros antecesores, nada podeis responderles que no deje en descubierto, ó insigne mala fe, ó veleidosa inconsecuencia.

He aquí una de las causas mas radicales de la inquietud que atormenta las sociedades modernas: los principios se extienden mas allá de los hechos; cada vez que estos se comparan con aquellos se palpa la contradiccion: este es el fruto de la exageracion y del error.

VII.

En esta clase de materias, la libertad, si ha de ser digna de tal nombre, ha de suponer dirigido por la razon el ejercicio de los derechos otorgados por la ley, ha de suponer que no existe coaccion física ni moral, y que no median otras trabas que las que consigo lleva la obligacion de hacer buen uso de sus facultades, tomando por única regla la justicia, por único norte la conveniencia pública. Con tan hermosos colores se presenta ciertamente el derecho electoral en los libros que tratan de las teorías constitucionales; pero ¿qué hay de todo esto en la realidad? No hablemos de aquellos paises donde la ley enmudece y solo campea la fuerza; donde se infringen sin miramiento de ninguna clase así las leyes fundamentales como las secundarias: que en tan aciaga situacion el derecho electoral no existe; esta palabra es un sarcasmo cruel con que insulta á los pueblos la impudente desfachatez de las facciones; es un instrumento de que estas se valen para realizar sus dañados intentos, estableciendo la mas insuportable de las tiranías, que es la ejercida en nombre de la ley. Limitémonos á la coaccion moral, á la que dimana de las amenazas ó amagos del poder, ó de aquellos que tienen probabilidades de alcanzarlo; á esta clase de coaccion que no falta en ningun pais, y que es inevitable atendida la condicion humana, y los procedimientos que están en uso para lo que se llama explorar la voluntad de los pueblos. ¿Quién osará decir que el resultado de las urnas la expresa genuinamente? Cuando se verifica la eleccion, todos los partidos se achacan recíprocamente intrigas y cohechos;

y en estando concluida puede asegurarse que todos la darán por nula, excepto el que la habrá ganado.

Al mayor número de los electores les falta el conocimiento necesario para llenar debidamente su objeto. Trátase de elegir nada menos que un legislador; y si de estos hay pocos, tampoco son muchos los capaces de distinguirle entre la multitud de candidatos. Quien se deja preocupar por el don de la palabra, creyendo muy equivocadamente que el que lo posee ha de ser por necesidad muy entendido en la formacion de las leyes; quien se deslumbra con el brillo de los conocimientos manifestados por un escritor, imaginándose no menos equivocadamente que las luces en un ramo arguyen una ciencia universal, ó que el talento teórico es lo mismo que el tino práctico; quien prefiere la incorruptible honradez, no advirtiendo que esta puede muy bien aliarse con un natural candoroso que sea fácilmente víctima de la solapada perfidia, y que no siempre excluye la debilidad de carácter que confunde la prudencia con la pusilánime timidez, y toma á veces por cuerda contemporizacion la reprensible condescendencia que raya en fea complicidad; quien se alucina con la hoja de servicios de un hombre encanecido en una carrera respetable, sin reflexionar que el arte de la formacion de las leyes no debe aprenderse en el reducido ámbito de una profesion, y que hay muchos individuos que han consumido largos años sirviendo quizás muy bien á la causa pública, sin haber por esto adquirido las dotes que constituyen un buen legislador. ¿Cómo quereis que en medio de este laberinto elija con tino y discernimiento, el hombre que no llega ni de mucho á la mediana altura en que están los candidatos entre los cuales ha de escoger?

Para esto, se nos dirá, la opinion pública es ilustrada por la prensa periódica; para esto se pesan los méritos y calidades de los pretendientes; y ya que no sea dable acertar siempre en el verdadero punto, por lo menos existen probabilidades de hacerlo con alguna aproximacion. Pero es muy fácil pulverizar esta réplica. Segun las teorías moder-

nas, y atendido el mismo curso natural de las cosas, en la prensa como en el parlamento existen siempre dos campos: el del ministerio y el de la oposicion. En todos los asuntos, sea cual fuere su gravedad y carácter, está siempre conocida de antemano la opinion de los contendientes. Para los ministeriales, el ministerio es impecable; para los de la oposicion el ministerio está desatentado, es imposible que acierte en nada; y cuando se trate de conjeturar sobre sus actos futuros, el yerro es indudable; solo cabe la dificultad en si será mas ó menos dañoso, mas ó menos disparatado. Llega el tiempo de las elecciones: ¿deseais saber cuáles son á los ojos de la prensa sostenedora del ministerio, los hombres mas sabios, mas cuerdos, mas desinteresados y puros, los hombres que labrarán, á no dudarlo, la felicidad pública? buscad quienes son los que probablemente votarán en favor del ministerio; aquellos son, no lo dudeis; y con este dato, bien podeis ahorraros el trabajo de leer los periódicos ministeriales. ¿Quereis saber cuáles son los Arístides, los Catones, los Cicerones que os presentará la oposicion? ved quienes son los que la componen ó los que por sus antecedentes y compromisos es probable que la refuercen; sabido esto, podeis tambien ahorraros el trabajo de ulteriores investigaciones.

Es necesario no haber visto nunca de cerca esas cosas para ignorar que se miente sin pudor, que se calumnia sin miramiento, que se adula con bajeza; es necesario no tener otras ideas que las miserables vulgaridades de ciertos libros para ignorar que el medio mas seguro para no acertar en la eleccion es el dar importancia, ni aun mediano crédito, á lo que escriben plumas interesadas.

Generalmente hablando, toman parte en las elecciones muchos empleados, ó que desean serlo: en tal caso la influencia del gobierno no conoce límites; y esta influencia sirve no para hacer que formen parte de la representacion nacional los mas virtuosos y entendidos, sino los mas decididos defensores del sistema que á los ministros les plugo adoptar, y de cuya ejecucion gravita tal vez una buena

parte de responsabilidad sobre los mismos candidatos. Es verdad que la influencia del gobierno está neutralizada un tanto, y no pocas veces vencida por la de los partidos que aspiran á serlo; pero en este caso lo que se hace no es destruir la corrupcion, sino multiplicarla. Esta corrupcion ha llegado en Inglaterra á un extremo escandaloso; y allí no ejerce el gobierno una influencia tan grande como suele acontecer en los países no acostumbrados al sistema representativo.

La ignorancia y la malicia falsean pues por su base el derecho electoral; la libertad política por él expresada, pesa en la balanza de la razon mucho menos de lo que se cree. Las cuestiones sobre esta gravísima materia, son uno de los objetos que mas debieran llamar la atencion de los pensadores. Cuando se trata de leyes electorales se procede por rutina, y esta rutina es funesta.

VIII.

Nombrados los representantes, al poner en ejercicio las facultades que se les han otorgado, ocurren todavía nuevos inconvenientes que desvirtuan mas y mas el valor del derecho electoral. Si esto ha de ser algo mas que un nombre sin sentido, es menester que los diputados representen ó la voluntad pública ó la razon; esto es, que sus actos sean la fiel expresion de lo que es realmente la voluntad de sus comitentes ó al menos lo que debiera ser, si se consultasen los dictámenes de la justicia y de la conveniencia. Ora tomemos por base el falso principio de Rousseau, de que la ley es el producto de la voluntad general; ora adoptemos el de otros que la miran como el resultado de la razon pública; siempre encontraremos que el derecho electoral tan atropellado y desvirtuado ya en su mismo orígen, sufre nuevos y considerables quebrantos.

Las leyes formadas por los representantes de la nacion no pueden ser la expresion de la voluntad general, por dos razones muy sencillas: 1.ª porque esta voluntad no

existe con respecto al mayor número de casos: 2.ª porque cuando existe es muy difícil si no imposible el conocerla. Gran parte de las leyes versan sobre materias en que el público no entiende: no cabe pues voluntad, no habiendo conocimiento de lo que se ha de querer.

Es tambien muy difícil que las leyes sean la expresion de la razon pública arreglada por los principios de justicia, y dirigida por miras de utilidad general. No sabemos la suerte que en los siglos venideros está preparada á las formas políticas que rigen una gran parte de las naciones cultas; pero si creemos que la experiencia mas cuerda que las teorías, introducirá reformas muy trascendentales en lo concerniente á explorar la voluntad de los pueblos, y á recoger el voto de la razon pública. Los sistemas electorales de nuestra época tienen el gravísimo inconveniente de aguijonear las ambiciones existentes y crear de contínuo otras nuevas; de llevar agitada la vida de los pueblos, y de exponerlos á cada paso á ser víctimas de intereses y pasiones particulares que nada tienen que ver con la conveniencia pública; de estar cimentados sobre bases que con facilidad pueden ser falseadas; de estar sujetos á una movilidad contínua, incompatible con el sosiego y bienestar del país; de ser demasiado elásticos para prestarse ora á servir de instrumento á los designios perturbadores de ambiciosos tribunos, ora á revestir de un carácter legal y popular, medidas arbitrarias é injustas. Con los sistemas modernos la anarquía vive sometida á regla, la tiranía se ejerce por medio de leyes.

Como quiera, apreciemos las cosas en su justo valor, y no les atribuyamos mas mérito del que encierran. Resignados con los males é inconvenientes que siempre traen consigo las instituciones humanas, procuremos mejorarlas en cuanto cabe, sin olvidar que el tiempo es un factor indispensable á todos los productos que salen de la mano del hombre, y que sin su concurso, no es dable edificar nada sólido y duradero. Pero la misma prudencia que nos aconseja miramiento y circunspeccion siempre que se trata de

mudar ó innovar, nos prescribe tambien el deber de no preocuparnos en favor de lo que poseemos, de no dejarnos llevar del entusiasmo que inspiran bellas apariencias, de penetrar en el fondo de las cosas para examinar su íntima naturaleza.

IX.

Los límites á que debemos ceñirnos, nos precisan á contentarnos con las indicaciones que preceden, obligándonos á pasar al decantado punto de la votacion de los impuestos. Y para que no se crea que estimamos en poco derecho tan precioso, nos apresuramos á declarar, que léjos de abrigar semejante opinion, estamos convencidos de que regularizado y ejercido cual conviene, es una de las mejores garantías de la prosperidad de los pueblos, y un freno muy saludable para la codicia, la prodigalidad y las dilapidaciones de los gobiernos malos. Cuando otras razones no nos impulsaran á opinar en este sentido, inclináranos á ello el observar, que nuestros antepasados tan famosos por su reposada cordura, establecieron y conservaron este derecho, como el paladion de las libertades públicas y la mas segura prenda del respeto debido á la propiedad. En las leyes de Cataluña, de Aragon, de Valencia, de Castilla ó mejor diremos en las de toda Europa, se encuentra consignado este precioso derecho de una manera mas ó menos explícita; pudiendo asegurarse que uno de los mas bellos distintivos de la civilizacion europea fué el que ya desde su cuna tendió á precaver que el poder público no dispusiese de la hacienda de los ciudadanos sin que estos interviniesen en el negocio de una ú otra manera.

Esta consideracion es de mucho peso; porque manifiesta que el principio que asegura al cuerpo de la nacion una intervencion mas ó menos directa en la votacion de los impuestos, no trae su orígen de las doctrinas revolucionarias, sino de los mismos elementos constitutivos de las sociedades modernas. Por cuyo motivo, conviene andar

con tiento en destruir este principio; por mas que en la práctica por razon del modo con que se le aplica, dé lugar á gravísimos inconvenientes, que á menudo son mayores que las ventajas.

Es mas claro que la luz del dia, que con los sistemas electorales vigentes, y las costumbres que se apellidan constitucionales y parlamentarias, no reportan los pueblos los beneficios que debieran prometerse de aquel principio; es hasta imposible que puedan alcanzarlo por los caminos seguidos hasta aquí. Una de las ocupaciones mas privilegiadas de las asambleas deliberantes debieran ser los negocios de hacienda; y estos son los mas descuidados. ¿Se habla de asuntos políticos? las sesiones están muy concurridas; largos y acalorados debates se empeñan, en que toman parte muchos oradores, haciendo ostentacion de su saber, y luciendo las galas de su elocuencia; pero ¿llega la época del exámen de los presupuestos? la discusion es fria, descolorida, lánguida; las comisiones presentan su dictámen por cumplir con la rutina; y si una que otra vez los oradores se enardecen, es porque alguna de las cantidades se roza con las pasiones ó intereses de la esfera política.

¿Cuáles son las causas de esta frialdad é indiferencia en materia tan importante? no es difícil adivinarlas: la completa ignorancia en el asunto sujetado á discusion, y el escaso interés que en él pueden tomar los que deben dilucidarlo. De los hombres que figurar suelen en las candidaturas ¿cuáles son los que poseen conocimientos profundos, prácticos, atinados, en negocios de hacienda? Esta ciencia tan exigente en materia de datos, no es posible que se conquiste el agrado de esos hombres públicos que con tanta facilidad se improvisan en nuestro siglo de oro. Para formar un jefe político, un ministro de tribunal supremo, un embajador, ó un secretario del despacho ¿de qué sirve esta ciencia? Para semejantes cargos, basta el arte de extender un programa con soltura y desembarazo sobre el tema que ofrezcan las circunstancias, basta el talento de

pronunciar en las Córtes un discurso bueno ó malo, en pro ó en contra de un ministro; pero de nada sirven los conocimientos sobre las desagradables materias rentísticas, que no ofrecen atractivo sino cuando toca el turno de percibir el pingüe contingente. Además, que si el hombre público raya muy alto en la categoría política, de manera que el no tomar parte en alguna de las discusiones haya de servirle de mengua y desdoro, bástale ocuparse breves ratos en la lectura de alguna obra de economía política, buscando los capítulos en que se trate de la produccion y distribucion de las riquezas, y los otros en que se ventila directamente el asunto de las contribuciones, para quedar desde luego habilitado, si fuere menester desatarse en una estupenda improvisacion, ó escribir el magnífico preámbulo de un dictámen. Que si en apurado caso llegase la notabilidad política á verse encargada de la formacion de un ministerio, encontrados los cuatro individuos que serán como satélites del afortunado presidente, no faltará tiempo para buscar entre los antiguos empleados del ramo, ó los agiotistas y jugadores de bolsa, alguna medianía que se prestará dócil á todas las voluntades de sus colegas, y que contentándose por lo que toca á los asuntos de su incumbencia con dar rutinario curso á los expedientes, no saldrá de su somnolencia habitual, sino cuando se trate de discurrir arbitrios para satisfacer necesidades urgentes: arbitrios que á pesar de sus distintas formas y variados nombres, todos se reducen al arte vulgar y funesto de los dilapidadores de la hacienda pública ó privada: sacrificar el porvenir á lo presente; hipotecar por una cantidad mezquina, productos cien veces mayores.

Es cosa de ver la facilidad con que una provincia nombra por su representante á quien tal vez no pisó nunca el terreno cuyos intereses está encargado de proteger; lástima causa, y á veces congoja y despecho, el mirar entregadas á manos de un miserable aventurero, las riquezas de millares de familias, con la libre facultad de dar su voto sobre las cargas que deben imponérseles.

Hemos pensado alguna vez que seria un buen medio para evidenciar los defectos de las leyes electorales el practicar, si fuese posible, la operacion siguiente. Reunidas las Córtes podríanse dividir los cuerpos colegisladores en tantas secciones cuantas son las provincias representadas. Entonces aplicando la regla de que para cuidar de un patrimonio es necesario conocerle, sabiendo en que consisten sus productos y sus cargas, se deberia obligar á cada diputado á extender en el término de veinte y cuatro horas, á guisa de opositor á cátedra ó canongía, un informe que contuviese la descripcion del país por él representado, en que se detallase cuál es su riqueza agrícola, industrial ó mercantil, cuáles son los nombres de las contribuciones directas ó indirectas que suporta, cuáles las bases que por ley ó costumbre se adoptan en los repartimientos, cuáles los males que los pueblos lamentan, cuáles las reformas locales que podrian hacerse, cuál el estado de los principales caminos, canales y demás medios de comunicacion ó de cultivo, cuál el de la instruccion y educacion, cuál el estado de los establecimientos de beneficencia, los males ó inconvenientes de que adolecen y los remedios mas oportunos para neutralizarlos ó curarlos, cuáles los sistemas que se practican y los fondos con que se mantienen; en una palabra, deberia someterse al diputado á un exámen que pusiese de manifiesto si posee ó nó los conocimientos necesarios para votar, si no con mucha probabilidad de acierto, al menos con mediano conocimiento de causa. Extendidos los expresados documentos, firmados por sus respectivos autores, deberian sujetarse á la censura del público por medio de la imprenta. Parécenos que el resultado seria gracioso, y que el mayor número manifestaria que nada entienden de lo que han de arreglar.

Los pueblos salieran sin duda mas gananciosos, si en gobernarlos se empleara menos ciencia y mas buen sentido, menos teoría y mas observacion práctica. ¡Cuántos y cuántos asertos pasan por indudables en un Congreso de legisladores que un hombre sencillo pero experimentado,

miraria como solemnes despropósitos! ¡Cuántos proyectos, llenos al parecer de ciencia y discrecion, resultan sueños irrealizables cuando se trata de ponerlos en planta! ¿Y qué medios se practican para precaver que los cuerpos legislativos no se compongan de esos hombres que tienen la funesta facilidad de hablar de repente sobre todas las materias, y cuya ignorancia es tanto mas peligrosa cuanto se oculta bajo el oropel de la ciencia? Observad los resultados y fácilmente conjeturareis cuál debe de ser el sistema que á ellos nos conduce.

Desde 1810 lleva la España 17 años de gobierno representativo; ¿cuál es el fruto? En los 9 años trascurridos desde 1834, en cuyo tiempo no se ha interrumpido nunca, las Córtes han presentado una arena donde han luchado sin tregua ni descanso las pasiones políticas; pero la instruccion pública, la educacion, los sistemas de beneficencia, la administracion, la hacienda, los códigos, todo está intacto, todo yace en el mas profundo desórden. ¿Qué sucederá en adelante? ¿continuarán las recriminaciones, la desconfianza, la irascibilidad de los partidos, la perfidia y las turbulencias de las facciones? ¿Nos atreveremos á deshojar la bella ilusion que abrigan las almas cándidas é inexpertas, las que ni preven el mal futuro ni recuerdan el pasado, por ser tan fuerte y vivo el impulso que las inclina al bien?

Creemos que á las naciones como á los individuos no se les daña haciéndoles conocer su verdadera situacion; no se remedian los males si se ignora que existen; no se los precave si no se teme que vengan. Quien escribe para el público debe decir siempre la verdad por dura que sea; y cuando no le sea posible, condénese al silencio antes que permitirse el engañar á los pueblos. —*J. B.*

TODAVÍA HAY TIEMPOS PEORES QUE LOS DE REVOLUCION.

Extraña paradoja les parecerá á no pocos, proposicion tan peregrina; recio se les hará de creer, que la revolucion, hija de la corrupcion y del error, terrible personificacion de la fuerza levantada contra la ley, no traiga consigo el peor de los tiempos, y que no sea su época la mas calamitosa que pesar pueda sobre una sociedad. Ella destruye todo lo existente, amontona escombros y ruinas, relaja los vínculos sociales y domésticos, rompe los lazos políticos, acostumbra á la insurreccion, mina la disciplina de los ejércitos, esparce abundante semilla de inmoralidad, sume á los pueblos en el caos mas espantoso; ¿pueden acaso darse mayores males? ¿es posible concebir otro tiempo en que los pueblos sufran mayores calamidades, y en que se reunan mas causas para preparar nuevas desventuras en lo venidero?

Es cierto que las épocas de revolucion son las mas estrepitosas, es verdad que los daños producidos por ella se hacen sentir con gran fuerza, se ofrecen de bulto á los ojos de todos, se hacen palpables á todas las manos: no hay familia que no llore sensibles pérdidas, ora de fortuna, ora de personas queridas que perecieron en los vaivenes de los disturbios civiles ó en las sangrientas refriegas de fratricidas luchas; no hay clase, no hay interés, no hay opinion que no haya sufrido contradicciones, persecuciones, desastres; no hay pueblo que no haya presenciado escandalosas escenas, y tal vez dolorosas catástrofes: cual furibunda Medea la revolucion anda esparciendo en todas direcciones los miembros de sus propios hijos; y experimentan sus furores tanto sus amigos como sus enemigos: los despojos, la proscripcion y el cadalso, no respetan clase ni persona.

Por esta causa al salir los pueblos de esa época turbu-

lenta y azarosa, al entrar en un régimen legal, al ver establecido un gobierno templado y suave, abominan del tiempo pasado, detestan hasta el nombre de lo que tantos males les acarreara; no alcanzan á comprender cómo bajo un sistema regular, sometido á las leyes, bonancible, sosegado y tranquilo, sea dable que sufran mayores quebrantos que durante la revolucion; y sin embargo nada hay mas cierto: las revoluciones de los pueblos son enfermedades agudas que consigo traen exaltacion, fiebre, delirio, pero toda enfermedad proviene de causas que afectaron y desarreglaron la organizacion, y acontece muy á menudo que un errado plan de convalecencia, al paso que aparenta restablecer la salud y las fuerzas, mina sordamente la existencia del enfermo conduciéndole á la muerte por halagüeños caminos.

Sí, este es el peligro que amenaza á los pueblos despues de la revolucion, este es el mal que ha caido y pesa todavía sobre la Francia, este es el mal que se columbra en el porvenir de la agitada España, este es el mal que difícilmente evitaremos, si no cuidamos de ponernos luego en vigilante guarda.

No es para una nacion el mayor de los infortunios el que por algun tiempo se vierta en los campos de batalla la sangre de sus hijos: despues de guerras formidables que diezmaron la juventud, levántanse á veces los pueblos con mayores fuerzas, con mas vigor y lozanía. Así el adalid que ha tomado parte en cien batallas, que ha derramado á menudo su sangre en peligrosas refriegas, blande el acero con tanto mas brio y energía cuanto mayores son las cicatrices de la mano que lo empuña y del brazo que lo esgrime.

No es tampoco el mayor infortunio de una nacion, el que haya venido al suelo un sistema político, y que desmontada é inutilizada la antigua máquina del Estado, sea preciso echar mano de otra mas adaptada á las circunstancias, mas propia para el objeto á que se destina; Dios no ha dejado tan infecunda la sociedad que no sea capaz de gobernarse sino por un medio y bajo un sistema; la razon,

la historia y la experiencia nos están enseñando, que salves los principios tutelares de que en ninguna situacion se desentiende impunemente la humanidad, son varias las combinaciones que pueden idearse para establecer un gobierno que afiance el órden, proteja los intereses públicos, y labre la prosperidad y ventura de los pueblos.

No es para una nacion el mayor de los infortunios, el que en medio de las revueltas y azares de una época tormentosa hayan salido gravemente vulnerados respetables intereses materiales, ni que algunos de estos hayan sido destruidos en su totalidad. En la vida, en las fuerzas de las naciones, entran ciertamente los intereses materiales; pero rara vez acontece que la pérdida ó la desaparicion de algunos de ellos acarreen la ruina de la sociedad. Esta cómo el individuo, no vive de solo pan; si no satisface sus necesidades materiales de una manera, acude á ellas de otra; el antiguo vacío se llena con algun medio de nueva invencion; el tiempo cuida de revelar los defectos del sistema que se ha sustituido al anterior; la experiencia va amaestrando en su manejo, hasta que al fin se llega á desenvolver y regularizar lo que en un principio se presentaba cual embrion informe y monstruoso. La misma injusticia de las antiguas destrucciones va borrándose de la memoria á medida que el tiempo trascurre; las conveniencias y las transacciones van legitimando mas ó menos el nuevo órden de cosas; hasta que vienen los siglos con su prescripcion, con aquella prescripcion que no necesita de la autoridad de las leyes, sino que está dictada por el buen sentido del humano linaje y justificada por la aquiescencia de todos los pueblos.

Grandes son los infortunios que acabamos de indicar; entráñanse en ellos irritantes injusticias, escándalos feos y repugnantes, inmoralidades asquerosas, vilezas, manejos, corrupcion y todo lo mas detestable que abortar puede sobre la tierra el genio del mal; pero sobre estos infortunios hay todavía otros mayores, sobre tan terribles males hay otros todavía mas terribles. Y son esos males,

cuando la vida intelectual y moral de los pueblos es atacada en su misma raiz, cuando en medio de las delicias de la paz, de la prosperidad de los intereses materiales, y de la engañosa ilusion producida por un facticio aumento de las fuerzas del Estado, se destruyen las creencias religiosas, se extravian las ideas morales, se enervan los ánimos con voluptuosos goces, se nutre un desmedido orgullo, se fomenta la vanidad, aflojándose de esta suerte todos los lazos sociales y domésticos, entronizando el culto de los intereses materiales, divinizando el vicio con la prostitucion de las bellas artes, sustituyendo á la virtud el egoismo, á los sentimientos nobles y elevados la mezquindad y villanía de pasiones astutas y rastreras.

Es muy temible que terminada la desastrosa revolucion que nos agita y atormenta, entremos en una era que se apellidará de regeneracion, en la cual se mostrará de una parte recelosa esquivez con respecto á las doctrinas demasiado populares, y de otra mucha prevencion contra las reacciones que tiendan á resucitar los principios y sistemas antiguos. La alianza del órden con la libertad será la bella fórmula en que se compendiará el pensamiento dominante: nada de anarquía, se dirá, nada de exageraciones democráticas, *nada tampoco de despotismo, nada de supersticion, nada de pretensiones fanáticas.* Fuerza en el gobierno, vigor en la administracion, centralizacion de todos los ramos; pero libertad en las ideas, indulgencia en las costumbres. Vigilante inspeccion sobre la enseñanza, pero completa tolerancia y disimulo en todo lo que dimane de excesivo celo por la ilustracion y el adelanto. Proteccion á la Iglesia, pero proteccion desconfiada, suspicaz, que se alarme fácilmente por la firmeza de un párroco ó la pastoral de un prelado; proteccion que haga respetar los templos, pero que procure encerrar en ellos la religion, de suerte que no salga de allí, y no alcance á ejercer influencia sobre la sociedad; permision de defender el dogma y la moral contra sus enemigos, pero *dignidad y severidad* contra los que se atrevan á revelar malas tendencias

del gobierno, pésimo influjo de altos magistrados, aviesas miras de un plan de instruccion, abusos de profesores que propinen funestas doctrinas á la juventud. Así con pocos años de paz y de órden se cambiarán radicalmente las ideas, se modificará el carácter nacional, y la España adelantada y culta conservará apenas un recuerdo de lo que fuera en tiempo de nuestros antepasados.

Es menester no hacerse ilusiones, es preciso no haber visto las cosas y tener escaso conocimiento de los hombres, para no columbrar que nos amenaza tan triste porvenir; es necesario no haber observado la influencia que de un siglo á esta parte ha ejercido la Francia sobre nosotros, para no conjeturar la que andará ejerciendo en lo venidero; y á nadie se oculta que el sistema de gobierno que acabamos de describir es el que prevalece entre nuestros vecinos. Hay empero entre la Francia y la España una diferencia profunda, y es, que el indicado sistema es allí la expresion bastante fiel de la sociedad, cuando aquí fuéra una importacion exótica que se hallaria en abierta oposicion con las ideas, las costumbres, los hábitos de la inmensa mayoría de la nacion. Allí la sociedad es escéptica, aquí es católica; allí están volcanizadas muchas cabezas con las teorías democráticas, aquí conservan todavía profundo arraigo los principios monárquicos; allí las costumbres han sido afectadas y modificadas en sentido popular por una revolucion imponente y aterradora, que á vuelta de injusticias, de crímenes y catástrofes, trajo al fin la gloria militar y la organizacion administrativa, aquí una revolucion miserable y raquítica, inaugurada con intrigas y desmanes, continuada con despreciables motines, sostenida en su término por un poder militar incalificable, ha producido una fuerte reaccion en los espíritus, ha hecho desertar de la nueva bandera á muchos incautos que en ella se afiliaran de buena fe; resultando que la generalidad de los hombres honrados, y no pequeña parte de los mas entendidos, contemplan ora con indignacion, ora con desdeñosa sonrisa, esas impotentes tentativas, esos estériles

ensayos con que se obstinan algunos en conducir la nacion por caminos que ella aborrece á un estado que detesta. Malo como es el sistema seguido en Francia, quizás sea ahora el único posible, porque dudamos que tuviese probabilidad de triunfo ni mucho ménos de duracion, cuanto tendiese por medios violentos á dar ascendiente y preponderancia á las sanas doctrinas; pero aquí tan léjos estamos de hallarnos en tan deplorable situacion, que muy al contrario, si algo ha de encontrar poderosa resistencia, y dar tal vez lugar á choques y conflictos, será el intento de plantear en nuestro suelo el sistema francés.

Y cuando esto decimos no se nos oculta que en una nacion vieja, y que por añadidura ha sido trabajada por largos años de guerra extranjera ó intestina, y por interminable serie de revueltas, debe de haber mucho que reformar, que corregir y ordenar; no se nos oculta que el siglo XIX es muy diferente de los anteriores, que es otra la situacion de Europa, que no es el mismo el curso de las ideas, que se han variado sobremanera las costumbres, y que por fin el pueblo español de hoy no es el de Felipe II, ni tampoco el de Cárlos III, ni aun el de 1808; sabemos que el tiempo ha ejercido tambien sobre nosotros su influencia modificadora, que no han pasado en vano las revoluciones, que no han circulado sin producir su fruto los libros modernos, que no han dejado de afectar el carácter nacional la prensa y la tribuna, y que por fin el aliento del siglo que se nos está comunicando incesantemente por infinitos conductos ha descompuesto en parte la fuerte contextura que dieran á la nacion sus instituciones antiguas; nada de esto ignoramos; y por lo mismo estamos muy léjos de soñar en tiempos que pasaron ya; conocemos que hay nuevas necesidades y que es preciso satisfacerlas; que hay nuevos males por ahora indestructibles que es preciso tolerar; pero creemos que una conducta prudente y templada, que procure armonizarlo todo del mejor modo posible, nada tiene que ver con un sistema funesto, intolerante con el bien, indulgente con el mal, con un sistema en que para

nada se aprovecharian los restos de nuestra antigua civilizacion, en la cual, digan lo que quieran la ignorancia y la mala fe, no deja de encontrarse mucho de útil y de admirable.

El empeño de fundir de nuevo la nacion entera como arrojándola en un crisol, ha perdido y desacreditado á la revolucion, y perderá y desacreditará á cuantos se obstinen en tan errada conducta. Si quien la adoptase fuese un gobierno regular, establecido sólidamente, y que por un concurso de circunstancias contase con muchos elementos de fuerzas, seria su accion mucho mas dañosa que no la de la revolucion; pero tambien abrigamos la esperanza de que se estrellaria contra los obstáculos que en abundancia le suscitaran las creencias religiosas y las costumbres públicas, apoyadas y robustecidas por ese buen sentido que es uno de los caracteres que distinguen á esta gran nacion. Sin embargo, bueno es que todos los hombres de sanas ideas, de intencion recta y de corazon honrado y amantes de su patria, estén prevenidos contra el riesgo que acabamos de indicar; es preciso que los elementos de bien que tanto abundan en nuestro suelo, se pongan en vivo movimiento, que se acerquen y combinen acertadamente para formar una masa compacta, en torno de la cual se agrupen todas las fuerzas para resistir á su debido tiempo y en el terreno de la justicia y de la ley, á los ataques que disfrazado de mil maneras no dejará de dirigirnos el genio del mal.

La instruccion y la educacion son los dos ramos que conviene no perder nunca de vista para no permitir que el impuro aliento de la corrupcion y del error extravie entendimientos desprevenidos, y mancille corazones inocentes. Conviene mantenerse en vigilante guarda contra las innovaciones, que si fueren malas, serán tanto mas dañosas, cuanto mas fuerte sea el gobierno que las introduzca y mas regular y ordenada la accion con que se las plantee y fomente.

Este cuidado y vigilancia imponen obligaciones glorio-

sas, pero pesadas; porque los que se propongan resistir al mal, es necesario que conozcan el bien; y no el bien en su aislamiento, en su naturaleza absoluta é independiente, en su generalidad abstracta y vaga, sino en su forma aplicable á las circunstancias, adaptada á las necesidades de la época, acomodada al espíritu del siglo, en armonía con las costumbres dominantes; conviene no dejar á los adversarios el pretexto de que se trata de combatir la ilustracion y el adelanto por medio de declamaciones ignorantes y fanáticas, conviene que los sostenedores de la religion y de los sanos principios en materias políticas, se presenten á los ojos del público con el prestigio que siempre acompaña al verdadero saber; y que en ofreciéndose la oportunidad, puedan dar á sus adversarios lecciones severas, mostrándoles que tambien se hallan los buenos á la altura de los conocimientos de la época; que cuando aprueban, no es por una deferencia ciega, ni por una parcialidad interesada; que cuando condenan, no es por falta de conocimiento de causa, no es por ignorancia, no es por rencorosa malicia, sino á impulsos de convicciones profundas, á la luz de abundante doctrina. De esta suerte se ha de conquistar un puesto aventajado en la opinion pública; de esta suerte se han de rechazar las calumnias de los enemigos, y desvanecer las preocupaciones de los ilusos; así, y solo así, se alcanza influencia legítima en los negocios públicos, se adquiere el derecho de amonestar á los gobernantes con decorosa firmeza; así, y solo así, se logra que en circunstancias críticas, en momentos peligrosos, preste atento oido la nacion á una voz independiente que clama por el bien público, que señala los escollos en que corre á zozobrar la nave del Estado; así, y solo así, se obtiene que un grito de *Alerta* dado con imponente osadía, pare el brazo levantado ya y pronto á descargar el golpe, y haga retroceder á los gobernantes que se empeñaran en caminos de perdicion. — *J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

EXISTENCIA DE DIOS.

En el número anterior demostramos la imposibilidad de arreglarse por el mero *acaso* el sistema planetario; y de consiguiente con mayor razon el del universo. Con riguroso cálculo se puso de manifiesto, que no solo era absurda semejante suposicion tratándose de un movimiento ordenado continuo, sino tambien con respecto á una colocacion momentánea. Pero al esforzar aquel argumento , estribamos siempre en la hipótesis de que los cuerpos celestes estaban ya formados, habiéndose reunido los átomos para constituir aquellas masas enormes. Así, absurdo como era el supuesto de la ordenada combinacion casual, no lo era tanto sin embargo cual se presentará si abandonamos aquella hipótesis que por un momento permitíamos á nuestros adversarios, pero que no dejaba de ser enteramente arbitraria. En efecto: ¿qué razon existe para suponer por ejemplo las partículas que forman el cuerpo celeste que apellidamos Saturno reunidas ya en una sola masa? ¿la formaron desde toda la eternidad ó nó? ¿qué razon puede imaginarse para apoyar esta sentencia? Se hablará de necesidad, será así porque es así; es decir se afirmará gratuitamente la existencia de un hecho que en nada puede afianzarse. Movidos sin duda por esta reflexion los defensores del *acaso*, han sostenido que el universo habia pasado por una infinidad de trasformaciones; y de una ú otra manera admitieron el caos primitivo, suponiendo entregados todos los átomos á un movimiento ciego, necesario, perenne hasta encontrar la conveniente situacion, las le-

yes de armonía que en la actualidad vemos dominar sobre la materia.

Claro es, que si la probabilidad de situarse los cuerpos en la combinacion correspondiente no existia, ó mas bien, si era infinitamente grande la probabilidad en contrario, será si cabe mas infinita esta última, cuando no supongamos formadas ya las masas; porque entonces los objetos combinables serán en un número infinitamente mayor, y de consiguiente la teoría de las combinaciones y de las probabilidades arrojará nuevos torrentes de luz, haciendo mas sensible y palpable el absurdo que se ven precisados á devorar los que no admiten la existencia de Dios.

El lector recordará el punto de evidencia á que llegó la demostracion del absurdo, suponiendo la combinacion de solos doce cuerpos; ¿qué será si los descomponemos en partes, y recordamos los experimentos que nos manifiestan la inconcebible divisibilidad de la materia? ¿si atendemos á las razones que la prueban tan grande, hasta el punto de que algunos sostienen que es infinita?

Tomemos por ejemplo la tierra; las operaciones geodésicas manifiestan que es un esferoide en que el eje mayor ó sea el diámetro del Ecuador es de 15.254,598 varas, y el eje menor ó la distancia de polo á polo, de 15.209,063 varas. Aplicando el cálculo, resulta que el volúmen de la tierra es de 1,853,116,042,049,079,468,459 varas cúbicas, que evaluado en piés nos da 50,034,133,145,045,145,648,392 piés cúbicos.

Demos que la tierra se hubiese de formar de pequeñas masas, cuyo volúmen fuese un pié cúbico; ¿no se pierde la imaginacion al pretender órden, concierto, en ese número de cuerpos abandonados á la casualidad? ¿y qué será si la evaluacion se hace en pulgadas y luego en líneas y puntos, y así en cantidades menores multiplicando los valores que resulten por el cubo de los antecedentes?

Despues del número inmenso de partes que nos darian esas multiplicaciones sucesivas, todavía no habríamos hecho nada; porque estarian intactas las demás consideracio-

nes físicas que demuestran la estupenda divisibilidad de la materia. Un grano de almizcle llenará de olor un dilatado espacio durante mucho tiempo; en todos los puntos existirán moléculas de aquel cuerpo, pues donde quiera que se sitúe el órgano que recibe sus impresiones se siente afectado; y no obstante el grano de almizcle no habrá tenido disminucion sensible; tanta es la divisibilidad á que han llegado sus partes. Suponed una division semejante en el globo de la tierra; ¿podria expresarse en guarismos el número que resultara? arrojad ahora todas aquellas partículas en la inmensidad del caos, hacedlas mover por el tenebroso espacio, sin mas guia que la casualidad; ¿os atrevereis á esperar órden y concierto?

Adviértase ahora, que este cálculo está fundado en el solo supuesto de arreglar las partículas de la tierra; ¿y qué es esta en comparacion del universo? Calcúlase que la masa del sol es 329,630 veces mayor que la de la tierra; añadid á esto la masa de todos los planetas, de todos los cometas, con todos sus satélites, la de todas las estrellas fijas, la de los otros cuerpos que no conocemos, y que vamos descubriendo cada dia, la de la luz desparramada por todo el universo, y la de los demás flúidos que divagan por la inmensidad del espacio; imaginadlo todo descompuesto, reducido á átomos, mezclado, confundido, nadando en la inmensidad; ¿quién se atreverá á pedir órden á ese desórden elevado á una potencia infinita? El espíritu se abate al fijar la mirada sobre semejante caos; la cabeza se desvanece al contemplar aquella espantosa imágen de la confusion que nos figuramos en la eterna noche del averno.

Los ateos nos objetarán que existiendo en medio del caos una ley necesaria que llevaba á los cuerpos á una combinacion armónica, habia de brotar el órden del seno del desórden. La materia, dirán ellos, está sujeta á leyes constantes é invariables, como nos lo está mostrando la experiencia; luego entregándola al movimiento, vendria á parar á una combinacion determinada, donde resaltarian el órden y la armonía. Pero, en primer lugar, ¿quién

estableció esas leyes? sin Dios, sin inteligencia, habremos de confesar que son una *necesidad;* es decir afirmaremos gratuitamente un hecho que es de la mayor trascendencia. Cuanto mas poderosas se supongan esas leyes para hacer salir el órden del desórden, tanto mas están clamando que quien las ha establecido estaba dotado de inteligencia. En todas las observaciones hechas hasta aquí sobre la materia, nunca se ha notado otra cosa que indiferencia para el reposo como para el movimiento. Sometida á ciertas reglas que apellidamos con distintos nombres, pierde la direccion que aquellas le comunican, y aumenta ó disminuye la velocidad que de las mismas recibe, si nuevos motores la impulsan, ó algunos obstáculos la detienen. La asercion pues que atribuye á su íntima naturaleza la propiedad de unas leyes altamente geométricas, es el mayor de los absurdos. Pero demos á los ateos que existiesen esas leyes anteriormente á la máquina del universo, demos que los átomos revolviéndose en la inmensidad del espacio hubiesen estado sometidos á esa necesidad ciega, orígen de un órden tan admirable; ¿será posible que con ellas se hubiese formado el mundo? Newton que conocia ciertamente las dichas leyes mejor que todos los ateos, confiesa con ingenuidad, que si bien ellas bastan para dar razon del movimiento del universo una vez formado, no son suficientes empero para explicar su formacion. Sabido es que el ilustre geómetra se humillaba al descubrir el dedo omnipotente en aquellas maravillas que su genio contemplaba tan de cerca; no consideraba los movimientos de los astros como efectos de una mera casualidad, sino que señalando las reglas á que estaban sometidos se abstenia de decir cuál era la causa; pero si no entraba en cuestiones metafísicas sobre la naturaleza de la misma, reconocia que fueran cuales fuesen las causas secundarias, al fin era preciso llegar á una primera, á una inteligencia infinita, á un poder sin límites, á Dios.

Una de las leyes que se consideran como fundamentales, es la que se llama de atraccion ó gravitacion universal.

Sabido es que esta obra en razon directa de las masas é inversa del cuadrado de las distancias; y que de esta suerte se explican los movimientos de los cuerpos celestes, no siendo las famosas leyes de Klepero mas que aplicaciones ó consecuencias del principio universal. Admitida la verdad de este, tal como suelen establecerle los físicos, y sin descender á ninguna de las cuestiones que en diferentes tiempos han dividido las escuelas, observaremos que suponiendo el mundo entregado al caos es imposible que de él saliera por la mera fuerza de la gravitacion. Para que esta obrase de manera que pudiera producir órden y armonía, seria preciso suponer esta armonía y este órden en las masas y en las distancias; porque de otra suerte no habria probabilidad de que saliese un mundo tan ordenado cual el que tenemos á la vista, sino una de las infinitas monstruosidades que podemos imaginar. ¿Quién nos ha dicho que debieran formarse nunca masas compactas? ¿cómo sabemos que se establecerian determinados centros en torno de los cuales comenzaran á verificarse las revoluciones que dieran al fin por resultado ordenados sistemas? Al sol ó á las materias de que está formado, ¿quién los constituyó centro de los movimientos de los átomos que componen los otros planetas? Antes que las fuerzas centrípeta y centrífuga se combinasen para producir el movimiento elíptico, ¿por qué no se precipitaron los cuerpos al centro de atraccion, ó escapándose por la tangente no anduvieron corriendo á inmensa distancia? Para que pueda existir la ley es necesario que existan los términos de la proporcion que la anuncia; es necesario suponer que están determinadas las distancias y las masas; en faltando esta condicion, tan léjos estuviera la ley de ser un elemento de armonía, que antes bien lo fuera de nuevo desórden. Atraccion en todos sentidos, centro en todas partes; es decir en ninguna: todo desórden, todo confusion.

Suponiendo existente la fuerza de la atraccion universal antes de ordenarse el mundo y de formarse los grandes

cuerpos de que se compone, mediaban obstáculos para que esta ley pudiese producir nada ordenado. Sabido es, que á mas de la dicha atraccion, la experiencia ha manifestado que hay otra que por analogía se apellida *atraccion molecular*, mas conocida generalmente con el nombre de afinidad. Así como la primera obra á largas distancias, esta ejerce su accion á distancias insensibles, cuando los cuerpos están en contacto ó en mucha proximidad. Estando todos los átomos que componen la máquina del universo desparramados por la inmensidad del espacio, claro es que andarian de mil maneras diferentes, revueltos y confusos, de modo que la accion de la afinidad pudiese desarrollarse en varios sentidos. ¿Quién es capaz de calcular las modificaciones que las fuerzas de la atraccion molecular causarian sobre los efectos de la universal? Ahora formadas ya las masas no es posible que las leyes de la afinidad desconcierten el mundo, porque estando limitada su accion á distancias muy pequeñas, se halla por decirlo así aprisionada. Pero cuando este obstáculo no existia, cuando divagando sueltos los átomos estaba lleno el mundo de una mole informe de flúidos de naturaleza muy diferente, claro es que debian resultar infinitas combinaciones que modificasen los efectos de la gravitacion universal.

Concebiremos fácilmente la variedad de resultados á que esta concurrencia de causas podia dar lugar, si advertimos que las leyes de la afinidad están de suyo sujetas á muchas alteraciones. En efecto: la experiencia ha manifestado que para determinar con alguna exactitud sus resultados, es preciso atender nada menos que á siete circunstancias. 1.ª: cantidad relativa de los cuerpos que se ponen en contacto. 2.ª: si los cuerpos son simples ó compuestos. 3.ª: cohesion que entre sí tienen. 4.ª: grado de calor á que se hallan expuestos. 5.ª: cantidad y calidad del flúido eléctrico que contienen. 6.ª: peso específico de las mismas. 7.ª: presion que sufren. Andando los cuerpos revueltos, entregados al mero acaso, es evidente que se cambiarian á cada paso las indicadas circunstancias, de

lo que resultaria una confusion que no es necesario ponderar.

Extrañeza causa por no decir indignacion, el ver que se echa mano de tamaños despropósitos para eludir las inconcusas razones con que se demuestra la existencia de Dios; imposible parece que el hombre dotado de razon como de un glorioso distintivo, forceje hasta tal punto para desterrar del universo la razon suprema. ¿En tan poco estimais la inteligencia que así odieis el nombre de ella cuando se trata de ordenar el mundo? Os envaneceis de la vuestra, la mostrais como blason de nobleza, encareceis su alcance y se exalta vuestro orgullo á la sola idea de que se pretende rebajar alguno de sus quilates; ¿y no admitireis una inteligencia de donde haya dimanado la vuestra, y que haya dado órden y concierto á esa máquina que os asombra con su grandor y sus maravillas?

Si no existieran otros motivos para convencer que la naturaleza del hombre ha sufrido algun quebranto, el cual la ha rebajado de su dignidad primitiva, y ha oscurecido la mente, y torcido la voluntad, bastarian sin duda á probarlo los inconcebibles extravíos á que se abandona nuestro espíritu. Se escribe la historia de las naciones, se pintan sus revoluciones y sus guerras, en las que vemos retratada ciertamente la miseria y la iniquidad del hombre; pero quizás en ninguna parte se presente tan negro el cuadro como en la historia del espíritu, es decir, de las ciencias. En esa region sublime, donde al parecer debiera reinar señora la cuerda sabiduría, donde las pasiones no debieran tener entrada ni ser toleradas en los alrededores, para que no contaminasen la atmósfera con su apestado aliento; allí campean tambien la locura, el orgullo, la ciega presuncion, manifestando al hombre en toda su desnudez, llenando de cruel amargura á quien creyera que habia de encontrar á los sabios á manera de coros de ángeles. Pero nunca, nunca como en el pasado siglo se vió al genio del mal insultar con tanta impudencia al buen sentido de la humanidad; nunca se le vió con tan perver-

sos designios, cubierto con las ínfulas de la ciencia para extraviar á los incautos; nunca se vió tamaño esfuerzo para reducir á sistema la irreligion, estableciéndola sobre su digna base: el ateismo.

La naturaleza, las fuerzas superiores, las leyes necesarias, la sucesiva trasformacion de los seres, y cien otras palabras semejantes fueron adoptadas como motes del enigma; ellas no expresaban nada, es cierto; pero envolvian las ideas en misteriosa oscuridad, hacian que el sencillo lector no advirtiese toda la absurdidad de las hipótesis sobre que se intentaba cimentar el sistema; y quizás se le hacia creer que era científica una explicacion que no estribaba sino en una palabra empleada con la mas insigne mala fe. Las matemáticas, los conocimientos físicos, habian dado grandes pasos. Se explicaban muchos fenómenos de una manera si no satisfactoria á lo menos plausible; y todo esto se empleaba para alucinar á los ignorantes, haciéndoles creer que la cadena de las causas terminaba en la region de la materia. ¡Ingratos! el haber adelantado en el conocimiento de la criatura, ¿no debia elevaros hácia el Criador? — *J. B.*

ANTIGÜEDADES.

Con mucho placer insertamos el siguiente documento: porque tenemos satisfaccion cumplida cada vez que podemos contribuir á realzar en algo el lustre de nuestra patria. Felicitamos á los Sres. Subirana y Cerdá por su hallazgo, y nos atrevemos á exhortarlos á que continúen dedicándose á una clase de tareas tan útiles como descuidadas. Sabemos que dichos señores no pierden de vista este negocio; con respecto á las luces históricas que de aquí podrian resultar, nos reservamos hablar de nuevo de este interesante asunto, cuando podamos hacerlo con mayor caudal de datos.

Nuestros lectores descifrarán con poca dificultad el anagrama del Sr. *Don Diego Lorpli*, reconociendo en él al insigne anticuario D. Jaime Ripoll, canónigo de la iglesia Catedral de Vich, uno de esos hombres que honran el país en que nacen, á pesar de que su extremada modestia los induzca á envolverse en la oscuridad. Teniendo alguna noticia de los muchos trabajos del Sr. Ripoll, nos lamentamos de que los conserve ocultos en su bufete, y siempre tememos no queden perdidos para la historia preciosos apuntes que pudieran ilustrarla (1).

INSCRIPCION ROMANO-IMPERIAL,

recien descubierta en el Congost, y copiada por dos curiosos investigadores de antigualles. Ofrece un ensayo de su interpretacion sujetándole á la censura de los mismos copiantes y demás inteligentes Diego Lorpli.

M
IMP CAES O SSIO
C· TRAIANO CIO
PIO FELICI INVC
TO· AVC· DAC
MAX PONT
MAX OTRIBPOT
$\overline{\text{IIII}}$ PP COS $\overline{\text{III}}$ PRO
COS· ET QHEREN
NIO· ET RVS C O
MESSIO DECIO
COS ET O\
HOSTIL

---

(1) Al corregir las pruebas de este pliego, hemos sabido el fallecimiento del señor Ripoll; el clero ha perdido un individuo ejemplar por sus virtudes, y la ciencia arqueológica uno de sus mas ilustres profesores.

Descubrióse la presente lápida en febrero de 1842 abriéndose los cimientos para construir una calera en frente de la casa ó quinta propia de la casa de Terrés de la Garriga, sita á igual distancia de la villa de Centellas y pueblo de Ayguafreda, llamada el molino de las Canas, al pié y junto á la actual carretera de Barcelona á Vich. Examináronla y copiaron por primera vez los diligentes anticuarios D. José Subirana, farmacéutico, y D. José Cerdá, vecinos ambos de la misma villa de Centellas. Tiene la lápida unos cinco palmos de longitud.

Suponiendo bien copiada la inscripcion, deben enmendarse los defectos del grabador y del tiempo. En la primera línea en vez de la O debe ponerse Q. Luego debe anteponerse la M que está encima y entre la I y la O, y añadirse una E. En la segunda línea debe llenarse el vacío y ponerse DE. En la tercera falta la I. En la sexta falta la P. En la penúltima debe leerse Q y no O, luego Val. y en la última añadirse ILIANO al Hostil. Messio Decio.

Con estas correcciones y añadiduras de las cuales no hay una siquiera que no esté apoyada en otras inscripciones publicadas por nuestro Finestres, Masdeu, Grutero etc., podrá leerse entera la inscripcion en esta conformidad:

IMPeratori CAESari Quinto meSSIO
Caio TRAIANO deCIO,
PIO, FELICI., INVIC
TO, AVGusto, DACico
MAXimo, PONTifici
MAXimo, Principi Optimo, TRIBunitiæ
POTestatis $\overline{IIII}$ (quartum), Patri Patriæ, COnSuli
$\overline{III}$ (tertium) PRO
COnSuli: ET Quinto HEREN
NIO ETRVSCO,
MESSIO, DECIO
COnSuli: et Quinto VALenti
HOSTILiano messio decio.....

Extendida así la inscripcion podrá traducirse de este mo-

do: (Memoria erigida) al Emperador César Quinto Messio, Cayo, Trajano, Decio, Pio, Feliz, Invicto, Augusto, Dácico, Máximo, Pontífice Máximo, Príncipe óptimo, condecorado con la potestad tribunicia cuatro veces, padre de la patria, cónsul por tres veces, procónsul: y á Quinto Herenio Etrusco Messio Decio.

El referido Lorpli concluye con estas palabras:

A esta interpretacion en caso que merezca la aprobacion de los eruditos, se seguirán unas notas y observaciones.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO SEGUNDO.

FIN DEL ÍNDICE.

